

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
ESCUELA MULTILINGÜE DE NEGOCIOS Y RELACIONES INTERNACIONALES**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL
TÍTULO DE LICENCIADO MULTILINGÜE EN NEGOCIOS Y
RELACIONES INTERNACIONALES**

**OBSTÁCULOS QUE ENFRENTA EL PROCESO INTEGRACIONISTA
LATINOAMERICANO EN EL MARCO DE LAS INICIATIVAS
SURGIDAS EN EL PERÍODO 2004-2011**

RODRIGO ALEJANDRO SÁNCHEZ VINCES

**MARZO, 2016
QUITO - ECUADOR**

Agradecimiento

A mi madre por haber hecho esto posible
y a mi familia por siempre brindarme su apoyo.

INDICE GENERAL

I.	TEMA	1
II.	RESUMEN	1
III.	ABSTRACT	1
IV.	RÉSUMÉ	2
V.	INTRODUCCIÓN	3
CAPITULO I		
LAS ENORMES ASIMETRIAS ENTRE LAS ECONOMIAS DE LAS		
REGIÓN: ENTRE HORMIGAS Y ELEFANTES		
1.1.	Asimetrías estructurales	12
1.1.1.	Producto Interno Bruto	12
1.1.2.	Ingreso per cápita	15
1.1.3.	Infraestructura	16
1.2.	Asimetrías Comerciales	24
1.2.1.	Nivel de intercambio comercial intra América Latina	25
1.2.2.	Dependencia comercial respecto a Estados Unidos	32
1.2.3.	Competencia entre exportadores de materia primas	36
1.3.	Caso MERCOSUR	39
1.3.1.	Efectos de las asimetrías en el proceso de integración	40
1.3.2.	Tratamiento de asimetrías en el bloque	42
1.4.	La Alianza del Pacífico	47
1.4.1.	Características, objetivos y desafíos del bloque	47
1.4.2.	Estado de las asimetrías y el comercio intra bloque	49
1.4.3.	Proyectos y avances del proceso	52
CAPITULO II		
ENTRE INICIATIVAS Y CONTENCIONES: EL PÉNDULO IZQUIERDA -		
DERECHA		
2.1.	La derecha Latinoamericana	61
2.1.1.	Vínculos políticos y económicos con Estados Unidos	62
2.1.2.	Rol en los procesos de integración de la región	67
2.1.3.	Su incidencia en la política exterior de los países de	
	América Latina	60
2.1.4.	El rol del liderazgo de México	73
2.2.	La Nueva Izquierda Latinoamericana	75
2.2.1.	Convergencia ante la decadencia del modelo neo liberal y la	
	amenaza del ALCA	77
2.2.2.	Surgimiento del movimiento bolivariano	81
2.2.3.	El rol del liderazgo brasileño-argentino-venezolano	85
2.3.	Principales Iniciativas políticas en la región	94
2.3.1.	Alianza Bolivariana para los pueblos de Nuestra América	
	(ALBA)	95
2.3.2.	Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR)	99
2.3.3.	Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños	
	(CELAC)	102
CAPITULO III		
IMPORTANCIA DEL ASPECTO CULTURAL EN EL PROCESO		
INTEGRACIONISTA		
3.1.	Introducción al etnocentrismo y el problema de identidad	
	latinoamericano para entender la truncada integración	
	cultural latinoamericana	108
3.1.1.	Antecedentes históricos	108
3.1.2.	El continente enfermo	111

3.1.3.	Reflejo del auto rechazo en la creación intelectual de finales del siglo XIX inicios del siglo XX	112
3.2.	La desconfianza hacia el vecino	115
3.2.1.	Etnocentrismo alineado y enculturalización occidental	116
3.2.2.	Incidencia de conflictos bélicos y problemas limítrofes en las relaciones multilaterales entre los países de la región	120
3.2.3.	La perpetuación de la desconfianza, recelos y prejuicios mediante la educación	124
3.3.	El incipiente intercambio de información	128
3.3.1.	Rol de los medios de comunicación comerciales	129
3.3.2.	Existencia de políticas públicas de difusión de contenidos y valores latinoamericanos	134
3.3.3.	Nivel de involucramiento de las universidades de América Latina en el proceso integracionista	137
3.4.	Abordaje de las principales iniciativas integracionistas en el aspecto cultural	139
3.4.1.	Alianza Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA)	139
3.4.2.	Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR)	141
3.4.3.	Mercado Común del Sur (MERCOSUR)	143
VI.	ANÁLISIS	147
VII.	CONCLUSIONES	157
VIII.	RECOMENDACIONES	163

LISTA DE REFERENCIAS
ANEXOS

LISTA DE ANEXOS

ANEXO 1

EVOLUCIÓN EXPORTACIONES DEL MMCA, MERCOSUR, CAN Y CARICOM,
INTRA BLOQUE, A AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE Y AL RESTO DEL MUNDO:
1980-2013 176

ANEXO 2

EXPORTACIONES POR TIPO DE PRODUCTO DE PAISES LATINOAMERICANO
SELECCIONADOS 177

ANEXO 3

DISTRIBUCIÓN DEL COMERCIO DE BIENES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CON PRINCIPALES SOCIOS-2012 178

ANEXO 4

INDICE DESEMPEÑO LOGÍSTICO DE PAISES SELECCIONADOS DE
LATINOAMÉRICA Y EL RESTO DEL MUNDO 179

ANEXO 5

INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA DE ESTADOS UNIDOS EN
AMÉRICA LATINA PERIO 2000-2010 180

ANEXO 6

EVOLUCIÓN COMERCIO EEUU-ALC PERIODO 2000-2012 181

ANEXO 7

IMPACTO DE PROYECTOS DEL FOCEM 182

ANEXO 8

MAPA POLÍTICO SURAMERICANO DE PAISES QUE EN ALGUN MOMENTO
EN LA DÉCADA 2000-2010, TUVIERON UN GOBIERNO ALINEADO
DENTRO DE LA "NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA 183

ANEXO 9

DISPUTAS LIMITROFES AUN VIGENTES EN AMÉRICA LATINA 184

ANEXO 10

BASES MILITARES DE EE.UU Y LA OTAN EN AMÉRICA LATINA 185

ANEXO 11

HISTORIAL DE CONFLICTOS LIMITROFES EN AMÉRICA LATINA 186

I. TEMA

OBSTÁCULOS QUE ENFRENTA EL PROCESO INTEGRACIONISTA LATINOAMERICANO EN EL MARCO DE LAS INICIATIVAS SURGIDAS EN EL PERIODO 2004-2011

II. RESUMEN

A través de una metodología empírica y en base al marco teórico del neo-funcionalismo, el presente trabajo tiene por objeto analizar los obstáculos que enfrenta la integración latinoamericana, que en lo económico se sintetizan en las marcadas asimetrías estructurales; en lo político, la polarización ideológica; mientras que en lo cultural, sobresale la falta de una “identidad latinoamericana” que cohesione los pueblos de la región. Todo esto junto con la falta de interés de las élites en el proceso, la ausencia de acciones comprometidas a largo plazo por parte de los Estados, y la carencia de poblaciones conscientes y proclives al proceso; ha imposibilitado la colaboración intensa en un área específica que genere un “derrame” hacia otros sectores relacionados, que sucesivamente vaya estructurando la integración hasta alcanzar las últimas instancias de comunidad política-económica. Esto ha provocado un constante estancamiento y falta de profundización de los organismos de integración regionales que han tomado lugar hasta la fecha, dejándolos siempre a merced de las coyunturas del momento.

Palabras clave:

Integración latinoamericana, asimetrías estructurales, identidad cultural, neo-funcionalismo, polarización política

III. ABSTRACT

Through an empirical methodology and based on the theoretical framework of neo-functionalism, this study is intended to analyze the obstacles that the Latin American integration has to face in the economic, political and cultural aspects, which are: the severe structural asymmetries between the countries; ideological and political polarization in the region; and the traditional relegation of the cultural variable in the construction of a cohesive Latin American identity. All this along with the lack of interest of the elites, the absence of long-term committed actions by the States, and the dearth of conscious and positive people about the process, it has prevented an intensive cooperation in a

specific area that generates a "spillover" into other related sectors until the stage of a political-economic community has been reached. This has caused the recurrent stagnation of the regional integration organizations that have taken place, always leaving them at the mercy of the joints of the moment.

Keywords:

Latin American integration, structural asymmetries, cultural identity, neofunctionalism, political polarization.

IV. RÉSUMÉ

À travers une méthodologie empirique et fondée sur le cadre théorique du néofonctionnalisme, cette étude vise à analyser les obstacles rencontrés par l'intégration latino-américaine, dans le domaine économique : les profondes asymétries structurelles; politique : la polarisation idéologique dans la région; ainsi que la relégation traditionnelle de la variable culturelle dans la construction d'une identité latino-américaine cohésive entre les peuples de la région. Tout cela combinée avec le manque d'intérêt des élites dans le processus, l'absence d'actions engagées à long terme par les États, et le carence de populations conscientes et susceptibles au processus; Il a empêché la coopération intensive dans un domaine spécifique qui génère un «déversement» dans d'autres secteurs connexes, et ainsi de suite jusqu'à atteindre les dernières étapes de la communauté politico-économique. Cela a provoqué une stagnation constante des organisations régionales d'intégration qui ont eu lieu, toujours en les laissant à la merci des articulations du moment.

Mots-clés:

Intégration latino-américaine, asymétries structurelles, identité culturelle, néofonctionnalisme, polarisation politique.

VI. INTRODUCCIÓN

“El nuevo milenio encontrará a una América Latina unida o dominada”

-Juan Domingo Perón

La integración representa la mayor herencia ideológica dejada a nosotros por los próceres latinoamericanos que lucharon en la visión de una Patria Grande como medio de alcanzar una verdadera independencia. Más de doscientos años después de iniciado el camino republicano, este ideal ha regresado de forma recurrente a través de nuestra historia, sin que haya existido el terreno necesario a nivel social, político y económico para que ésta semilla germine exitosamente.

Y es que el camino a transitar está plagado de obstáculos y desafíos. En lo económico se puede destacar las marcadamente dispares economías que conviven en la región, lo que genera una disímil capacidad de aprovechamiento de los potenciales beneficios del proceso; en lo político, el diferente sesgo ideológico que se ha incrustado en algunos Estados obstruye la construcción de una política común, regional y permanente; mientras que en lo cultural, las desconfianzas, rivalidades y prejuicios que se han ido forjando entre los pueblos latinoamericanos en el trajín de doscientos años de vida republicana, nos han alejado de la posibilidad de reconocernos como un todo en base a nuestras características culturales compartidas, y de esta forma, conformar una identidad latinoamericana común.

Así, América Latina no solo es la región más desigual del mundo en lo social (lo que genera además países política e institucionalmente inestables), sino que presenta también profundas asimetrías estructurales entre los Estados que la componen, como en infraestructura, PBI, ingreso per cápita, tamaño del mercado, recursos naturales, matriz productiva, ciencia, tecnología, industria, etc. Esta heterogeneidad en el desarrollo económico genera una inequitativa distribución de costos y beneficios entre los países miembros, donde las mayores ventajas recaen desproporcionalmente sobre los países más avanzados de la región.

Dichas divergencias pueden desmotivar a muchos países a incrementar el intercambio intra-bloque o a sumergirse en instancias más profundas de integración económica, que no solo no les reporten beneficios equiparables a

los que obtendrían comerciando con sus tradicionales socios extrarregionales, sino que inclusive, les puedan ocasionar perjuicios ante la posibilidad de que el proceso profundice las existentes asimetrías estructurales con sus vecinos de mayor desarrollo dentro del esquema de integración, los cuales se encuentran en mejor capacidad de aprovechar las economías de escala y de aglomeración (INTAL, 2009). A esta baja percepción de beneficios que los países menos desarrollados puedan llegar a tener respecto a la integración económica, se suman las barreras físicas de infraestructura y trabas normativo-institucionales a nivel regional que han producido un todavía bajo nivel de intercambios comerciales y vínculos de interdependencia entre los países latinoamericanos como para que se generen motivaciones económicas reales que incentiven la profundización del proceso.

Hablamos de una región diversa en cuanto al grado de desarrollo pero también en lo que respecta a su orientación política. Desarticulada, carente de filosofías e ideales propios, América Latina han sufrido a través de su historia la constante pugna entre el conservadurismo y reformismo dentro de los Estados que la componen, para terminar cayendo en la falsa disyuntiva comunismo-capitalismo en la segunda mitad del siglo XX. Este antagonismo izquierda-derecha entraría más institucionalizado en los inicios de este siglo XXI, con el ascenso al poder de múltiples gobiernos enmarcados dentro de la llamada “nueva izquierda latinoamericana”, debido, en parte, al agotamiento del nefastamente aplicado modelo neo liberal promulgado por los partidos políticos tradicionales de derecha. Esto ha provocado disputas e inestabilidad al interior de los países como a nivel regional entre estas dos posturas, planteadas a sí mismas como antagónicas, pero de hecho con visiones distintas de inserción internacional y sobre lo que debe ser la integración.

De igual manera, también se puede identificar una división en América Latina a escala geopolítica. Una del norte, coartada históricamente por la férrea influencia política, económica y militar de los Estados Unidos, representada por Centroamérica y el Caribe a través del DR-CAFTA (a excepción de Cuba) (Hernández, 2006); región donde sobresale un Panamá que sigue siendo un enclave de facto del país norteamericano debido a la importancia estratégica del canal, una Honduras con sendas instalaciones militares estadounidense en su territorio, un Puerto Rico aun en estado colonial y un México, que con una dependencia comercial del 79% respecto a la potencia del norte

(CNNEXPANSION, 2015), está totalmente subordinada a sus directrices en lo político y económico.

La otra es la América Latina del Sur, donde la mayoría de sus países (a excepción de Perú y Colombia), con la llegada del nuevo milenio giraron a la denominada “nueva izquierda”, tomando una postura más rebelde respecto al Conceso de Washington y apoyándose en la integración regional como plataforma prioritaria de inserción internacional. Esta se iría formando en torno a los liderazgos de Argentina, Brasil y Venezuela, que con su articulación para frenar el ALCA en la Cumbre de Mar del Plata en 2005, convertirían a este en el hito fundacional del integracionismo latinoamericano del siglo XXI (Paz, 2015). Sin embargo, dentro de este amplio espectro de la “nueva izquierda latinoamericana” los liderazgos que han tomado lugar se han planteado en base a intereses y motivaciones distintas: Brasil ve en la integración un mecanismo para afianzar su imagen de líder regional dentro de la arena internacional que le permita alcanzar sus objetivos geopolíticos en instancias como el Consejo de Seguridad y la OMC. Por su lado, la propuesta integracionista de la Venezuela chavista se plantea un bloque antimperialista con mayor peso en la dimensión ideológica del socialismo del siglo XXI (Torres del Sel, 2013: 34-38). No obstante ambas naciones adolecen del mismo “mito de excepcionalidad” al percibirse destinados a ser potencias regionales por naturaleza, lo que ha creado a su vez diversos grados de desconfianza y recelo en el resto de países de la región (Chaves, 2008). Así, la falta de un liderazgo capaz de vincular y direccionar a los países latinoamericanos y además con los recursos de poder necesarios para pagar los costos inherentes de ese rol, se convierte en una de las más importantes falencias que ha afrontado el proceso integracionista en la región hasta nuestros días.

No se puede omitir además a los Estados Unidos como un factor decisivo en el eventual éxito o fracaso del proceso, ya que al tratarse Latinoamérica (según su percepción imperialista), de su zona natural de influencia, es de esperarse que todo proceso de integración que no gire en torno a Washington como eje central les resultará inconcebible y harán todo lo posible por boicotearlo directa o indirectamente utilizando su influencia sobre los círculos de poder político, económico y militar latinoamericanos, como de hecho ya ha ocurrido en el pasado. Así, dada esta polarización de posiciones, concepciones e intereses de la región, sumado a la potencial injerencia de actores externos, las probabilidades de que América Latina se conforme como

un sistema político uniforme y coherente, que logre integrarse estratégicamente y que actúe unánimemente como actor en el contexto internacional, son altamente complejas.

Si bien es cierto que existe una unidad geográfica llamada América Latina, esto no significa que exista una identidad cultural unificada que abarque a toda esta región. En contra han jugado toda una serie de factores complejos, que para entenderlos correctamente, es necesario remontarse a las etapas formativas de los Estados latinoamericanos y el conflicto de identidad surgido a partir del “trauma de la conquista” y el consiguiente desconocimiento y rechazo a nuestras raíces indígenas e hispánicas, en pos de un etnocentrismo (considerar una raza extranjera y su cultura como superiores) alineado hacia Inglaterra, Francia, Alemania y posteriormente Estados Unidos como referentes de lo que Latinoamérica debía ser. Así desde sus inicios, los pueblos latinoamericanos se han negado a sí mismos, observándose como competidores y enemigos, embarcándose en un sin número de guerras y conflictos que si bien muchas veces fueron por recursos estratégicos, siempre sirvieron a las élites para afirmar un artificial sentido nacionalista que consolidase su control sobre las nacientes repúblicas en desmedro de la unión regional.

La conciencia de una identidad histórico-cultural incrementa las posibilidades de una integración político-económica exitosa (Gissi, 2002) y esto implica por lo menos igualar en orden de importancia los esfuerzos en pos del aspecto cultural tanto como en lo económico y político, algo que hasta el momento no ha sucedido. Así, los pueblos latinoamericanos han llegado al siglo XXI aún confrontados, disociados y ajenos a la gran cantidad de características culturales que comparten. Para remediar esta situación, los actores más idóneos como los medios de comunicación y el sistema educativo no solo han jugado un papel nulo al respecto, sino de hecho, totalmente desintegrador al seguir fomentando rencores, desconfianza, estereotipos y prejuicios hacia sus vecinos latinoamericanos a la par que siguen reafirmando la tradicional orientación cultural hacia Occidente mediante la constante proyección televisiva, informativa, cinematográfica y musical del norte, lo que ha ocasionado el sin sentido de que estemos más familiarizados con los estilos de vida estadounidense y europeos, mientras ignoramos qué producen intelectual y artísticamente nuestros vecinos de la región (Tinoco, 2012: 21). El

desconocimiento de estas expresiones, no permitirá una mejor comprensión de las sociedades a las cuales pertenecen lo que dificultará que lleguemos a reconocernos como un todo cultural llamado América Latina (Godoy, 1989).

Para abordar las problemáticas anteriormente expuestas, el objetivo del presente trabajo será analizar los obstáculos que ha enfrentado el proceso integracionista latinoamericano en el marco de las iniciativas surgidas en el periodo 2004-2011. De naturaleza exploratoria, esta investigación pretende contribuir al conocimiento existente sobre la integración latinoamericana, que a pesar de lo extenso y continuo del estudio del tema dentro de los círculos académicos especializados y en instituciones nacionales y regionales, esta no deja de resultar escasa, tanto por la complejidad del tema, como por no abordar integralmente los aspectos económicos junto a los políticos y culturales.

Así, mediante una metodología empírica-analítica, se interrogará los obstáculos que presenta la integración de América Latina en el período propuesto mediante la utilización de la evidencia dejada por las diversas (y en muchos aspectos fallidas) experiencias integracionistas que han tenido lugar en la región hasta el momento. La recolección de la información se llevará a cabo gracias a la abundancia de libros, revistas especializadas, artículos, informes, ensayos y datos estadísticos generados por organismos, instituciones e intelectuales acerca de la temática interaccionista y tópicos conexos, disponibles en internet así como en bibliotecas. Se empleará el método teórico de análisis y síntesis a fin de establecer una relación de causa y efecto de los elementos que componen la compleja realidad de un proceso de integración en el contexto latinoamericano, partiendo de un estudio general sobre el impacto de las asimetrías y heterogeneidad en los ámbitos económico, político y cultural en el proceso, para luego enfocarse en cómo estos aspectos han afectado la viabilidad del mismo.

Los objetivos de investigación, la hipótesis y la conceptualización del problema en sus tres ramificaciones (económico, político y cultural) serán abordados a través del enfoque teórico del neo funcionalismo, para en lo posterior realizar el análisis correspondiente de la información levantada y finalmente generar las conclusiones y recomendaciones del caso.

De esta forma, el trabajo quedará estructurado por un primer capítulo donde se abordará la dimensión económica de la problemática integracionista, tratando en primer término tres de las asimetrías estructurales más significativas (PIB, ingreso per cápita e infraestructura) que imposibilitan la convergencia entre las economías de la región, así como los niveles óptimos de intercambio comercial entre los países latinoamericanos como quedará evidenciado en el segundo subcapítulo, donde también se tratará el grado de afectación que la especialización en materia primas y la dependencia hacia los mercados extrarregionales ha causado al nivel del comercio latinoamericano. Finalmente en el tercer y cuarto punto, se analizará los casos del MERCOSUR y la Alianza de Pacífico respectivamente, examinando el estado de las asimetrías dentro de estos bloques, los mecanismos existentes para su mitigación (en el caso mercosureño), y las iniciativas integracionistas en el ámbito comercial y económico que han sido emprendidas por la Alianza en sus primeros años de existencia.

En el segundo capítulo se abordará el impacto de la polarización político-ideológica en el proceso de integración, partiendo en primer lugar de un estudio de la derecha como representante en la política de las élites latinoamericanas; sus grados de vinculación ideológica, económica y cultural con Estados Unidos y como todo esto ha afectado la orientación de los organismos integracionistas regionales y la política exterior de los Estados que presiden. En contraste, en el segundo subcapítulo se estudiará el fenómeno de la “nueva izquierda latinoamericana” y cómo el arribo y concordancia de ésta corriente en los países con mayor capacidad de liderazgo en la región, impactó el surgimiento de las iniciativas integracionistas del siglo XXI, a la vez que las terminó limitando debido a las especificidades e intereses divergentes de cada uno de estos. Mientras tanto, en el tercer punto se tratará los esquemas de integración de alta preponderancia política como el ALBA, la UNASUR y la CELAC.

Finalmente, en el tercer capítulo se abordará un tema usualmente relegado en los procesos de integración latinoamericanos, a pesar de ser el que presenta la mayor potencialidad: el ámbito cultural. Para entender la raíz de esta problemática (que repercute en todos los niveles del proceso en su conjunto) se partirá de un análisis de los antecedentes históricos que han originado la trunca identidad cultural latinoamericana, y cómo han repercutido estos en las sociedades contemporáneas de la región y en los

procesos de integración que las involucran. En adición a esto, se estudiarán otros factores que han limitado la integración cultural en América Latina, como lo son el largo y complejo legado de los conflictos bélicos entre nuestros países y su traducción en los actuales nacionalismos y xenofobias disgregadoras, el del sistema educativo, el papel de las universidades y los medios de comunicación, para por último, abordar el tratamiento que los principales esquemas de integración le han dado a este importante tema.

Para dilucidar la problemática que presenta la integración latinoamericana, el neofuncionalismo se presenta como la base teórica más idónea. Esta, al igual que su corriente madre: el funcionalismo, concibe la integración como un desarrollo gradual y acumulativo mediante el establecimiento progresivo de vínculos entre los distintos sectores socioeconómicos. La complicada red de interrelaciones económicas que se van generando así entre los estados, va creando a su vez problemas técnico-económicos de dimensiones también internacionales, donde la presión para resolverlo hace inevitable la cooperación a este nivel, llegando como último punto a una unidad económica y política

Para Mitrany, uno de los principales teorizadores dentro del funcionalismo, estos problemas eran esencialmente de naturaleza técnica (transporte, infraestructura, comunicaciones, economía, etc.), por lo que su solución se lograría a través de la colaboración entre los tecnócratas y no entre las élites políticas de los países, a través de la creación de una red de organizaciones internacionales que irían asumiendo la gestión de sectores concretos. La integración se da aquí bajo la doctrina de la “ramificación” en la que una colaboración funcional exitosa en un sector determinado termina generando la necesidad de colaboración funcional en otros ámbitos relacionados (Canovas, 2002).

El neofuncionalismo, al igual que su antecesora, considera que el éxito de la integración dependerá del desarrollo de actitudes positivas por parte de la población hacia el proceso de integración, los cuales al percatarse que las organizaciones supranacionales satisfacen más eficientemente sus necesidades cotidianas y problemáticas reales, paulatinamente comenzarán a modificar su actitud hacia las mismas. Esta corriente otorga una marcada importancia al impacto de ideologías, instituciones y en especial a las élites dentro del proceso, ya que el mismo será impulsado -o no- dependiendo de las

expectativas de ganancia o pérdida de estos últimos, es decir, si estos llegan al entendimiento que la integración es el método más funcional a sus intereses (Canovas, 2002). Así, en las palabras del principal representante neofuncionalista, Ernst B. Haas, la integración es el proceso por el cual los actores políticos trasladan sus lealtades, expectativas y actividades hacia un nuevo centro, con jurisdicción sobre los estados nacionales (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 445).

En la corriente neofuncionalista, la dimensión política toma una mayor relevancia como el vehículo que lleva a la previa cooperación técnica económica a la instancia que Haas denominó de *spillover* (derrame), es decir, el desbordamiento hacia otras esferas y sectores que podrían incorporar ámbitos socioculturales e incluso de la “alta política” como defensa y seguridad (Canovas, 2002).

Podemos entonces plantear la hipótesis que después de los proyectos de integración económica y a pesar de la favorable coyuntura política de la década del 2000, el fracaso en unos casos y limitado éxito en otros que ha representado hasta este momento el proceso integracionista latinoamericano, se debería a que no se ha llegado a lograr este *spillover* en un sector específico para que de esta forma su éxito se contagie a otras áreas, lo que junto a la relegación del ámbito de la identidad cultural como instrumento de cohesión entre las naciones habría provocado la falta de profundización de proyectos regionales que den solución a las problemáticas más estratégicas de nuestros países.

Para esclarecer este complejo escenario, resulta de capital importancia estar plenamente conscientes de la naturaleza y profundidad de los obstáculos expuestos, para lo que las herramientas interdisciplinarias en los campos de entorno mundial, interculturalidad, economía, comercio y finanzas que brinda la carrera Multilingüe en Negocios e Intercambios Internacionales, resultan nada menos que idóneas para abordar y obtener un entendimiento más amplio de la realidad de esta situación así como las medidas más adecuadas, que como pueblos e individuos, debemos tomar para solucionar esta problemática, si así creemos que vale la pena.

Aunque trillada, la máxima de “la unión hace la fuerza” es tan verdadera y universal como lo ha sido siempre. Así, una comunidad económica permite aprovechar de mejor manera las economías de escala y aumenta el nivel de

productividad y eficiencia. En lo político, se incrementa considerablemente el poder negociador y el peso en la escena internacional de países latinoamericanos demasiado débiles para lograr en el mismo un cambio favorable, además de representar una zona de seguridad contra la injerencia de actores extrarregionales.

Pero más allá de las ventajas políticas, económicas y geoestratégicas; el mismo origen, las similitudes de idioma, tradiciones, religión y cosmovisión sumado al hecho de compartir la misma unidad geográfica, etapas históricas, y el afrontar las mismas problemáticas y desafíos futuros, hacen providencial el constituir una gran patria latinoamericana, un profundo anhelo de nuestros pueblos que se ha expresado siempre en a través de los más grandes e ilustres ciudadanos y ciudadanas que ha visto nacer esta tierra: Bolívar, Morazán, San Martín, Darío, Neruda, Mistral, Martí y una legión más.

No obstante, la concreción del proyecto integracionista no será terea fácil, como nada que valga la pena lo es. Se necesitará altos niveles de negociación, consenso y sobre todo de compromisos a largo plazo, en una región altamente heterogénea en aspectos claves. Sin embargo es una tarea histórica con el que debemos cumplir, no solo como una obligación con nuestro pasado, sino por responsabilidad con nuestro futuro y las generaciones latinoamericanas que vendrán, ya que solo unidos tendremos la fuerza suficiente para tomar las riendas de nuestro destino, alcanzar un desarrollo sustentable en nuestros propios términos y, sobre todo, para ser por primera vez verdaderamente libres e independientes.

CAPITULO I

LAS ENORMES ASIMETRÍAS ENTRE LAS ECONOMÍAS DE LAS REGIÓN: ENTRE HORMIGAS Y ELEFANTES

1.1. Asimetrías estructurales

Las asimetrías representan un obstáculo de primer orden para la consecución de una integración económica, de ahí, que resulte de suma importancia entender la magnitud de esta problemática para poder tener una idea más clara del desafío que representa. Las asimetrías entendidas como las desigualdades de desarrollo existentes entre dos o más países se pueden clasificar según Bouzas en: asimetrías estructurales y de políticas públicas (Godoy, 2011: 21). Las que nos conciernen en este estudio, las estructurales (al ser estas las más difíciles de solucionar) están relacionadas con la matriz productiva, el tamaño de los mercados, la dotación de recursos naturales estratégicos; los niveles de competitividad, así como los que vamos a estudiar a lo largo de este capítulo: en primer lugar el PIB, como indicador la capacidad productiva de un país y de la naturaleza de la misma (commodities, manufacturas de tecnología baja, media o alta); en el segundo punto la renta per cápita, la cual evidencia en gran manera la capacidad adquisitiva de un mercado; y finalmente, el nivel de infraestructura, factor determinante para una fluida interacción comercial entre los países que genere lazos de interdependencia.

Esta variable resulta de suma importancia en lo que a la integración se refiere, ya que como menciona Ernst Haas, los Estados evaluarán la integración de manera negativa si perciben que otros miembros obtienen mayores ganancias, a la par que la considerarán como positiva si consiguen mayores o iguales beneficios (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990); todo lo cual está supeditado al número y profundidad de asimetrías existentes entre los países miembros, que es lo que condicionará su capacidad de aprovechar o no- los potenciales frutos del proceso.

1.1.1. Producto Interno Bruto

El escenario de integración neofuncionalista supone un contexto de bajas asimetrías como el europeo, donde las diferencias en términos de mercado, población, territorios, recursos, aparato productivo y niveles de desarrollo, no son tan “dramáticas” como en el caso latinoamericano. Por ello, para que los países estén en capacidad de interactuar al nivel de un “*spillover*”,

primero deben destinar ingentes recursos para la atenuación y reducción de las asimetrías existentes entre sus miembros, un proceso a largo plazo que se revela como un obstáculo de gran relevancia al tratarse nuestro caso de un integración del tipo “sur-sur”, es decir, que involucra países con graves carencias internas y bajo nivel de desarrollo, donde las marcadas asimetrías golpean con mayor severidad la capacidad de aprovechar los beneficios por parte de los socios menos desarrollados, sea de la liberalización comercial o de un espacio económico regional común, con lo que el proceso termina inevitablemente tornándose insostenible, tanto en lo político como económico.

Joseph Nye en su estudio neofuncionalista sostiene que uno de los factores fundamentales que influyen tanto en la naturaleza del compromiso original como de la subsiguiente evolución de un esquema integrativo, es la simetría económica entre las unidades a integrarse. De hecho, establece que el tamaño de los participantes potenciales medido en PIB total, parece ser inclusive de mayor importancia en esquemas integrativos que involucran países de bajo desarrollo (es decir de tipo “sur-sur”), que en el caso de países altamente industrializados (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990).

La identificación de la capacidad productiva de los países que participan en un proceso de integración económica nos permite obtener un diagnóstico del grado de la heterogeneidad productiva en la región. Para ello, el Producto Interno Bruto (PIB), como índice que mide el nivel de producción de un país, se presenta como una herramienta adecuada.

El grado de participación de los diversos países en el PBI regional y subregional, nos dirá también su peso y evolución dentro de los diversos organismos integracionistas. Por ejemplo, en el MERCOSUR (Mercado Común del Sur), se puede constatar una evolución favorable argentina dentro del organismo, que en su año de conformación (1991) su PIB representaba un 23.3% del PIB subregional y mientras que veinte años después, en 2009, esta cifra había ascendido al 30.8%. Un desempeño semejante al de Argentina, de participación creciente y sostenida, se observa también en el MCCA (Mercado Común Centroamericano), en los casos de Costa Rica y Honduras y, en el CARICOM, con Guyana y Trinidad Tobago (SELA, 2011: 25-26).

Sin embargo, de igual manera resalta la perpetuación de ciertos “perdedores” que han mostrado un constante retroceso en su participación del PIB intra bloque, como por ejemplo, Paraguay en el MERCOSUR, Nicaragua

en el MCCA y Haití en CARICOM (Comunidad del Caribe), lo que parece apuntar a que nivel de desarrollo de un país previo a su entrada en un bloque de integración, se relaciona directamente con la capacidad que éste tendrá para aprovechar las potenciales oportunidades que puede brindar un proceso de integración económico/comercial (SELA, 2011:26).

En adición a esto, al someter a un análisis de especialización productiva al MERCOSUR, se puede corroborar que el esquema de integración ha generado, intra-bloque, la consolidación y especialización de los países previamente más avanzados, Brasil y Argentina, en bienes de tecnología alta, en el caso del primero, y en manufacturas de tecnología media y baja, en el segundo. Mientras tanto, los países pequeños, Uruguay y Paraguay, parecen haber quedado atrincherados en el sector agrícola y de recursos primarios (Berrettoni y Lucángeli, 2012).

Ahora bien, utilicemos el PIB para entender la magnitud de las asimetrías en América Latina y el Caribe. El MERCOSUR resulta ser el acuerdo con las asimetrías estructurales más significativas. El Producto Interno Bruto de Brasil, el socio más grande, resulta ser 94 veces el de Paraguay (el miembro menos desarrollado), 31 veces el de Uruguay y 2.2 veces el de Argentina. En segundo lugar se ubica CARICOM, el cual a pesar de estar conformado por islas sin diferencias drásticas de tamaño y recursos, el PIB de Trinidad y Tobago supera por 36 veces el de Saint Kitts, 13 veces el de Surinam y 10 veces el de Guyana. En tercer lugar se ubica la CAN donde el PIB de Colombia es 12 veces el de Bolivia, 5.8 veces el de Ecuador y 1.7 veces el de Perú. Finalmente, la región con menores asimetrías de PIB es el MCCA, en el cual el PIB de Costa Rica y Guatemala son muy similares entre sí y representan 4.6 veces el de Nicaragua, 2.2 veces el de Honduras y 1.5 veces el de El Salvador (SELA, 2011: 28).

De esto, es hasta cierto punto comprensible que la MCCA haya destinado menos esfuerzos a la reducción de sus asimetrías, modestas en comparación a lo que acontece en el resto de la región, mientras lo que resulta descabellado es que el MERCOSUR haya transitado la mayoría de su existencia sin una estrategia para el tratamiento real las graves y profundas asimetrías dentro del bloque, punto que será abordado más adelante en este capítulo.

1.1.2. Ingreso per cápita

La renta per cápita de los ciudadanos, es decir, su capacidad adquisitiva, tiene una repercusión directa en el grado de cohesión de un país y representa un importante indicador del nivel (y diferencias) de desarrollo entre los países de América Latina.

Si se compara desde el PIB per cápita, el estado de las asimetrías observadas desde la óptica del Producto Interno Bruto, se modifica de manera importante. La CAN resulta aquí la subregión menos disímil, donde el per cápita de Colombia equivale a 2.6 veces el de Bolivia, 1.7 del de Ecuador y 1.1 veces el de Perú. Le sigue el MCCA: el per cápita de Costa Rica es 5.8 veces el de Nicaragua, 3.6 el de Honduras, 3 veces el de Guatemala y el doble de El Salvador. En cuanto al MERCOSUR, la situación se modifica de manera considerable en cuanto al PIB: el per cápita de Argentina es 6.9 veces el de Paraguay, 2.2 veces el de Brasil y 1.2 veces el de Uruguay (SELA, 2011).

En este aspecto el CARICOM se alza con el primer lugar, donde Bahamas posee un PIB per cápita 44 veces superior al del miembro menos desarrollado: Haití. Pero la complejidad que aporta este bloque va incluso más allá, al presentar, a pesar del minúsculo tamaño de sus miembros, los per cápita más altos de toda América Latina y el Caribe. El per cápita de Bahamas (301.790 habitantes y 13.940 km² de superficie) es 1.8 veces el de Argentina; mientras que los de Barbados y Trinidad y Tobago son 1.1 veces del país rioplatense. De hecho, doce de los quince miembros de CARICOM (a excepción de Haití, Guyana y Surinam) tienen un PIB per cápita superior al de todos los integrantes de la CAN (SELA, 2011).

De todo esto resulta que la CARICOM es el bloque de las asimetrías más profundas en el balance global (segundo lugar en PIB y primer lugar en per cápita), mientras que en el caso del MERCOSUR (muy asimétrico en cuanto al PIB), lidia con una situación menos extrema en cuanto al per cápita, pero con la particularidad de una suerte de inversión de roles en el que el país más grande y con mayor PIB, Brasil, tiene a la vez un per cápita de aproximadamente la mitad del de Argentina (0.44) y del Uruguay (0.53). La complejidad de este escenario, permite quizá explicar en parte, las demoras del MERCOSUR en comenzar a abordar, con cierta profundidad, el tema de las asimetrías (SELA, 2011).

La optimización de la renta de los ciudadanos (que es uno de los objetivos últimos de la de integración) no se produce automáticamente, sino al contrario, existe evidencia de que sin mecanismos de corrección, ésta como muchas de las asimetrías tienden a ampliarse una vez iniciado el proceso (SELA, 2008). Para que se produzca una convergencia de rentas, que eviten distorsiones en la marcha de la integración económica, se necesita una acción redistributiva en favor de los países menos desarrollados, lo cual representa una importante dificultad en el caso latinoamericano, en el que todos los países involucrados poseen un bajo nivel de desarrollo e importantes carencias internas

Relacionado directamente con el PIB, la simetría de los niveles de renta per cápita igualmente importante para la viabilidad y factibilidad del proceso. Respecto a esto Nye planteaba la hipótesis: *"casi parece como si cuanto menor fuera el ingreso per cápita de la zona, mayor debiera ser la homogeneidad de tamaño de la economías"* (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 457), lo que refleja la magnitud de esta problemática en el caso latinoamericano, donde sus países tienen bajos niveles de PIB per cápita, pero a su vez, una heterogeneidad en extremo severa entre sus economías.

1.1.3. Infraestructura

Se entiende por infraestructura física al conjunto de estructuras de ingeniería e instalaciones de larga vida útil que constituyen la base sobre la cual se prestan servicios a los sectores productivos y la ciudadanía en general: carreteras, puertos, aeropuertos, ferrocarriles, redes eléctricas, de comunicación, entre otros (SELA, 2011: 11), los cuales representan un factor clave dentro de competitividad comercial y la integración física de América Latina y el Caribe.

Además de actuar como vehículos de cohesión económica, territorial y social, más específicamente, las inversiones en el sector de infraestructura impulsan el PIB al influir positivamente en la productividad y crecimiento a largo plazo, a la vez que cuando es desarrollada en áreas fronterizas, ayuda a la conformación de zonas comunes de desarrollo fomentando una mayor competitividad conjunta e inserción regional de los de los países participantes. En consecuencia, para alcanzar mayores niveles de desarrollo (en especial para aquellos países que necesitan cerrar las brechas de asimetría regional), se requiere construir autopistas, ferrocarriles, puertos y aeropuertos

coordinadamente interconectados. La infraestructura se erige así como el cimiento sobre el cual reposará el grueso de una integración económica y comercial (SELA, 2011: 3)

Así, los avances o retrasos en esta área determinarán por ejemplo los costos de transporte, cuyos efectos redundarán a su vez en la competitividad y nivel de comercio de los países (CEPAL, 2011: 8). Y es que dentro de las inversiones en infraestructura, el transporte juega un papel determinante: “el costo de transporte es el único costo común a cualquier bien o servicio”. Una infraestructura bien desarrollada mitiga el impacto de la distancia entre los países y regiones al conectarlos a bajo costo y manera eficiente (SELA, 2011: 14), mientras que por otro lado, los elevados costos generados por una insuficiente y/o ineficiente infraestructura de transporte, afectan negativamente la consolidación del comercio tanto nacional como regional, siendo equivalente su impacto negativo al provocado por las barreras y tarifas arancelarias o por las distorsiones del tipo de cambio. Resulta de esta forma que la carencia de adecuada infraestructura de transporte eleva significativamente los costos logísticos y la competitividad (Perrotti y Sánchez, 2011: 13).

A pesar que en la región latinoamericana se han efectuado progresos importantes en cuanto a la reducción de las barreras comerciales, con aranceles en promedio inferiores al 10% en un universo de productos liberalizado de alrededor del 90%, la región latinoamericana y caribeña todavía no ha podido recoger los frutos de este aperturismo comercial (en papel), debido en buena parte a las fuertes deficiencias en la infraestructura física del transporte que existe en la región y que han generado una amplia variedad de “costos logísticos” adicionales a los que en condiciones óptimas se debería tener (SELA 2011: 19). En diversos estudios, se ha estimado que estos costos adicionales se sitúan entre el 16% y el 25% del producto a exportar en los países de América Latina (CEPAL, 2011: 24), comparado a 8% en países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Una cifra que en el caso de las PYMES puede sobrepasar inclusive el 40% (BID, 2015: 1).

Conforme a los cálculos del BID, se estima igualmente que el impacto de una reducción del 10% en los altos costos de transporte, podría incrementar en 21% el valor de las exportaciones sub regionales, y tener una repercusión cinco veces mayor que el que tendría una reducción arancelaria del 10 %. A la

par, informes del Banco Mundial sostienen que mejorando la infraestructura regional de América Latina y el Caribe a los niveles de Corea del Sur, el porcentaje de crecimiento del PIB aumentaría entre el 1.4% y el 1.8% mientras que el nivel de desigualdad caería entre un 10% y 20% (SELA, 2011: 4).

Respecto a la competitividad, el Foro Económico Mundial en su Índice de Competitividad Global (ICG) -que respecto a la infraestructura toma en consideración las variables de transporte, energía y comunicación- (SELA, 2011: 14) de las 148 economías estudiadas, solo a tres latinoamericanas y caribeñas, Chile (33), Panamá (48), Barbados (47), las posiciona dentro de las primeras 50 economías más competitivas del mundo. Entre los latinoamericanos que les siguen están Costa Rica (54), México (55), Brasil (56), Perú (61), Colombia (69) y Uruguay (85). Mientras que entre los más castigados del índice se encuentran Bolivia (98), Argentina (104), Paraguay (119) y Venezuela (134) (WER, 2015).

En cuanto al Ecuador, las inversiones en infraestructura han marcado el sostenido ascenso del país en la tabla de competitividad: del puesto 105 en 2011, al 86 en 2013 y al 71 en 2014 (WONG, 2014).

A pesar que como se ha mencionado, la infraestructura tiene una correlación directa y positiva con el crecimiento económico, en las últimas tres décadas se ha observado una importante disminución de las inversiones destinadas a la provisión de infraestructura en Latinoamérica en general, yendo en el caso de América del Sur, del 4% del PIB registrado en el período 1980-1985 a un 2,3% entre 2007 y 2008 (CEPAL, 2011: 13). Así, las necesidades de inversión necesarias que se requieren para atender la demanda de infraestructura hasta 2020, ascienden como mínimo, a un monto promedio anual equivalente al 5,7% del PIB en el caso de América del Sur, el cual estaría compuesto de un 3,1% destinado a nuevas inversiones, y un 2,6% requerido para afrontar los gastos de mantenimiento (CEPAL, 2011: 13). En la actualidad América latina y el Caribe invierte un promedio total del 2.7%, así que el desafío por delante es grande.

La actual situación de América Latina exhibe una situación en la cual la ausencia de infraestructura adecuada y eficiente, representa de los más grandes obstáculos para el cumplimiento de la integración regional (CEPAL, 2011: 13). Se pueden identificar problemas en el área de transporte tales como: restricciones de capacidad en los corredores marítimos, problemas de

conectividad, insuficiencias y falta de vinculaciones en las redes ferroviarias, la incapacidad de estas para soportar el peso de trenes empleados a plena capacidad o de mayor tamaño y velocidad; accesos terrestres insuficientes, la escasez de calado de los puertos entre otros (CEPAL, 2011: 23).

En cuanto al transporte ferroviario, debido a los altos costos fijos, este ha perdido progresivamente competitividad frente al transporte de carretera, ya que se requieren de altos volúmenes de carga a transportar para que sea rentable así como comercialmente atractivo. Esto resulta difícil ya que las dificultades topográficas que se presentan en América Latina incrementan los costos de la infraestructura (CEPAL, 2011: 44) lo cual sumado a la falta de inversión en máquinas y vagones modernos, como en el mantenimiento del sistema ferroviario en general, han mermado su eficiencia y potencial contribución al sistema de transporte regional (OEA, 1995). Así, todo el sistema adolece actualmente de serias limitaciones, que resultan en una diferencia de costos considerable frente al transporte por carretera, aunque otros aspectos como su nivel de eficiencia a nivel regional juegan también un papel importante.

Una limitación importante en este aspecto ha sido la falta de interconexión y homogenización de las vías ferroviarias entre los distintos países, lo que ha impedido el flujo directo de los trenes y obligando (al menos cuando era más frecuente su uso), al transbordo de la carga con el consecuente encarecimiento de los fletes (OEA, 1995).

Al respecto de la cobertura territorial de este medio de transporte, Argentina y el Uruguay presentan mejores (17 y 12 km/1.000 km², respectivamente); sin embargo, este indicador es significativamente inferior al del promedio de los países de Europa occidental (48 km/1.000 km²) y los Estados Unidos (20 km/1.000 km²) (CEPAL, 2011: 36).

La agonía de la situación ferroviaria es preocupante, por cuanto las demoras en inversión, incentivos y actualización, la mantienen en estado vegetativo (CEPAL, 2011: 23), quedando el potencial de este importantísimo medio desperdiciado y dejado al abandono en favor del transporte por carretera, al considerarlos erróneamente competitivos, cuando en realidad son complementarios: los camiones minimizan los costos de transporte en distancias cortas, mientras que los trenes lo hacen en largas distancias (CEPAL, 2011: 44), es decir el medio ideal para unir sub regiones o bloques

comerciales en América Latina, y aun así, en la actualidad tan solo el 0.2% del comercio suramericano se realiza por este medio (SELA ,2011: 4).

Por su parte, el sistema regional de transporte aéreo tiene un rol muy limitado en el transporte de carga intrarregional y en general se lo considera como no competitivo en esta área (SELA, 2011: 4), concentrándose básicamente en el transporte de pasajeros.

Respecto al transporte marítimo, este enfrenta problemas de congestión e inversiones inadecuadas e ineficientes (SELA, 2011: 18). Los puertos representan la problemática más acuciante por el constante riesgo de congestión, debido al desarrollo totalmente escaso de nuevos proyectos portuarios (CEPAL, 2011: 23). El transporte de carga extra regional se realiza casi en su totalidad en grandes líneas navieras extranjeras aprovechando sus bajos costos logísticos en sus rutas a los grandes mercados mundiales. El bajo volumen de comercio de Centroamérica con América Latina se explica principalmente, no por los obstáculos arancelarios y no arancelarios, sino por el alto costo del transporte naviero, del cual resulta a su vez los bajos volúmenes de comercio en la subregión y América Latina (OEA, 1995).

A ello se suma la falta de un cabotaje común entre los países latinoamericanos, así como la carencia de economías de escala en el transporte marítimo regional, que genere el transporte de altos volúmenes de carga y que justifique la utilización de barcos grandes y eficientes que provean servicios frecuentes y de bajo costo (OEA, 1995). En otras palabras, el problema se resume así: no hay transporte marítimo barato porque no existe el suficiente volumen a transportar, y no hay oferta de volumen de carga entre los países latinoamericanos porque no existe transporte marítimo barato, todo un círculo vicioso de no acabar.

En cuanto a los puertos, la calidad de la infraestructura portuaria es un indicador del Banco Mundial que mide, basándose en encuestas de opinión, la percepción de los ejecutivos de negocios respecto de las facilidades portuarias de un país, con puntuaciones que van desde 1 (infraestructura portuaria considerada muy poco desarrollada) a 7 (infraestructura portuaria considerada eficiente según los estándares internacionales), mientras que en los países sin litoral se intenta captar la accesibilidad de las instalaciones portuarias (1=muy difícil acceso; 7=muy accesible). Así en el año 2009, el estudio realizado en colaboración con 150 institutos asociados e incluyendo a más de 13.000

participantes de 133 países (CEPAL, 2011), dejó a nivel de América del Sur, solo los casos de Chile (5,46) y Uruguay (5,15) con un indicador aceptable, mientras que Venezuela (2,43) y Bolivia (2,87) reflejaron un considerable menor desempeño entre los países suramericanos bajo estudio (CEPAL, 2011: 39).

Esta dimensión es particularmente relevante para los países mediterráneos, en los que se estima que el costo del transporte es un 50% más alto que aquel de países con salida al mar, lo que se traduce en una merma aproximada de un 60% del potencial total de volumen a comerciar, y en un alza generalizada de los costos logísticos por encima de los estándares internacionales. Esto es válido para los dos países de la región que carecen de litoral (Bolivia y Paraguay) (CEPAL, 2007: 21).

De hecho, un estudio llevado a cabo por el Ministerio de Hacienda del Paraguay y el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), estableció que el país crece un 2,24% menos en términos per cápita por los sobrecostos de transporte generados por su falta de salida al mar. Esta mediterraneidad de Paraguay, sumada a su ineficiente infraestructura, hace que el país guaraní enfrente altos costos finales ya que el transporte por carretera resulta más caro e ineficiente en grandes volúmenes que otras modalidades. Esto ha provocado una brecha importante de competitividad con el resto de los Estados miembro del MERCOSUR y el deterioro de mayores vínculos comerciales dentro del bloque y a nivel latinoamericano (Godoy, 2011: 28).

Para la década de los 90 más del 95 % del comercio intrarregional se realizaba por la vía terrestre, y aunque en la actualidad este representa el 40% en el caso suramericano, aún adolece de graves deficiencias. Parámetros como el porcentaje de kilómetros pavimentados de caminos sobre el total de la red vial, los kilómetros pavimentados de vías sobre el área del territorio nacional o sobre la cantidad de población, evidencian una infraestructura inadecuada en términos de cantidad y calidad (SELA, 2011: 4).

De esta forma, los indicadores comparables del estado de la estructura física en América Latina arrojan un saldo preocupante, ya que se observa, por ejemplo, que la dotación de infraestructura vial es marcadamente inferior que la de otras regiones del planeta: la cobertura de la red vial de América del Sur es de 156 Km. por cada 1000 Km² de superficie, frente al promedio mundial de

241 Km. Mientras que tan solo el 16% de las carreteras están pavimentadas cuando el promedio internacional es de un 57% (SELA, 2011: 4). Dentro de Suramérica, Uruguay presenta la excepción a esta problemática con la proporción más elevada de caminos pavimentados sobre el total (89%), mientras que países como Venezuela y Argentina presentan el 37% y 31% respectivamente (CEPAL, 2011: 36).

Es así que en América Latina el estado de las vías, sumado las distancias y la complicada geografía de la región, generan un sobre costo del transporte entre el 8% y el 19% (SELA, 2011: 4).

Por su parte, las demoras en aduana (producto de trabas burocráticas) se traducen en un incremento de entre el 4% y 12% del costo de transporte en la región (SELA, 2011: 18). Los países suramericanos que requieren de más días y por lo tanto presentan más demoras en los procesos de importación y exportación son Venezuela y el Paraguay. Los países con mejores desempeños en la región son Brasil (16 días para importaciones y 12 para exportaciones), Argentina (16 días para importaciones y 13 para exportaciones) y Colombia (14 días para importaciones y 14 para exportaciones). Desde el punto de vista específico de los costos de importación y exportación por contenedores, los países que reflejan procesos más costosos son Venezuela, Colombia y la Argentina. En cambio, los países con menores costos son Guyana, Chile, el Perú y Surinam (CEPAL, 2011: 49).

Ahora, después de haber analizado el estado de la infraestructura, llevémoslo al terreno de los hechos con un ejemplo que resume todo lo anterior. Aunque inverosímil, resulta más costoso trasladar tomates desde San José (Costa Rica) a Managua (Nicaragua) que a San José de California (a una distancia 10 veces mayor), debido a que los costos de transporte en Latinoamérica son entre dos y cuatro veces superiores que de los países de la OECD. Esto junto a los trámites (y demoras) de aduana, pueden constituir más del 30% del precio final de los bienes exportados intra-región de los grandes productores, mientras que en el caso de los pequeños productores, esta cifra puede superar el 50%. Para los grandes productores, transportar los tomates, sólo desde las granjas hacia las fronteras, puede llegar a significar un 7% del precio final de sus productos, mientras que para los pequeños y medianos productores (los que podrían estar más inclinados al comercio regional), este número puede alcanzar el 23% (BANCO MUNDIAL, 2013).

A lo anterior se suma los pagos por servicios de aduana (los cuales que deben realizarse a ambos lados de la frontera) y los largos tiempos de espera, que añaden un 10% más al precio final de los tomates. En una jornada de alta actividad en la frontera de Peñas Blancas (Costa Rica/Nicaragua), el paso de un camión con productos agrícolas puede tomar hasta 10 horas, ya que ante la falta de coordinación normativa y homogenización de procedimientos de control fitosanitario, esto debe hacerse a la salida y entrada de cada país, lo que demuestra que para agilizar el comercio, a la par de la infraestructura, se necesita una coordinación institucional entre los Estados respecto a los procedimientos fronterizos como lo que respecta a los temas sanitarios, horarios de atención entre otros (BANCO MUNDIAL, 2013).

A pesar de que el comercio intra-centroamericano ha crecido significativamente en la última década (8% en participación del PIB entre 2000 y 2011) -transformando a la región en el segundo mercado de exportación para la mayoría de sus países- el potencial de comercio centroamericano se encuentra todavía limitado por los obstáculos logísticos y de transporte que hemos tratado: mala calidad de las carreteras, caros servicios de transporte y prolongados procedimientos aduaneros, se presentan como las principales barreras para el comercio entre los países de esta sub-región latinoamericana (BANCO MUNDIAL, 2013).

De hecho, estudios del Banco Mundial sobre los cinco principales corredores comerciales en Centroamérica, encontraron que los cuellos de botella logísticos pueden incrementar el tiempo para llevar un producto desde el centro de producción hasta el puerto más cercano en la costa Atlántica en un 21% en el caso de Panamá y hasta el 60% en el caso Nicaragua y El Salvador. Así, cubrir la ruta entre Nueva Guinea (Nicaragua) y Puerto Limón (Costa Rica) que debería tomar 10 horas a un camión de carga, debido a retrasos por mala calidad de las carreteras y tráfico en zonas urbanas, aumenta -en el escenario más optimista- 1 hora y 40 minutos al recorrido, a lo que hay que sumar al menos 2 horas adicionales para pasar la frontera. Esto da como resultado que un camión pueda tardar por lo menos 13 horas y media, en lugar de las 10 previstas en teoría para llevar la carga a su destino. Para el comercio, estos retrasos son un factor determinante que puede afectar la calidad de los productos, en especial si son perecederos (BANCO MUNDIAL, 2013).

Para superar la problemática de la infraestructura, América Latina requiere de la implementación de un sistema de transporte intermodal, que ayude a las diversas modalidades de transporte a complementarse entre sí. Sin embargo, el principal desafío es alinear la concepción, diseño, ejecución y seguimiento de las políticas de infraestructura a nivel regional de los gobiernos latinoamericanos de modo que maximicen sus efectos en el proceso de integración (CEPAL, 2011: 59).

Y es que los obstáculos al transporte y el comercio no solo provienen de una infraestructura deficitaria, sino también de aspectos institucionales y regulatorios del sector. Por ejemplo, en un estudio sobre los obstáculos al transporte terrestre internacional de carga en el MERCOSUR, se estimó que el peso relativo de los problemas institucionales era mayor que el de los provocados por las estrecheces físicas de la infraestructura (CEPAL, 2011. 23). En otras palabras, para paliar esta problemática no solo es importante invertir más, se necesita invertir mejor, con marcos legales e institucionales que aseguren su implementación a nivel supranacional.

En cuanto a las infraestructuras sociales y de servicios públicos, se necesitan inversiones que no todos los países están en la capacidad de afrontar individualmente. Por ello, las políticas de corrección de este tipo de asimetrías (que necesariamente conllevan acciones redistributivas) son las medidas más polémicas, ya que en procesos de integración “sur-sur” como el latinoamericano, todos los países miembros poseen bajos niveles de desarrollo y cuentan con recursos económicos muy limitados (Sanahuja, 2010: 87).

1.2. Asimetrías Comerciales

Uno de los principales postulados de Ernst Haas, es que los miembros de los grupos regionales se perciben más interdependientes a medida que las transacciones aumentan entre ellos (Oyarzún, 2008), y dentro de éstas, el comercio tiene un sitio preponderante. De esta manera, los flujos comerciales ponen en evidencia el grado de interacción e interdependencia regional en el aspecto comercial, las capacidades competitivas de las economías (exportaciones) y sus debilidades (importaciones), así como la contribución al intercambio intra-regional (en términos de cantidad y tipo producción) como veremos en el primer punto. De aquí, que si el intercambio intrarregional es bajo, puede deberse a una dependencia comercial respecto a un socio extrarregional como Estados Unidos, que es lo que precisamente analizaremos

en el segundo punto; mientras que en el tercero, tomando en cuenta la tradicional especialización en materias primas de las economías latinoamericanas, trataremos en qué medida la diversificación de éste rubro ha modificado las relaciones de dependencia a escala continental respecto a la potencia del norte. Todo esto nos permitirá dilucidar el nivel de relevancia que representa el mercado de América Latina y el Caribe para los países que la conforman y el grado de vinculación entre ellos, y si estos son suficientes como para desbordar en otros sectores de las relaciones regionales y en una mayor integración.

1.2.1. Nivel de intercambio comercial intra América Latina

En Suramérica se identifican dos grupos de países según sus exportaciones intrarregionales: las economías con una menos “sofisticada” estructura productiva que se especializan en productos primarios y sus derivados y aquellas con un sistema productivo relativamente más desarrollado y de mayor tamaño, que poseen exportaciones más diversificadas que incluyen manufacturas de contenido tecnológico medio y alto, que si bien no son tan competitivas a escala global, sí lo son en lo regional. A partir de esto, el comercio intra-suramericano también evidencia flujos de dos vías (exportaciones e importaciones simultáneas dentro del mismo sector de actividad) tanto de manufacturas como de recursos naturales, que respecto al primero, se concentra básicamente en sectores como el automotriz, textil, de productos químicos y plásticos (Gayá y Michalczewsky, 2014: 36).

El período 2003-2011 se caracterizó por el alza sostenida de las exportaciones suramericanas, con excepción del 2009 en el marco de la crisis internacional. El incremento en los precios de los commodities en esa etapa explicó casi dos tercios del incremento de envíos al resto del mundo, a la vez que contribuyó en un 28.7% al aumento de las ventas intrazona gracias al mayor crecimiento y poder adquisitivo de las economías latinoamericanas durante dicho período, en el que de hecho, las exportaciones intrarregionales se expandieron a un ritmo promedio superior a las extra-zona: 19% anual frente al 16.6% respectivamente (Gayá y Michalczewsky, 2014: 9).

Debe subrayarse que las importantes diferencias de tamaño entre las economías de América del Sur se reflejan en su participación en la oferta exportable hacia la región: cuatro de cada diez dólares del valor exportado intra-zona provienen de Brasil, el cual junto a Argentina, representan el eje

principal del comercio intra-sudamericano con más del 60% de las ventas intrarregionales (Gayá y Michalczewsky, 2014: 12)

En cuanto a la relevancia del mercado regional como destino de exportaciones, se puede distinguir en la región suramericana cuatro grupos de países: 1) aquellos sin salida al mar (Bolivia y Paraguay) para los cuales los socios regionales representaron la mayor parte de las exportaciones en 2011, con un 58.7% y 65.2% respectivamente; 2) economías cuyas exportaciones a la región representan entre 20% (Ecuador) y 40% (Argentina y Uruguay) del total; 3) países que destinaron a América del Sur entre el 10% y 20% de su producción como Brasil, Chile, Colombia y Perú; y 4): Guyana y Venezuela, que envían a Suramérica menos de la décima parte de sus exportaciones (Gayá y Michalczewsky, 2014: 12).

Aunque la especialización en materias primas y sus derivados se refleja en parte en el comercio intra-sudamericano, éste de hecho –al igual que en toda América Latina- se caracteriza por manufacturas y bienes de contenido tecnológico medio y alto, así como por la existencia de flujos de dos vías en esos rubros. El mejor ejemplo de esto es el sector automotriz entre Argentina y Brasil, en el cual gracias al régimen de comercio automotor vigente entre ambos países, cada uno de estos puede abastecerse con autopartes libre de impuestos del otro socio y, de esta forma, satisfacer en conjunto la demanda regional en el campo automotriz (Gayá y Michalczewsky, 2014: 26).

Así, el binomio Argentina-Brasil constituye el principal agente de comercio intrarregional total y de manufacturas, además de presentar el intercambio de dos vías de mayor intensidad en la región, aunque también es remarcable la actividad de-países como Ecuador y Uruguay que presentan un significativo comercio intra industrial con sus vecinos y socios subregionales. (Gayá y Michalczewsky, 2014: 36).

En cuanto a Centroamérica, en el período 2005-2011, el comercio intrarregional creció a un ritmo anual del 10.4%, experimentando una caída en el año 2009 del 19.1% como consecuencia de la crisis financiera internacional. No obstante, el comercio intrarregional empezó una rápida y sostenida recuperación en el año 2010 al crecer las exportaciones intra Centro América en un 11.8% respecto al 2009, mientras que para el 2011, esta cifra ya era del 16.1% (7,218 millones de dólares) en comparación al mismo año base (SIECA, 2013: 15). Incluyendo las exportaciones de Panamá a la región, el comercio

intrarregional alcanzó un monto de 9873 millones de dólares en 2013, un incremento de apenas 0,9% con respecto a 2012, el cual sin embargo, volvería a repuntar con una tasa anual promedio de 6.8% entre 2009 y 2013 (Cordero, 2014: 37).

Esta capacidad de recuperación muestra el dinamismo de este bloque regional, así como la importancia que ha adquirido para las economías de sus países miembros.

Durante el período 2009-2013, con excepción de Guatemala y Nicaragua, la dinámica del comercio intrarregional del resto de los países centroamericanos ha sido mayor que la de las exportaciones extrarregionales. En Costa Rica, la tasa de crecimiento promedio anual de sus exportaciones intrarregionales fue de 8.3% mientras que la de las extrarregionales fue de 5%. En El Salvador estas tasas fueron de 7.5% y 7.1% respectivamente. Honduras fue el país que mostró la mayor expansión en su comercio intrarregional con un 10.5%, frente al 7.7% de comercio extrarregional. En Guatemala, el fenómeno fue el contrario, con un ascenso en sus exportaciones extrarregionales de 7.6% mientras que en las intrarregionales fue de 5.2%. Finalmente en cuanto a Nicaragua, el considerable aumento de sus relaciones comerciales con socios fuera de la sub región como Venezuela, influyó en una tasa de crecimiento de un 33,9% en este sector entre 2009 y 2013, muy superior a la tasa de crecimiento del 4.9% que registró en el comercio intrarregional (Cordero, 2014: 37).

En cuanto a la participación en el total de exportaciones intrarregionales, el mayor exportador en los últimos años ha sido Guatemala con 30.5% del total, seguido por El Salvador (23.8%), Costa Rica (23.6%), Panamá (8.5%), Honduras (8.4%) y Nicaragua (5.2%). Las exportaciones de Guatemala pasaron de 1053 millones dólares en 2004, a 2165 millones de dólares en 2013; esto es, un incremento promedio anual de 7.5% (Cordero, 2014: 38).

En el caso de Honduras, pese a que su participación es una de las más bajas en el comercio intrarregional, sus exportaciones a este mercado han mostrado un incremento sostenido a un promedio anual del 11.3%, al pasar de 263 millones de dólares en 2004, a 772 millones de dólares en 2013, es decir, a más del doble. El mayor importador del mercado centroamericano también es Guatemala, país responsable del 31.1% de las importaciones intrarregionales.

El Salvador es el segundo mayor importador de la región (27.4%), seguido por Costa Rica (15.4%), Honduras (14%), Nicaragua (9.4%) y Panamá (2.6%). Los únicos dos países con un saldo comercial negativo intrarregional son Honduras con 315 millones de dólares y Nicaragua con 261 millones de dólares (Cordero, 2014: 12).

Al interior del mercado centroamericano, se observa que los principales volúmenes de comercio se concentran entre países limítrofes. Los mayores mercados de exportación para Costa Rica en Centroamérica son Panamá (27% del total de sus exportaciones a esta región) y Nicaragua (23%). Para El Salvador sus principales socios de la región son Honduras (36%) y Guatemala (33%). En el caso de Guatemala es El Salvador con 40% y Honduras con el 28%. Honduras destina el 36% de sus ventas intrarregionales a El Salvador y el 30% a Guatemala. Nicaragua, por su parte, tiene como principales socios a El Salvador (37%) y Guatemala (23%). Finalmente, Panamá envía el 32% de sus ventas a la región a Costa Rica y el 23% a Honduras (Cordero, 2014: 39).

En cuanto a la naturaleza de los productos comerciados, se evidencia una gran diversificación en donde sobresalen las mercancías manufacturadas y productos de agroindustria (SIECA, 2013: 17). Se destacan aquellos basados en recursos naturales: cigarrillos, harinas, productos de panadería, salsas, preparaciones y conservas, entre otros. Así también se observa la fuerte presencia de bienes de baja tecnología como papel para toallas, envases de plástico, insecticidas, las cajas de papel, tejidos, hilos, cables conductores, entre otros. (Cordero, 2014: 43). Es importante destacar que dentro de los veinte principales productos de exportación intra-centroamericanos, solamente siete son productos agroindustriales, y dentro de estos sólo dos (leche y queso) son netamente agropecuarios (SIECA, 2013: 17).

En lo que respecta al CARICOM, en la década de los 80, las exportaciones intra-bloque y hacia el resto de América Latina y el Caribe (en adelante ALC) representaban tan solo 5% de las exportaciones totales, mientras que con el resto del mundo promediaban el 90%. Entre 1990 y 1999, se empezó a revertir esta situación con el crecimiento pronunciado de las exportaciones nominales intra bloque, las cuales alcanzaron una tasa anual promedio del 9.82%, en buena parte gracias a la conformación del Mercado y Economía Únicos de la CARICOM (CSME). En este lapso, las exportaciones hacia el resto América Latina también experimentaron un importante

crecimiento, alcanzando 11.53% anual. Durante el período 2000-2013, la tendencia de la última década del siglo XX se consolidó, creciendo las exportaciones intra bloque de la CARICOM a una tasa anual promedio del 11.21%. Específicamente, para el año 2013, las exportaciones intra CARICOM representaban 14% del total, mientras que América Latina el 26% y el resto del mundo el 60% (SELA, 2015: 38).

En el periodo 1998-2013, todos los países de la CARICOM, con la excepción de Barbados y San Vicente y las Granadinas, tuvieron como principal destino de sus exportaciones al resto del mundo. En esto resalta el caso de Haití y Jamaica, donde este destino ha representado tradicionalmente casi la totalidad de sus exportaciones, con variaciones mínimas hasta el día de hoy. Es destacable, sin embargo, el cada vez mayor dinamismo de los intercambios intra bloque el cual ha elevado como segundo mercado de importancia para sus socios al mismo esquema de integración caribeño, en el que Trinidad y Tobago posee la mayor participación dentro de las exportaciones totales, seguida por países con una actividad comercial intermedia -Jamaica, Bahamas y Barbados- y finalmente, por un tercer grupo conformado por pequeñas islas y países menos desarrollados como Haití y Guyana. (SELA, 2015: 46).

Aunque los balances de comercio intrarregional se muestran positivos con avances considerables a nivel latinoamericano, las asimetrías existentes entre los países se replican inevitablemente en su interacción comercial intrarregional. Dentro de los bloques regionales se observan superávits y déficits crónicos directamente vinculados con el nivel de desarrollo y el tamaño de las economías participantes. De esta forma, en el MERCOSUR, Argentina y Brasil son superavitarios permanentes, mientras que el resto de miembros son deficitarios, en buena medida por la adquisición manufacturas de los primeros dos. De hecho, el MERCOSUR arroja las mayores asimetrías comerciales, al punto que en el caso de Uruguay, el déficit comercial con el MERCOSUR es superior que su déficit comercial global (SELA, 2011).

En la CAN, Colombia es superavitario regular acompañado por Bolivia, mientras que Perú y Ecuador son por lo general deficitarios. En el MCCA, los que sacan por lo general dividendos del comercio regional son Costa Rica y Guatemala, a la par que Honduras y Nicaragua -los de menor desarrollo- compran más de lo que venden a la región. Por último, en la CARICOM,

Trinidad y Tobago y Barbados muestran un regular superávit intra-bloque, mientras que Jamaica y los demás miembros, usualmente son deficitarios (SELA, 2011: 32).

En América Latina, todos los países que integran un bloque subregional tienen como principal mercado regional a su misma subregión. América del Sur y Centroamérica constituyen mercados significativos -con 20% o más de las exportaciones totales- para doce de los quince países considerados por el presente estudio de la SELA del 2011 (Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Venezuela, Chile, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua). Con las excepciones de Chile, Costa Rica y Perú, donde las exportaciones de estos países a la región representan entre el 14% y el 17% de las totales, los mercados de América del Sur y Centroamérica son importantes - 30% o más- para ocho países y, altamente relevantes -40% o más- para cuatro. Cabe subrayar que muchos de los países "pequeños" de la región como Paraguay, Bolivia, Guatemala, El Salvador, Uruguay, Nicaragua y Ecuador destinan en promedio más del 30% de sus exportaciones totales a ALC en especial a sus bloques subregionales (SELA, 2011: 34).

En cuanto al nivel de dependencia generado por el comercio intra regional, podemos esclarecerlo de la siguiente manera. Por ejemplo, si las exportaciones de Argentina a Uruguay significan 2.5% de las totales y, a su vez, las exportaciones de Uruguay a Argentina significan 8.2% de las totales, el cociente ($8.2/2.5=3.28$) indica el grado de dependencia de Uruguay respecto a Argentina. Se considera que este cociente es extremadamente alto si es superior a 10; muy alto si se ubica entre 10 y 5; alto entre 5 y 3; moderado entre 3 y 2; y bajo si es inferior a 2. De esto resulta que el MERCOSUR es la región con mayor dependencia, donde la relación entre Brasil y Bolivia es 67, entre Brasil y Uruguay es 22.2; entre Brasil y Paraguay es 17.9, es decir, una dependencia extremadamente alta en todos los casos (SELA, 2011: 34).

Aunque después de 2001, las exportaciones intra zona de manufacturas así como por bienes de contenido tecnológico (bajo, medio o alto) han experimentado un sensible retroceso del 14% a causa de la "reprimarización" de las exportaciones latinoamericanas impulsada por los favorables precios de los commodities de la última década, éstas aún representan alrededor del 80% del total del comercio intrarregional latinoamericano. Así, dentro del comercio

intra MERCOSUR, las manufacturas metálicas -y en especial las de material de transporte- poseen un importante peso dentro el esquema, a la par que los químicos (desde mercancías de bajo contenido hasta medicamentos de alto contenido tecnológico) son marcadamente significativos en el MCCA representando un 24.6% de las exportaciones totales realizadas en el bloque, mientras en la CAN este rubro es el 19.4% y en el MERCOSUR 16.7% (SELA, 2011: 36-37-38).

En lo que respecta al intercambio comercial entre bloques, el MERCOSUR exportaba a la CAN, en el período 2008-2009, maquinaria y equipo (40%) y alimentos, bebidas, tabaco, textiles y cuero (27%), seguido de otros bienes (20%). La CAN le exportaba al MERCOSUR minerales, electricidad, gas (65%), otros bienes (14%) y maquinaria y equipo (12%). Al MCCA, el MERCOSUR exportaba maquinaria y equipo (50%), otros bienes exportables (30%) y alimentos, bebidas, tabaco, textiles y cuero (20%). Por su lado, el MCCA exportaba al MERCOSUR bienes varios (55%), maquinaria y equipo (16%) y productos agrícolas (15%). La CAN le exportaba al MCCA otros bienes exportables (48-50%) y minería (30%). El MCCA exporta a la CAN, alimentos, bebidas, tabaco, textiles y cuero (30%), otros bienes exportables (29%), bienes agrícolas (20%) y maquinaria y equipo (20%) (SELA, 2011: 39).

La observación de estos datos revela que el MERCOSUR exporta a los otros acuerdos regionales principalmente maquinaria y equipo; la CAN minería y, el MCCA, exporta principalmente "otros bienes exportables" entre ellas manufacturas químicas y alimentos, bebidas, tabaco, textiles y cuero (SELA, 2011: 39).

La evolución del comercio intra industrial en la región es un indicador de desarrollo relativo y dinamismo, así como de la potencialidad de comercio exportador, en especial en cinco países (Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica y Uruguay) que han desarrollados relaciones intra industriales dentro de América Latina (SELA, 2011). Aun así, los destinos de las corrientes comerciales indica la persistencia de un alto grado de apertura (y dependencia) de la región en conjunto hacia los grandes mercados externos, dada la dependencia hacia las materias primas en el comercio extra zona y la todavía escasa concentración del comercio intrarregional, que para tener una idea, en el caso de la Unión Europea ronda alrededor del 70%. (Cienfuegos, 2010: 344).

¿Y México? Bueno, en cuanto al país azteca, este destina sus exportaciones en un 79% a los Estados Unidos, mientras América Latina representa tan sólo el 5.4% de sus ventas (CNNEXPANSION, 2015). Ese dato resume totalmente la dependencia mexicana al mercado estadounidense, así como su irrelevante participación, al momento, en la dinámica del comercio intrarregional latinoamericano.

En la concepción de Nye, la integración es un fenómeno que se acompaña necesariamente de un aumento del comercio, movimientos de capitales, las comunicaciones e intercambio de personas e ideas (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 455). Sin embargo, en el caso latinoamericano, este escenario se ve altamente afectado por la presencia de graves asimetrías estructurales que afectan los niveles de intercambios comerciales y, generan a la vez, muy disímiles niveles de competitividad que repercuten en la capacidad de muchos de los países miembros de obtener beneficios reales del proceso, provocando de esta manera la constante implementación de medidas proteccionistas para sus mercados e industrias. Esta situación da como resultado procesos de integración comercial en extremo trabados y sin las condiciones de intensa cooperación necesarias que generen un “derrame” en otros sectores de la vida económico-comercial de los países, inviabilizando de esta forma, la integración en su conjunto.

La plena integración comercial es un elemento inherente e inseparable del proceso en conjunto. Como señala Deutsch, los pueblos se integran en la medida en que se vuelven interdependientes, en especial en aspectos concretos como el comercial: *“donde quiera haya interdependencia inmediata, no de sólo uno o dos bienes o servicios especializados sino de una muy amplia gama de bienes y servicios diferentes, uno puede suponer que está tratando con un país”* (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 447).

1.2.2. Dependencia comercial respecto a Estados Unidos

La posición de América Latina y el Caribe en el comercio global ha cambiado poco en las últimas décadas, lo que no es el caso del tradicional socio comercial latinoamericano, Estados Unidos, el cual respecto a la región, ha reducido de forma notable su participación en los intercambios comerciales interamericanos (SELA, 2013: 5). Gracias a esto, así como por la mayor presencia comercial de una pujante China en este último decenio y medio, América Latina se ha permitido desafiar, hasta cierto punto, la tradicional

relación de privilegio que todavía mantiene con Estados Unidos en favor de una mayor diversificación comercial.

En lo anterior a la crisis de 2008, en las subregiones latinoamericanas se constataba un escaso dinamismo en la diversificación de mercados. Es así que el Mercosur, producto del regionalismo de la década del 90, tenía como principales clientes a América Latina y el Caribe (en especial Suramérica), la Unión Europea y los Estados Unidos, en proporciones próximas al 30%, 24% y 18%, respectivamente. En la Comunidad Andina, en cambio, los principales clientes eran los EE.UU, ALC y la UE, en torno al 45%, 20% y 10%. Complementando la región de América del Sur, Chile tenía por principal cliente a la UE, seguido de ALC y EE.UU, con participaciones relativas del 25%, 20% y 15% (Simonit, 2010).

A partir de entonces se suscita la irrupción china en la zona, cuyo mercado ha ido cobrando cada vez mayor importancia para América Latina y el Caribe. Las exportaciones de la región a China representaban en el 2000 poco más del 1% mientras que en el 2012 esa cifra representaba ya el 10%. La fortaleza económica del gigante asiático ha tenido un profundo impacto en la región, al punto que ha superado en años recientes los envíos a Estados Unidos y se ha posicionado en la actualidad como el principal socio comercial de Argentina, Brasil, Chile y Perú, (SELA, 2013: 3), mientras que para otros países como Costa Rica y Cuba, este mercado representa el segundo destino de las exportaciones según la CEPAL (SAIZ, 2013).

Brasil es el principal país exportador de la región a China con una participación del 39% del total exportado en 2011 y del 44% en 2012. A este le sigue Chile (cuyas exportaciones a China duplicaron las hechas a Estados Unidos en ese período), Venezuela, Argentina, México y Perú, los cuales en conjunto son responsables del 95% de las exportaciones de la región hacia ese mercado (SELA, 2013: 16).

Incluso México, a pesar de sus estrechos vínculos económicos y geográficos con Estados Unidos, sus interacciones con China ha aumentado, en lo que respecta a las importaciones, estas alcanzaron en 2012 un 15.4% del total importado, un porcentaje muy superior al 0.7% en el 2000 (SELA, 2013: 19).

De esta forma, se puede resumir que el comercio de la última década entre América Latina y Estados Unidos ha sido marcado por una clara tendencia en la mayoría de países latinoamericanos de reducción del porcentaje de sus compras y/o ventas al mercado estadounidense, a la par que las han aumentado en los países asiáticos (SELA, 2013: 3). Interacción que no solo se ha incrementado en el área comercial sino también en el financiero y de inversiones.

Según el Ministerio de Comercio Chino, Latinoamérica es el segundo mayor destino inversor del país tras el continente asiático, lo que es confirmado por el Centro Woodrow Wilson al señalar que la inversión china había pasado de 10000 millones de dólares en el año 2000, a 100000 millones para 2009 (10 veces más), y que tan sólo dos años después, ésta cifra se había elevado a 245000 millones de dólares, es decir más del doble. Esa inversión fue determinante para que América Latina pudiese sortear el impacto de la recesión económica del 2009, año en el que las exportaciones de América Latina a EE.UU y Europa cayeron en un 26% y 28% respectivamente (Saiz, 2013).

De hecho, la relativamente reciente dependencia de la economía de América Latina a China se ha convertido en un factor relevante en la realidad regional: por cada 1% que crece el PIB chino, crece un 0,4% el latinoamericano, por cada 10% que crece China aumentan las exportaciones de América Latina al gigante asiático en un 25% (Saiz, 2013). Si bien la presencia china en Latinoamérica sirvió para garantizar la estabilidad económica de la región, en estos últimos años hemos podido palpar la otra cara de ese fenómeno, con la caída de la demanda de commodities por parte de dicho país, así como de sus flujos de inversión y crédito a la región.

Sin embargo, a pesar del terreno que ha ganado China en la región, la influencia estadounidense sigue siendo fuerte en materia comercial. El comercio entre EE.UU. y ALC aumentó de US\$ 380 mil millones en 2000 a US\$ 849 mil millones en 2012 (SELA 2013: 10), en el que México, por sí solo, absorbe un promedio del 61,9% de las importaciones hechas desde los países miembros del SELA. A más del país azteca, en América Latina, Estados Unidos posee acceso preferencial a los mercados con los que ha firmado TLC, en los que se incluyen Colombia (del cual recibe 40% de sus exportaciones), Perú y Chile en Suramérica, así como los centroamericanos Costa Rica, El Salvador,

Guatemala, Honduras y Nicaragua más República Dominicana en el marco de TLCAC-RD (SELA 2012: 6).

En efecto, los Estados Unidos siguen siendo el principal mercado de exportación de todos los países centroamericanos. A nivel regional, 40.5% de las exportaciones del Mercado Común Centroamericano (MCCA) se dirigen a los Estados Unidos, teniendo en El Salvador y Nicaragua un peso aún más importante con el 45% del total de sus exportaciones. A pesar de ello vale remarcar la creciente relevancia del resto de América Latina para Centroamérica, al cual envía ahora el 35,5% de sus exportaciones totales, convirtiéndose así en su segundo socio comercial (Cordero, 2014: 21).

En cuanto a la inversión, los flujos de inversión estadounidense hacia América Latina (incluido México) han disminuido y/o se han estancado durante la última década, al pasar del 11.4% del total en 2001 al 3.4% en 2012. En el caso de Venezuela, esta bajó del 2.7% en 2000 al 0.8% en 2012, a la par que países como Chile o Perú, incrementaron su importancia relativa como receptores de inversiones estadounidenses. (SELA, 2013: 4).

El comercio entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe, ha estado tradicionalmente marcado por las materias primas, y dentro de estas, los hidrocarburos han sido un componente fundamental de las relaciones comerciales entre ambos. Aunque esto sigue siendo así en la actualidad, la tendencia ha comenzado a experimentar fuertes cambios desde el norte, a medida que la producción de gas y petróleo en Estados Unidos continúa incrementándose. De acuerdo a varias proyecciones, Estados Unidos puede dejar de ser un importador neto de productos energéticos en los próximos años y alcanzar niveles elevados de autosuficiencia en el sector.

Esta nueva dinámica puede expresarse de manera más adecuada al comparar históricamente las exportaciones e importaciones de productos energéticos por parte de los EE.UU. a ALC. En el año 2000, las importaciones de EE.UU. provenientes de la región fueron 7 veces más grandes que sus exportaciones; en 2012, estas solo fueron 2 veces mayores. Esto se debió principalmente al incremento de más de un tercio de la producción estadounidense de petróleo entre 2007 y 2012; el cual ha contribuido de hecho, para que el país norteamericano sea ahora exportador neto de combustibles hacia varios países de ALC, modificando de esta forma, la tradicional matriz del comercio de combustibles entre ambas regiones (SELA, 2013: 4-17).

De hecho, se estima que alrededor del 2020, la producción de petróleo en EEUU aumentará en un 20% hasta alcanzar los 6,7 millones de barriles por día gracias al boom de la producción de hidrocarburos de esquisto, lo que reducirá aún más su dependencia de las importaciones en favor de una posición exportadora hacia Latinoamérica (OIL y POWER, 2011).

A pesar de la diversificación comercial y de inversión experimentada por América Latina y el Caribe en la última década, Estados Unidos continúa disfrutando de un peso importante en la región, la cual inclusive ha ido cobrando cada vez mayor importancia como destino de exportaciones para el país norteamericano, pasando del 21.8% en el 2000 a representar el 25.8% del total exportado por Estados Unidos en 2012. Así, América Latina y el Caribe en su conjunto se ha convertido en un mercado más importante como destino de exportaciones que, por ejemplo, la Unión Europea o China (SELA, 2013: 3).

No obstante, ha sido precisamente esta menor dependencia comercial hacia Estados Unidos (por tanto económica, financiera y política), lo que ayudó en la década pasada, a emerger revitalizadas propuestas integracionistas. Y es que éste es un factor de suma importancia en lo que respecta al proceso: las relaciones de comercio significan ingresos, y este dinero condiciona la política, así como las directrices económicas y comerciales. La heterogeneidad de niveles de dependencia de los países latinoamericanos respecto a la potencia del norte, se traducen adicionalmente a su vez, en una multiplicidad de percepciones en lo que concierne a la preponderancia de la integración latinoamericana sobre las tradicionales relaciones de dependencia con EE.UU. Una reducción de esta variable puede afectar las llamadas por Nye, “condiciones perceptuales” que influyen a los encargados de las tomas de decisiones dentro de los países y en el proceso integrador, respecto a los problemas o factores externos con los que habrá que hacer frente de avanzar con la integración, como por ejemplo, la dependencia de exportaciones hacia socios extrarregionales y la hostilidad de potencias foráneas respecto al proceso (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 458).

1.2.3. Competencia entre exportadores de materia primas

América del Sur (y Latina en general), se ha posicionado tradicionalmente como exportadora neta de materias primas a los países industrializados, así como de manufacturas basadas en recursos primarios, a la vez que en la escena internacional, es importadora neta de productos con

tecnología media y alta de los países del “primer mundo”, desprendiéndose de esta forma que los países latinoamericanos, al implementar una inserción individual en el mercado global, se posicionan a sí mismos como competidores en la provisión al mundo de commodities (Simonit, 2010).

América Latina ha sido tradicionalmente beneficiaria de su gran dotación de productos mineros, energéticos y agropecuarios, cuyo valor nominal prácticamente se duplicó entre 2003 y 2013 (Ruiz, 2014: 36), gracias en buena parte, a la entrada en escena de una voraz China que ha encontrado en la región, un excelente suministrador de las materias primas que tanto necesita para sustentar la locomotora de su desarrollo -petróleo venezolano, cobre peruano, soja brasileña, plata mexicana, entre muchas otros- (Pereira, 2015).

En el período 1990-2013, la Inversión Extranjera Directa (IED) china en los países latinoamericanos ascendió a 51000 millones de dólares, 90% de los cuales se concentraron especialmente en sectores como la minería, hidrocarburos y agricultura. Las inversiones en petróleo y gas en la región, han alcanzado un flujo de inversión de 30000 millones de dólares, mientras que el área de la minera ha recibido una vertiente de cerca de 10000 millones de dólares (Pereira, 2015). En este contexto, los países latinoamericanos no han tenido que salir a la caza de mercados para los productos semejantes que exportan, sino que las economías emergentes como China e India, se han abalanzado a la región para abastecerse de los mismos.

En cuanto a la minería, conjuntamente con el cobre, hierro y litio, la región -y en especial Suramérica- dispone de importantes depósitos de zinc, plomo, cromo, manganeso, níquel, molibdeno, entre otros, lo que explica que un 25% de las inversiones globales para la exploración de nuevos yacimientos minerales se concentren en América Latina. En comparación, en América del Norte se invierte alrededor de un 26%, mientras en África la cifra es de solo el 15%, lo que revela la importancia que la región detiene para el sector minero internacional (Prange y Palapero, 2013).

La vulnerabilidad a la dependencia de las materias primas y a los mercados de destino se muestra elevada en países como Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Uruguay y Venezuela, una situación que se vuelve aún más crítica si consideramos que la oferta exportadora se concentra en unas pocas variedades de productos. A excepción de Brasil, que posee una

oferta productiva comparativamente más diversificada, entre el 60% y el 70% de las exportaciones totales de los países latinoamericanos giran alrededor de una categoría de materias primas: Argentina y Uruguay se especializan en productos agrícolas; Venezuela, Colombia y Ecuador, en hidrocarburos; mientras que Chile y Perú, en minería. México por su parte, ha mostrado una reducción de dependencia hacia las materias primas, este rubro sólo supone el 26% de las ventas internacionales de éste país (Ruiz, 2014: 36).

No obstante, la relevancia de los productos primarios no se circunscribe solamente al comercio internacional con los grandes mercados. Las ventas regionales de varios países de América del Sur se concentran considerablemente en productos energéticos, agropecuarios y minerales -en formas primarias y procesadas- a la misma región. Entre los más destacados encontramos a Paraguay, Guyana, Bolivia, Venezuela, Surinam y Ecuador; en los dos primeros, los productos agropecuarios representan más de 80% de sus ventas al resto Suramérica, a la vez que en resto predomina los envíos de hidrocarburos: Surinam (88,3%), Venezuela (66,2%), Ecuador (50,5%) y Bolivia (75%), el cual casi en su totalidad va dirigido a Brasil. Sin embargo, en los envíos de este último a la región también constan metales, especialmente hierro y acero así como petróleo y sus derivados, al igual que en el caso de los países andinos. En las exportaciones de Argentina y Uruguay destacan los productos agropecuarios y, en el caso del país gaucho, también hidrocarburos y sus derivados (Gayá y Michalczewsky, 2014: 14-20-21).

Como vimos anteriormente, las tendencias de la matriz energética entre EE.UU. y ALC han sufrido importantes cambios últimamente, en especial por la mayor capacidad productiva estadounidense mediante la explotación de esquisto así como por el agotamiento (y falta de inversión) en los yacimientos existentes en Latinoamérica, (SELA, 2013: 4). Sin embargo, las materias primas, y en especial los hidrocarburos y minerales, seguirán siendo un componente clave en la ecuación comercial hemisférica en el mediano y largo plazo. Estudios recientes del *Mineral Information Institute* ofrecen listados sobre la creciente falta de autosuficiencia de los EE.UU. en materiales prioritarios que deberá llegar a importar al cien por ciento, entre ellos arsénico, columbo, grafito, manganeso, mica, estroncio, tantalum e yttrium. EEUU también es deficitario al 99% de la bauxita y alúmina; 98% de piedras preciosas; 95% de diamantes industriales y asbestos; 94% del tungsteno; 91% del grupo de metales del platino; 84% del estaño; 79% del cobalto; 75% del cromo; 66% del

níquel. A esta aguda “dependencia estratégica” de minerales que enfrentará en un futuro el país del norte, se añade según la *Coalition for Affordable and Reliable Energy*, un inevitable déficit de hidrocarburos en las próximas dos décadas en la que EEUU requerirá un 31% más producción de petróleo y 62% más de gas natural para solventar sus necesidades (Saxe-Fernández, 2009: 24).

Así, los lazos de dependencia entre recursos naturales del sur y capital del norte no dan señales de romperse definitivamente a largo plazo, dependencia que seguirá restando a los países latinoamericanos, de la libertad de maniobra necesaria en lo político y económico, en especial considerando que América Latina figura entre los altos mandos estadounidenses como su reserva estratégica de sus recursos deficitarios.

El tradicional rol abastecedor de materias primas de América Latina hacia las economías industrializadas, ha obstaculizado por décadas la complementariedad económica entre los países de la región a un nivel suficiente como para promover la integración. Esta dependencia ha provocado a su vez, que cada crisis a raíz de caídas de los precios de las materias primas, impacte directamente en el nivel del comercio intra regional: a menores ingresos, los países latinoamericanos tienen menos dinero para gastar, siendo los primeros afectados los lazos comerciales intra-latinoamericanos forjados en el período precedente a la crisis. Sin embargo, la dependencia de commodities tiene otra repercusión aún más importante: hace a las economías de la región extremadamente sensibles a los shock externos y por ende muy inestables, cuando un proceso de integración requiere justamente lo contrario: países consolidados en lo político, social y económico.

1.3. Caso MERCOSUR

Las asimetrías constituyen el principal obstáculo que imposibilita los niveles de vinculación e intercambios necesarios para que tenga lugar una interacción económica plena que desborde en un mercado común. De ahí la importancia de entender su naturaleza y situación en un organismo de integración como el MERCOSUR, el cual al presenta las desigualdades más graves y que nos sirve para ejemplificar la problemática de América Latina y el Caribe en su conjunto, lo cual será abordado en el punto uno. En adición, esta instancia es la única en la región, donde se ha implementado en la práctica un mecanismo para el tratamiento de las asimetrías, el Fondo para la

Convergencia Estructural del MERCOSUR (FOCEM), el cual haciendo énfasis en la infraestructura física como veremos en la segunda sección, busca que el mitigamiento de esta área clave, se ramifique en la solución del resto de asimetrías que se originan a partir de esta.

1.3.1. Efectos de las asimetrías en el proceso de integración

Dentro de la teoría funcionalista de Mitrany, emerge con relevancia la doctrina de "ramificación" por la cual el intenso desarrollo de la colaboración en un campo técnico genera una necesidad de colaboración en otra serie de sectores. Así, el objetivo de crear un mercado común, por ejemplo, presiona por una colaboración más amplia y profunda en la determinación de precios, inversión, transporte, seguros, impuestos, salarios, seguridad social, bancos, políticas monetarias e infraestructura, los que a su vez se "ramificará" en instancias superiores de integración, como el establecimiento de un arancel externo común, reglas uniformes de competencia, libre tránsito de personas o una política agrícola consensuada, cuya coordinación recaerá, dadas las limitaciones de los Estados, en organismos integracionistas supranacionales (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 444). Lo más cercano a esto en América Latina ha sido la experiencia del MERCOSUR, la cual debido a su falta de supranacionalidad sumado a las dramáticas asimetrías que toman lugar, han limitado significativamente la consecución de los objetivos originales, quedando trucada hasta el momento en una unión aduanera imperfecta.

De hecho, la experiencia de los esquemas de integración que han surgido en América Latina presenta un panorama preocupante en el aspecto económico, ya que como en el caso del MERCOSUR, la misma podría haber sido la causa de dispares desplazamientos espaciales de la actividad productiva entre estados y regiones, profundizando de esta forma las asimetrías ya existentes entre los países miembros (CEPAL, 2007: 11). Esto parece sugerir que las asimetrías estructurales en la integración "sur-sur", generan mayores riesgos para los países menos desarrollados, ya que los mayores beneficiados tienden a ser aquellos con una estructura industrial más consolidada y con economías de aglomeración. En este contexto, los procesos de integración pueden estimular una concentración productiva desproporcionada en los mercados que se consideran más atractivos para la localización de la producción y el desarrollo de una base exportadora, ahondando aún más las disparidades regionales de las áreas periféricas

respecto a los previamente establecidos centros económicos, financieros y productivos del bloque (INTAL, 2009).

Si a la dificultad de aprovechamiento de las economías de escala y las ventajas de la aglomeración por parte de las economías pequeñas, estas además poseen un menor desarrollo relativo y arrastran décadas de problemáticas relacionadas con su estructura productiva, infraestructura y niveles de competitividad; éstas ven severamente limitadas sus posibilidades de obtener beneficios reales del proceso de integración, haciendo que el mismo se vuelva difícil de sostener, tanto en lo económico como en lo político (Berrettoni, 2013: 2).

Así, la experiencia de lo que ha sido hasta hoy el MERCOSUR, sugiere que el proceso de integración ha promovido la especialización de los países más pequeños (Paraguay, Uruguay y ciertos sectores de la Argentina) en recursos primarios, a la par que benefició el surgimiento de fuerzas de aglomeración, economía de escala e industrias basadas en tecnología y mano de obra calificada en Brasil. El impacto sobre los socios pequeños ha sido también heterogéneo: Paraguay ha mostrado un desarrollo estancado por décadas, mientras que Uruguay ha experimentado un crecimiento estable. (Berrettoni y Lucángeli, 2012: 36).

Y es que las disparidades entre los miembros del MERCOSUR en cuanto a tamaño, población y el grado de desarrollo de sus economías son tan profundas, que engloban a en su máxima expresión la problemática de las asimetrías en la integración latinoamericana en su conjunto. El PIB de Brasil es entre 92 y 58 veces más grande que el de Paraguay, en dólares corrientes y a Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) respectivamente. Respecto a Uruguay, la diferencia es menor pero igualmente significativa: entre 44 y 48 veces. Sin embargo, cuando se mide desde el PIB per cápita, el escenario cambia substancialmente: Uruguay posee un PIB per cápita equivalente, y en ocasiones incluso mayor que el de Argentina y Brasil; mientras que en éste indicador, Paraguay se muestra entre 2 y 4 veces inferior del resto de los socios del bloque. De hecho, la brecha de PIB per cápita entre Paraguay y el resto miembros, no sólo no se ha reducido con el transcurso de los años, sino que se ha incrementado desde finales de la década del ochenta. Mientras en 1988 el de Brasil era 1.6 veces superior al del país guaraní, en 2012 ésta

diferencia había aumentado a 3.1 veces, una tendencia que igualmente se puede corroborar respecto con Argentina y Uruguay (Berrettoni, 2013: 3-4).

En cuanto a un indicador más completo como el Índice de Desarrollo Humano (IDH), este refleja una situación similar. Mientras Brasil ha cerrado la distancia con Argentina y Uruguay (los dos países con IDH más alto del MERCOSUR), el índice de Paraguay no solo no mostró mejoras, sino que se amplió respecto a los otros socios, en especial Brasil (Berrettoni, 2013: 5).

Por otro lado, las desigualdades a nivel sub nacional son más marcadas en los miembros más grandes del MERCOSUR. En Argentina y Brasil el ingreso del Estado sub nacional más rico es 10 y 8,5 veces mayor que el del más pobre, mientras en Paraguay y Uruguay, esta diferencia es del doble y triple respectivamente. Si bien el Estado sub nacional más pobre, tanto de Argentina como de Brasil, tiene un ingreso per cápita superior al de Paraguay, a la vez los de ambos países se ubican a la mitad del ingreso per cápita del departamento más pobre de Uruguay (Berrettoni, 2013: 6). Es decir, las desigualdades a nivel sub nacional se muestran diferentes a nivel de cada país.

Bajo todas estas condiciones que hemos abordado anteriormente, las asimetrías regionales y nacionales, sin los mecanismos de corrección necesarios, persistirán y muy probablemente se profundizarán aún más como consecuencia de las economías de aglomeración. La eliminación de barreras comerciales y la libre competencia por sí solos resultan insuficientes para atenuar las disparidades. Se hace necesario la aplicación de políticas, instrumentos e instituciones que suplan las falencias de coordinación, así como la inversión en infraestructura que facilite la descentralización. Aspectos que el MERCOSUR no empezó a abordar con profundidad sino más de una década después de su nacimiento, con la creación del fondo estructural FOCEM.

1.3.2. Tratamiento de asimetrías en el bloque

Como hemos visto, los países del MERCOSUR son altamente disimiles en una amplia gama de características, pero no solo nivel nacional, sino también entre los actores y regiones que las componen. Una complejidad que ha hecho que la identificación y diagnóstico de las asimetrías resulten difíciles de definir así como también las medidas a tomar.

La experiencia de esquemas de integración más profundos como la Unión Europea, han demostrado que para paliar las asimetrías, se debe partir

de políticas orientadas a procurar la convergencia estructural entre los miembros del bloque. Sin embargo el MERCOSUR decidió simplemente ignorar el problema desde los inicios de su existencia, y posar su fe en la concepción neoliberal de que el aperturismo recíproco era el principal instrumento para generar beneficios a todos actores miembros y regulador automático de las problemáticas y desigualdades existentes. Así las medidas iniciales del MERCOSUR, se centraron básicamente en excepciones transitorias a favor de Paraguay y Uruguay mediante listas más amplias y períodos de convergencia más extensos en la adopción del arancel externo común (AEC) (Berrettoni, 2013: 11).

No fue sino hasta el 2003, que por iniciativa y presión de los países más pequeños, el MERCOSUR se decidió tratar el problema de las asimetrías de manera explícita. A partir de esto, se tomaron en lo comercial medidas que otorgaban un trato diferenciado para Paraguay en las negociaciones con terceros mercados y se formuló un contenido regional diferente para éste país en el Régimen de Origen del MERCOSUR, además de permitirle junto con Uruguay, presentar listas adicionales para la aplicación de menores aranceles en la importación de bienes de capital, informática y telecomunicaciones (Berrettoni, 2013: 12).

En adición a lo anterior, a partir Decisión del Consejo del Mercado Común N°27/03, se dio el primer paso para el tratamiento directo de las desigualdades al promoverse estudios para la creación dentro del bloque de fondos estructurales que trataran las asimetrías intra bloque, que derivarían un año más tarde a través de la Decisión CMC N°45/04, en la creación del Fondo para la Convergencia Estructural del MERCOSUR (FOCEM) (Berrettoni, 2013: 13) con el objetivo de financiar programas destinados a desarrollar la competitividad, promover la convergencia estructural y la cohesión social, en particular “*de las economías menores y de las regiones menos desarrolladas*” (Godoy, 2011: 24), con lo cual se reconoció explícitamente y por primera vez, la existencia de fuertes asimetrías dentro del bloque y la importancia de su tratamiento.

A partir de la Decisión CMC N°18/05, el FOCEM quedó integrado oficialmente con un presupuesto anual de \$ 100 millones a partir del tercer año, y un 50% y 75% de dicho monto en el primer y segundo año, respectivamente. Si se toma en consideración que los países más grandes

aportan el 97% de los recursos (Argentina 27% y Brasil 70%) y que el 80% de los mismos se asignan a los países más chicos: Paraguay (48%) y Uruguay (32%), el FOCEM revela un propósito eminentemente redistributivo. El Fondo gira alrededor de cuatro programas: i) Convergencia Estructural; ii) Desarrollo de la Competitividad; iii) Cohesión Social; y iv) Fortalecimiento de la Estructura Institucional y del Proceso de Integración (Berrettoni, 2013: 13).

Desde la creación del FOCEM en 2005 hasta el 2011, se aprobaron 39 proyectos por una cantidad superior a los 1100 millones de dólares. De estos, 17 correspondieron al programa de “Convergencia Estructural”, 11 al “Desarrollo de la Competitividad”, 8 a “Cohesión Social” y 3 al “Fortalecimiento de la Estructura Institucional” (Berrettoni y Lucángeli, 2012: 38).

La decisión CMC N° 18/05 estableció que en los primeros cuatro años de vida del Fondo se le debía dar prioridad a la infraestructura física (programa I) y que como máximo, el 0,5% del presupuesto anual debía estar destinado al Programa IV. De esta forma, los proyectos direccionados a la convergencia estructural acapararon alrededor del 90% del monto total, seguido por “Cohesión Social” (5,7%) y “Desarrollo de la Competitividad” (5,4%). Como reflejo de esto, los cinco proyectos más grandes aprobados en el FOCEM están relacionados del Programa I: tres son energéticos y dos relacionados con el transporte, dos de los cuales están localizados en Paraguay y dos en Uruguay (Berrettoni y Lucángeli, 2012: 38).

El impacto de los proyectos del FOCEM resulta relevante para el desarrollo de las áreas donde se desarrollan, donde los actores económicos sólo estarán dispuestos a incrementar sus niveles de inversión y producción si cuentan con la infraestructura adecuada. Así por ejemplo, se verá beneficiado en el largo plazo el departamento de Concepción en Paraguay, donde el sector ganadero y frigorífico ha necesitado históricamente de la mejora en la infraestructura vial para poder desarrollarse; lo mismo ocurre con la línea férrea Rivera-Tramo Pintado que favorecerá los sectores productivos y exportadores del Uruguay; o el proyecto energético de la provincia de Corrientes que dará impulso a la industria maderera argentina. Se tratan de proyectos con elevados costos fijos que el sector privado no está dispuesto a asumir, y en los que la intervención estatal (mejor aún si es mediante instrumentos regionales) resulta imprescindible para compensar este tipo de falencias del mercado (Berrettoni y Lucángeli, 2012: 41-42).

A partir del análisis de los proyectos de infraestructura más grandes ejecutados por el FOCEM (dos en Paraguay, dos en Uruguay y uno en Argentina), se observa que los mismos se llevaron a cabo en las regiones de menor desarrollo dentro de dichos países, pero en el caso de los proyectos ejecutados en Brasil, no se procedió con esa misma lógica: los 3 proyectos implementados allí están situados en Estados cuyo PIB per cápita es mayor que más de la mitad de los Estados brasileños: Mato Grosso do Sul, Paraná y Rio Grande do Sul. Aunque contradictorio en apariencia, esto cumple en cierta forma con los objetivos del fondo en la Decisión CMC N°18/05, que explicita que las medidas al desarrollo y ajuste estructural debe incluir *"el mejoramiento de los sistemas de integración fronteriza y de los sistemas de comunicación en general"* (Berrettoni, 2013: 13-19), y los tres estados brasileños antes mencionados son fronterizos con el resto miembros, aunque sin embargo, la implementación de estos proyectos bien podría, en la práctica, profundizar la brecha en favor de estas regiones de por sí más desarrolladas. Esto evidencia una vez más la complejidad del tratamiento de las asimetrías dentro del bloque y todas las variables que deben tenerse en cuenta en la implementación de los proyectos, así como en la proyección del balance de los potenciales beneficios y beneficiarios.

Un gran error por parte del MERCOSUR, ha sido la no actualización del valor nominal de los aportes de los socios al FOCEM, lo que junto a la natural devaluación monetaria y el consiguiente aumento de los costos en dólares para la elaboración de los proyectos, han ido mermando el impacto del Fondo dentro de los países miembros. Para apreciar esto de mejor manera, podemos comparar la importancia de los fondos en el 2005 con 2012, en relación al PIB y a su contribución al presupuesto público de los actores involucrados (Berrettoni, 2013: 16).

Mientras en 2005, los \$100 millones del fondo representaron el 0,009% del PIB del MERCOSUR, en 2012 esa proporción se redujo al 0,003%. Los fondos anuales destinados a proyectos de Paraguay (\$48 millones) representaron un 0,55% de su PIB en 2005 y el 0,18% en 2012, mientras que en Uruguay, los \$32 millones que le fueron asignados, cayeron del 0,18% de su PIB en 2005, al 0,06% en 2012. El mismo efecto se puede constatar en cuanto al impacto del fondo en el presupuesto público de los países del bloque. La cantidad destinada a proyectos de Paraguay, representaron en 2005 el 3,1% de los gastos totales de ese país, los cuales pasaron a representar el

0,8% de los gastos del 2012. En el caso de Uruguay dicha proporción disminuyó de 0,59% a 0,19% durante el mismo período (Berrettoni, 2013: 17).

La inflación no sólo ha producido un impacto negativo sobre la importancia relativa de los fondos para sus miembros, sino también ha tenido repercusiones directas sobre los proyectos en marcha, dado que en algunos casos, se ha tenido que pedir más recursos para poder seguir ejecutándolos (Berrettoni, 2013: 16), lo que ha generado controversias como el sobrecoste del 50% en la construcción de Línea de Transmisión 500 kv Itaipú-V. Hayes en Paraguay (ELMUNDO, 2015). El reglamento del FOCEM contempla en parte estas situaciones pero de manera muy burocratizada, al tener que considerarse caso por caso las medidas a tomar, que de todas formas serán insuficientes ya que no existen mecanismos que permitan lidiar eficientemente con el deterioro global del fondo. Ante esta reducción de su importancia relativa (una tercera parte en los 6 primeros años de existencia), en 2012 Argentina propuso ampliar la contribución anual del FOCEM a 200 millones de dólares, la cual se topó sin embargo, con la reticencia de Brasil para desembolsar más recursos (Berrettoni, 2013: 18), lo que en la actual coyuntura política y económica del país, resultaría virtualmente imposible, condenado de esta forma al FOCEM, a la larga lista de iniciativas regionales que han quedado “a medias” y condenadas a una lenta obsolescencia.

Todo esto saca a la luz la naturaleza coyuntural del FOCEM dentro de un MERCOSUR en donde el tratamiento real de las asimetrías ha sido tradicionalmente obviado de la agenda, para surgir solamente en respuesta a situaciones del momento. No es casualidad entonces que el tema de la repercusión de las asimetrías haya surgido con fuerza en el momento en que los países más chicos sufrían las consecuencias de la baja demanda de su producción a causa de la crisis económica de Brasil, primero, y Argentina, después, lo que generó el cuestionamiento de la sostenibilidad del MEROSUR por parte Uruguay y Paraguay, dentro de los cuales ya se empezaba a barajar la posibilidad de salir del bloque de integración. Así como a comienzos de la década del 2000, la caída en la demanda brasileña y argentina impulsó la agenda, con el boom posterior de los commodities de la década posterior ocurriría lo contrario: la bonanza producto de la favorable coyuntura postergó la necesidad de resolver los problemas estructurales que limitan al esquema mercosureño (Berrettoni, 2013: 14-15), revelando que el mismo carece de una estrategia sostenida a largo plazo que genere una real convergencia entre sus

socios y, por ende, haga factible la integración económica propuesta inicialmente en 1991.

Como indica Haas, la creación del mercado común es la manera más rápida de conducir la integración regional y maximizar el desbordamiento (Oyarzún, 2008). Sin embargo, en el caso del MERCOSUR, éste pareciera encajar más en la concepción neofuncionalista de una asociación transnacional en vez de un mecanismo en vías de formar un Mercado Común, al abordar básicamente solo los intereses regionales más generales, mientras que los específicos y estructurales, como la infraestructura y las asimetrías, permanecen en su mayor parte circunscritos al ámbito de acción nacional de cada país.

1.4. La Alianza del Pacífico

El “derrame” neofuncionalista de Ernst Hass, es ejemplificado por este en el caso de Unidad Europea de Carbón y Acero (CECA), en el cual los países involucrados participaron a nivel técnico para resolver una problemática común, lo que desbordaría en otra serie de sectores claves, consolidando así el proceso en lo político, económico y social. En cuanto a la Alianza del Pacífico, esta presenta el interés y desafío común de mejorar sus niveles de productividad y competitividad en miras de obtener un mejor acceso al mercado asiático, lo que sumado a la favorable posición de sus élites respecto al organismo y su homogénea posición político-ideológica, otorgan, en teoría, un futuro promisorio a la entidad.

Para determinar esto, abordaremos en primer lugar las características, objetivos y desafíos del bloque, profundizando estos últimos en el punto subsiguiente con un análisis del estado de las asimetrías entre sus miembros y su comercio intra-bloque. Finalmente, en el tercer punto haremos un recuento de los principales proyectos del esquema y su repercusión para la integración regional.

1.4.1. Características, objetivos y desafíos del bloque

La Alianza del Pacífico es un esquema de integración regional conformado por México, Colombia, Perú y Chile creada el 28 de abril de 2011 (Alianza del Pacífico, 2015). Tiene como principal objetivo, el avanzar progresivamente hacia la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas; impulsar un mayor crecimiento, desarrollo y competitividad de las

economías integrantes y convertirse en una plataforma de articulación política, económica y comercial de proyección global, especialmente hacia el Pacífico asiático (del Valle Márquez, 2013: 10).

La Alianza representa el 38% del PIB de América Latina y el Caribe, concentra 50% del comercio total de la región y atrae el 45% de la inversión extranjera directa. Entre los cuatro países reúnen una población de 214.1 millones de personas (cerca del 35% de la población de ALC) y cuentan con un PIB per cápita promedio de 16500 dólares. Un factor común entre sus miembros, es que todos ellos poseen una amplia red acuerdos comerciales entre sí, así como tratados de libre comercio con las economías más desarrolladas del globo (Alianza del Pacífico, 2015).

El bloque ha dado importantes pasos en una serie de áreas estratégicas: se ha establecido una visa Alianza del Pacífico, sus miembros han instalado embajadas y consulados conjuntos y han unificado sus Bolsas de Valores dentro del Mercado Integrado Latinoamericano (MILA) (Usi, 2014). Adicionalmente, el bloque ha armonizado las reglas de origen, lo que representa un gran avance en miras de garantizar que las preferencias arancelarias impacten verdaderamente el desarrollo productivo de sus miembros (DINERO, 2014). A esto, desde la VIII Cumbre de Cartagena, se acordó desgravar el 92% del universo arancelario común -en vez del 90% planteado inicialmente- a fin de promover un mayor comercio interno del bloque (CNNMEXICO, 2014), mientras que el diferencial se desgravará en un plazo más extendido con el fin de proteger sectores sensibles como el agro (Arias, 2013).

Sin embargo, la Alianza está lejos todavía de llegar al estado de un Tratado de Libre Comercio (TLC), ya que no establece obligaciones para sus miembros respecto a temas como el movimiento de bienes, servicios y personas; asuntos que se encuentran en negociación a través de los correspondientes Grupos Técnicos bajo la directriz del Grupo de Alto Nivel (GAN) integrado por los Viceministros de Comercio y Relaciones Exteriores de los cuatro países. (Arias, 2013).

No obstante, desde ya se puede observar importantes falencias en la actual conformación de la organización. La primera gran debilidad se relaciona con su muy escaso comercio intra-bloque el cual apenas alcanza un 4%; mientras que en el caso de los países MCCA ésta cifra es del 25%, alrededor

del 15% entre los miembros del MERCOSUR y CARICOM, 8% en la CAN (CEPAL, 2014: 35) y en el caso de un esquema verdaderamente integrado como la Comunidad Económica Europea, ésta cifra ronda el 70%; lo que revela el largo camino que en la práctica aún le queda por recorrer a la Alianza. Otro flanco débil de la AP es que se trata de un conjunto de países con poco potencial de complementariedad productiva, con una aún significativa dependencia a los ingresos de las materias primas, y que han ido estrechando sus vínculos en base a sus Tratados de Libre Comercio con los Estados Unidos sobre todo (Serrano, 2014).

Precisamente, la Alianza define como sus principales ventajas competitivas los sectores mineros, forestales, energéticos, agropecuarios y de manufacturas (AP, 2015). El bloque que se promociona como rico en materias primas y alimentos (Romero-Castillo, 2014), y siendo México marcadamente el país con la mayor capacidad productiva, se alza la interrogante si los países lograrán convergir lo suficiente para conseguir que sus economías y cadenas de producción se complementen (Romero-Castillo, 2014), o si a base de sus TLCs, solo optarán por importar bienes de tecnología media y alta desde los países industrializados y exportar bienes primarios a los mismos, lo que en si no representa ninguna novedad en los patrones de comportamiento comercial latinoamericanos.

1.4.2. Estado de las asimetrías y el comercio intra-bloque

Como reflejo parcial de la situación latinoamericana estudiada anteriormente en el capítulo, los cuatro países miembros de la Alianza del Pacífico tienen importantes deficiencias de infraestructura que deben ser atendidas seriamente si lo que se quiere alcanzar es una verdadera integración económica a base de la expansión del comercio y el desarrollo intra-industrial. Así, en México son elevados los costos de la electricidad; en Colombia existen marcadas ineficiencias en la capacidad portuaria, especialmente en el puerto de Buenaventura en la costa del Pacífico; en Perú escasea la infraestructura para el transporte, los recursos energéticos y las telecomunicaciones, es deficiente también la dotación de electricidad y la capacidad del puerto principal (Puerto del Callao); en Chile es insuficiente la electricidad, la dotación de recursos hídricos y la tecnología antisísmica (del Valle Márquez, 2013: 46). Falencias estructurales que afectarán el grado de beneficio que los países participantes puedan obtener del esquema de integración.

El índice de desempeño logístico del Banco Mundial es un instrumento útil para cuantificar el impacto de la infraestructura en la competitividad de los miembros de la AP, en cuanto mide la capacidad de los países para mover eficientemente sus bienes y conectar a los productores y consumidores con los mercados, es decir, engloba variables como la calidad de la infraestructura, costos de transportes y logística. Dentro del bloque, Chile con 3.18 y México 3.03 superan el nivel promedio del mundo (2.77), mientras que Colombia (2.72) y Perú (2.73) se sitúan por debajo de éste. No obstante, ninguno de los países se acerca al nivel óptimo establecido por el índice: 5 (del Valle Márquez, 2013: 46).

El tema de la infraestructura representa un gran desafío para la Alianza del Pacífico, en especial en lo que respecta a la movilidad, ya que el factor geográfico hace que sea especialmente difícil integrar una infraestructura física entre los tres países sudamericanos y el miembro norteamericano: México. Sin embargo, hasta el momento, no se ha abordado el tema con prioridad dentro de la Alianza, con la consecuente falta de proyectos y mecanismos concretos para la construcción de una red física que integre de manera real todo el bloque (del Valle Márquez, 2013: 48). Lo que se espera, al parecer, es que tomen lugar Asociaciones Público-Privadas, con el objetivo de mejorar el clima de inversión en infraestructura y el financiamiento de este sector (TELEVISA, 2015).

En lo que al comercio se refiere, la AP representa en su conjunto la mitad de las exportaciones de bienes de la región al mundo. Como se mencionó en párrafos precedentes, la Alianza presenta un bajo comercio intra-bloque (alrededor el 4%). De hecho, en 2013, las exportaciones de la AP al MERCOSUR fueron mayores que las intra Alianza, alcanzando los 23700 millones de dólares respecto a los 19500 millones de dólares de esta última. Como en el resto de esquemas de integración, aquí toman lugar asimetrías, que si bien no son tan marcadas como en el caso del MERCOSUR, son igualmente importantes, en especial en lo que respecta a México. El PIB mexicano representa 6-3 veces el del Perú -el miembro menos desarrollado en la Alianza- mientras que en materia demográfica, la población mexicana es 6.8 veces mayor que la de Chile. En el ámbito comercial, las exportaciones de bienes de México son 9 veces las del Perú, a la vez que en términos de montos de Inversión Extranjera Directa, la IED de México es 3.8 veces la del país inca (CEPAL, 2014: 39).

México se destaca en la dinámica intra regional, por el bajo monto de sus exportaciones totales tanto a la AP como a Latinoamérica en general. El mercado de los Estados Unidos representa un destino casi absoluto para las exportaciones mexicanas: mientras menos del 10% de las empresas exportadoras de este país comercian con América Latina (incluido la Alianza del Pacífico), un 74% de éstas enfoca en las exportaciones hacia los Estados Unidos. Pero esto no se circunscribe solamente a México, la AP representa un mercado menos relevante para las empresas exportadoras de todos sus países miembro, aunque en los casos de Chile, Colombia y Perú, entre un 30% y un 40% de sus empresas exportadoras realizan envíos a la Alianza del Pacífico (CEPAL, 2014: 45).

Un indicador del grado de integración productiva entre dos o más economías es la participación de las partes y componentes en el comercio entre ellas. Este representó un 6.8% en 2013 en el comercio intra AP, en comparación al 11.5% en el comercio intra MERCOSUR, lo que refleja una mayor densidad de intercambios de manufacturas entre los miembros de este último, en el que Brasil es un proveedor significativo de partes y componentes, no solamente para dicho bloque, sino también para los cuatro miembros de la Alianza del Pacífico, en especial en lo relacionado al sector automotor (CEPAL, 2014: 45).

En cuanto a los montos del comercio de servicios, las exportaciones de la AP son menos concentradas que las del MERCOSUR. México es el mayor exportador e importador, seguido por Chile, Colombia y Perú en ese orden en el 2013. México, la mayor economía, representó el 55% del saldo negativo de la Alianza del Pacífico en este aspecto. El turismo es el servicio dominante (50% del total de las ventas externas) en la AP, mientras que el rubro “otros servicios empresariales”, tienen una participación del 40% (CEPAL, 2014: 59).

El fenómeno de las translatinas es de consideración en el contexto integracionista de la Alianza del Pacífico, el cual ha tomado lugar (en su mayoría previamente al nacimiento del bloque) en diversos sectores como los relacionados con bienes primarios (minería, celulosa, hidrocarburos, cemento, siderurgia); manufacturas de consumo masivo (alimentos, bebidas, entre otros); y servicios (energía eléctrica, telecomunicaciones, seguros, transporte aéreo y comercio minorista principalmente). El mayor número de translatinas perteneciente a la Alianza son empresas mexicanas, mientras que las de Chile,

Colombia y el Perú se han focalizado sobre todo en los países vecinos y en áreas vinculadas a servicios financieros, comercio minorista y transporte aéreo (CEPAL, 2014: 65).

Las principales translatinas mexicanas comenzaron su expansión en la década de los 90, alcanzando varias de ellas para la actualidad un gran tamaño y un alto nivel de internacionalización. Varias de las más grandes poseen ya inclusive más del 50% de sus operaciones fuera de México, entre las que encontramos: América Móvil (Claro, Telmex), Femsa, Cemex, Bimbo, Grupo México y Gruma. El rango de actividades en las que se desempeñan las translatinas mexicanas es bastante amplio, yendo desde las actividades extractivas pasando por servicios y hasta sectores manufactureros. En Chile, el país que sigue a México en cuanto a la externalización de sus empresas, éstas se han concentrado en los países suramericanos en sectores específicos. Entre las más destacadas se encuentran las de comercio minorista Cencosud, Falabella y Ripley; las forestales CMPC y Arauco, las de transporte LATAM y Compañía Sudamericana de Vapores (CSAV), y las del sector de alimentos y bebidas (Embotelladora Andina, CCU, Concha y Toro y Carozzi) (CEPAL, 2014: 67).

Además de América Móvil en el sector de las telecomunicaciones, existen también otros importantes casos de empresas con una notable expansión regional, como Sura en el sector de los servicios financieros, EPM, en electricidad, Cencosud y Falabella en comercio minorista, o las aerolíneas Lan y Avianca en transporte aéreo (CEPAL, 2014). De esta forma, podemos observar como la expansión regional de las empresas translatinas, se ha convertido en un caso de integración liderado principalmente por el mercado, en el que las actividades de estas empresas han ido desarrollando redes logística y comunicaciones así como de proveedores de bienes y servicios entre las sucursales que operan entre los distintos países, lo que perfila como una importante plataforma sobre la cual pueden basarse los esfuerzos integración comercialmente orientados de la Alianza del Pacífico (CEPAL, 2014: 67).

1.4.3. Proyectos y avances del proceso

Las ventajas que se pueden obtener de la integración productiva regional, darán frutos en la medida en que se facilite el flujo de los bienes y servicios entre los países de la región, se garantice la movilidad de los factores

productivos y el intercambio tecnológico, se resguarden de los derechos laborales para trabajadores inmigrantes y locales, se generen condiciones de negocios favorables y se creen políticas para la protección y atracción de la inversión extranjera en sectores estratégicos para el desarrollo económico (del Valle Márquez, 2013: 61). En este sentido, la Alianza del Pacífico parece estar bien encaminada en la consecución de estos objetivos, con la puesta en marcha y concreción de proyectos, algunos necesarios para un mayor flujo comercial, como otros inéditos en los procesos de integración latinoamericanos.

De forma bilateral, los miembros de la Alianza poseían previo a la formación de la entidad acuerdos bilaterales que ya contemplaban de forma diversa y/o general varios de los aspectos mencionados anteriormente. Así por ejemplo, Chile posee acuerdos para evitar la evasión fiscal y la doble tributación con Colombia (en vigor desde 2009), Perú (en vigor desde 2003) y México (en vigor desde 1999), además de convenios internacionales de seguridad social con Colombia y Perú. Así mismo, Colombia y Perú poseen en el marco de la CAN, un régimen para evitar la doble tributación y prevenir la evasión fiscal (del Valle Márquez, 2013: 61), lo cual en cierta forma, ha allanado el camino para la conformación del bloque y la ejecución de iniciativas posteriores.

En cuanto a la estandarización de los procedimientos aduaneros y la uniformidad reglamentaria entre los procesos de certificación y comprobación de origen, los miembros han hecho progresos en la implementación de un sistema de Certificación de Origen Electrónico (COE), han establecido también planes de trabajo para la interoperabilidad de las Ventanillas Únicas de Comercio Exterior (VUCE) y la definición de estándares para lograr Acuerdos de Reconocimiento Mutuo entre los programas del Operador Económico Autorizado (OEA) de la Alianza del Pacífico (del Valle Márquez, 2013: 52).

Las reglas de origen son fundamentales en cuanto habilitan la fluida aplicación de las preferencias arancelarias para las mercancías originarias; el sistema de certificación de origen electrónico eliminaría la transacción de papeles, haciendo que los certificados de origen se transmitan de forma digital, disminuyendo los costos de procesamiento y de archivo y agilizando de esta forma la verificación (del Valle Márquez, 2013: 52). Al respecto, la homologación que se ha conseguido respecto a las reglas de origen dentro del

bloque, es un hito importante y necesario para un más fluido flujo comercial, ya que si por ejemplo, un productor colombiano incluía en su producto final un ítem peruano, el producto ya no podía entrar México gozando de los acuerdos preferenciales existente entre ambos países. De esta forma, y considerando que muchos de los acuerdos firmados previo a la Alianza han sido hechos de forma bilateral, la homologación y armonización las reglas de origen significa un gran avance para que cualquier producto creado en cualquiera de los cuatro países miembros sea un producto Alianza del Pacífico y pueda transitar libremente entre los mismos, fortaleciéndose de esta forma, los vínculos productivos entre sus miembros (Usi, 2014).

Las VUCE por su lado, son herramientas que permiten el envío de la información electrónica una sola vez y ante una única entidad, evitando la burocracia y simplificando los flujos de información entre las autoridades y los organismos participantes del proceso aduanero, mientras que el programa OEA contempla a los operadores económicos acreditados y certificados por una administración de aduana para garantizar la seguridad en la cadena logística, aumentar la previsibilidad de las operaciones de comercio exterior, facilita la gestión integrada de las cadenas logísticas y el comercio legítimo mediante acuerdos de colaboración entre aduanas y el sector privado (del Valle Márquez, 2013: 52).

De materializarse todo lo anterior: la simplificación, armonización, racionalización, interoperabilidad y fomento de estándares en los procedimientos aduaneros de los países de la Alianza del Pacífico, facilitarían e incrementarían de manera considerable los flujos comerciales entre éstos y el acceso de las empresas nacionales a los mercados regionales e internacionales, redundando así, en la mejora de la competitividad de sus cadenas de producción y mejorando la inserción de éstas en la economía global (del Valle Márquez, 2013: 53), que es precisamente su principal objetivo.

En cuanto a la liberalización de los aranceles del 92% de los productos a las importaciones originarias, si bien es un importante incentivo al aumento del comercio intra AP, la realidad es que casi la totalidad del intercambio comercial entre los países del bloque ya gozaba de preferencias arancelarias producto de acuerdos bilaterales anteriores entre los países miembros, lo que relativiza el beneficio marginal que reportaría la desgravación total del universo arancelario, más allá de las declaraciones (del Valle Márquez, 2013: 54).

Un objetivo que se planteó como prioritario dentro de la Alianza del Pacífico, fue la integración del mercado de capitales de los cuatro países miembros con la creación del MILA (Mercado Integrado Latinoamericano) en 2011, constituido inicialmente por la Bolsa de Valores de Lima, la Bolsa de Comercio de Santiago, la Bolsa de Valores de Colombia, así como por los depósitos de valores Deceval, DCV y Cavali; a los que se sumaría en 2014, Bolsa Mexicana de Valores y la bolsa de depósitos Indeval. De esta forma, MILA posibilita la compra y venta de acciones de las cuatro plazas bursátiles, simplemente a través de un intermediario local (MILA, 2015),

MILA es la primera iniciativa de integración bursátil transnacional sin fusión o integración corporativa, la cual operando en base a la utilización de herramientas tecnológicas y mediante la adecuación-armonización de la regulación sobre negociación de mercados de capitales y custodia de títulos entre los Estados participantes, habilita el reconocimiento de los valores de cada uno de los países y el libre comercio de acciones mediante el ruteo de órdenes entre casas de bolsa de Chile, Colombia, Perú y México hacia los mercados de origen (MILA, 2015).

Entre las características más relevantes del MILA, está el hecho de que ningún mercado pierde su independencia ni autonomía regulatoria, pero mantienen como premisa el crecimiento en conjunto como mercado integrado. Así mismo, todas las negociaciones en el MILA, se hacen en moneda local, sin necesidad de salir de cada país o abrir cuentas independientes por país y con anotaciones en cuenta a través del intermediario local, lo que facilita aún más las operaciones internacionales (MILA, 2015).

MILA es hoy el primer mercado por número de compañías listadas en Latinoamérica, y el segundo en tamaño de capitalización bursátil en la región (MILA, 2015). No obstante, en lo posterior a la IV Cumbre Presidencial de la AP, el tema ha dejado de ser incluido en las declaraciones posteriores de la Alianza e incluso en su sitio web oficial, lo que da señales de que este ha dejado de ser considerado como una línea de acción estratégica en la consecución de los objetivos del bloque, pudiendo deberse esto a que la iniciativa del MILA ha sido exitosa en términos de diseño e integración, pero en términos de volumen aún no ha generado la masa crítica como para cumplir las expectativas (del Valle Márquez, 2013: 65).

En materia de servicios y capitales, dentro de la Alianza se conformó un Comité Conjunto Mixto para el mejoramiento del clima de inversión y el impulso del comercio de servicios y se ha aprobado la realización de un estudio en materia de cadenas globales de valor en el tema de servicios y otro en materia de servicios profesionales. Paralelamente se avanza en las negociaciones respecto al comercio transfronterizo de servicios, servicios profesionales, de telecomunicaciones, financieros, marítimos y de transporte aéreo, que mejoren las concesiones existentes en los acuerdos bilaterales (del Valle Márquez, 2013: 64).

En lo que a inversión respecta, se ha incorporado en la agenda la conclusión de acuerdos comprensivos e integrales orientados a promover e incrementar los flujos de inversión de los países de la Alianza con el resto del mundo y entre ellos mismos a fin de impulsar las inversiones entre los sectores empresariales de la Alianza y erigirla como un mercado de importancia frente al Pacífico asiático y el mundo (del Valle Márquez, 2013: 64).

Siendo los empresarios, en la concepción de la Alianza del Pacífico, los principales protagonistas en el proceso de articulación de la producción e integración comercial-económica, el rol de los gobiernos en esta materia se reduce a la conformación de un ambiente político y económico propicio para el desarrollo de los negocios y sus consecuentes beneficios, además de colaborar en el proceso de guiar a las empresas al conocimiento de las oportunidades de integración productiva que existen en los mercados internacionales y al óptimo aprovechamiento de las herramientas disponibles para llevar a cabo la exportación de sus bienes o servicios (del Valle Márquez, 2013: 65).

Bajo esta línea, la Alianza se considera una renovada estrategia de proyección en el escenario internacional, a través de la sinergia del sector público con el sector privado y el fortalecimiento de la labor conjunta de las agencias de promoción de los países miembros, entre otros mecanismos. Así, en el proceso de creación del bloque se ha incluido activamente al sector privado a través de la conformación del Consejo Empresarial de la Alianza del Pacífico (CEAP), integrado por un grupo representativo de empresarios de cada uno de los países miembros que puede elevar recomendaciones y sugerencias a los gobiernos para mejorar el proceso de integración y cooperación económico-comercial y sugerir acciones conjuntas hacia terceros mercados (del Valle Márquez, 2013: 66).

Entre los puntos más relevantes del Acuerdo Marco de la Alianza se señala “la importancia de facilitar el libre movimiento de personas entre las Partes, como un mecanismo que coadyuve a crear mejores condiciones de competitividad y desarrollo económico”. De esta manera, hasta la fecha se registran interesantes avances en lo que respecta al movimiento humano y la facilitación del tránsito (del Valle Márquez, 2013: 63), como la iniciativa mexicana de la supresión de visas para los nacionales de Colombia y Perú y la decisión de este último de exonerar las visas de negocios para los tres países de la Alianza del Pacífico lo que se espera contribuya a un incremento en los flujos de negocios entre los países del bloque (Arias, 2013). Habiendo alcanzado cierto grado de libertad en los flujos de personas entre los cuatro países, se trabaja ahora en aspectos como medidas de facilitación del tránsito migratorio y acuerdos de movilidad de jóvenes dentro de la organización (del Valle Márquez, 2013: 63).

De esta forma surge la Visa Alianza del Pacífico, destinada para que los turistas puedan viajar de forma continua a través de los cuatro países de la Alianza, así como para que los jóvenes de estos, ingresen y se establezcan temporalmente con propósito recreativo y cultural en cualquiera de los países miembros, así como por motivo de estudios o capacitación. En ambos casos se posibilita a los beneficiarios el realizar trabajos remunerados con el fin de cubrir parcialmente gastos de estadía y alimentación, en tanto la actividad laboral no sea el propósito principal de su estancia. La visa tiene validez máxima de un año y permite varias entradas. (VISASCOLOMBIA, 2014)

En relación con lo anterior, el bloque ha lanzado la plataforma de movilidad estudiantil y académica, que otorga hasta 100 becas por país para estudiantes de pregrado, doctorado, profesores e investigadores (DINERO, 2014). Cabe resaltar que las becas otorgadas por México tienen la particularidad de estar enmarcadas solamente en áreas relacionadas a los objetivos de la Alianza del Pacífico como negocios, finanzas, comercio internacional, administración pública o turismo por ejemplo (CNNMEXICO, 2014).

En lo referente a la promoción conjunta de exportaciones, inversiones y turismo, es remarcable la labor de coordinación de las agencias de promoción de la Alianza del Pacífico (Prochile, Promperú, Proméxico y Proexport Colombia) en lo que concierne al intercambio de información comercial entre

los países del bloque así como la participación conjunta en ferias, seminarios y eventos internacionales, que en 2012 tuvieron lugar en Seúl, Shanghái, Singapur, París, Tokio y Taipéi (del Valle Márquez, 2013: 67).

Bajo ese contexto se han realizado Macrorruedas de Negocios dirigidas a aumentar el intercambio comercial (del Valle Márquez, 2013: 68) así como la apertura de oficinas conjuntas en Turquía, Marruecos e India (CNN MEXICO, 2014), las que suman las sedes diplomáticas compartidas ya existentes en Ghana (entre los cuatro países); entre Colombia y Perú en Vietnam; en Argelia, Azerbaiyán y ante la OCDE entre Chile y Colombia (Cancillería de Colombia, 2014), y así como las próximas aperturas de una embajada conjunta entre México y Colombia en Singapur y otra, entre el país cafetero y Perú, en Vietnam (CNN MEXICO, 2014).

Cabe recalcar, que la apertura conjunta de estas embajadas no sólo es coherente con los principios integracionistas sino que también es una eficaz herramienta para reducir los costos de operación que éste tipo de instalaciones representa para los países socios (Cancillería de Colombia, 2014).

Se han formulado igualmente actividades y proyectos conjuntos, como el “Acuerdo de Cooperación en materia de Turismo” y el “Programa de Cooperación Específico sobre Turismo” de la AP (del Valle Márquez, 2013: 68), suscribiendo acuerdos de cooperación en materia turística que buscan incrementar los flujos de turistas entre los países miembro (DINERO, 2014).

Una de estas iniciativas ha sido la organización por parte de entidades de promoción de la Alianza del Pacífico (Turismo Chile, ProColombia, el Consejo de Promoción Turística de México y PromPerú) de la primera Macrorrueda de negocios de turismo en 2014, en la que participaron 152 empresas procedentes de Chile, Colombia, México y Perú; de las cuales, 84 fueron receptivos y 68 emisivos (Alianza del Pacífico, 2014).

Los resultados parecen estar saliendo a la luz. Colombia experimentó en 2014 un incremento de afluencia turística desde el bloque del 18% en comparación al 2013, de acuerdo con la Asociación Colombiana de Agencias de Viajes y Turismo, ANATO (EL PAÍS, 2015), mientras que por su parte, el resto de países de la Alianza registraron un incremento del 22% en la entrada de colombianos con fines turísticos en el 2014 (EL PAÍS, 2015). El incremento del turismo desde la Alianza en el caso colombiano ha sido significativo,

llegando a superar al de países tradicionalmente emisores de turistas al país paísa, como Estados Unidos y Venezuela (EL PAÍS, 2015).

Sin embargo, el pragmatismo “libre comercial” no garantiza el éxito del proceso, es más, puede representar una grave debilidad. Así, lo concluye Haas al decir que el interés solamente basado en consideraciones pragmáticas, como las expectativas de ganancia económicas, es efímero debido a los cambiantes contextos que pueden afectarlo, pero sobre todo, porque no está *"reforzado por un compromiso filosófico o ideológico profundo"*. Sentencia igualmente que un proceso político que *"se construye y se proyecta desde intereses pragmáticos (...)* está destinado a ser un proceso frágil, susceptible de revertirse", quedando sus avances proporcionalmente condicionados a la percepción “pragmática” de los potenciales beneficios comerciales, lo que se erige como la principal debilidad y limitación de los esquemas de integración basados únicamente en la consecución de beneficios económicos (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 453).

A través de este capítulo hemos podido corroborar el alto y determinante nivel de afectación de las asimetrías estructurales en el proceso de integración económico-comercial latinoamericano. Los países de la región son altamente dispares en toda una gama de niveles como el PIB y PIB per cápita, que resumen factores como la disparidad de la capacidad productiva, desarrollo industrial, grado competitividad, dotación y tipo de recursos naturales, número de habitantes, entre otros. En esto existen diferencias extremas en Latinoamérica como el de Brasil, que posee un PIB 94 veces superior al de Paraguay, o el de Bahamas, el cual tiene un PIB per cápita 44 veces mayor al de Haití. Las profundas asimetrías existentes entre los países de la región ponen en situación de desventaja a los miembros de menor desarrollo para que puedan beneficiarse del comercio liberalizado que promueve los mecanismos de integración económica en la región, haciendo que el proceso resulte difícil de profundizar y sostener al largo plazo por las medidas proteccionistas que estos países toman para resguardar sus mercados. Y no solo eso, este aspecto se desborda en forma negativa en la arena política, ya que como lo corrobora Haas, los diferentes estadios de desarrollo entre los países inhiben la evolución de concordancia regional de las élites, donde los países más seguros de sus recursos y tamaño, no suelen percibir mayor interés en una real y completa integración (Oyarsun, 2008),

como es el caso de Brasil en el contexto latinoamericano, que justamente trataremos en el capítulo siguiente.

Para atacar esta problemática, es necesario tomar acciones con mayor intensidad en el área de infraestructura por su cualidad descentralizadora y generadora de cohesión territorial, social y económica. Sin embargo, el estado de la misma es deficiente en la región -tanto a nivel físico como de articulación- repercutiendo esto en los costos logísticos y de transporte que terminan trasladándose al precio en el final de los productos con el consecuente impacto en la competitividad intra regional. Y es que no importa cuánto se avance en la eliminación de barreras arancelarias, mientras no existan las venas que conecten en forma física y eficiente el cuerpo regional, toda liberalización de comercio tendrá un efecto limitado en la integración económica (y viceversa).

CAPITULO II

ENTRE INICIATIVAS Y CONTENCIONES: EL PÉNDULO IZQUIERDA –DERECHA

2.1. La derecha Latinoamericana

En el marco del presente trabajo, se puede definir a la élite como un grupo de poder cuyo rango de acción abarca el liderazgo de las instituciones comunitarias, de la comunidad de negocios, así como de segmentos políticos dentro de los Estados nacionales (Closa, 1994: 351).

En el caso latinoamericano, las élites (representadas tradicionalmente por la derecha política), por su alta vinculación cultural, ideológica y económica respecto a Estados Unidos, como se verá en el primer punto, no han impulsado una unión latinoamericana “completa”, sino la de organismos de liberalización comercial que no buscan llegar a las instancia últimas de integración como la Unión Aduanera o la Comunidad Económica, como se evidenciará en el punto dos. De esta forma sus objetivos se centran en la desgravación arancelaria y la armonización normativa que facilite el comercio, sin abordar, no obstante y contradictoriamente, problemáticas de fondo en relación a este tema, como el impacto de la infraestructura y la logística en los flujos comerciales.

Su política exterior al mando de los gobiernos latinoamericanos ha actuado en armonía con las directrices de Washington y mostrándose altamente cooperativos con las “recomendaciones” de instituciones internacionales como el FMI y el Banco Mundial. Sus intereses político-económico están alineados con los de la potencia del norte, a la cual un proceso integracionista en su “patio trasero” que no gire en torno a su liderazgo, no ha sido ahora ni nunca de su interés y conveniencia; posición que es reproducida a través de las dependientes élites de la región que pasan a la vanguardia de los acciones confortativas, intervencionistas y disgregadoras útiles para la consecución de la máxima de su mecenas: “dividir para reinar”, como quedará expuesto en el tercer punto.

Cuando detienen directamente poder de los Estados, suelen hacerlos fluir obedientemente conforme la corriente del orden internacional, sin vislumbrar por lo general posiciones nacionalistas o regionales. Su óptica está puesta en los grandes mercados por lo que suelen restar importancia al área latinoamericana. El único Estado con capacidad de liderazgo entre los países consagrados tradicionalmente a la derecha es México, como veremos al final

de este subcapítulo, el cual lo ha ejercido de forma esporádica y siempre en función de los intereses estadounidenses, siendo talvez la única excepción, el importante rol que tuvo en la creación de la CELAC, el primer organismo íntegramente latinoamericano y caribeño, el cual sin la iniciativa e impulso del liderazgo mexicano, no hubiera tomado lugar.

2.1.1. Vínculos políticos y económicos con Estados Unidos

La existencia de las élites en América Latina (y de su representación política en la derecha conservadora) se conforma a partir (y en dependencia) de la constitución de las metrópolis del capitalismo mundial, estableciéndose tradicionalmente y por lo general, como segmentos políticos subordinados y/o en estrecha coordinación con los poderes político-económicos internacionales, asumiendo e identificando sus intereses con los mismos sobre los de país y no se diga región. Por lo general no tienen como objetivo generar un capitalismo auto centrado, industrializado y autónomo, por ejemplo, sino la continuación de las condiciones de dependencia que beneficien sus intereses muy ligados a los sectores agroexportadores y de materias primas (Tagarelli, 2009).

Y es que como plantea Sunkel, se ha dado una creciente integración transnacional de las élites dentro el sistema mundial, acompañada de una igualmente creciente marginación y desintegración nacionales en los países latinoamericanos. La integración de los subsistemas comerciales, productivos, financieros, de comunicación, tecnológicos, culturales y de seguridad (tanto alimentaria como militar), han ido formando las bases de un solo régimen unipolar, piramidal y estratificado a escala global (Nef y Nuñez, 1994: 79).

Esta estrecha cooperación ha dado como resultado, lo que Douglas Chambers denomina “grupos de vinculación”, o nexos entre el sistema “interno” y externo” que se entrelazan y estructuran en redes de intereses transnacionalizados de “dependencia compleja”, es decir de intereses económicos, que pueden ir más allá de la simple satelización económica hacia un alineamiento cultural e ideológico (Nef y Nuñez, 1994: 63); lo que de hecho se puede constatar en su retórica y puntos de vista. Podemos observar así una replicación de ideología ostentada por su centro de referencia en el norte: argumentan que la “libre competencia” y el “libre mercado” son los mecanismos más idóneos para impulsar el desarrollo de las naciones; creen en la supremacía del capital y la propiedad privada, en la reducción del Estado y en

la privatización; posan su fe en la “mano invisible” del mercado y en lo discursivo, utilizan con frecuencia palabras como “democracia” y “libertad”, en especial si es en favor de los medios de comunicación.

De esta forma, bajo las premisas de “democratización” y “modernización” neoliberales, las élites llevaron a los Estados latinoamericanos, a procesos intensos de integración satelizante (en función de EE.UU) de apertura al mercado mundial, privatización y de ajuste estructurales, de forma intensiva durante las décadas de los 80 y 90 en América Latina. En Brasil se encargó de consolidar el esquema neoliberal Henrique Cardoso de 1995 al 2002 mientras que en Argentina fue la década del menemismo de 1989 al 1999. Estos periodos se caracterizaron por una potente hegemonía financiera y una alianza con el empresariado exportador. Así estos “nuevos” gobiernos socialdemócratas de la post dictadura en la región, desarrollaron y mantuvieron una orientación política comercial, dando continuidad al modelo primario exportador y favoreciendo la entrada de capitales extranjeros (TAIFA, 2013: 79).

Si bien desde 1998 con la elección de Hugo Chávez hasta una década después con la llegada a la presidencia del posteriormente derrocado Fernando Lugo en Paraguay, los partidos políticos tradicionales sufrieron una avalancha de reveses electorales a lo largo de toda América Latina, los mismos conservaron sus núcleos principales de actuación, penetración y poder, como es el caso de los medios de comunicación, que con su alianza con agencias oficiales, fundaciones privadas e intereses empresariales de los Estados Unidos y de algunos países europeos, han buscado recuperar el terreno perdido, conformando una suerte cruzada contra las izquierdas y sus iniciativas en la región (Castro, 2010: 3). Así, esta nueva derecha ha buscado proyectar la imagen de renovación política respecto a los gobernantes de izquierda, con personajes relativamente “frescos” como Marina da Silva en Brasil, Lacalle en Uruguay, Capriles en Venezuela, Rodas en Ecuador o Massa en Argentina, todos los cuales, además de sus vínculos con los poderes económicos de sus respectivos países, tienen a Estados Unidos como su referencia central, y la misma postura indiferente hacia la integración regional y los intercambios Sur-Sur (Sader, 2014).

Sin embargo, dentro de esta “nueva derecha” no todas son caras nuevas así como tampoco sus vínculos y prácticas empleadas. Ejemplo de esto, es lo que en Panamá se llamó “el pacto de la Embajada”, en el que durante la campaña electoral del 2009 en dicho país, la embajadora de Estados Unidos invitó a las más destacadas personalidades de la escena política y económica local a presenciar desde su residencia la posesión de Barack Obama. Durante el evento, sin el menor disimulo, la anfitriona reunió en una sala aparte a los dos principales contendientes por la derecha panameña, los cuales a partir de entonces establecerían una alianza que permitió la derrota del entonces partido gobernante de Martín Erasto Torrijos, e instaurar de esta forma, un régimen de “nueva derecha” en manos del empresario Ricardo Martinelli, el cual no disimuló su rol en la escena regional al intervenir directa y activamente en la política interna venezolana en favor de la oposición, lo que en su punto más álgido, llevó al rompimiento de las relaciones comerciales y diplomáticas entre Panamá y Venezuela en 2014 (Castro, 2010: 3).

Esta “nueva derecha” no supone ser una corriente política e ideológica homogénea, ni que la misma exprese un modo de pensar y de actuar único, sin embargo, sus intereses y objetivos medulares convergen con un factor común: los partidos de derecha latinoamericanos (en especial los tradicionales y de mayor importancia) y quienes lo integran, tienen fuertes vinculaciones con la política estadounidense, en especial con el partido Republicano, así como con fundaciones y universidades conservadoras de Estados Unidos, mientras que en el caso europeo, estos lazos se dan sobre todo con el Partido Popular español (PP) y organizaciones cercanas al mismo (Castro, 2010: 24).

Así, aparte que muchas de las jóvenes “promesas” político-empresariales latinoamericanas acuden a las mismas universidades en Estados Unidos y Europa, las promociones jóvenes en los partidos de derecha latinoamericanos, frecuentan cursos de formación y posgrado(en temas como marketing político y manejo de la opinión pública) auspiciados en por fundaciones y universidad estadounidenses (Castro, 2010: 24). Sin ir más lejos de nuestra realidad, el derrocado Jamil Mahuad cursó sus estudios de posgrado en la *School of Government "John F. Kennedy"* de Harvard, universidad donde actualmente imparte cátedra e, irónicamente, en la Escuela de Administración Gubernamental.

Proliferan asimismo los eventos y conferencias de capacitación político-ideológicas que propician encuentros entre los cuadros jóvenes de la derecha con sus veteranos referentes latinoamericanos, los cuales no solo fraternizan en las mismas conferencias de negocios impartidas por gurúes norteamericanos en Estados Unidos o en las principales ciudades de la región, sino que además, se encuentran en las juntas directivas y de accionistas en las mismas empresas donde comparten intereses (Castro, 2010: 25).

No resulta extraño entonces, que unos y otros, piensen a América Latina de la misma manera, cultiven proyectos políticos similares y concuerden actividades políticas conjuntas en protección de sus intereses comunes. Pero más allá de eso, el asunto fundamental está en que el núcleo político-ideológico de la derecha conservadora e intervencionista de Estados Unidos sigue activo y no le falta organización, poder ni recursos para orquestar (valiéndose de las derechas latinoamericanas) contraofensivas contra los procesos en la región que pretendan alterar el *statu quo* (Castro, 2010: 25) como lo es la integración latinoamericana, que ya desde el paraje al ALCA en 2004, mostró cuan inconveniente puede resultar un mínimo de coordinación entre los países latinoamericanos para los intereses de la potencia del norte.

Se puede sentenciar entonces, que el avance de la derecha en América Latina, pretende restaurar la hegemonía absoluta de los Estados Unidos en la región (con los cuales comparten intereses) ante los avances de algunos gobiernos que han tomado posturas más autónomas respecto a las directrices de Washington. Esta "nueva derecha" en América Latina, si bien adaptada a las nuevas condiciones del sistema capitalista mundial, refleja la vieja alianza comercial entre los imperialismos de turno y las oligarquías agro-exportadoras latinoamericanas, así como los lazos entre burguesías y el capital e ideología de los centros de poder mundial.

Ernst Haas, postulaba que la decisión de apoyar u oponerse a la integración dependía de las expectativas de ganancias o pérdidas que tenían los grupos de poder dentro de los países a integrarse: si las elites experimentan ganancias de la integración en un sector, actuarán potencialmente a favor de la integración en otras áreas, es decir, las mismas apoyarán la integración por motivos esencialmente pragmáticos más que altruistas y llevarían a "politizar" el proceso si considerasen que esto les

beneficia en la consecución de determinados objetivos comunes (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 8). En el caso latinoamericano, sin embargo, los intereses de las élites pasan en gran medida por sus vínculos político-comerciales con Estados Unidos y otros actores extrarregionales, lo que sumado a su baja complementariedad y, al ser de hecho, competidores en sectores semejantes por el capital extranjero, ha provocado una baja socialización entre las mismas e imposibilitando que pueda surgir concordancias en temas de común interés entre ellas a nivel regional.

En lo que respecta a la integración de América Latina, los Estados Unidos se presentan como una variable de primer orden, cuya actitud hacia al proceso determinará la cantidad e intensidad de obstáculos que se habrá de enfrentar, ya que inclusive esas pequeñas modificaciones en la política exterior estadounidense, ante la llegada de un gobierno demócrata o republicano, pueden marcar un gran impacto en los destinos de nuestra región. Así se pueden distinguir en ese país, dos orientaciones ideológicas hacia el sistema internacional: la primera es lo que le ex presidente dominicano Juan Bosch, llamase "Pentagonista"; y la otra que se le ha llamado "Trilateralista". La primera es fundamentalmente una orientación más nacionalista, proteccionista, militarista y agresiva, por lo general encarnada en el Tea Party republicano. La segunda es una orientación igualmente imperialista, basada sin embargo, en métodos "blandos" y en capitalismo neoliberal transnacionalizado, mucho más característico en los gobiernos demócratas (Nef y Nuñez, 1994: 73).

Así, la posición de los Estados Unidos hacia este proceso es un factor nada desdeñable, es más, es trascendental. De hecho, Joseph Nye plantea que *"cuanto más avanza la integración, es más probable que las terceras partes estén dispuestas a reaccionar a ella, sea con actitud de apoyo o de hostilidad"* (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 16), y en nuestro caso, en palabras Charles G. Fenwick, a los intereses de Estados Unidos no le conviene una América Latina unida, ya que por concepto, esto representa un obstáculo para que dicho país ejerza un papel preponderante y hegemónico como líder del continente (Omaña, 2007: 21). La misma Unión Europea no hubiese llegado a existir sin la venia de la potencia norteamericana, en un contexto en que le resultaba fundamental para sus intereses el generar un bloque cohesionado en Europa Occidental que detuviese la expansión comunista. En el caso latinoamericano, los Estados Unidos no encuentran ningún beneficio en

impulsar la integración, más bien, ésta va diametralmente en contra de sus intereses, en una región que tradicionalmente han considerado como su zona natural de influencia y que cuenta con los recursos naturales más estratégicos.

No obstante, existe la posibilidad que el imperialismo estadounidense termine siendo un factor que después de todo impulse la integración en un escenario futuro, ya que como observa Haas, si los Estados a integrarse se perciben débiles y victimizados frente a un hegemón o por parte del orden internacional, se incrementará la búsqueda de la integración entre ellos, como única vía para mejorar su posición relativa en la distribución de poder global (Oyarzún, 2008).

2.1.2. Rol en los procesos de integración de la región

Como hemos visto, en el neo funcionalismo, el éxito de la integración depende de las actitudes positivas de las élites hacia el proceso, pero también en este caso, del comportamiento de las mismas en las estructuras institucionales creadas a partir de la expansión de una integración económico-técnica que ha reportado ventajas significativas para estos grupos de poder, que por ende, promueven la “politización” del proceso en organismos que sirvan de mejor manera a sus intereses, siendo esta “institucionalización” un “efecto colateral”, en gran medida inevitable, de una mayor interacción económica-comercial, que es el ámbito en el que precisamente, las élites han buscado que la integración regional quede restringida.

Las élites latinoamericanas que se desarrollaron a partir de los grupos de poder criollos en lo posterior a la independencia formal del Imperio Español a principios del siglo XIX, han estado siempre en una relación de dependencia/complicidad con las potencias extranjeras de turno. Tradicionalmente han comerciado con éstas los productos primarios que producen/explotan de la región, a la vez que son socios menores de los capitales transnacionales, un alto grado de vinculación y dependencia que hace que la idea de una unidad latinoamericana, reaccionaria al lugar que ocupa la región en el statu quo internacional, no pase por su proyecto político-económico ya que es contrario al mismo (Tagarelli, 2009).

En consecuencia, las clases dominantes de la región se asocian hasta cierto punto, pero al mismo tiempo rivalizan con más intensidad por el capital externo, propiciando esquemas de integración con énfasis comercial, en cuanto se adecúa a sus prioridades y son útiles a sus fines. En este sentido no ven diferencias sustanciales entre una CAN o un ALCA por ejemplo. Promueven organizaciones con un desarrollo hacia afuera que se especializan en la exportación de materias primas e insumos industriales, con lo que además pretenden compensar la contracción de sus mercados internos. Problemas estructurales como la deuda están omitidos en la agenda de esquemas como el MERCOSUR, la CAN y sus similares. Los gobiernos no encarar conjuntamente y a profundidad este tipo de temas, ni discuten medidas colectivas para solucionarlos, los han establecido como una realidad que cada país debe afrontar por su cuenta (Colussi, 2006).

Los esquemas de integración que han surgido bajo su dirección y la de sus tecnócratas (desde los cepalinos, pasando por los del regionalismo abierto hasta la actual Alianza del Pacífico) tienen su núcleo en una liberalización comercial, muchas veces direccionada, limitada y condicionada en la medida de sus intereses. En organismos más integrales que abarcan áreas políticas y culturales, participan de manera casi diplomática y con poca consagración, afectando de esta forma la profundización de los mismos.

En esto vale recalcar la consolidación de la Alianza para el Pacífico siendo el más joven y abiertamente comercial de los organismos de integración regional que han surgido en estas dos primeras décadas del siglo XXI. Creado en abril de 2011 y formado por Colombia, Chile, México y Perú, a los que pronto se sumarían Costa Rica y Panamá, tiene como objetivo, el constituirse en un mecanismo de integración de libre movilidad de bienes, servicios y capitales (Alianza del Pacífico, 2015).

Aunque los integrantes de la Alianza han recalcado el carácter pragmático-comercial de su organización, lo cierto es que la misma también posee un claro sesgo ideológico (todos sus países miembros tienen una larga tradición de gobiernos de derecha neoliberal), así como objetivos geopolíticos que se revelan bastante claros: fragmentar los organismos de integración macro, como la UNASUR y CELAC y, servir de contención frente a otros esquemas de integración sub regionales como el MERCOSUR y en especial el

ALBA. La celeridad con la que se formó el organismo habla mucho del respaldo y articulación que han recibido desde el norte.

La restauración de la hegemonía total de los Estados Unidos en la región requiere, por concepto, la fragmentación de la unidad latinoamericana. Tal requerimiento comprende un fortalecimiento de la vieja alianza entre sectores de poder locales y extranjeros para ir asaltando nuevamente el control sobre los países que han divergido con Washington, y en especial en los países donde los costos políticos resultan menores al encontrarse los procesos sociales populares menos consolidados. Ese fue el caso del golpe de estado en Honduras, el cual sirvió no solamente para asentar un duro revés al proceso de integración regional liderado por el ALBA, sino también, para mediante este “castigo ejemplarizador”, intimidar a otros países centroamericanos y del Caribe que empezaron a alejarse de la órbita directa de los Estados Unidos (Tagarelli, 2009), adhiriéndose a los programas de integración económica y energética impulsados por el esquema bolivariano como el caso de PETROCARIBE. De hecho, en el caso de Honduras, una de las primeras medidas del gobierno interino de Roberto Micheletti después del golpe, fue precisamente retirar el país del ALBA. Desde ese punto se frenó la expansión del organismo, el mismo que empezó a caer en un lento declive.

Luego del fracaso de las intentonas golpistas en otros países del ALBA como Venezuela, Bolivia y Ecuador, se lanzó una nueva estrategia divisionista (a escala regional y local), con el fin no sólo de detener el avance de la integración latinoamericana, sino más aún, con el objetivo de fomentar una oposición entre bloques, países y al interior de los Estados, para arrastrarlos así, a una confrontación que desgaste los procesos nacionales y regionales.

Basándonos en el “vuelco a la izquierda” que Suramérica experimentó en la década del 2000, que encontró su impulso con la llegada a la presidencia de Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina en 2003, puede preverse que una llegada al poder de la derecha en Brasil y/o Argentina (ambos líderes regionales), provocará un efecto dominó en sentido contrario, con el consecuente impacto a los procesos de integración latinoamericana, considerando que el candidato de la derecha Aécio Neves planteaba en la campaña electoral del 2014, que de ganar, reformularía las prioridades en política exterior de Brasil y la orientaría hacia el “fortalecimiento” de sus

relaciones con los principales actores del mundo (Borón, 2014). Una posición que se encuentra en los programas de todos los candidatos de la derecha que aspiran llegar a las respectivas presidencias de sus países.

En esta América Latina del siglo XXI ha tomado lugar -como tal vez nunca antes- una pugna por la integración y la disgregación regional, en la cual la derecha, como representante de los intereses de las élites latinoamericanas, hasta el momento ha optado por la segunda.

2.1.3. Su incidencia en la política exterior de los países de América Latina

El surgimiento de países latinoamericanos verdaderamente independientes significa una seria amenaza geoestratégica para los Estados Unidos, ya que somos una región que les resulta vital para el abastecimiento de sus recursos deficitarios. Históricamente América Latina ha sufrido el continuo asedio estadounidense, para lo cual siempre le ha convenido una región sumisa, fragmentada y con gobernantes lacayos para una más fácil y conveniente penetración de sus corporaciones transnacionales.

Consciente de su valor estratégico, América Latina se está convirtiendo en una plataforma de correlación de fuerzas internacionales como nunca antes. La intensificación de relaciones políticas y económicas de ciertos países con otros actores importantes de la escena internacional como China, Rusia, Irán, representa un importante golpe a la alguna vez *quasi* absoluta hegemonía estadounidense en la región. Un multilateralismo y autonomía en la política exterior que simplemente resultan inaceptables para la potencia del norte. Devolver la región al “Consenso de Washington”, requerirá que los gobiernos de derecha, que tradicionalmente han sido los más cooperativos, vuelvan a ser el patrón predominante en el mapa político en América Latina.

En el contexto de estas primeras décadas del siglo XXI, varios de los gobiernos de derecha que han surgido en la región, han tomado el rol de puntas de lanza en la intervención, contención y desestabilización de los gobiernos vecinos que apuestan por una integración más profunda y que resultan estar alineados dentro de la denominada “nueva izquierda latinoamericana”. El mejor ejemplo de esto fue el gobierno de Álvaro Uribe y su continua confrontación con los gobiernos de Hugo Chávez de Venezuela y

Rafael Correa de Ecuador, el cual convirtió al vecino país en la máxima expresión de un “pivote geopolítico” en Latinoamérica. Así mismo, con la nueva ascensión de gobiernos de derecha, la política exterior de varios países en la región dio un vuelco mucho más confrontativo respecto a Venezuela y el ALCA, como en Honduras (después del golpe de estado) con Michelleti y en Panamá con Martinelli.

Un ejemplo más reciente de esto, es el caso de Guayana, país que mantuvo óptimas relaciones con Venezuela en el período de Hugo Chávez, basadas sobre todo en acuerdos de cooperación sur-sur en el marco de PETROCARIBE. Sin embargo, las relaciones bilaterales han cambiado considerablemente con la llegada al poder de David Granger, el cual ha asumido una posición mucho más conflictiva respecto a Venezuela, otorgando un aval de exploración petrolera a la estadounidense Exxon Mobil, en la Guyana Esequiba (Pardo, 2015), territorio en disputa reclamado por Venezuela, lo que ha llevado a los dos países al punto más álgido de las relaciones diplomáticas en décadas.

Esta confrontación entre bloques izquierda-derecha que ha tenido lugar en la región deja un saldo sumamente negativo para el proceso integracionista. Estas disputas medran la solidez de organismos recientemente creados como la UNASUR y CELAC, situación que se ve agravada por la tácita influencia de los Estados Unidos en la política externa de los gobiernos de derecha en Latinoamérica, los mismos que en muchas ocasiones pasan a actuar como acólitos de Washington en el tablero geopolítico de la región. Esto quedó en evidencia con el bochornoso incidente, en el que el avión presidencial de Evo Morales, se vio forzado a aterrizar en Viena luego de restricciones de sobrevuelo y aterrizaje en Francia, España y Portugal, cuando retornaba de Rusia. A la reunión de respaldo convocada en Cochabamba, si bien tampoco contó con la asistencia de la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, llamó fuertemente la atención la inasistencia de los jefes de Estado de los principales gobiernos de derecha de América del Sur: Juan Manuel Santos de Colombia, Sebastián Piñera de Chile y Ollanta Humala de Perú (Russia Today, 2013), que a pesar de ser el entonces presidente protémpore de la UNASUR, retractó su previamente confirmada asistencia, “por motivos de agenda”.

Sin embargo el intervencionismo de las directrices estadounidense en los países latinoamericanos puede tener repercusiones mucho más peligrosas, no solo para la integración sino también para integridad latinoamericana en sí.

Dada la experiencia histórica de golpes de Estado orquestados por la CIA en la región, es altamente probable que el golpe de estado en Honduras, que como se mencionó anteriormente desmembró y frenó el ALBA, se haya dado con el conocimiento y/o participación activa del aparato de inteligencia estadounidense, lo que parece corroborarse con las posteriores declaraciones de la entonces Secretaria de Estado Hilary Clinton, en su libro "Decisiones Difíciles": *"en los días siguientes del golpe hablé con mis homólogos de todo el hemisferio, incluida la secretaria Patricia Espinosa en México con el objetivo de organizar rápidamente unas elecciones que tuvieran como resultado hacer irrelevante la cuestión de Zelaya"* (Telesur, 2014).

Como si no bastase con la labor espionaje e intervención realizada por sus embajadas, como lo revelaron las filtraciones de Wikileaks, (Vallejo, 2010), a través de la vasta red de bases militares obtenidas en países como Honduras, Colombia y otros en Centroamérica, Suramérica y el Caribe, los agentes de la inteligencia estadounidense monitorean la actividad en los países considerados enemigos y articula acciones desestabilizadoras mediante sus estrechos contactos con los grupos de oposición en dichos países. Sin embargo, el asunto más grave es que a través de esta red de bases alrededor de toda Latinoamérica (cedidas gracias a gobiernos de derecha sin excepción), la región queda completamente cercada por el poderío militar estadounidense, así como los países que han pretendido ejercer una política exterior independiente y/o que poseen un alto valor geoestratégico.

Encontramos así que los Estados Unidos tienen en punto de mira a Venezuela gracias a las bases de Aruba, Curaçao y Guantánamo; la de Palmerolas, en Honduras; sumadas a las 7 bases militares oficialmente reconocidas en Colombia, país que se ha convertido en todo un portaviones continental para la potencia norteamericana y que solo con la estratégicamente situada base de Palanquero, tiene la capacidad para desplegar tres aviones de última generación cada dos minutos y tener a su alcance a toda América Central y del Sur con un C17 sin reabastecimiento (Vega, 2013). Quedan también amenazadas Ecuador y Bolivia, teniendo en cuenta que Alan García

entregó en su mandato, sendas facilidades para las tropas estadounidenses en el Perú que hoy en día superan las 9 instalaciones alrededor de todo el país (Borón, 2013), a la que se suma la base Mariscal Estigarribia situada en Paraguay y a menos de cien kilómetros de la frontera con Bolivia, y que cuenta con una de las pistas de aviación más extensas y resistentes de Suramérica, apta para recibir gigantescos aviones de transporte de tanques, aviones y armamento pesado de todo tipo. Todo esto deja a su vez al Brasil rodeado por el poder militar estadounidense, el cual tiene de hecho, a 200 metros de su frontera, a la base bajo control norteamericano Pedro Juan Caballero, situada igualmente desde la estratégica Paraguay (Borón y Vlahusic, 2009: 19).

Todos estos países que han cedido su soberanía en favor de los intereses estadounidenses tienen en común una tradición de regímenes de derecha neoliberal carentes de algún sentido de nacionalismo y cuya política exterior se ha subordinado irrestrictamente a los mandatos de Washington, no solo atentando contra los procesos de integración regional, sino potencialmente contra la integridad de sus vecinos, lo cual es la máxima muestra de su falta de compromiso con la unidad latinoamericana.

Este escenario altamente confrontativo, está sin embargo, vislumbrado en la perspectiva neo funcionalista de las relaciones internacionales, en el cual existe una pluralidad de grupos de poder en conflicto y en busca de la consecución de intereses particulares, los cuales a partir de los perjuicios inherentes a este tipo de relación, atravesarán por un proceso de aprendizaje de que sus intereses se verán mejor servidos a través de soluciones supranacionales, y de la cooperación en vez de la discordia. En el caso latinoamericano, esto dependerá de cuánto las élites reduzcan su vínculos de dependencia con Estados Unidos en favor de una mayor socialización en la región de forma que puedan emerger terrenos de interés común entre ellos.

2.1.4. El rol del liderazgo de México

México ha sido históricamente junto con Brasil, la economía más grande de América Latina y el Caribe, con una importante influencia cultural, demográfica y simbólica que sin embargo no se ha materializado en acciones concretas de vinculación con la región. Aunque la misma ha estado en mayor o menor medida presente en el discurso de los gobiernos mexicanos, las

políticas respecto a Latinoamérica han sido difusas, discontinúas y aisladas, oscilando entre un activismo entusiasta hasta la total indiferencia (Torres del Sel, 2013)

México, que en la década de 1920 había surgido como paladín del nacionalismo latinoamericano y en la de 1970 había sido uno de los líderes de la causa de un Nuevo Orden Económico Internacional favorable a los países en desarrollo, con su abandono de la región para pasar al “club selecto” del TCLAN junto a EE.UU. y Canadá en 1994, puso en duda la validez de la misma de la noción de una América Latina como unidad, a causa de su tradicional rol clave en la articulación de Sudamérica con Centroamérica y el Caribe. En efecto, una vez debilitado el compromiso latinoamericano de México, Centroamérica y el Caribe (con la excepción de Cuba) quedaron a la deriva como un conjunto de pequeños Estados estrechamente dependientes de EE.UU y con menores vínculos económicos y políticos con los Estados suramericanos (Alcalde, 2010).

Ello quitó definitivamente la capacidad a México para ejercer una influencia regional a pesar de sus potencialidades. El *quasi* liderazgo que representa el país azteca se circunscribió, básicamente desde entonces, al área centroamericana y del Caribe, en donde es visto como “el hermano mayor”, pero siempre en relación complementaria al ejercido por los EE.UU. No fue sino hasta el gobierno de Felipe Calderón en el que México aspiró recuperar su presencia en la región, reorientando su política exterior hacia un mejoramiento de sus relaciones con los países latinoamericanos en miras de convertir nuevamente al país, desde el punto de vista político, en un puente entre el Sur y el Norte y de actor de alguna relevancia en la región, ya que para el sexenio de Vicente Fox, existía consenso en el país azteca, había perdido presencia y prestigio no sólo en América Latina, sino en todos los ámbitos geográficos del globo.

En el período Fox, las acciones emprendidas regionalmente estaban dirigidas a asegurar la implantación del ALCA estadounidense, liderando así, el relanzamiento del proceso de integración en Centroamérica y el Caribe, denominado Plan Puebla Panamá, o “Proyecto Mesoamérica” (Súdarev, 2013: 4), integrado por República Dominicana, Costa Rica, Guatemala, Nicaragua, Nicaragua, El Salvador, Belice, Colombia y México (Torres del Sel, 2013: 12) el

cual sin embargo tuvo poco impacto, en buena parte por la apuesta limitada y poco decidida del gobierno mexicano.

El liderazgo mexicano se presenta bajo una forma subordinada a las directrices de Washington, esto es, se crea, se implementa y está limitada en función de la alta vinculación de sus élites político-económicas con los Estados Unidos, el cual es el punto de referencia básico y condicionante en su política exterior, y al cual destina alrededor del 80% de sus exportaciones. De esta forma, el nivel de involucramiento mexicano en América Latina, así como la manera en como este se realiza, responde en gran medida a las directrices e intereses de Washington (Torres del Sel, 2013: 13), motivo por lo cual México no ha logrado construir una verdadera alianza estratégica con ningún país latinoamericano. Esta tendencia solo se revirtió durante la temporal, pero trascendente, convergencia con Brasil para la creación de la CELAC y la posterior Alianza del Pacífico, en la cual México posee el mayor peso relativo.

2.2. La Nueva Izquierda Latinoamericana

En el caso latinoamericano, la variable política detiene una importancia mucho más relevante que la que contempla el neo funcionalismo, al no contar la región con las condiciones estructurales óptimas para el desarrollo efectivo de los procesos de integración económica y comercial, quedando de esta forma los esquemas de integración económico-comerciales, continuamente estancados ante la incapacidad de muchos de sus actores de percibir ganancias inmediatas del mismo. Así, la política se convierte, en un el factor dinamizante de la integración, que inicia procesos, profundiza unos y revitaliza otros como ha sido el caso de los que organismos que han surgido en este siglo XXI: el ALBA, la UNASUR y la CELAC, en los cuales el carácter político en su nacimiento y desarrollo ha sido fundamental, el cual ha girado en torno, sobre todo en el caso suramericano, a la llamada “nueva izquierda latinoamericana”.

Para entender el advenimiento de esta corriente y su impacto en la integración regional, debemos remontarnos en primer lugar a la serie de factores comunes que golpearon América Latina a finales del siglo XX como la crisis de la deuda latinoamericana de la década de los 80 y el generalizado colapso social experimentado a consecuencia de la fallida implementación

neoliberal en la década de los 90. Esto generó el posterior ascenso al poder de gobiernos de tipo reaccionario al orden establecido, elegidos por el descontento y desconfianza generalizados contra los partidos tradicionales de derecha que generaron la crisis. Entre estos movimientos que se alzaron con el poder encontramos el movimiento bolivariano de Hugo Chávez en 1998, del cual hablaremos en el segundo punto, el cual abanderándose como heredero de los ideales de Bolívar, emprende así una cruzada geopolítica por la integración latinoamericana y contra el imperialismo estadounidense en la región que se verían plasmados en su iniciativa ALBA. De esta forma, la llamada revolución bolivariana, impactará de manera significativa en la articulación del nuevo proceso integracionista del siglo XXI, al que se unirán con su llegada al poder, Lula da Silva y Kirchner en 2003, que si bien no bajo el paraguas del bolivianismo venezolano, concebían igualmente la unión de latinoamericana como un asunto de prioridad ante desafíos comunes. Esta convergencia que produciría resultados trascendentales como la derrota del ALCA estadounidense en la cumbre de Mar del Plata en 2005, así como la creación de proyectos de gran relevancia como la UNASUR y la CELAC.

Sin embargo, como analizaremos al final de este subcapítulo, estos tres liderazgos que toman lugar dentro de la “nueva izquierda latinoamericana”, responden a intereses particulares de cada uno de estos actores y que no son siempre coincidentes, restándole así impulso a la misma integración que dicen promover. En el caso de Brasil, esta representa un mecanismo para posicionarse como líder y máximo representante regional, de manera que esto le impulse hacia una mayor relevancia en instancias internacionales como la OMC o el Consejo de Seguridad en su rol de potencia emergente. Para Argentina, la integración ha representado un soporte político-económico después del *default* del 2001 y realizando un papel balanceador entre los liderazgos de Brasilia y Caracas de manera que ninguno se torne hegemónico o entren en confrontación, mientras que para Venezuela la integración ha buscado establecer una plataforma de apoyo político que le sirva de respaldo en su lucha antiimperialista (el ALBA), a vez que en lo discursivo, esto representa uno de los pilares de su ideología bolivariana. Tres intereses diferentes, que generan tres tipos de liderazgo distintos, cuya convencida cooperación queda indeleble en el nacimiento de la UNASUR en 2008, pero también cuyas sus visiones y motivaciones distintas han limitado mucho en mucho el impulso y profundidad al proceso.

2.2.1. Convergencia ante la decadencia del modelo neo liberal y la amenaza del ALCA

La “nueva izquierda” es producto de las agudas crisis económicas que asolaron la región durante toda la década de los 90, época cuando se comienza a sentir con todo rigor los estragos de la apertura ciega e incondicional a los flujos de bienes, servicios y capitales. La traumática implementación del neoliberalismo en nuestros países trajo consigo efectos negativos sobre el desarrollo, ahondando la desigualdad y pobreza, efectos que inclusive se maximizaron en los países más fuertemente golpeados por la crisis de la deuda latinoamericana de 1982, pues tuvieron que someterse con mayor rigor a los ajustes estructurales de las agencias financieras internacionales como el FMI.

En consecuencia, México, producto de la profunda crisis social, ve nacer el levantamiento zapatista en 1994, el cual para 1996 convocaba a un “Encuentro Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo”. En Brasil por su parte, la falta de destreza de Henrique Cardoso para tratar la crisis aumentó el descontento con el modeloneoliberal que se revirtió en un mayor apoyo hacia Lula da Silva en las presidenciales del 2002. Por su parte Argentina en 2001 experimentaba el colapso total –económico, social y político– y la muerte del experimento neoliberal más extremo llevado a cabo en la región en la década d los 90, lo que abriría paso al gobierno de centroizquierda de Néstor Kirchner en el 2003 (Calvo, 2009).

También se suceden fuertes sismos sociales producto de las reformas neoliberales, que en Ecuador, se tradujeron en una anárquica inestabilidad política e institucional que desembocó en continuos derrocamientos presidenciales, mientras que en lo económico, la dolarización y el atraco bancario produjeron un éxodo masivo de compatriotas fuera del país; mientras que en Bolivia, se producía en 1999 la llamada “Guerra del Agua” a causa del impacto social de la privatización del líquido vital impulsada por el Banco Mundial. En Venezuela, la insostenibilidad del Pacto de Punto Fijo sumado a los ajustes estructurales del FMI, desembocaron en el sangriento “Caracazo” de 1989, todo lo cual sería canalizado por Hugo Chávez, en su llegada al poder en 1998.

Al ascenso de movimientos sociales y partidos de izquierda en Latinoamérica en la década de los 90s, se sumaron en el contexto internacional las grandes huelgas ciudadanas y de trabajadores en Francia y Corea del Sur hacia finales de siglo XX, así como la consolidación de una nueva izquierda internacional a partir de las protestas de Seattle en 1999 y Porto Alegre en el 2001 que fueron consolidando esta tendencia (Toussaint, 2008).

Consecuencia de lo anterior, emerge una aguda crisis en el sistema de representación y un descrédito generalizado de los partidos tradicionales, lo que allanó el camino al ascenso a las nuevas formaciones de izquierda al mando de los gobiernos. Así, esta nueva izquierda latinoamericana encontró representación en los gobiernos de Inácio Lula da Silva en Brasil, Tabaré Vázquez en Uruguay, Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Michelle Bachelet en Chile, Rafael Correa en Ecuador, Fernando Lugo en Paraguay, Daniel Ortega en Nicaragua, Manuel Zelaya en Honduras y Hugo Chávez en Venezuela, (Chávez y Rodríguez Garavito, 2008: 32), además de contar con el respaldo y simpatía de varios gobiernos caribeños que se irían uniendo al esquema del ALBA, como el del laborista Ralph Gonsalves de San Vicente y Granadinas.

Como se puede observar, la mayor concentración de gobiernos de esta tendencia se ubicó en Suramérica, lo que justificaba la tesis de algunos “tanques de pensamiento” que afirman la existencia de una división cultural y política en América Latina: un norte irrestrictamente sometido al Consenso de Washington y cercano a las políticas de Estados Unidos (a excepción de Nicaragua y Cuba), y un sur renuente, que se fue alejando durante la primera década del siglo XXI de la ortodoxia del modelo neoliberal así como de la zona de influencia directa de los Estados Unidos, esto a su vez con las excepciones de la Colombia Álvaro Uribe y el Perú de Alan García (Hernández, 2006).

De igual forma dentro de esta nueva izquierda, se planteó la existencia de dos líneas en América del Sur: una “moderna”, “pragmática”, “realista” según la clasificación del ex canciller mexicano Jorge Castañeda, cuyas figuras representativas eran Lula da Silva, Michelle Bachelet y Tabaré Vázquez; y otra “populista”, “nacionalizadora” y “poco modernizada” liderada por Hugo Chávez y en torno a la cual se alineaban Evo Morales, Néstor Kirchner y Rafael Correa. Mientras Lula llevó a cabo en su primera presidencia una ortodoxia financiera,

Chávez hizo fuertes cambios estructurales que fueron duramente criticados (Hernández, 2006).

De lo anterior, en cuanto a la diversidad hay que estar de acuerdo. En contraste con la unidad y centralización teórica y varias veces de acción de la vieja izquierda, la nueva izquierda se distingue más bien por la pluralidad, con multiplicidad de bases sociales y agendas políticas propias dentro de cada gobierno. Así, esta transición a la izquierda, constituyó un proceso pausado, principalmente en países con un pasado de fuertes dictaduras donde fue necesaria la alianza con los partidos conservadores con tal de hacer viable una estabilidad “democrática” y, de esta manera, poder regresar a la arena política (Calvo, 2008), siendo el mejor ejemplo de esto Chile. En otros el cambio fue más radical como en Venezuela, por el legado del Caracazo o en Argentina después de la hecatombe política, económica y social producida por el *default*.

Y es que en la región no existe (ni existirá probablemente) una especie de “Nueva Internacional” de partidos de izquierda que actúe coordinadamente y de común acuerdo por intereses similares y apunte, en último término, al mismo proyecto con la misma convicción. La actual insurgencia de líderes de izquierda, con sus diferencias y a veces hasta contradicciones, se revela como consecuencia directa y proporcional al fracaso del paradigma neoliberal en cada país y como en cada uno se lidió con esa realidad, lo que explica en parte su diversidad.

La únicas coincidencias explícitas de todos estos gobiernos es el hincapié en el rol del Estado para impulsar políticas sociales e inversión pública en sectores estratégicos de la economía y de la sociedad, mientras que en cuanto al comercio y política internacional defienden el multilateralismo con especial énfasis en la integración latinoamericana y la cooperación sur-sur (Ramírez, 2006). En lo que concierne a la postura frente a las instituciones financieras internacionales, el libre comercio, las instituciones democráticas, la distancia con la política de Washington hay en general entre los gobiernos de la nueva izquierda una aproximación equivalente pero con una tonalidad y grado diverso dependiendo de la realidad de cada país. En suma, esta nueva generación de liderazgos de izquierda en el siglo XXI cuenta con coincidencias innegables, pero también con diferencias significativas.

Esta heterogeneidad de posturas, visiones y objetivos específicos dentro de la izquierda explica que hayan tomado lugar sucesos como la “disimulada” rivalidad entre Brasilia y Caracas por liderazgo del proceso integrador y por la influencia sobre Argentina, Bolivia. Sin embargo, a pesar que esta nueva izquierda no se ha presentado (ni en sus mejores momentos) como totalmente cohesionada y sin contradicciones, sí se ha mostrado dispuesta a llevar a cabo, gracias a la convergencia ideológica de sus líderes, proyectos regionales de importancia así como a asumir posturas consensuadas frente a desafíos comunes.

El mejor ejemplo de esto es lo que se convertiría en el hito fundacional de la izquierda latinoamericana moderna: la cumbre de Mar del Plata de 2005, en la que Néstor Kirchner, Hugo Chávez y Lula da Silva unieron fuerzas para frenar el ALCA, el tratado de libre comercio impulsado por los EEUU, lo que marcó una nueva línea estratégica en el continente, particularmente en Suramérica, que con la posterior adhesión a esta tendencia de Evo Morales, Rafael Correa y otros mandatarios, representaría el germen de la futura UNASUR y CELAC (Paz, 2015).

Paralelo a la cumbre del ALCA en Mar del Plata, Hugo Chávez, quien con más ahínco se opuso al proyecto estadounidense, y fiel a su ideología bolivariana y latinoamericanista, ya publicitaba para esas fechas su recientemente creada Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA), el primer esquema de integración de la región altamente político y abiertamente confrontativo respecto al imperialismo estadounidense, que impulsaba la construcción de una “Patria Grande” en todo el territorio latinoamericano y caribeño. Si bien dicho proyecto fue inyectado (tal vez en exceso) con el matiz ideológico del socialismo del siglo XXI, lo que en definitiva terminó limitando su alcance, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, este desbordó la experiencia venezolana y constituyó la base de una tendencia que cada vez iría tomando más fuerza en el escenario regional de toda Latinoamérica.

El establecimiento de una sensación de pertenencia e identidad representa una fuerza poderosa en apoyo de la integración regional. Según Nye: *"cuanto más fuerte es el sentimiento de permanencia y mayor el atractivo identificador, menos dispuestos estarán los grupos de la oposición a atacar un esquema de integración frontalmente"* (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 455).

En este sentido, eso puede explicar en parte la motivación integracionista regional reflejada en iniciativas altamente políticas como la UNASUR y el ALBA: la primera conformada en su momento por una mayoría de países identificados con la “nueva izquierda latinoamericana”, mientras que la segunda, enmarcados más específicamente dentro de la vertiente del “socialismo del siglo XXI”. Es decir, por gobiernos, en mayor o menor medida, reacios al orden mundial establecido y la lógica neoliberal, para los cuales, la integración bien pudo haber representado una plataforma de respaldo mutuo frente a las potenciales retaliaciones del statu quo internacional.

2.2.2. Surgimiento del movimiento bolivariano

En la carta de Jamaica de 1815, y a pesar de su analítico realismo sobre la envergadura del proyecto, Bolívar anunciaba su ambición de “ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria”, “una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo” manifestando que ya que esta “tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”. Dichos pensamientos, más allá de simples idealismos, se basaban en su profunda comprensión del contexto histórico en el que se encontraba la naciente América Latina, para la cual buscaba proveer, mediante la integración, de un mecanismo de seguridad conjunta que asegurase la libertad de los recientemente emancipados Estados. En sus planteamientos, estos debían colaborar, especialmente en los campos políticos y de defensa, para enfrentar en forma conjunta las amenazas foráneas que ya empezaban a cernirse, con propuestas como la creación de un ejército continental que persuadiera las ambiciones de potencias extranjeras, por ejemplo.

Debido a que las condiciones estructurales poco o nada han cambiado para la fragmentada y débil Latinoamérica que dejaron los Libertadores, el pensamiento de Bolívar se ha mostrado vigente en todas las épocas de nuestra historia y hasta nuestros días, convirtiéndose en la columna vertebral de un proyecto del cual se han abanderado principalmente los movimientos y gobiernos de izquierda en la región.

El principal y pionero en el naciente siglo XXI, fue la revolución bolivariana de Venezuela, que con la elección presidencial de Hugo Chávez, empezó un camino político que reivindicación a la obra y figura de Simón Bolívar, y demás próceres venezolanos y latinoamericano (Taguaruco, 2014). Así se inició una etapa de acercamiento con las naciones de la región, donde ya para el Plan Nacional de Desarrollo 2001/2007 se trazaba entre los objetivos de acción internacional del país, el promover la integración latinoamericana y caribeña, para abordar con mayor eficacia las desigualdades sociales y los altos niveles de pobreza que afectan a los países de la región, así como el consolidar y diversificar las relaciones internacionales, robusteciendo la cooperación Sur-Sur y ampliando las relaciones con otras regiones y países (MPPP, 2001)

Los movimientos de izquierda de la región, comparten en mayor o menor grado el pensamiento de Bolívar de soberanía, libertad, y la búsqueda de la integración latinoamericana bajo un proyecto de emancipación anticolonial y antiimperialista. De esta manera, los actuales procesos de integración obtuvieron un catalizador importante a partir de la elección de Hugo Chávez y la instauración de su proyecto bolivariano, el cual inicialmente comenzó por medio de la cooperación bilaterale con Cuba, y que más tarde se ampliarían en propuestas de mayor alcance y envergadura hacia otros gobiernos de la región, que política e ideológicamente, se fueron mostrando afines al bolivarianismo y socialismo del siglo XXI como Nicaragua, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Honduras, Argentina y Brasil, pasando así este movimiento, a ser la base germinal que permitiría el impulso y articulación de proyectos como el ALBA, la UNASUR en Suramérica y la CELAC a nivel de América Latina y el Caribe.

A pesar del recelo regional al proyecto de Hugo Chávez, éste continuó exacerbando la retórica anti estadounidense, con especial énfasis después del fallido golpe de Estado del 2002. Con la consolidación del mandato de Chávez luego del referéndum de 2004, Venezuela se posicionó vigorosamente en la primera línea de los esfuerzos integracionistas gracias a una mayor independencia política producto de la nacionalización de sus recursos energéticos y a los altos precios de estos en los mercados intencionales, así como por el nuevo despertar de los valores bolivarianos en la conciencia ciudadana (Morales y Alberto, 2012). La apuesta de Venezuela por el

MERCOSUR, la conformación del ALBA-TCP, PETROCARIBE, el Sistema Unitario de Compensación Regional (SUCRE), las Misiones, la creación de la televisora Telesur, y su activa participación en el nacimiento de la UNASUR y CELAC, han sido ejemplos de la traducción de la retórica bolivarianista en acciones concretas.

Y es que el legado histórico de las gestas libertarias se encuentra incrustado de manera especial en la cosmovisión venezolana, pueblo que tuvo un rol estelar en dicho proceso aportando próceres de la talla de Bolívar, Miranda, Sucre, Urdaneta, Rodríguez, Bello, Ribas, además de la sangre de miles de soldados. Así, hechos como el de inscribir el bolivarianismo en su nombre oficial son claros indicadores del grado de importancia que Venezuela le ha imprimido al área latinoamericana y caribeña en el momento contemporáneo, además de ser de los pocos países en la región, que junto al Ecuador, tienen inscritas las aspiraciones integracionistas en su marco constitucional (Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, 1999):

El pueblo de Venezuela, en ejercicio de sus poderes creadores e invocando la protección de Dios, el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de nuestros antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana; con el fin supremo de refundar la República para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural en un Estado de justicia, federal y descentralizado, que [...] promueva la cooperación pacífica entre las naciones e impulse y consolide la integración latinoamericana...

La República promoverá y favorecerá la integración latinoamericana y caribeña, en aras de avanzar hacia la creación de una comunidad de naciones, defendiendo los intereses económicos, sociales, culturales, políticos y ambientales de la región...

La educación es un derecho humano y un deber social fundamental [...] consciente y solidaria en los procesos de transformación social consustanciados con los valores de la identidad nacional, y con una visión latinoamericana y universal...

Mientras que en el Ecuador, la vocación integracionista se manifiesta en el art. 423 de la constitución que establece que: *“La integración, en especial con los países de Latinoamérica y el Caribe, será un objetivo estratégico del Estado...”* y establece que en todas las instancias y procesos de integración, el Estado ecuatoriano se comprometerá entre otras cosas a:

Favorecer la consolidación de organizaciones de carácter supranacional conformadas por Estados de América Latina y del Caribe, así como la suscripción de tratados y otros Instrumentos internacionales de Integración regional... (Constitución de la República de Ecuador, 2008)

De igual forma se buscará “fortalecer la armonización de las legislaciones nacionales”, “impulsar la integración económica”, “propiciar la creación de la ciudadanía latinoamericana y caribeña”, así como “impulsar una política común de defensa que consolide una alianza estratégica para fortalecer la soberanía de los países y de la región”. (Constitución de la República de Ecuador, 2008)

Es también rasgo único entre las naciones latinoamericanas y caribeñas el hecho de que el himno de la República Bolivariana de Venezuela haga referencia a la conformación de una nación latinoamericana: *“Unida con lazos, que el Cielo formó, la América toda existe en Nación. Y si el despotismo levanta la voz, seguid el ejemplo que Caracas dio”*. (Himno de la República Bolivariana de Venezuela: tercera estrofa)

El bolivarianismo en sí, constituye un proyecto nacido en la Venezuela de las gestas independentista, que mediante Bolívar articuló los ideales de Miranda de una gran nación latinoamericana producto de la unión de los otrora territorios españoles en el continente americano (Morales y Alberto, 2012: 25). Si bien, coherente con su legado, la Venezuela bolivariana se pone a la vanguardia en la lucha contra del imperialismo como principal enemigo de la integración latinoamericana, el abuso de posiciones extremas, sumado a ciertas contradicciones como el sincretizar la figura y obra de Bolívar con el socialismo, bien pudieron haber afectado una mayor capacidad de liderazgo venezolano en el proceso integracionista.

Si bien como señala Nye, los esfuerzos políticos por crear coaliciones basadas en la concordancia ideológica pueden ser un importante promotor de la integración (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 456), como ha sido el caso de la UNASUR (“nueva izquierda latinoamericana”) y el ALBA (socialismo del siglo XXI), esto también puede conllevar un importante efecto negativo si, por ejemplo, la suerte política de un grupo que apoya la integración cae en un país miembro, siendo el mejor ejemplo de esto la salida de Honduras del ALBA. Es más, en el contexto latinoamericano, el nivel en que la integración pueda ser sostenida y ampliada en su atractivo, está directamente relacionada con la existencia grupos de gobiernos favorables al proceso de integración y del grado de apoyo popular que estos puedan tener en sus respectivos países (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 456).

2.2.3. El rol del liderazgo brasileño-argentino-venezolano

La integración regional abarca naciones de muy diverso tamaño y poder, donde inevitablemente se requiere la existencia de un liderazgo que esté en la capacidad de emprender acciones concretas y dispuesto a pagar los costos iniciales inherentes a su rol (Torres del Sel, 2013: 30). El direccionamiento de los liderazgos políticos toma una mayor relevancia, toda vez que el planteamiento neo funcionalista de las élites impulsando el proceso no se cumple a cabalidad en el escenario latinoamericano, recayendo así la posta sobre los agentes políticos estatales, cuyas motivaciones, sin embargo, están más direccionadas por variables ideológicas y geopolíticas particulares, que en una colaboración para resolver problemáticas técnico-económicas comunes.

El liderazgo en las relaciones internacionales está estrechamente relacionado con el poder material de cada actor, por lo que factores como el desarrollo económico, recursos naturales, población, reservas internacionales y territorio son esenciales. El liderazgo representa así, un excedente de poder que se desborda de manera organizada y direccionada, en donde el líder dispone de los recursos necesarios como emprender iniciativas y lidiar con los costos y resistencias propios del liderazgo o la pugna por él. También juega un papel importante el denominado *soft power*, es decir, la capacidad de atraer y persuadir a través de la política, la diplomacia o la cultura o (Torres del Sel, 2013: 30).

Es así que en el escenario regional se distinguen determinados países que por sus atributos de poder blando y duro, se posicionan como responsables del proceso integracionista en su conjunto. Estos son a saber: Brasil, Venezuela y Argentina desde la plataforma de la llamada “nueva izquierda latinoamericana”, así como México, el cual ya ha sido tratado con anterioridad en este trabajo.

El primero, Brasil, el cual por el gran tamaño de su territorio, nivel de desarrollo económico, sus vastos recursos naturales y el número de su población, es el líder natural en la región. El segundo, Venezuela, que aparte de su legado histórico producto de las luchas emancipadoras, posee las mayores reservas de hidrocarburos del planeta, siendo el primer productor

petrolero de Latinoamérica y quinto en el mundo; recursos que le ha posibilitado incursionar con un liderazgo “alternativo y novedoso” en la región, basado en algunas ocasiones sobre una activa “diplomacia petrolera”, en especial con los países del Caribe. (Torres del Sel, 2013: 31). En tercer lugar se encuentra Argentina, cuya participación en las iniciativas de integración de la década del 2000 fue decisiva, y actuando como factor que actúa como elemento de balance entre Brasil-Venezuela (Morales y Alberto, 2012).

Tanto Argentina, Venezuela y Brasil cuentan con una serie de atributos de poder duro y blando que los sitúa como actores de primer orden en el escenario regional, sin embargo, a la vez representan tres tipos de liderazgos distintos—en cuanto a sus motivaciones y estilos- que generan propuestas integracionistas también distintas debido a sus distintas proyecciones de inserción internacional y regional. Se trata de tres liderazgos diferentes que en ocasiones confluyen, mientras que en otras se solapan o entran en conflicto.

En cuanto a Venezuela, su política exterior tuvo un significativo giro con el intento de golpe de Estado en abril de 2002, el cual sirvió para radicalizar el proceso revolucionario bolivariano, después de lo cual declaró por primera vez su carácter abiertamente antiimperialista, al imputar al gobierno estadounidense de la autoría intelectual del golpe. A partir de entonces comienza una etapa de mayor confrontación con los Estados Unidos y de mayor acercamiento a nivel bilateral con varios países de la región en base a una política de cooperación y ayuda económica con gobiernos y movimientos sociales afines, a la par que se empieza a evidenciar un significativo cambio en la política exterior venezolana hacia un nivel más multilateral con el mayor acercamiento e interacción con actores extra regionales como China, Irán y Rusia, (Torres del Sel, 2013: 32).

En materia de integración, en 2004 Venezuela junto con Cuba crean el ALBA -TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América / Tratado de Comercio de los Pueblos), que se iría progresivamente ampliando a numerosos países de la región y en especial a aquellos alineados dentro del socialismo del siglo XXI. En 2005, se crea PETROCARIBE, alianza en materia petrolera dirigida a los países del Caribe relacionado con que estos puedan adquirir petróleo venezolano en condiciones de pago preferenciales. El ALBA constituye el núcleo duro proyecto integracionista venezolano, el cual se

presenta a sí mismo como la antítesis del ALCA y un escudo regional contra el imperialismo estadounidense (Torres del Sel, 2013: 34).

De esta manera se puede observar el modelo de integración de la Venezuela de Chávez se ha basado en la cooperación energética y una fuerte dirección estatal que privilegia la variable político-ideológica antes que la comercial. Revive y enarbola los ideales bolivarianos antiimperialista y de unidad latinoamericana pero incorporándolos a la matriz del socialismo del siglo XXI, de allí su oposición a los esquemas regionales ya existentes por su marcada orientación por comercial y ser funcionales al “imperio” y las oligarquías nacionales. Esto desembocaría en la salida de Venezuela de la CAN en 2006 y su petición de ingreso al MERCOSUR frente a los TLC firmados por parte de Colombia y Perú con los Estados Unidos (Torres del Sel, 2013: 34).

Los ingentes ingresos provenientes del petróleo han permitido a Venezuela convertirse en un actor de impacto en la escena regional y desafiante en todos los órdenes. Sin embargo la impronta altamente ideologizada de la política venezolana (tanto interna como regional) ha terminado generando suspicacias, reticencia y finalmente una marcada polarización en América Latina hacia ésta, en especial por su discurso fuertemente anti estadounidense y anticapitalista (Torres del Sel, 2013. 34). No obstante, la política regional venezolana de la era Chávez se asienta no solo sobre la ideología, sino posee una proyección geopolítica bastante clara: desde la creación del ALBA pasando por la confrontación con EE.UU y hasta su participación sobresaliente en la creación de iniciativas regionales como UNASUR y la CELAC, han sido acciones tendientes a posicionar a Venezuela como líder indiscutible dentro de Latinoamérica y en un factor de obligatoria consideración en todo lo que respecta a ésta

Incluso, las relaciones forjadas con los otros líderes regionales (Brasil y Argentina) responden a una específica visión estratégica del país bolivariano, ya que para Venezuela, con un peso estructural menor, resulta primordial apuntalar dicho eje en torno a sus intereses y prioridades. Dentro de esto, el desproporcional peso de Brasil en Suramérica, ha provocado que Venezuela busque afianzar de manera especial sus relaciones con Argentina como una

forma de balancear el poder y liderazgo brasileño, impidiendo que éste devenga en hegemónico (Torres del Sel, 2013: 35).

Por la capacidad de acción que le ha brindado su potencial energético, por su posición desafiante frente al orden internacional establecido, así como por la renovada conciencia integracionista bolivariana que se ha instalado en su población y clase política; el rol de Venezuela ha resultado sumamente útil para el proceso, convirtiéndola en el motor mismo de la unión latinoamericana y caribeña en este siglo XXI al posicionarse a la vanguardia de los esfuerzos integracionistas frente a la timidez de ciertos países y la ambivalencia de otros (Morales y Alberto, 2012). Sin embargo, su capacidad de liderazgo parece haber alcanzado su límite con deceso de Hugo Chávez y la agudización de la crisis político-económica que aún afronta, así como por la oposición que todavía genera su proyecto político.

En Brasil, la transición a la democracia y el impacto de la crisis de la deuda, provocó un proceso de acercamiento con los países del Cono Sur. Luego de hacer a un lado la tradicional rivalidad con Argentina, se inicia el Programa de Integración y Cooperación Económica junto con dicho país, lo que representaría la antesala al nacimiento del MERCOSUR, iniciativa que desde sus inicios fue concebida por Brasilia como el núcleo de su proyecto de integración sudamericano. De esta manera, Brasil comienza a consolidar el carácter estratégico de su política regional de integración con su delimitación geográfica de acción en torno a Sudamérica (en parte como respuesta a la creación del TCLAN y posteriormente al ALCA), donde se proyecta y busca concretar un área de influencia y liderazgo. Esto quedó en evidencia con la exclusión de México (su tradicional rival en la región), Centroamérica y el Caribe de sus proyectos integracionistas, al considerarlos pertenecientes al área de influencia natural de Estados Unidos, y buscar de esta forma, evitar cualquier confrontación directa con la potencia del norte (Torres del Sel, 2013: 38).

Durante la presidencia de Cardoso (1995-1999; 1999-2003), Brasil inaugura proyectos con visión regional como la Cumbre Sudamericana de Presidentes y la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), todos los cuales giraron en torno a los ejes de la integración económica y física. Con la llegada de Lula de Silva a la presidencia

en 2003, Brasil “sudamericaniza” aún más su agenda externa, desembocando en 2004 en la creación de Comunidad Sudamericana de Naciones, la cual se trasformaría4 años después en la UNASUR, cuyo nacimiento significaría un salto cualitativo en la integración del subcontinente (Torres del Sel, 2013: 36).

Para entender la política brasileña respecto a Latinoamérica, es necesario comprender su necesidad de constituirse en un actor relevante a nivel internacional, en otras palabras, el proceso de integración es un medio para darle a Brasil un lugar destacado a en los asuntos y organismos globales. En ese sentido, las élites políticas brasileñas han entendido que una herramienta indispensable para alcanzar este objetivo, es posicionar al país como el líder por excelencia en la región, por lo que se vale de los procesos de integración regionales para visibilizar su capacidad de liderazgo y de esta manera cumplir con las expectativas de una comunidad internacional que lo ve como el principal interlocutor válido de la región y el único con la capacidad para garantizar su estabilidad (Torres del Sel, 2013: 38).

Brasil lleva adelante una política regional marcadamente estratégica que busca promover la integración sudamericana a través del diálogo y el consenso, que sirva de espacio para la prevención y resolución pacífica de conflictos intra regionales, de manera que se garantice la muy necesaria estabilidad regional útil a sus intereses y la menor injerencia posible por parte de Washington, consciente que cualquier inestabilidad podría bastar para desatar el intervencionismo de la potencia en los asuntos sudamericanos. De esa forma, persigue el reconocimiento de su liderazgo por parte de sus vecinos en la región y, mediante un accionar basado en “poder blando”, evitar las tradicionales sospechas de un Brasil unilateral y hegemónico (Torres del Sel, 2013: 37).

El liderazgo brasileño ha enfrentado el desafío de actuar con el suficiente tacto y medida para impedir que los tratados de libre comercio promovidos por Estados Unidos se vuelvan el patrón dominante en la zona (lo sepultaría al MERCOSUR), sin entrar confrontación directa con la potencia del norte. Otro desafío para Brasil ha sido la interacción con otros liderazgos paralelos en su “zona de influencia”, como la Venezuela de Chávez, que en durante los altos precios de los hidrocarburos, detenía una capacidad de actuación sumamente amplia y autónoma. En respuesta a eso, se buscó atraer

al país al bolivariano al proyecto brasileño de integración por excelencia, el MERCOSUR, con el objeto de alinearlos dentro de un proceso más coordinado y pragmático que redujera su sesgo ideológico (Torres del Sel, 2013: 37) y que permitiera tenerlo bajo un mejor control.

Aunque Brasil busca proyectarse ante el resto de países suramericanos, como un líder que utiliza la concertación política y no la imposición, aún debe revertir la tradicional imagen de ser un Estado extremadamente proteccionista, que aprovecha de su poder y peso para lograr acuerdos desiguales con sus vecinos, a costa de los cuales, inclusive, se ha expandido territorialmente en el pasado. Para ello, en lo económico, Brasil tendría que ofrecer algunos beneficios a sus socios en la región, como podría ser un acceso preferente a su apreciable mercado, o mediante esquemas de cooperación en base a sus notables recursos tanto naturales como industriales (Alcalde, 2010: 247). Sin embargo, ni en ese terreno como tampoco en el político, Brasil, se ha mostrado dispuesto a compartir con los países más chicos, en este caso, un mayor margen en la toma de decisiones, como tampoco ha sabido construir una retórica convincente sobre el lugar al cual su liderazgo va a llevar a América Latina en la escena internacional.

El liderazgo brasileño ha llevado a hacer prevalecer, dentro los bloques de integración que preside, un institucionalismo suave y de tinte intergubernamental, con el objetivo de valerse de su peso para resguardar sus elevados márgenes de autonomía y mediante su *soft power*, enredar los intereses de los países vecinos con los suyos propios. El MERCOSUR es el núcleo duro de su estrategia de integración, el cual se ha expandido, acorde a sus objetivos geopolíticos, hacia una integración en el marco de UNASUR, aún más laxa y flexible, que por su naturaleza política, representa el siguiente escalón en una estrategia regional de mayor alcance. De esta forma, por un lado tiene a su disposición a un MERCOSUR, con el cual hace hincapié en la variable comercial, y por otro, una UNASUR, que mediante la política, se establece como un espacio de concertación, cooperación y prevención de conflictos; así como mecanismo de en la integración física y de sectores estratégicos como el Consejo de Defensa. Se evidencia así la visión multidimensional de la integración concebida por Brasil (Torres del Sel, 2013: 39).

En suma, Brasil no ha estado dispuesto a pagar los costos inevitables que significa la profundización de los esquemas de integración, dando lugar a organismos coyunturales, limitados y superficiales; utilizando el concepto de unión regional en los momentos y en la medida que le ha resultado útil para sus fines geopolíticos, más Itamaraty, no ha mostrado hasta el momento, una verdadera convicción y compromiso en con el ideal de la integración latinoamericana en sí.

Si bien los motores de la integración, en especial a escala suramericana y durante este inicio del siglo XXI, han sido Venezuela y Brasil, Argentina ha jugado un importante rol como elemento de moderador que ha evitado los excesos de los nacionalismos regionales de los dos primeros y fortalecido el músculo económico mercosureño. Argentina ha contado por mucho tiempo y hasta la actualidad, con una notable capacidad de influir en sus vecinos, contando con una imagen de líder y actor preponderante en el imaginario colectivo de la región (Morales y Alberto, 2012: 25).

Felizmente (para el proceso de integración), uno de los aspectos positivas de la crisis argentina de inicios del siglo XXI, fue el mayor acercamiento que ésta le produjo hacia América del Sur, en busca de una plataforma de apoyo y de reinserción internacional. Esto se dio principalmente hacia Brasil con el fin de alinear sus políticas exteriores en el fortalecimiento del MERCOSUR como nuevo espacio prioritario para su crecimiento económico y con el acercamiento político-ideológico con Venezuela, en su compartida crítica al sistema internacional del cual ambos se sentían víctimas, una aproximación que se iría ampliando en base a acuerdos en los sectores económicos, energéticos, de la agroindustria, sociales, entre otros (Morales y Alberto, 2012: 26). Une a ambas naciones igualmente su compromiso histórico con la integración latinoamericana producto de su liderazgo emancipador en las guerras de la independencia.

Así, la política exterior de la Argentina de la primera década del siglo XXI, ha contemplado a la integración latinoamericana entre los principales puntos de su agenda externa, cuyo aporte a la misma se encuentra en la conformación de organismos como la UNASUR, producto de su mejor entendimiento (en base a la experiencia del MERCOSUR) de que la integración regional debe desarrollarse necesariamente a través de su institucionalización

y la politización de sus objetivos para asegurar su coherencia y permeabilidad regional (Morales y Alberto, 2012).

De esta forma, se ha ido consolidado la trilateralidad Argentina-Brasil-Venezuela como eje principal de la integración suramericana así como latinoamericana y caribeña. Los vínculos entre sus integrantes son múltiples: Brasil y Argentina se necesitan para sostener un MERCOSUR que es funcional a los intereses de ambos, así como para proyección de éste a escala regional en la UNASUR. Paralelamente Venezuela se ha constituido como elemento de propulsión energética (en ambos sentidos de la palabra) para el proceso de integración, gracias sus recursos provenientes del petróleo y a su liderazgo político-ideológico sobre los países aglutinados en el ALBA (Morales y Alberto, 2012: 26) que dotan a las iniciativas surgidas por la trilateralidad, de mayor alcance y profundidad en la región.

Ejemplo del impacto de este liderazgo triangular, fue la estocada, que la posición conjunta de los tres países, dio al ALCA impulsado por los Estados Unidos en 2005, así como la designación del ex-presidente argentino Néstor Kirchner como primer secretario general de la posterior UNASUR, acción que reconoce el nivel de participación del país austral en la creación de este organismo fundamental dentro del proyecto de integración latinoamericano contemporáneo.

Así, el proceso de integración latinoamericana y caribeña es impulsado por el bilateralismo de la potencia económica, política y diplomática que representa Brasil, sumado al de la nación que lleva congénita los simbolismos e ideales de independencia y emancipación frente a las potencia extranjeras: Venezuela. Éste dualismo es complementado a su vez, por la participación de una Argentina, que sin obstinadas pretensiones de liderazgo protagónico, se ha mantenido comprometida con la integración como factor complementario y de equilibrio, aprovechando su imagen histórica de potencia subregional para impulsar la misma. Así el trilateralismo Argentina-Brasil-Venezuela se convierte en la base del MERCOSUR, y este a su vez de una UNASUR pilar primordial dentro de la CELAC. En otras palabras, este representa el cimiento mismo del proyecto integracionista latinoamericano de este inicio del siglo XXI.

No obstante, ese núcleo posee debilidades que pueden fragmentarlo. Y es que tanto Venezuela como Brasil, adolecen del mito de la excepcionalidad, concibiéndose como naciones singulares por sus recursos de poder, destinadas a ser modelos a seguir o bien potencias regionales por naturaleza (en el sentido hegemónico de la palabra). Este imaginario político pesa aun fuertemente en la actuación y proyección internacional de Brasil y Venezuela, creando diversos grados de desconfianza y recelo en el resto de países latinoamericanos frente a estos dos liderazgos regionales (Chaves, 2008).

Así, las relaciones con Brasil son afectadas por las marcadas asimetrías estructurales en las relaciones bilaterales (enormes déficits comerciales, el "sub-imperialismo" practicado por las empresas transnacionales brasileñas, etc.) y por sus pretensiones de tutela regional, no declarada, pero existente y promovida por Itamaraty. Frente a Venezuela hay escepticismo por la radicalidad ideológica de su proyecto político que se basa en un clima de confrontación con Estados Unidos, al cual la mayoría de los países latinoamericanos no le han querido apostar con el mismo ahínco. Si bien los gobiernos latinoamericanos aceptan con entusiasmo la cooperación petrolera, se han rehusado en acompañar a Venezuela en su discurso radical anti imperialista (Chaves, 2008).

Según Karl Deutsch, los liderazgos son necesarios en los procesos de integración: *"los estados fuertes o unidades políticas grandes desempeñan un papel muy importante; el desarrollo de sus capacidades políticas y económicas es decisivo para la integración de cada una de las comunidades más amplias"*(Omaña, 2007: 2), un factor que como se estableció en un inicio, toma mayor relevancia en el contexto latinoamericano, donde no existen las condiciones para que el proceso de desarrolle naturalmente por sí solo. Los países aquí mencionados poseen influencia y responsabilidad sobre el proceso integracionista, pero al poseer proyecciones diversas y poco consensuadas de sí mismos en la región y el mundo, los intereses que guían su accionar resultan demasiado divergentes y, de igual manera, las visiones y expectativas que tienen sobre la integración regional. Esto ha llevado a que cada uno de ellos busque liderar sus propios esquemas de integración que les resulten más útiles a sus intereses particulares, perpetuando de esta forma y paradójicamente, la fragmentación de la región en su conjunto.

2.3. Principales iniciativas políticas en la región

El neo funcionalista Leon Lindberg define la integración como "el proceso por el cual las naciones anteponen al deseo y la capacidad de conducir la política exterior y los aspectos clave de la política interna independientemente de las demás, buscando por el contrario tomar decisiones conjuntas o delegar el proceso de toma de decisiones a un nuevo centro" (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 468).

Sin embargo, para que los países de Latinoamérica puedan llegar a esa instancia, deberán superar primero, en el ámbito político, la débil institucionalidad producto la polarización, en este siglo XXI, entre neoliberales de derecha "renovada" y la "nueva izquierda latinoamericana", situación que ha generado países altamente volátiles, sin la capacidad de crear y sostener políticas de Estado en temas de largo plazo como el proceso de integración y, evitado, a raíz de los sesgos ideológicos entre gobiernos, generar consensos y una visión común sobre lo que debe ser la integración en los organismos regionales. Un buen ejemplo de esto es el caso del ALBA y la Alianza del Pacífico, dos proyectos que encarnan dos visiones muy diferentes sobre lo que debe ser la integración regional. Sin embargo, el problema no reside tanto en que sean proyectos desemejantes, sino que se han definido a sí mismos como antagónicos.

Las iniciativas con carácter político que han surgido en este siglo XXI en América Latina, han sido producto de liderazgos regionales como hemos en el anterior subcapítulo, pero también, se han dado en un contexto de alta concordancia ideológica entre la mayoría de los países miembros. Entre los de carácter preponderantemente político, trataremos primero el ALBA, la cual se ha basado principalmente sobre la dimensión ideológica del bolivianismo y el socialismo del siglo XXI; seguida por la UNASUR, con un sentido más estratégico en función de Brasil, afianzando y expandiendo el MERCOSUR en lo político; y finalmente en el tercer punto, la CELAC, producto de una "feliz coincidencia" entre los dos países de mayor peso en la región y con mayores capacidades de liderazgo: Brasil y México. De que estos no se solapen, sino que se complementen y potencien mutuamente, dependerá su real aporte a la integración latinoamericana del futuro.

2.3.1. Alianza Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA)

Entre los “mecanismos de proceso” que contempla Nye dentro de la integración, se encuentra los “vínculos deliberados y formación de coalición” en el que el derrame se acentúa, no estrictamente por una necesidad técnica-económica, sino en base a factibilidades políticas y proyecciones ideológicas (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 455). De los dos casos en América Latina que han condicionado fuertemente su existencia a una coincidencia ideológica, sin duda, el ALBA es el caso más representativo.

El ALBA surge como propuesta alternativa de integración en contraposición a los modelos impulsados por Estados Unidos y organismos internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), el ALBA es la antítesis del denominado Consenso de Washington. En 2004, Fidel Castro, entonces presidente de Cuba, firmó con Hugo Chávez su tratado constitutivo, y en 2005 se realizó la primera reunión del ALBA. En 2006 se incorporó Bolivia y en 2007 lo hicieron Nicaragua y Dominica; en 2008 se sumó Honduras y en el 2009 lo hicieron Antigua y Barbuda, San Vicente y las Granadinas y Ecuador, en 2012 Surinam, un año después Santa Lucía y en 2014 Granada y San Cristóbal y Nieves (Briseño, 2011: 19).

La estrategia del ALBA se ha materializado a través varios esfuerzos, como la estación continental TeleSur, constituida por seis países (Argentina, Bolivia, Cuba, Ecuador, Nicaragua y Venezuela) pero abierta a incorporar nuevos socios. Esta empresa multi estatal es vista como una herramienta para contrarrestar el monopolio de información proveniente desde los Estados Unidos, así como para afianzar la integración latinoamericana, por lo que a pesar del carácter comunicacional que sus transmisiones, éstas poseen un claro mensaje ideológico (Altmann, 2011: 90).

Otra línea estratégica del ALBA se orienta alrededor del uso del petróleo como instrumento de política exterior, como elemento de atracción, cooperación y convergencia tanto con los países del MERCOSUR, con proyectos como Cono Energético Sudamericano y su colaboración en ésta área con Argentina y Brasil; así como dirigido a los países del Caribe con la creación de PETROCARIBE en 2005, un esquema de cooperación energética guiado

por un trato especial y diferenciado a los países caribeños basado en precios subsidiados, métodos alternativos de pago y en el desarrollo empresas mixtas para operar los mercados del petróleo en los países miembros. PETROCARIBE puede ser entendido como un instrumento de cooperación del ALBA que va más allá de cuestiones estrictamente energéticas. Con el ingreso de Honduras y Guatemala, PETROCARIBE queda integrado por dieciocho países: Antigua y Barbuda, Bahamas, Belice, Cuba, Dominica, Granada, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, Nicaragua, República Dominicana, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam y Venezuela. En este marco, PETROCARIBE se ha convertido en una fuente mayor de cooperación para América Central y el Caribe, que sin embargo no ha estado exenta de suspicacias políticas, respecto si al incorporarse a esta iniciativa implica también para los países, una encubierta adhesión a los compromisos del proyecto político-ideológico promovido por el ALBA (Altmann, 2011: 90).

El ALBA nace como un proyecto venezolano, o más exactamente de Hugo Chávez, marco en el cual el gobierno venezolano ha desarrollado con mayor intensidad su visión política regional. Los programas de apoyo energético, como PETROCARIBE, o el financiamiento de las Misiones internacionales, son mecanismos del ALBA, que emanados desde los principios que rigen su visión bolivariana y socialista del siglo XXI, tiene entre sus objetivos principales el contrarrestar al sistema capitalista, la influencia estadounidense, así como la promoción del Socialismo del siglo XXI y la integración latinoamericana.

La favorable renta petrolera le sirvió en su momento a Venezuela como una herramienta aglutinadora que le permitió brindar ayuda a países que compartían un proyecto político similar, como Cuba, Ecuador, Bolivia y Nicaragua, que son Estados que comparten en el discurso con Venezuela, la idea de ruptura con el orden regional y mundial imperante. El ALBA se proyecta entonces como un marco institucional de acción concertada de procesos políticos y económicos que se describen como revolucionarios (Ruiz Briseño, 2011).

En su configuración actual, el ALBA constituye un proyecto político estratégico que se propone actuar como un bloque de poder en el contexto

latinoamericano e incluso a nivel internacional. Muestra de esto es como el ALBA actuó en bloque en la Cumbre Mundial sobre el Medio Ambiente que se realizó en Copenhague en diciembre de 2009. Igualmente a escala regional el ALBA emitió un documento en el cual manifestó su preocupación por la presencia militar de Estados Unidos en Haití después del terremoto que afectó a ese país en enero de 2010, mientras que respecto al golpe de Estado en Honduras en 2009, se dio un común y enérgico rechazo que desembocó en la expulsión de Honduras como Estado miembro de la OEA (Ruiz, 2001: 76).

Este evento se dio en medio de un año de considerable actividad para el ALBA, en el que se realizaron siete cumbres presidenciales así como la ampliación de sus miembros plenos con la entrada de Antigua y Barbuda y Ecuador. A partir del golpe de Estado y la posterior salida de Honduras, la iniciativa empezó a perder progresivamente su fuerza en comparación con años anteriores, a lo que se sumarían factores como la caída de los precios del petróleo, el cambio en el péndulo político en varios países de la región, la pertenencia de algunos de sus miembros a otros procesos de integración con compromisos casi contradictorios a los del ALBA (como Nicaragua en el CAFTA), y la muerte de Hugo Chávez en 2013, quien fuere indiscutible líder de la iniciativa.

A lo anterior hay además un importante factor intrínseco en el organismo que paradójicamente ha afectado su vocación integracionista, esto es su fuerte impronta ideológica y tinte antiimperialista confrontativo.

Esta posición ha tenido dos consecuencias. La positiva, en donde los países del ALBA constantemente expresan su respaldo a las iniciativas de integración latinoamericanas, manifestando por ejemplo en la VIII Cumbre del ALBA efectuada en diciembre de 2009 su decisión de promover acciones en el marco del Grupo de Río y de la CALC para la conformación de una organización exclusivamente latinoamericana y caribeña, que contribuya de manera destacada a los esfuerzos en pro de la integración y la unidad en la región. Se entiende entonces el decidido respaldo a la constitución de la CELAC desde la óptica, de que ello representa un golpe al imperialismo estadounidense y permitiría el desarrollo de la región latinoamericana y caribeña sin un poder hegemónico, siendo igualmente importante el respaldo

que dieron los países suramericanos del bloque a la formación de la UNASUR (Altmann, 2011: 104).

La fuerte unidad ideológica de los países del ALBA ha trascendido a nivel regional y hemisférico, donde países como Paraguay y Argentina, sin ser miembros del mecanismo, lo compactaron y fortalecieron en su momento, al defender las mismas posiciones ideológicas en el marco del "socialismo del siglo XXI".

El lado negativo es que su posición confrontativa ha ocasionado cierta fracturación en escenario integracionista, al promover que se tomen posiciones ideológicas o de "elección de bandos", que terminan por sobrepasar planteamientos de cooperación, para convertirse en temas de agenda política. Algunos países temen que si se unen al ALBA, se adhieren inevitablemente a una actitud de enfrentamiento con los Estados Unidos, principal socio comercial de la gran mayoría en la región y que es visto por los principales miembros del bloque como un enemigo, instigador y financista de la desestabilización en la región (Altmann, 2011: 103).

De esto también se ha derivado constantes pugnas entre mandatarios en especial con aquellos cuyas políticas están más alineadas bajo las directrices de Washington. A nivel político, las diferencias se hacen aún más evidentes en una ya de por sí desconfiada región, donde el trato personal y armonioso entre presidentes se ha deteriorado hasta caer a niveles muy bajos, desembocando inclusive, en confrontaciones abiertas entre los mandatarios. Tenemos así por ejemplo, las disputas entre los presidentes de Costa Rica y Nicaragua que en 2009 provocaron un grave resquebrajamiento al interior del SICA, al punto que el mandatario Ortega llegó a solicitar que no se le entregara la Secretaría pro t mpore a Costa Rica, país a quien le correspondía por turno, alegando que el entonces presidente Arias obstaculizaba la integración centroamericana (Altmann, 2011: 102). Otro ejemplo de esto lo constituyen las constantes disputas y cruces verbales que se sucedieron entre los gobiernos de Chávez y Uribe en, o del primero con el presidente panameño Martinelli.

A pesar de las discusiones, altercados y disputas, lo cierto es que los países del ALBA forman parte eficaz e importante de los mecanismos de integración subregional y regional de América Latina, y mantienen un papel

activo en ellos. Surgió como un organismo pionero en el siglo XXI que relanzó y reformuló el concepto de una integración latinoamericana integral, más allá de lo meramente comercial, y se convertiría, gracias y a pesar de su agenda política, en la base sobre la cual tomarían impulso las posteriores UNASUR y CELAC.

2.3.2. Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR)

No podría entenderse el surgimiento y consolidación de un proyecto de la magnitud de la UNASUR sin la comprensión de algunas tendencias importantes en el continente americano durante la parte final del siglo XX y de la primera década del siglo XXI. Entre ellos tenemos la decadencia gradual del Grupo de Río, que para inicio de siglo estaba ya muy lejos de representar el factor de concertación y de consulta permanente que significó a comienzos de la década de 1990. También tuvo que ver que los países latinoamericanos no hayan tenido una crisis estructural que coincidiera con la crisis financiera que comenzó en Estados Unidos, así como que países divorciados de la ortodoxia neoliberal, buscaran una plataforma de respaldo e inserción internacional en la región suramericana alternativa. Importantes factores que giraron alrededor del crucial liderazgo imprimido por Brasil que para inicios del siglo XXI se perfilaba ya como una verdadera potencia emergente (Cardona, 2012: 193).

No fue sino hasta la III Cumbre Presidencial Sudamericana realizada en 2004 en Perú, que todas estas tendencias empezaban a tomar forma con la firma del Acta Constitutiva de la Comunidad Sudamericana de Naciones. Los 12 países miembros de la Comunidad Sudamericana de Naciones realizaron dos Reuniones de Jefes de Estado en 2005 y 2006, pero fue en el marco de la I Cumbre Energética Sudamericana celebrada en Venezuela en 2007 que acordaron cambiar el nombre al mecanismo, el que pasó a ser conocido como Unión de Naciones Sudamericanas. El 23 de mayo de 2008 se realizó en Brasilia la Cumbre Extraordinaria de la UNASUR donde se aprobó su Tratado Constitutivo, el cual entró en vigencia oficialmente el 11 de marzo de 2011.

Se observa en la UNASUR una naturaleza diferente a la de los organismos integracionistas del siglo XX, un nuevo regionalismo sudamericano que pareciera haber superado la concepción meramente comercial de la integración y aprendido de los errores de esa experiencia en el pasado: si lo

que desea es un gran espacio económico liberalizado y común, debe crearse primero un terreno de cooperación y concertación política entre los miembros participantes de forma que vayan aproximando sus intereses y puntos de vista. Si el propósito de la UNASUR hubiera de nuevo preponderantemente comercial, la misma se hubiera estancado rápidamente en medio del mar de concepciones, prioridades, coyunturas de la América Latina del siglo XXI. (Altmann, 2015: 141; Aravena, Altmann y Beirute, 2012: 22).

Por ello se optó por una unión política más completa y de mayor envergadura que permitiese el abordaje más directo y conjunto de problemáticas como la deficiente y escasamente interconectada infraestructura suramericana (energética, de transporte y telecomunicaciones), para lo que precisamente el organismo creó en 2009 Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento (COSIPLAN) en coordinación desde el 2011 con la previamente existente IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana). Otro tema que tomó relevancia al más alto nivel fue la seguridad con la creación del Consejo de Defensa por iniciativa de Venezuela y Brasil.

La concertación política de alto nivel ha sido una de las características más remarcables del organismo, incidiendo de manera central y exitosa en tres episodios de mucha relevancia. El primero fue la crisis interna de Bolivia en 2008, en la que tras una Cumbre Extraordinaria, la UNASUR acordó que ningún de sus países miembro reconocería a ningún gobierno que no fuera el del presidente democráticamente electo Evo Morales. Una segunda instancia fue en el 2008 durante la crisis entre Colombia, Ecuador y Venezuela, tras la unilateral incursión militar colombiana en territorio ecuatoriano para asaltar un campamento de las FARC, en la que el organismo se prestó como un espacio de mediación y reconciliación. Finalmente, un tercer momento fue en el intento de golpe de estado al presidente de Ecuador Rafael Correa a fines de 2010, en donde luego de una Cumbre Extraordinaria, la UNASUR envió a sus cancilleres a Quito como símbolo de apoyo a Rafael Correa y al orden constitucional (Aravena, Altmann y Beirute, 2011: 23), lo que tuvo como consecuencia más significativa, la aprobación por los jefes de Estado en la IV Cumbre de la UNASUR en Georgetown-Guyana, del "Protocolo Adicional al Tratado Constitutivo de UNASUR sobre Compromiso con la Democracia" en donde se manifiesta el apoyo total al orden constitucional democrático de los

países del bloque y se contempla las medidas a tomar por el mismo en el caso sea violentado (Altmann, 2015).

La institución también destacó por su respuesta en momentos de desastres naturales, en especial respecto a los terremotos en Haití y Chile a inicios de 2010. Por otro lado, el diálogo instalado a nivel suramericano ha posibilitado profundizar la relación con otras regiones. Ejemplo de ello son las dos Cumbres de América del Sur- África (ASA), y las dos Cumbres de América del Sur - Países Árabes (Aravena, Altmann y Beirute, 2011: 23).

No obstante, el proceso de la UNASUR no ha estado exento de controversias y dificultades. Las diferencias entre algunos países suramericanos han imposibilitado la concreción de acuerdos de diversa índole, particularmente sobre seguridad y desactivación o disminución de las tensiones entre los países. Temas como el acuerdo suscrito entre Estados Unidos y Colombia para la instalación de bases militares estadounidenses en ese país, acaparó mucha atención en la región generando confrontación entre los gobiernos de Venezuela y Colombia (Aravena, Altmann y Beirute, 2011: 23). Y es que en el espacio suramericano encontramos diferentes sistemas políticos y económicos. Parte de los países de la región sudamericana tienen o han tenido gobiernos de corte (neo) liberal (en lo económico y lo político). Otros países tienen gobiernos de izquierda más cercanos a las "democracias participativas" con lo cual otorgan mayor importancia a los derechos sociales (Cardona, 2012: 291). Otros más tienen o han tenido orientaciones socialdemócratas. Como se ve, coexisten por lo menos tres grandes orientaciones, que se han vuelto de planta en el vaivén del péndulo político de la región.

Y esta diversidad en el contexto de la realidad suramericana puede convertirse en una grave amenaza para la sobrevivencia y progreso del organismo. No hay que olvidar que una regla de oro del proceso de toma de decisiones en la UNASUR es el consenso, interpretado hasta el momento como unanimidad. Cualquier acuerdo, en cualquiera de las instancias intergubernamentales de la UNASUR, requiere ese consenso (Cardona, 2012: 292). La oposición, así sea sólo de un país miembro frente a cualquier iniciativa, impide su aprobación, todo esto legado de la base intergubernamental sin una armazón institucional y jurídica que generaron las posiciones ya sean nacionalistas o tímidas de algunos países miembros en la

conformación del organismo. Aun así, pese a las diferencias mencionadas, es loable la repercusión, relevancia y alcances que ha logrado el esquema de integración en su corta existencia.

El doctrina neo funcionalista prevé que entre más temas y sectores queden sometidos bajo el tratamiento conjunto, se hará también necesaria la formación de instituciones fuertes e incluso con capacidad supranacional en niveles más avanzados, repercutiendo esto, como postula Ernst Haas, en que “los actores políticos en los diversos y distintos ámbitos nacionales, desvíen sus lealtades y expectativas hacia un nuevo centro (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 445). Esto se vislumbraría promisorio en el caso de la UNASUR, la cual ya ha abarcado una importante número de sectores clave traducidos en consejos como el de Educación, Cultura, Ciencia, Tecnología e Innovación, el COSIPLAN respecto a infraestructura, de alto nivel geopolítico como el Consejo Suramericano de Defensa; mecanismos de mediación y solución de controversias; así como una cláusula democrática para preservar la estabilidad institucional de los países miembros.

2.3.3. La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)

El caso de la CELAC representa una interesante muestra de cómo la convergencia política entre dos liderazgos regionales, tradicionalmente rivales y en constante discordancia de intereses y agendas, puede tener un impacto tan trascendente como es el surgimiento, por primera vez en nuestra historia, de un organismo que abarque por completo toda la región de América Latina y el Caribe sin la intervención de potencias extranjeras, y representando un paso de suma importancia en el camino a la cristalización del proyecto integrador que nos heredaron los Libertadores.

En esta convergencia, en la que tuvo mucho que ver la coyuntura regional e internacional del momento, fue destacable el liderazgo e iniciativa mexicana, al vislumbrar acertadamente que Latinoamérica atravesaba por una importante etapa de reacomodos geopolítico de la que México no podía quedar al margen, después de un largo divorcio con el resto de la región, que se revirtió en parte, con el impulso que este país inyectó para crear la CELAC y con ello, revitalizar su papel dentro del concepto de “latinoamericanidad”.

La primera expresión de este deseo se dio en la Cumbre del Grupo de Río de Turkeyen (Guayana) en 2007, donde el presidente mexicano Felipe Calderón anunció por primera vez su interés en constituir una comunidad de naciones latinoamericanas y caribeñas. En 2008, el gobierno mexicano manifestaría oficialmente su propuesta de conformar una Unión Latinoamericana y del Caribe (ULC) que se orientaría bajo los principios de la Declaración de Salvador de Bahía: solidaridad, flexibilidad, pluralidad, diversidad, complementariedad de acciones y participación voluntaria en las iniciativas. El objetivo era crear un renovado foro político latinoamericano y caribeño a partir de los objetivos y funciones que ya desempeñaba el Grupo de Río: ser un factor de aproximación entre los mecanismos subregionales de integración; establecerse como un espacio de diálogo y concertación política que permita la convergencia de posiciones comunes frente a foros y actores internacionales; así como impulsar una agenda latinoamericana y caribeña en instancias globales ya América Latina y el Caribe como actor unificado ante acontecimientos relevantes (Rojas, 2012: 30).

No obstante, la creación de la CELAC no fue una obra netamente mexicana, se desprendió de esfuerzos concretos y conjuntos con otro actor de peso a nivel regional: Brasil. Su propuesta salió a la luz en el 2010 con la primera Cumbre de América Latina y el Caribe sobre Integración y Desarrollo (CALC) y llevada a cabo por iniciativa del gobierno de Lula da Silva. En muchos sentidos el evento se erige como la antesala al nacimiento de la CELAC, cuyos principios fundamentales ya quedaban desde entonces evidenciados en el discurso de apertura del presidente brasileño ante los jefes de Estado de la región:

Hoy nos reunimos los líderes de América Latina y el Caribe, para afirmar nuestra singularidad regional y debatir un futuro común. Queremos dar respuestas propias para las aspiraciones de bienestar y prosperidad de nuestros pueblos. Pasados dos siglos desde nuestras independencias, esta es la primera vez que la región une sus voces. Vivíamos una misma realidad, pero mirando hacia otro lado, en busca de soluciones que muchas veces estaban a la mano, en nuestro entorno. Esta Cumbre tiene un mensaje simple, pero fundamental: solo lograremos superar los retos de la integración y el desarrollo si asumimos nuestra vocación latinoamericana y caribeña. Debemos hacerlo sin un espíritu de confrontación con nadie. Nuestra unidad debe entenderse como una contribución a un nuevo mundo multipolar y multilateral (Rojas, 2012: 20).

Asimismo, el presidente Calderón, destacaba en la clausura de dicha Cumbre: *“la obra de América Latina y el Caribe apenas empieza”*, mientras por su parte, la entonces presidenta de Chile, Michelle Bachelet, anunciaba que:

Después de que algunos creyeran que la globalización podría ser gobernada de manera unilateral y sin reglas, abandonada a las fuerzas de los mercados, la crisis económica y la crisis del cambio climático, así como la energética y de seguridad alimentaria, entre tantas otras, han obligado a la comunidad internacional a abandonar el paradigma del laissez faire (Rojas, 2012: 20).

Quedando de esta forma latente, que a pesar de la multiplicidad de posiciones, existía la conciencia de la importancia de la integración latinoamericana para lograr una situación más justa para nuestros países en el contexto internacional.

De esta forma se llega a la cumbre fundacional de la CELAC en Caracas (2011), la que reuniendo por primera y última vez a la CALC y el Grupo de Río, pasaría a heredar todos los acuerdos y consensos previamente alcanzados por éstos. Esta cumbre presidida por Hugo Chávez, tuvo más que ninguna otra un fuerte sentido de reivindicación histórica del legado dejado por los Padres de la Patria, así como altamente simbólica al haberse celebrado en el bicentenario de la luchas por la independencia latinoamericanas, que instituía a la CELAC, como sucesora del camino trazado por los libertadores. También se destacó el importante rol que jugó Haití en la independencia latinoamericana y la deuda de solidaridad y de cooperación de los países latinoamericanos con esta república. Además se reafirmaron en esa oportunidad el sentido de soberanía regional frente a actores externos y el sentido de cooperación y solidaridad intra latinoamericana y caribeña de resistencia frente a las imposiciones que pudiesen provenir desde fuera de la región (Rojas Aravena, 2012)..

La CELAC asume de esta manera la representación de América Latina y el Caribe con terceros actores, organismos internacionales y Estados. Recoge la herencia histórica del Grupo de Río y asume de manera plena la capacidad de interlocución del conjunto de América Latina y el Caribe. Así, la representación política externa (las reuniones y los acuerdos con otras regiones del mundo y con algunas grandes potencias) deberán ser cada vez más inexistentes a nivel de CAN o MERCOSUR, dando lugar a mayores espacios de la UNASUR con actores externos; y de manera creciente, se puede prever una tendencia a un cada vez mayor protagonismo de la CELAC, en especial, para agrupaciones como la Unión Africana, o la Liga Árabe, Consejo de Cooperación del Golfo, Rusia, China, la Asociación de Naciones

del Sudeste Asiático (ASEAN), y otros actores internacionales (Cardona, 2012: 297), como la cumbre UE/CELAC, que se dio en junio de 2015.

Sin embargo una de las grandes debilidades de la CELAC, la cual se masifica exponencialmente por su tamaño, es que se requieren de consensos y compromisos mínimos que deben ser plenamente asumidos por sus participantes. Lo anterior implica hacer a un lado, los tradicionales factores de confrontación que en muchas ocasiones han estado presentes en los precedentes esquemas de integración.

A la diversidad existente entre los 33 países latinoamericanos y caribeños respecto de volúmenes de población, tamaños geográfico y económico, niveles de apertura comercial y de la cuenta de capitales, composición productiva y exportadora, grados y modalidades de industrialización, ingreso por habitante, niveles de bienestar, entre otros, se agregan otros dos ámbitos de heterogeneidad, que son muy importantes para el avance de la integración: Por una parte, hay una gran diversidad de estrategias y modelos de desarrollo nacional que coexisten en el interior de la CELAC, así como de fuerzas políticas y sectores sociales que en cada caso impulsan esas estrategias y modelos. Por otra parte, y como derivación de lo anterior, existe una diversidad también muy amplia de estrategias de inserción internacional entre los distintos países, y dentro de éstas, de políticas de participación en los ámbitos multilaterales y de vinculación con los países desarrollados, y en particular, con los Estados Unidos, así como desvinculación en el ámbito regional (Romero, 2013: 107).

Basándose en la experiencia europea, Nye expresa que *"cuanto mayor es el pluralismo en todos los estados miembros, mejores son las condiciones para una respuesta integrativa a la retroalimentación desde los mecanismos del proceso"* (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 457). Eso resulta poco realista en organismos altamente complejos como la UNASUR y CELAC, con gran cantidad de miembros y una multiplicidad de intereses y posturas político-ideológicas, cuyos integrantes, de por sí, se encuentran altamente polarizados en su interior. La CELAC debe avanzar así, caminando en un delicado equilibrio entre la unidad y la diversidad, a fin que pueda materializarse a ella misma como un verdadero mecanismo representativo de concertación política, cooperación e integración de los Estados latinoamericanos y caribeños. Sin

embargo esa flexibilidad tiene una repercusión negativa e inescapable: una institucionalidad en extremo ligera y limitada, incapaz de llevar al proceso a algún puerto.

Hemos visto a través de este capítulo que existen varias Latinoaméricas: desde el visto geopolítico, la del norte, sujeta tradicionalmente a una más férrea y directa influencia de los Estados Unidos, y una del sur, donde su contexto histórico se ha prestado para una mayor profundización de propuestas alternativas de desarrollo como lo es la integración regional. Igualmente dentro de los actores nacionales, existen hasta nuestros días pugnas por el poder, entre una derecha, conservadores del *statu quo* internacional y adeptos al libre comercio como principal vía de conexión con otros pueblos, y una izquierda, más crítica y opuesta al orden establecido, que apuesta por la integración latinoamericana, con énfasis en su variable política, como el mecanismo más idóneo de inserción internacional. Así, los bloques de integración que han surgido, son también reflejo de estas realidades, las cuales se han visto articuladas a su vez por ciertos liderazgos con visiones e intereses particulares.

Tenemos, con prevalencia de este aspecto político y bajo el liderazgo del Brasil, la UNASUR, medular en la construcción de su proyecto geopolítico; con una visión más ideologizada de la lucha antiimperialista y bolivariana, el ALBA, con Venezuela en su centro; o la Alianza del Pacífico, el club de los “pragmáticos” del libre mercado, en donde un México que co-lideró la creación de la CELAC, juega un papel igualmente un rol preponderante en un esquema que sin embargo se muestra disgregado respecto al resto de procesos y en franca oposición con otros, posando su mirada en el Asia Pacífico sobretudo.

Así, antagonismos y polarizaciones han hecho difícil la generación de un terreno común que sirva de cimiento para cualquier proyecto de integración serio y a largo plazo. Cada esquema que surge se ve debilitado por los reacomodos políticos del momento en cada país, así como por la falta de una institucionalidad consolidada que genere políticas continuas en los mismos. Esta situación se agrava exponencialmente cuando un bloque integracionista se basa fuertemente sobre un componente ideológico, llámese este “socialismo del siglo XXI” o “neoliberalismo”, lo que lo deja expuesto a la constante

amenaza de quedar atrapado en uno de los peores enemigos de la integración (y de nuestros países): el coyunturalismo.

Hemos visto a través de este capítulo que existen varias Latinoaméricas: desde el visto geopolítico, la del norte, sujeta tradicionalmente a una más férrea y directa influencia de los Estados Unidos, y una del sur, donde su contexto histórico se ha prestado para una mayor profundización de propuestas alternativas de desarrollo como lo es la integración regional. Igualmente dentro de los actores nacionales, existen hasta nuestros días pugnas por el poder, entre una derecha, conservadores del statu quo internacional y adeptos al libre comercio como principal vía de conexión con otros pueblos, y una izquierda, más crítica y reaccionaria con el sistema establecido, que apuesta por la integración latinoamericana, con énfasis en su variable política, como el mecanismo más idóneo de inserción internacional. Así, los bloques de integración que han surgido, son también reflejo de estas realidades, las cuales se han visto articuladas a su vez por ciertos liderazgos con visiones e intereses particulares.

Tenemos, con prevalencia de este aspecto político y bajo el liderazgo del Brasil, la UNASUR, medular en la construcción de su proyecto geopolítico; con una visión más ideologizada de la lucha antiimperialista y bolivariana, el ALBA, con Venezuela en su centro; o la Alianza del Pacífico, el club de los “pragmáticos” del libre mercado, en donde un México que co-lideró la creación de la CELAC, juega un papel igualmente preponderante en un esquema que sin embargo se muestra disgregado respecto al resto de procesos y en franca oposición con otros, posando su mirada en el Asia Pacífico sobretodo.

Así, antagonismos y polarizaciones han hecho difícil la generación de un terreno común que sirva de cimiento para cualquier proyecto de integración serio y a largo plazo. Cada esquema que surge se ve debilitado por estos reacomodos políticos en cada país y así como por la falta de una institucionalidad que genere políticas de Estado continuas en los mismos. Esta situación que se agrava exponencialmente cuando el bloque de integración en cuestión, se basa sobre un fuerte componente ideológico, llámese este “socialismo del siglo XXI” o “neoliberalismo”, existiendo la constante amenaza de que quede atrapado en uno de los peor enemigos de nuestros países: el coyunturalismo.

CAPITULO III

IMPORTANCIA DEL ASPECTO CULTURAL EN EL PROCESO INTEGRACIONISTA

3.1. Introducción al etnocentrismo y el problema de identidad latinoamericano para entender la truncada integración cultural latinoamericana

En el aspecto cultural, subyace la fuente misma de la problemática integracionista latinoamericana, a pesar que, paradójicamente, es precisamente éste el que presenta las mayores potencialidades de convergencia en nuestro caso. Entender esto no es tarea fácil, por lo que resulta de suma importancia primero abordar el trasfondo histórico, que ha ocasionado que a pesar de las características culturales que compartimos en Latinoamérica, no hayamos podido reconocernos como un todo. Esta situación inicia a partir del “trauma de conquista” que generó el auto rechazo eurocéntrico que aún persiste hasta el día de hoy en nuestras sociedades. En siguiente punto, abordaremos como ésta herencia y mentalidad colonial fue moldeando las bases de las repúblicas nacientes de la región, y como éstas se reafirmarían a partir de eventos geopolíticos de finales del siglo XIX como la derrota de la “madre patria” española a manos de Estados Unidos en la guerra “hispano-americana”, que incrustarían de forma permanente en el imaginario colectivo latinoamericano la idea de la “superioridad” europea anglosajona respecto a los pueblos del sur. En tercer punto, considerando a la literatura como reflejo de las sociedades en las que emerge, observaremos mediante extractos de las obras de renombrados intelectuales latinoamericanos de la época, como todos estos antecedentes se articularon en torno al positivismo francés, para generar un estado de lamento generalizado por la herencia racial y cultural que nos condenaba a un “inevitable estado de inferioridad”, y la consecuente negación e identidad incompleta que buscarían desesperadamente soporte y referencia cultural en los imperialismos de turno, lo que a partir de entonces, se reprodujo en todos los pueblos de América Latina, o como muchos de estos autores la llamaban: el “Continente Enfermo”.

Entender esto, es entender la raíz de un problema que ha imposibilitado reconocernos entre latinoamericanos como partes de un todo común y ver en la integración nuestro inevitable destino; lo que nos permitiría cooperar con intensidad y convicción en los sectores políticos-económicos que fueran necesarios para generar aquel “derrame neo funcionalista” en el resto de ámbitos de nuestras sociedades que posibilitase la tan anhelada integración latinoamericana.

3.1.1. Antecedentes históricos

La experiencia histórica latinoamericana tiene un profundo punto de quiebre en la Conquista, la cual definió culturalmente estos territorios enmarcándolos en un proceso de consolidación pre-capitalista desde los países centrales, en donde Latinoamérica y África ingresaron a la economía mundo prescriptas no solo en lo económico como territorios periféricos de las economías centrales, sino también en lo cultural. A partir de esta realidad histórica, Latinoamérica empezó a acomodar su identidad, negando en primera instancia la milenaria riqueza cultural de sus pueblos originarios, para subordinarlos irrestrictamente a la cultura occidental (Lenguitti, 2010).

Los procesos de independencia hispanoamericanos significaron una ruptura formal con el Imperio Español, más no con la raíz de los patrones mismos de dominación colonial. El dominio ibérico simplemente se transfiguró en las potencias de turno: Inglaterra y Francia primero, Estados Unidos después, que por ende se convirtieron en los referentes culturales de la región. Así, la liberación política, económica y cultural latinoamericana nunca se fraguó totalmente, quedando América Latina y el Caribe prisionera de las cadenas de la dependencia extranjera hasta el día de hoy (Martínez-Andrade, 2008)

La *colonialidad del poder*, como la denomina Quijano, se basa en la raza y la cultura del pueblo invasor como instrumento de dominación, el cual fue un factor determinante en los procesos de construcción de unos nacientes Estados latinoamericanos, regidos desde sus inicios (y por mucho tiempo después), bajo relaciones neo-coloniales, a pesar que en la mayoría de los casos se encontraban compuestos por hasta un 90% de población ya sea negra, india y/o mestiza. Es así que la dependencia mental eurocéntrica de la minoría criolla en control de las nuevas repúblicas, los llevó a identificarse mucho más con sus los europeos que con sus connacionales, de manera que no llegaron a desarrollar ni sentir, ninguna identificación o interés social en común con los indios, negros y mestizos de sus respectivos países. Al contrario, sus intereses sociales eran diametralmente opuestos, dado que sus privilegios y posición social estuvieron siempre basados en el dominio/explotación de dichos grupos humanos (Quijano, 2000).

Así, el rico terrateniente latinoamericano haría simplemente lo posible para que la mayor parte de su tiempo transcurriera con sus compinches en las

europizadas capitales, o mejor aún, en París, Londres, o Roma. (Stabb, 1969). De esta forma, el transcurso del siglo XIX vio a unas sociedades latinoamericanas aún bajo el imperialismo cultural europeo, el cual tenía como difusores de su "*Lumière*" al núcleo criollo blanco local (que monopolizó el poder y la riqueza en la región), a la vez que las constituciones, los manuales de urbanidad y gramáticas del viejo continente iban forjando al "ciudadano modelo" de la América Latina del siglo XIX (Martínez-Andrade, 2008).

Todo esto tenía una consecuencia ineludible: el establecimiento de Estados nacionales basados en la raza y cultura de los centros imperiales, y con ello ningún terreno de interés común entre blancos y no blancos en la conformación de una identidad nacional unificada, situación agravada aún más, debido a la exclusión de la participación de indios, negros y mestizos en la construcción de la organización social y política de las nacientes repúblicas (Quijano, 2000).

A la inquietud intelectual acerca del tan extenso repertorio de problemas económicos, políticos y sociales que acechaban a toda Latinoamérica en sus primeros decenios de existencia, se sumaron importantes acontecimientos geopolíticos de finales de siglo XIX que agudizaron esta incertidumbre. El principal fue la aparición de los Estados Unidos como potencia mundial, cuya cultura pujante y ambiciones geopolíticas amenazaban la existencia misma de América Latina. Esto se plasmó con claridad en la guerra Hispanoamericana de 1898, que con la consecuente derrota de España, terminó por despojar al otrora imperio de sus últimas colonias en América -Cuba y Puerto Rico-, además de Las Filipinas y Guam en Asia, en favor del naciente imperio. Si bien América Latina no fue quien sufrió la derrota, la debilidad de la madre patria ante el vigoroso y ambicioso anglosajón perturbó indudablemente al mundo latinoamericano, y exacerbó con ello la inseguridad en nuestros países: dada la obvia decadencia de la madre patria ¿qué posibilidades de triunfar podría tener sus hijos frente al coloso del norte? En el imaginario popular, el evento se incrustó como la derrota de la "raza" sureña, mediterránea y latina, a manos de la "raza" nórdica anglosajona, explicación que encajaba perfectamente en el campante darwinismo social de la época: se trataba de la supremacía del pueblo "más apto" sobre un grupo "inferior" (Stabb, 1969: 19-24).

3.1.2. El continente enfermo

El impacto psicológico y simbólico que generó en América Latina la derrota de España explica el auge, durante la década inmediatamente posterior al conflicto, de escritores e intelectuales latinoamericanos que empezaron a analizar las múltiples y severas problemáticas de la región por medio del aparato intelectual dispuesto por el positivismo y organicismo social, es decir, mediante teorías cuyo tema fundamental era la raza (Stabb, 1969: 24). A la par de la ya para entonces tradicional copia compulsiva de lo francés e inglés en América Latina, se empezó a multiplicar en intensidad y número el discurso anti-español. Una nueva ola de intelectuales consideraba que liberación política de España debía completarse con la liberación mental de la misma, y para ello, había que aproximarse a imitar el modelo político-social de Francia, Inglaterra y Estados Unidos (Busso, 2014: 67) al considerar al legado hispano decadente. Empezaba así una doble hélice de negación de los principales pilares de la cultura de América Latina, el indígena e ibérico.

De esta forma, el inicio del siglo XX encontró a una América Latina que enfrentaba complicadas decisiones respecto al problema de descubrirse y definirse a sí misma, ante lo que instituciones de educación muy influyentes como la Escuela Nacional Preparatoria de México o la Escuela Normal de Paraná de la Argentina, creadas por devotos del sistema de Comte, irían perfilando la tendencia del positivismo entre los círculos económicos, políticos e intelectuales de la región, siendo México el ejemplo más notable, donde el dictador Porfirio Díaz se encontraba rodeado de un grupo de asesores que eran conocidos como los "científicos" en virtud de su orientación positivista (Stabb, 1969: 23).

De hecho, tal era la orientación eurocéntrica en los gobiernos de Porfirio Díaz, que inclusive este intentó reproducir su propia Europa en las tierras aztecas. Así, se inició una reconstrucción de la Ciudad de México a manera parisina: el arbolado Paseo de la Reforma sería los Champs Elysées y el parque de Chapultepec se conocería como bosque de Chapultepec, recordando al *Bois de Boulogne* (Stabb, 1969: 15).

El fuerte interés en las teorías raciales era una expresión importante del criterio científico de dicha corriente filosófica respecto al ámbito social. La vibrante biología del siglo diecinueve, el darwinismo y su traducción en el

organicismo social, pusieron a disposición de los teorizadores del positivismo material abundante. Que la América Española tuviera una población de gran complejidad étnica hizo, lógicamente, que sus pensadores centraran su atención en las razas al estimar los problemas del continente. De los organicistas sociales adoptaron la idea de la sociedad como organismo vivo, sujeto entonces a enfermedades que podrían impedir su desarrollo normal. Si algo andaba mal en la sociedad, era común el vocabulario del momento lo llamase "enfermedad". Para aquella ola de intelectuales de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, el virus que producía la enfermedad se encontraba en la conformación racial (y por ende cultural) de la población (Stabb, 1969: 23-24-25).

3.1.3. Reflejo del auto rechazo en la creación intelectual de finales del siglo XIX inicios del siglo XX

Siendo la literatura un espejo de la sociedad de la cual emerge, la lectura de los títulos de una gran cantidad de ensayos y tratados de la época corrobora el etnocentrismo de la época y el auto rechazo campante. Así tenemos que en 1899 el argentino Agustín Álvarez publicaba su Manual de Patología Política; en el mismo año el venezolano César Zumeta publicó en Nueva York "El Continente Enfermo" y una década más tarde el boliviano Alcides Arguedas continuaba esa tendencia con su famoso "Pueblo Enfermo" en 1909. En la obra del filósofo argentino Mario Bunge, Nuestra América (1903), el criterio "clínico" es también muy evidente. Manuel Ugarte (escritor, diplomático y político argentino), que en 1905 publicaba "Enfermedades Sociales", apostaba al neocolonialismo británico como valioso aliado de los intereses de las élites gobernantes, sugiriendo que a partir del binomio aporte extranjero/elites patricias, se conformarían las bases para una América Latina progresista y diferente (Lenguitti, 2010: 14).

Argentina era prolífica en esa corriente de pensamiento. En obras como La Cautiva de Esteban Echeverría (escritor y poeta), se observa la tendencia predominante de la época, anunciando que la materia prima de la sociedad debía moldearse, europeizarse, a la vez que demarcaba las claras diferencias entre la realidad latinoamericana y el mundo "civilizado" europeo. Siguiendo esa misma escuela, Domingo Faustino Sarmiento (presidente de Argentina entre 1868 y 1874) con su "Civilización y Barbarie" mostraba las antípodas de lo deseable (lo europeo) y lo indeseable (lo indígena, roto, gaucho), y por su

parte el pensamiento de Juan Bautista Alberdi (autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853), subrayaba la necesidad de conformar un país poblado por inmigrantes anglosajones, denostando las raíces latinoamericanas y atribuyéndoles las debilidades de la conformación socio-política de la región (Lenguitti, 2010: 11). José Ingenieros (1877-1925) no resistió igualmente la atracción "científica" del organicismo social, afirmando repetidamente su fe en la superioridad innata del hombre blanco, sentenciando en la "Sociología Argentina" (1910) y "Crónicas de Viaje" (1919) que la historia había probado con la Conquista, la superioridad del europeo y la inferioridad del indio (Stabb, 1969).

La tradicional y fuerte xenofobia evidente en la sociedad argentina se basa, en buena parte, en la exaltación del linaje racial de la nación hecha por intelectuales como los antes mencionados, los cuales llegaron a creer ver, como Ingenieros, a una Argentina "*libre finalmente...de razas inferiores*", y como la fuerza dominante en medio de un continente "*debilitado por sangre india y negra*" (Stabb, 1969: 50).

De los "raciólogos" europeos de la época, el que ejerció la mayor influencia en los pensadores latinoamericanos de aquel momento, fue el psicólogo social francés Gustave Le Bon. Unas oraciones de su entonces popular obra "*Lois psychologiques de l'évolution des peuples*" (1894), bastarán para determinar el ambiente en el que escribían intelectuales de renombre como el jurista y escritor argentino Carlos Octavio Bunge (1875. 1918), el anteriormente mencionado político, escritor e historiador boliviano Alcides Arguedas o el jurista, militar, político y diplomático peruano Francisco García Calderón (1883-1953). Le Bon creía firmemente que la "naturaleza" de una raza era algo inmutable, que la educación no podría nunca transformar a un miembro de una raza "inferior" en un igual al hombre blanco y, respecto cuestión de la mezcla de razas, su posición era clara, el producto será siempre inferior a los originales (Stabb, 1969: 26-27).

Así, Bunge atribuía a la "mala sangre" toda la cantidad de defectos sociales y políticos en Hispanoamérica. Por ejemplo, según él, el servilismo y el fatalismo del indio y el negro, explicaba que muchos países fuesen susceptibles al caciquismo, a la vez que sentenciaba que la forma republicana de gobierno era propia sólo de las razas europeas más puras, de manera que la democracia resultaba imposible para la mayor parte de América Latina. Revelaba además

un desprecio total por el mestizo. "Impulsivo, falso y petulante" considera que él junto al mulato reflejan lo peor de sus antepasados: *"Impuros ambos, ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de una hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡Hispanoamérica!* (Stabb, 1969: 31).

Por su parte Arguedas con un deprimente derrotismo incitaba a sus compatriotas a encarar la "realidad" sobre su atraso nacional y caos político: *"debemos convenir francamente, vigorosamente y directamente que estamos enfermos; o más bien, que hemos nacido enfermos y que nuestro colapso total puede ser seguro."* Según él "la sangre mestiza" ha modelado nuestras sociedades al punto en que *"estamos cargados de descaro, engaño, falsedad y otros males que inevitablemente alejan al hombre de la búsqueda de la perfección moral..."* y si no hubiera predominado la sangre indígena en la composición racial de su natal Bolivia, en su opinión, ese país hubiera adoptado *"toda clase de adelantos morales y materiales"* y estado a la altura de los países más favorecidos de la época. Señala como Bunge que "con mestizos y cholos no se pueden usar instituciones hechas para gente de "pura" sangre y educada", y con mentalidad muy terrateniente sostenía que se podía educar a nativos y mestizos pero solo hasta un punto en el que desarrollasen su potencial máximo de obreros agrícolas o soldados, coincidiendo con la idea conservadora de mediados del siglo XIX, que tenía el argentino Juan Bautista Alberdi sobre la educación popular: *"hagan pasar al roto, el gaucho, el cholo, por todos los procesos del mejor sistema de educación y ni en cien años lo convertirán en un trabajador inglés que trabaja, consume y vive con dignidad y comodidad"*(Stabb, 1969: 39).

Arguedas sentenciaba: *"En resumen, repito que la mezcla razas es en Bolivia el fenómeno más evidente y avasallador, y que es la única cosa que explica razonable y satisfactoriamente nuestro actual atraso"*. Arguedas rastrea la enfermedad nacional hasta la herencia maléfica proveniente tanto del indio como del español, y los efectos "degeneradores" de la mezcla de ambos (Stabb, 1969: 40).

En tanto que el francófilo García Calderón, en su obra *"Les Democraties Latines de l'Amérique"* rastrea al "problema racial" como causa de los males existentes en Latinoamérica (Stabb, 1969: 43):

La cuestión racial es un problema serio de la historia americana: explica el progreso de algunos países, la decadencia de otros; es la clave del mal incurable que lacera a América. Por fin, muchos fenómenos secundarios dependen de éste: la riqueza general, la organización industrial, la estabilidad de los gobiernos y la constancia del patriotismo. De manera que es necesario que el continente tenga una política consecuente, basada

en el estudio de los problemas que plantea la raza, así como hay una política agraria en Rusia, una política proteccionista en Alemania y una política de libre empresa en Inglaterra.

Respecto pueblo latinoamericano lo encuentra debilitado por los “efectos malignos” de la mezcla de sangres y se pregunta (Stabb, 1969: 43):

Esta complejidad de castas, esta mezcla de distinta sangre, ha planteado numerosos problemas. Por ejemplo, ¿es posible la formación de una conciencia nacional en medio de elementos tan dispares? ¿Es posible que democracias de naturaleza tan heterogénea resistan la invasión de razas superiores? Resumidamente, ¿la mezcla de razas de Sudamérica es completamente incapaz de alcanzar la cultura y la organización?

Haciendo eco del antropólogo argentino Lucas Ayarragaray, García Calderón sostiene que el mestizo de primera generación es “superior” al indio puro, pero “inferior” al europeo puro, es decir, cuanto más sangre europea haya en el mestizo mejor será el producto, una concepción que impactará dramáticamente la organización social dentro de los países y las relaciones entre los mismos a escala de América Latina a lo largo de las décadas por venir (Stabb, 1969: 43-44).

García Calderón creía, como muchos latinoamericanos de ese entonces, que para ser un acabado ciudadano del mundo había que “ser europeo”, hablar y escribir en francés, considerar a la tierra nativa y sus masas de sangre mezclada, primitivas y “atávicas”, a través de las obras de los principales científicos sociales y filósofos europeos de la época, mentalidad que se iría heredando en las generaciones posteriores y terminaría por corroer las relaciones latinoamericanas del siglo XX (Stabb, 1969: 48).

3.2. La desconfianza hacia el vecino

La desconfianza, rechazo y prejuicio entre latinoamericanos ha sido una causa fundamental (y totalmente ignorada), del fracaso proceso integracionista, pudiéndose describir el producto de todo esto en una sola palabra: disgregación, una situación de separatismo respecto a la región que se encuentra en el opuesto exacto y conceptual del objetivo que se pretende llegar, es decir la integración. Se trata de un separatismo mental, que representa una barrera mucho grande que cualquiera política o económica existente. Para entender esta problemática, empezaremos por analizar el impacto del etnocentrismo alineado hacia occidente (producto de los antecedentes estudiados en el subcapítulo anterior) en la identidad latinoamericana, y como actualmente esto ha afectado la valoración que nos

damos nosotros mismos y a nuestros vecinos en la región en base a factores como la raza como factor de división. En el segundo punto examinaremos el impacto del largo rosario de conflagraciones bélicas (siempre funcionales a las élites para reafirmar un sentido de nación en sus territorios) en la perpetuación de conflictos limítrofes que perduran hasta el día de hoy, que por un lado crean constantes discrepancias entre los países involucrados que entorpece la marcha de los organismo regionales a los que pertenecen y, que por otro, como veremos en el punto tres, son la base sobre la que se erigen los superficiales y deformados nacionalismos de los países latinoamericanos, los que a su vez que degeneran en fenómenos como la xenofobia, es decir, el rechazo a la alteridad, en la que se considera al “otro” latinoamericano como foráneo, extranjero, ajeno; posición absurda entre pueblos que comparten una historia y características culturales semejantes y que genera condiciones sociales bajo las cuales la integración se torna muy difícil de concretar.

3.2.1. Etnocentrismo alineado y la enculturización occidental

Los conceptos de cultura e identidad están estrechamente interrelacionados. De hecho la principal función de la identidad en lo colectivo, es marcar fronteras entre un “nosotros” y los “otros” a través de la apropiación de rasgos culturales distintivos que nos permiten diferenciarnos de los demás (Giménez, 2003: 1), y en consecuencia también agruparnos con los que consideramos nuestros pares. Esto representa un complejo proceso que enraíza características particulares formadas a través del tiempo (lenguaje, tradición, costumbres, valores, arte...) en distintas configuraciones espaciales, para así generar una comunidad imaginada, cuyos miembros, si bien no se conocen entre sí, comparten la imagen de su comunión, con expectativas similares y con un pasado y devenir común. La identidad individual redonda en la identidad del grupo, y así, la identidad colectiva latinoamericana es cultural y macro social, envuelve e incluye varias identidades parciales que se superponen, sin que se nieguen unas con otras (Lenguitti, 2010: 3).

Ahora bien, aplicando la aproximación freudiana a los problemas de identidad en el individuo, pero esta vez a escala social (para continuar con el lenguaje “clínico”); si un grupo considera una característica “indeseable” (en este caso la composición étnica), las personas de esa colectivo se optando por negar y reprimir ese rasgo, y es eso lo que justamente pasó en América Latina, salvo que lo que se reprimió no fueron simples “características”, sino también

millones de indios, negros y mestizos con sus respectivas herencias culturales. La cosmovisión predominante, la cual ha estado siempre basada en esquemas (neo) colonialistas y etnocentristas, ha racionalizado y legitimado la discriminación (Gissi, 2002: 6), y por ende ha imposibilitado la formación de una identidad social y cultural plenamente cohesionada a nivel nacional y no se diga a escala latinoamericana.

La transculturación (proceso en el que una cultura adopta aspectos de otra ya sea por la enseñanza o intercambio), se dio en estas tierras por dominación, lo que significó una grave deculturación de indios, africanos y mestizos con la consiguiente pérdida de memoria histórico-cultural y la autonomía para generar proyectos culturales propios (Gissi, 2002: 9). Con el advenimiento de la república esta situación no mejoró, las grandes masas de la población tendrían que re adaptarse entonces a la influencia de los imperialismos de turno, mediante la reproducción elites criollas de sus parámetros políticos, económicos y socio-culturales (Lenguitti, 2010: 8) en sus esquemas de gobierno neo coloniales.

Estas nuevas repúblicas no asimilaron ni reconocieron la esencia de su raíz indo-americana, privándose de esta forma de generar una cultura enriquecida con sus herencias milenarias, sino todo lo contrario, las denigraron y arengaron (Lenguitti, 2010: 13), sin lograr, no obstante, suprimirlas completamente. El resultado de esto ha sido una constante oscilación entre una deculturación compulsiva y una “cultura de resistencia”: el negarse lo más posible a asumir la cultura del invasor. Esta actitud se manifiesta en los pueblos indígenas hasta hoy en día, dificultando la plena integración de estos grupos en el engranaje social de los países latinoamericanos. Esta situación la resume perfectamente Ainsa (Gissi, 2002: 9):

En los casos extremos de deculturación, dramática en los países hispanoamericanos con fuerte implantación cultural indígena, se llega a la despersonalización y a la negación de los orígenes culturales. Alienación cultural, desprecio de sí mismo y de los suyos, complejo de inferioridad cultural, angustias varias sobre la propia identidad desarraigada, forman parte de una gama de contradicciones que la narrativa hispanoamericana refleja en muchas de sus páginas.

En estos últimos 500 años, la transculturación ha sido siempre asimétrica en América Latina, producto del “trauma de la conquista” primero, colonización después, y finalmente por neocolonialismos: desde España hacia Francia e Inglaterra durante el siglo XIX y de estos hacia EE.UU durante el siglo XX. La identidad cultural del subcontinente quedó ambivalente e

incompleta. América Latina quedó con un “complejo”, con una autoimagen baja e identidad difusa, lo que ha influido negativamente sobre la valoración que damos los latinoamericanos a nuestra propia herencia cultural (Gissi, 2002: 9).

Una consecuencia estrechamente relacionada con lo anterior es que el impacto de la conquista provocó una correlación razas-clases-culturas que perdura hasta hoy, donde indios y negros en América Latina siguen confinados a los estratos socio-económicos más bajos. En otras palabras, pobres en Latinoamérica, han sido en general aquellos que poseen una correlación de color de piel, estructura óseo-muscular y de color y tipo de cabello, con los grupos indígenas o africanos del continente. Esto sigue siendo un aspecto central en nuestra región (la más inequitativa del mundo), que ha provocado que los rasgos antropofísicos se entretajeran así en la conciencia social latinoamericana como símbolos de status socioeconómicos, asociando lo “blanco” con culto, civilizado, acomodado, mientras lo de piel oscura con lo diametralmente opuesto, fragmentando aún más nuestras sociedades (Gissi, 2002: 20).

Esta correlación de razas ha afectado la plena conformación de las identidades nacionales en Latinoamérica, y por ende también al tema que nos atañe más específicamente, la integración regional. Por ejemplo, la República Dominicana, un país mayoritariamente mulato, ha llegado a definirse en su imaginario como “blanca” y “española” para diferenciarse de la vecina Haití, en lo que constituye una negación de la propia identidad racial, social, cultural e histórica. Se trata de una autoimagen falsa y separatista, algo que sucede con casi todos los países de América Latina, especialmente en los del Cono Sur, donde se han exaltado tradicional e intensamente, las características blanco-europeas en la autoimagen nacional, implicando esto una forma de desprecio por su real y mucho más complejo perfil nacional (Gissi, 2002: 21-22) y desembocando esto además, en una xenofobia crónica respecto a los países vecinos.

Las identidades impuestas por el imperialismo cultural de potencias extranjeras, han sido asumidas por las clases dominantes, las cuales han fundado su sistema de prestigio, justamente en desarrollar una identidad exótica, culturalmente extranjera, dándose a sí mismas una personalidad ficticia en contradicción con su naturaleza y mundo que los rodea. A la par que estos grupos reivindican para sí lo europeo/estadounidense, proyectan sobre el

pueblo los estereotipos más negativos que arrastra la imagen de América Latina acuñada en esas regiones y, a través de esos estereotipos desvalorizantes, legitiman su “superioridad”. Apoyándose en el imaginario social construyen un sistema jerárquico en torno a representaciones de colonización y dominación, de la misma manera que el sistema colonial español se montó sobre el sistema de castas raciales siglos atrás (Gissi, 2002: 25).

La parcial semejanza con Europa y/o EE.UU. ha sido tradicionalmente generalizada e idealizada, transformándose en identidad positiva *per se*, para los (más) blancos, para las clases altas, y como países, también para los menos indigenizados o negros. Ejemplifiquemos lo anterior. En una investigación empírica sobre actitudes internacionales, el psicólogo José Miguel Salazar encontró que la mayoría de los venezolanos se auto-percibían inferiores a EE.UU., Inglaterra, España y Argentina (en ese orden), y se auto-percibían superiores a Colombia. Llamó a lo primero síndrome ideológico (representaciones sociales, categorizaciones), de IDUSA (Ideología Dependiente de USA), y a lo segundo, síndrome de ISUCO (Ideología Superiores a Colombia). Un dato específico relevante es que esta identidad positiva y autoimagen alta en comparación a Colombia no implicaba mayor amor a Venezuela ni conducta fecunda alguna (Gissi, 2002: 26).

Lo anterior es pues, un mecanismo estéril y altamente nocivo, que impide la autocrítica y la autocorrección, que dificulta asumir en este caso, una identidad venezolana real y compleja, y percibir críticamente los comunes problemas y potencialidades que tenemos como latinoamericanos. Esto lo resume Montero de manera inmejorable:

El etnocentrismo europeo ha estado perniciosamente ligado al racismo y por ende a la desnacionalización de nuestras raíces. La situación de dependencia en que nos hemos encontrado por más de 500 años, es estructural y cuando esta es exitosa, el sujeto de la dependencia, perderá su identidad social. No sabrá más quién es. No se hallará a sí mismo, pues habrá aprendido a despreciar y rechazar lo que le es propio, calificándolo negativamente, en el intento desesperado de ser como el dominador (Gissi, 2002: 26).

De esto que los europeos normalmente no se cuestionen si son “dignos e interesantes” por ser europeos, en cambio, en América Latina es frecuente y endémico el tener tal crisis de identidad. Nos sentimos “interesantes” en cuanto podemos ser en algo italianos, franceses, españoles o estadounidenses, e incluso con el simple hecho de portar o consumir un producto relacionado con aquellas naciones. Entonces, oscilamos entre un patriotismo acrítico, que es

frecuente y estimulado por militares, políticos, el sistema educativo, medios de comunicación y las clases dominantes; y un etnocentrismo alienado. Pero ambos son una y la misma cosa en una compleja realidad. Por ejemplo el que un argentino o chileno diga que es superior o más digno, es patriotismo acrítico. Pero ¿superior respecto quién?: a los peruanos o bolivianos por ejemplo; y ¿por qué?: por apariencia racial. Eso es etnocentrismo alienado (Gissi, 2002: 27).

Este es un problema psicosocial grave que nos impide lograr la integración de nuestros pueblos, porque en cuanto seamos racistas, clasistas y etnocéntricos alineados, nos creemos peores o mejores que algún otro hermano país de la región, y basándonos en la misma premisa racial, estaremos siempre por debajo de un europeo o estadounidense. La dominación cultural contemporánea está relacionada con un largo historial de dominaciones desde el norte, que nos ha llevado a la sobre-valoración de lo europeo y norteamericano, llevándonos a no aceptar nuestra inherente identidad mestiza y a generar por ende prejuicios anti nacionales y anti latinoamericanos. El reconocimiento de esta identidad latinoamericana y mestiza estimulará la integración cultural, la cual será causa y consecuencia, condicionada y condicionante, de la integración económica y política. Se trata de una premisa universal en este tipo de procesos: la identidad estimula la integración y la integración, a su vez, estimula la identidad (Gissi, 2002: 33).

3.2.2. Incidencia de conflictos bélicos y problemas limítrofes en las relaciones entre los países de la región

El complejo y largo historial de conflictos bélicos en América Latina explica como a pesar de los múltiples esfuerzos por la integración que han tomado lugar, en especial durante esta última década con la creación en de organismos como la UNASUR, el ALBA o la CELAC, aun persistan más de media docena de diferendos limítrofes latentes entre países latinoamericanos (Mella, 2014). A parte de los recientemente resueltos por la Haya (Colombia-Nicaragua; Chile-Perú), estas disputas (en menor o mayor grado de intensidad) involucran actualmente a: Chile-Bolivia, Bolivia-Brasil, Brasil-Uruguay, Trinidad y Tobago-Venezuela, Colombia-Venezuela, Venezuela-Guyana, Guyana-Surinam, Belice-Guatemala, Costa Rica-Nicaragua, Nicaragua-Cuba y El Salvador-Honduras-Nicaragua (El País, 2012).

Se insta a la integración, sin embargo la relación entre varios países que conforman el proceso aún es conflictiva. Algunas disputas se ven constantemente reactivadas, como es costumbre, por gobiernos que saben que apelar a este tipo de nacionalismo resulta extremadamente para fines políticos o como chivo expiatorio para graves problemáticas internas. Es fundamental entonces entender este importante obstáculo a la integración de América Latina, ya que los conflictos latentes perjudican las relaciones bilaterales y esto, a escala regional, traba la fluida cooperación y buena marcha de los organismo integracionistas, genera un clima tenso y poco cooperativo en los encuentros multilaterales, pero sobre todo, separa nuestros pueblos evitando que se reconozcan como una sola entidad cultural.

A lo largo de los siglos XIX y XX, tras las guerras por la independencia y la formación de los estados nacionales en América Latina, proliferaron los litigios y guerras relacionadas con problemas de límites. En parte esto se debía a las ambiguas delimitaciones administradas de España y Portugal en América, las cuales serían asumidas sin modificaciones sustanciales por las nacientes repúblicas, generando todo una serie de reivindicaciones, justas y contradictorias a la vez, sobre los mismos territorios. El largo y conflictivo proceso de gestación de los Estados nacionales en América Latina condujo a nuevas delimitaciones fronterizas y, consiguientemente, a nuevos motivos de reivindicación histórica, prolongando así el círculo vicioso de conflictos (Bachetta, 1984: 73).

El resquebrajamiento del sistema político-administrativo heredado de la época colonial era ya una realidad en la celebración del Congreso de Panamá (1826), a lo que se sumó las guerras internas, el continuo intervencionismo de potencias extranjeras y las formas de caudillismo militar que comenzaron con el inicio mismo de las luchas independentistas, significaron el fracaso en primera instancia del panamericanismo bolivariano. Así, para 1823 había ya tomado lugar la separación de Provincias Unidas de América Central respecto a México; se sucedían las pugnas por motivos territoriales en el interior de la Confederación Centroamericana entre 1827 y 1828; la ruptura de la Gran Colombia en 1830; el forzado nacimiento de la Confederación Peruano-boliviana en 1836 y su disolución en 1839; la independencia, en 1838, de la mayor parte de los territorios que se habían venido integrando bajo las Provincias Unidas de Centroamérica; o los infructuosos esfuerzos destinados a

rehacer la Confederación Centroamericana entre 1841 y 1844 (García, 2005: 224). Naturalmente, este continuo proceso de fragmentación territorial y establecimiento de nuevas fronteras no estuvo exento de pugnas diplomáticas y tensiones políticas, viéndose acompañado en varias ocasiones por conflictos bélicos que se saldaron con un número importante de muertos y heridos, como fue el caso de la posterior independencia de Uruguay del Brasil, o de la República Dominicana de Haití.

Pero como si no hubiesen habido ya suficientes litigios por motivos fronterizos en la secuencia histórica que llevó, primero, a la caída del imperio español y después a la ruptura de las confederaciones americanas; los conflictos de límites más numerosos y portadores de unas mayores dosis de violencia fueron aquellos que se produjeron entre los nuevos estados independientes a causa de una serie muy heterogénea de razones, en especial por la diversidad de intereses económico-comerciales que se proyectaron en los espacios de litigio a medida que fue saliendo a la luz el valor estratégico de los recursos naturales que allí se encontraban (García, 2005: 218). Así, lo que estaba en litigio muchas veces no era el territorio o mucho menos el sentido de patria o nación, sino recursos estratégicos y la rivalidad por los mismos se fue produciendo con mayor intensidad y frecuencia a la par que América Latina fue introduciéndose en el lugar que se le había asignado dentro del orden del capitalismo mundial, es decir, el de proveedor de materias primas.

Los casos, tal vez, más emblemáticos de estas disputas por tierras de frontera, donde se buscaba esencialmente el dominio sobre zonas con un elevado potencial económico, se encuentran en los conflictos por el caucho en la región de Acre entre Brasil y Bolivia (1867-1903), los espacios de la costa del Pacífico entre los paralelos 23 y 25, primero con el guano y después con el salitre o la llamada Guerra del Pacífico (1879-1883), envolviendo a Perú, Bolivia y Chile, así como la región del Chaco Boreal que enfrentaría en su momento a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935 (García, 2005: 227).

El imperialismo británico del siglo XIX y el estadounidense en el siglo XX, fueron un factor decisivo y potenciador de las conflagraciones en Latinoamérica, valiéndose de los nacionalismos para aplicar, no muy disimuladamente, la política de “*dividir para reinar*” en la región. Es el caso concreto de la Guerra de la Triple Alianza, la cual se fraguó desde Inglaterra, para valiéndose de Brasil,

Argentina y Uruguay, aplastar un Paraguay que representaba hasta ese entonces un exitoso modelo de desarrollo independiente y que había resistido nacionalistamente la incursión del imperialismo comercial británico de la época (Ruiz-Eldredge, 1979: 4). Después de la sangrienta guerra, el país vería diezmando en un 60% su población general y en más de 90% la masculina (OHCHR, 2013), desmanteladas sus instituciones, desmembrado su territorio, y vendido sus recursos al capital extranjero. Paraguay simplemente no volvería a ser el mismo

De igual manera, en la Guerra del Pacífico de (1879-1883) hubo una fuerte injerencia británica, a tal punto que el entonces Secretario de Estado de EE.UU., James G. Blaine, llegó a afirmar que en realidad se trató de guerra entre Inglaterra y Perú (Ruiz-Eldredge, 1979: 18). El intervencionismo de Gran Bretaña en América Latina fue en algunas ocasiones menos sutil, con la apropiación de porciones del territorio de Argentina (Islas Malvinas), Guatemala (50% del actual Belice) y Venezuela (región de Esequiba, 2/3 de la actual Guyana). Reivindicaciones que siguen abiertas hasta el día de hoy y que obstaculizan los procesos de integración en lo que también participan estas ex colonias británicas y, que en caso de las Malvinas, representa una grave amenaza para la seguridad de toda América Latina.

En siglo XIX, la guerra fue frecuente y, en ocasiones, devastadora en Suramérica, en especial desde alrededor de 1830 hasta principios de la década de 1880. Por su parte, los conflictos armados en América Central fueron más continuos, pero de menor intensidad. La región sufrió alrededor de siete mil muertes (5% de su población de entonces) en guerras intermitentes entre 1824 y 1842. En siglo XX vuelven a tomar fuerza los conflictos territoriales con la ya mencionada Guerra del Acre, entre Brasil y Bolivia (1900-1904); anexiones de Brasil y Colombia al territorio ecuatoriano (1904 y 1916 respectivamente); la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay -el más dramático con más de 130000 muertes-(1932-1935); y las guerras en la Cordillera del Cóndor entre Perú y Ecuador (1941 y 1995). Con la participación directa de los EE.UU. toman lugar la desmembración de Colombia para dar lugar a Panamá y el tratado neo colonial en la Zona del Canal (1903-1914), la guerra entre Honduras y Nicaragua (1907) y la guerra entre Panamá y Costa Rica (1921) (Bachetta, 1984: 74-75). Desde finales del siglo XIX empieza a crecer exponencialmente la influencia estadounidense en la región en desmedro del

Imperio Británico y otras potencias europeas, así como su intervencionismo en los asuntos y conflictos latinoamericanos.

Aunque varias disputas se han cerrado en los últimos años vía la Corte Internacional de Justicia, como la que involucraba a Nicaragua y Colombia por límites marítimos (2012), y por idéntica razón a Chile y Perú (2014), hasta nuestros días perduran con vehemencia disputas como el reclamo por una salida al mar de Bolivia ante Chile; otras en estado de hibernación como el diferendo en torno al Golfo de Venezuela, entre este país y Colombia; así como pugnas que se han reactivado últimamente, como el ya mencionado reclamo venezolano por $\frac{2}{3}$ de territorio de Guyana, país que a su vez se encuentra en disputa con Surinam por el control del área entre los ríos Boven-Corantijn y el Koetari, que alcanzó su punto más álgido a inicios de este siglo con la amenaza de la ex colonia holandesa de tomarse el territorio por la fuerza. En cuanto a Centroamérica encontramos el diferendo entre Honduras y Belice, legado del conflicto colonial entre británicos y españoles, así como la pugna entre Nicaragua y Costa Rica por la isla de Portillos (Ibáñez, 2012).

El producto “colateral” de todo esto ha sido en unos casos la humillación nacional de un país, como la ocupación chilena por tres años de la capital peruana en la Guerra del Pacífico, la pérdida de más de la mitad del territorio nacional como en el caso del Ecuador, la muerte de hasta cientos de miles de personas como en la Guerra del Chaco, o en otros, el *quasi* exterminio del total de la nación como ocurrió con Paraguay en la Guerra de la Triple Alianza. Todo esto ha dejado una estela de desconfianza y rencor en la *psiche* de las distintas sociedades latinoamericanas y respecto a sus vecinos, desembocando esto un separatismo cultural representado en dos fenómenos altamente nocivos para la integración que perduran aun en el siglo XXI: el nacionalismo deformante y la consecuente xenofobia.

3.2.3 La perpetuación del nacionalismo y la xenofobia en los esquemas sociales y estatales

Como hemos visto anteriormente, nacidos los estados latinoamericanos, aparecen casi de inmediato numerosas contiendas bélicas por pugnas fronterizas representan el germen mismo de los nacionalismos xenófobos en la región. La división se acentuó con la incursión económica del Imperio Británico

en las nuevas repúblicas mediante el fraccionalismo: el "dividir para reinar", que sería heredado posteriormente por su sucesor estadounidense.

Un factor igualmente preponderante en la construcción de los nacionalismos latinoamericanos ha sido la dirección y forma que les han dado las clases dominantes. Así, en busca de lograr un mayor y mejor control sobre sus países, las oligarquías locales han buscado separar las poblaciones latinoamericanas unas de otras, en muchos casos en base a un imaginario de "eurocéntrico" ("suizos centroamericanos", "ingleses de América", "prusianos de América", "Atenas americana") dentro las nascentes identidades nacionales (EL NUEVO DIARIO, 2008). Yendo desde el caso de una Argentina que llegaría a autodenominarse "la única república blanca de América" (Ruiz-Eldredge, 1979) a una Costa Rica que se ha visto tradicionalmente a sí misma como un "enclave europeo" en una Centro América indígena y pobre (Salazar, 2011), la afirmación de origen racial y cultural europeo ha servido como instrumento de dominación y separación respecto a los grupos humanos con orígenes indígenas, africanos y/o mestizos, a nivel nacional, como a escala supranacional frente a los países con una preponderancia de dichos grupos étnicos (Gissi, 2002).

La xenofobia en nuestra realidad latinoamericana es la manifestación de este endémico racismo etnocéntrico, en especial cuando este ha entrado en contacto con flujos migratorios de los países vecinos. El desprecio por el "otro-racial" se transfiere al otro-extranjero, cuando este procede de países caracterizados por un fuerte componente indígena o africano (Hopenhayn, 2002). Las relaciones migratorias con el país anfitrión, pasan entonces a estar caracterizadas por conflictos de diversidad cultural que muchas veces están permeados de un carácter de superioridad-inferioridad, que darán pie a prejuicios, etiquetas y estereotipos hacia estos grupos y, proyectados también hacia sus países de origen (García, 2013: 22). El racismo como rechazo, separación y desprecio hacia el "otro", con el transcurso del tiempo pasa del ámbito antropológico-físico a ligarse a connotaciones de tipo intelectual, moral y cultural (Cisneros, 2001: 180), lo que restará el interés de las poblaciones "occidentalizadas" a integrarse cabalmente con un grupo considerado inferior, ya sea a escala nacional o entre países.

Entender estos conflictos de diversidad cultural, muchas veces también implica entender, de manera histórica, como es que las heridas del pasado

siguen perdurando en la actualidad y cómo las poblaciones han lidiado con estas durante generaciones (García, 2013: 229). Es así que todos los prejuicios y rencores forjados a través de este largo rosario de conflictos latinoamericanos, los padecen aún hoy los migrantes, haitianos en República Dominicana, colombianos en Venezuela, peruanos y bolivianos en Chile, paraguayos en Argentina, nicaragüenses en Costa Rica, guatemaltecos en México, etc. (Hopenhayn, 2002). La problemática socioeconómica detiene una importancia relevante en este tema, al vincularse la xenofobia directamente con fenómenos migratorio, siendo el mejor ejemplo de esto la denominada “Guerra del Fútbol” ocurrida entre El Salvador y Honduras en 1969 (Vergara, 2006: 5).

La negación del otro puede expresarse de distintas maneras entre sujetos y grupos sociales, inclusive con políticas sistemáticas y oficiales de los Estados, mediante verdaderos mecanismos culturales, sociales e incluso institucionales de discriminación y xenofobia que han ido moldeando el imaginario colectivo de las sociedades latinoamericanas respecto a sus vecinos latinoamericanos, entorpecido el avance de las políticas integracionistas al pretender fortalecer un nacionalismo local en desmedro del regional, y para ello valiéndose de instrumentos como el sistema educativo y la academia. Así por ejemplo, a inicios del siglo XXI, en el gobierno venezolano retiró del sistema educativo un texto educación media que contaba con afirmaciones altamente xenófobas, tildando de *"irracional"* la *"avalancha indiscriminada y no controlada"* de colombianos, ecuatorianos, peruanos y caribeños que entraron durante los años 70 al país, señalándolos como portadores de *"costumbres violentas"*, que *"sin educación formal, sin oficio definido, con traumas y con enfermedades"* llegaron para aprovecharse del *"bolívar fácil"* que les ofrecía Venezuela (Hopenhayn y Bello, 2001: 46).

La xenofobia de los chilenos quedó también expuesta en un estudio que fue publicado en su momento por el diario La Tercera. Según la encuesta, el 70,1% de las personas en contra de una política de fronteras abiertas hacía el Perú. El estudio señalaba que entre peruanos, bolivianos y argentinos, estos últimos fueron los que obtuvieron la mejor valoración, mientras que los bolivianos obtuvieron la menor aceptación, a pesar que su presencia en el país es mínima. Los prejuicios y estigmas respecto al “otro” extranjero son persistentes a través de tiempo y muy difíciles de erradicar (Hopenhayn y Bello, 2001: 46). Muestra de esta problemática tan arraigada social e

institucionalmente, es lo realizado por un pelotón chileno marchando en pleno siglo XXI al son de: “argentinos mataré; bolivianos fusilaré; peruanos degollaré” en 2013 (BBC, 2013), mostrando la pertinaz xenofobia incrustada, tanto en la sociedad chilena como en sus instituciones.

Tomando todo lo anterior en cuenta, observemos los datos arrojados por un estudio de la Corporación Latinobarómetro que refleja que como la mitad de los entrevistados en Brasil, Chile y Colombia desconfían de los argentinos; los argentinos, brasileños y bolivianos sospechan de los chilenos en niveles del 60%; los bolivianos sufren aun alto prejuicio de hasta el 70% entre los brasileños, paraguayos, uruguayos y argentinos encuestados; 88% de los ecuatorianos desconfía de los peruanos y viceversa en casi idéntico número; a la vez que alrededor de la mitad de los mexicanos recela de los argentinos, y todo esto por dar unos ejemplos. En contraste, los pueblos mejor apreciados han sido los extrarregionales: estadounidenses, europeos y japoneses se llevan los laureles y reverencias de los pueblos latinoamericanos (Braun y Rovner, 2009).

El nacionalismo territorial fue tradicionalmente una estrategia de las elites gobernantes para la formación de una identidad común que les facilitase gobernar sobre los nacientes Estados-nación. El componente territorial contribuyó a modelar las percepciones de amenazas político-militares entre los países vecinos: la necesidad de expansión y control de espacios estratégicos debía movilizar las conciencias nacionales e identitarias, lo que se materializó en un desplazamiento continuo de las fronteras como en el caso brasileño, argentino o chileno. Así por ejemplo, el nacionalismo peruano se basó en generar una conciencia social, política, étnica y cultural, es decir un sentimiento de nación, en función de la identificación de un enemigo común, único y claramente visible; constituyéndose de esta forma Chile en el *hostis* del Perú, Perú en el del Ecuador, Brasil el de Argentina, Venezuela en el de Colombia, etc. (Leyton, 2009: 13). Como consecuencia de esta visión se tendió a una exageración artificial de las diferencias con el otro y a relegar la mirada de una mancomunidad en un territorio con historia, idioma y características comunes.

Igualmente en el caso de Brasil, sobre quien ha recaído tradicionalmente mucho del liderazgo regional, su nacionalismo se construyó inicialmente sobre las bases del conflicto, ya que como sucesor del legado lusitano, heredó también sus polémicas y rivalidades con Imperio Español (y

por ende con varios de los países que se derivaron del), formando así en primera instancia un nacionalismo basado en el expansionismo territorial (sobre todo en la época imperial bajo Pedro I y Pedro II) y de su peso geopolítico en Sudamérica (Ruiz-Eldredge, 1979: 5).

La cultura política latinoamericana –en especial en sus variaciones más conservadoras y autoritarias- ha utilizado con frecuencia el rechazo xenófobo al extranjero, bajo el argumento que “amenaza” a una artificialmente creada identidad nacional, que en sí, comparte en gran medida los mismos elementos con el resto de países latinoamericanos. De esta forma, la xenofobia, fruto del etnocentrismo, conflictos bélicos e, inclusive azuzada por grupos de poder mediante aparatos estatales como la educación, se ha incrustado en las sociedades y se ha transfigurado a lo largo de la historia de los países impactando negativamente en los procesos de integración social y cultural. Si quisiéramos encontrar el punto de partida de las problemáticas anteriormente descritas, en lo que en la integración se refiere, la respuesta la podríamos encontrar a partir de lo mencionado Charles Fenwick (Omaña, 2007):

Las antiguas colonias estaban gobernadas como entes autónomos que mantenían relaciones más estrechas con España que entre ellas mismas; de manera que, a pesar de los vínculos comunes de raza, idioma, religión y tradiciones legales, la base de la unidad radicaba más en la necesidad de defensa que en la existencia de intereses políticos económicos y sociales de carácter común.

Es decir, existía un muy escaso nivel de interdependencia y de intercambio de comunicación a nivel social entre las diversas unidades administrativas coloniales y dentro de ellas mismas, que hizo que los grupos humanos latinoamericanos, si bien compartían una base cultural común, fueran desarrollándose paralelamente de forma disgregada, sin un reconocimiento mutuo y siempre viendo hacia el exterior: España primero, Inglaterra y Francia después, y finalmente hacia los Estados Unidos.

3.3. El incipiente intercambio de información

La integración, como si se tratase de un producto, debe ser “vendida” como proyecto político, debe poder comunicar en que aspectos puede mejorar y contribuir a la existencia del individuo, de manera que se genere una base social consciente y favorable al proceso, lo que representa una condición

fundamental para llevar a cabo un verdadero proceso de integración, lo que sin embargo este no ha sido el caso en el contexto latinoamericano.

Examinaremos primero el rol de los medios de comunicación, los cuales apegados solamente a la lógica comercial y separados de todo proyecto de país y peor aún de región, no han hecho ningún esfuerzo por fomentar el interés de la población en el proceso de integración como tampoco por visibilizarlo, quedando así los por más logros y repercusiones que puedan tener lugar, en el total anonimato. Igualmente no ha existido una voluntad de éstos para en conjunto con industrias culturales de la región, proyectar producción televisiva, música, cine y demás expresiones culturales que promuevan en el imaginario colectivo, los valores, símbolos y realidades latinoamericanas. En el punto dos, abordaremos el rol también deficiente de los Estados, para atacar, mediante sus órganos competentes, los prejuicios, desconfianzas, y nacionalismos locales en pro de una identidad latinoamericana mayor. Esto con especial relevancia en lo que respecta al sistema educativo, el cual basándose en un abordaje superficial a las guerras del pasado, va formando una actitud negativa en los ciudadanos desde muy temprana edad respecto a sus vecinos de la región. Finalmente en el punto tres, inspeccionaremos el rol de la Academia, como matriz del desarrollo cultural e intelectual de las sociedades, en la generación de ciudadanos proclives al proceso, pero también más específicamente, profesionales con idoneidad en temáticas integracionistas en lo económico, político periodístico, etc.; que sienten las bases conceptuales sobre las que se siente y se renueva el largo proceso integración.

3.3.1. Rol de los medios de comunicación comerciales

Dentro del proceso de integración, los medios de comunicación están llamados a convertirse en los vehículos que generen un mejor conocimiento entre las naciones, divulgando sus costumbres y valores culturales, apoyando al sistema educativo y, entre otras metas, informando sobre los pormenores de un proceso que pretende unir a los países en un esfuerzo mancomunado por el progreso.

El papel de los medios es esencial para transmitir esta información en la forma más didáctica posible, ya que esta no ha sido transferida a la población de una manera clara, a fin que fomente el interés de la sociedad civil. Sin embargo, a pesar de esta grave problemática, no ha existido una estrategia de

comunicación por parte de los medios como tampoco de los Estados, para transmitir la magnitud del proyecto integracionista de una manera que alcance a la mayoría de la ciudadanía en cuanto a conceptos.

Esto se relaciona con otro problema importante, y es que existe una falta de especialización entre los periodistas respecto a la temática, además de un desconocimiento general sobre la realidad de los países que componen la región integracionista (López y León, 1998: 374). El resultado de esto es un desfase entre la situación social, política y económica que proyectan los medios de comunicación y la realidad de dichos países, repercutiendo esto a su vez, en la opinión pública y su percepción sobre la pertinencia de integrarse con los mismos. Así, si un país es continuamente representado en los medios de una nación como violento, inestable, corrupto, totalitario, sin un análisis y representación integral, la posición de la ciudadanía será contraria a mayores vínculos que puedan significar el “traspaso de esos males” que los pueda convertir en una “nueva Venezuela” o una “nueva Cuba” por ejemplo. Otras veces no obstante, la información transmitida pasa deliberadamente por un procesamiento interesado de los mismos medios, de tal o cual reunión, resolución o noticia emitir y desde que punto de vista, todo esto en relación a intereses muy particulares.

La aglomeración y propiedad de los medios de comunicación es un tema que no puede ser pasado por alto en este asunto. Las continuas fusiones y adquisiciones han degenerado en un crítico acaparamiento de los medios en pocas manos, llevando a este sector, tradicionalmente vinculado con la política, a extenderse a casi todos los ámbitos imaginables de la actividad económica en sus respectivos países (Trejo, 2010: 24); por lo que si los procesos de integración llegasen a provocar los costos que, inevitablemente generan, en alguno del amplio espectro de inversiones de estos grupos, no se podrá esperar ninguna imparcialidad de los mismos al respecto.

Así, el Grupo Televisa (México), Grupo Clarín (Argentina), Organizaciones Globo (Brasil), y Grupo Cisneros (Venezuela), son las mayores corporaciones mediáticas en sus respectivos países y a nivel regional, con la particularidad común de encontrándose en abierta oposición con los gobiernos de izquierda de América Latina (que resultan ser los mayores impulsores del proyecto integracionistas en este siglo XXI). Estos cuatro grupos que encabezan la hegemonía mediática de la región, se vinculan a su vez en

entramado de intereses e inversiones con otros conglomerados más locales como Garafulic en Bolivia, Caracol en Colombia y Azteca en México, entre varios otros. Todo ellos, aunque detienen un lucrativo arraigo en la televisión abierta, y el resto de medios tradicionales, ninguno se ha ceñido estrictamente a su área, funcionando hoy en día, más como extensas redes corporativas que como simples empresas tradicionales. Sus actividades ramificando prolijamente dentro y fuera de sus países, poniéndolos en contacto inclusive con grupos extrarregionales, como Prisa de España, también férreo opositor y crítico a los gobiernos de izquierda latinoamericanos (Trejo, 2010: 25).

Como muchas problemáticas de América Latina, esta se presenta con mucha homogeneidad entre sus países, pero el caso mexicano ejemplifica al extremo esta situación, donde solamente dos empresas dominan a la audiencia nacional: Azteca que tiene el 38% de las estaciones comerciales, mientras que Televisa con el 56%, concentra alrededor del 72% de la audiencia nacional en sus canales (Trejo, 2010: 34). La repercusión de esto es sustancial, tomando en cuenta el poder de los medios para moldear la opinión pública a favor o en contra de tal o cual iniciativa, estos se convierten en una herramienta poderosísima en pro de la integración o una arma mortal en su contra, quedando así un proyecto de tal importancia, en la buena predisposición o no que el puñado de personas dueñas de estos conglomerados puedan tener al respecto.

La industria de la comunicación en América Latina se ha convertido en un lastre que ha ido en contra de la integración latinoamericana. Si se quisiera rastrear el inicio del problema, éste sería el momento en que ésta industria se embarcó en el modelo estadounidense de comunicación, exclusivamente publicitario-comercial. Ya de la ola de privatizaciones de 1990, en la región las estaciones de servicio público solo representaban el 3.7% de las estaciones de radio y el 5.2% de las de televisión. Es así que la concentración económica ha amenazado históricamente con la desaparición de canales y estaciones locales y comunitarios (los medios más permeables a la noción de servicio público y diversidad cultural), no solamente con su poder de mercado, sino también a través de Leyes de Comunicación que en la mayoría de nuestros países, han privilegiado el acceso al espectro radioeléctrico a las empresas con finalidad de lucro y fortaleza económica (Roncagliolo, 2003: 105), generando inclusive en

algunos casos, la total carencia de canales públicos como fue el caso de Paraguay y Ecuador hasta hace tan solo unos pocos años atrás.

Salvo en el caso Brasil y México, las importaciones han prevalecido tradicionalmente sobre la producción endógena y la capacidad productora de los países latinoamericanos. El auge neoliberal de privatizaciones y transnacionalización de las industrias culturales (especialmente en la década del 90 e inicios del siglo XXI) y la consiguiente “desresponsabilización” de los Estados respecto de ellas, ha generado una declinación de la representación de las sociedades nacionales en los medios de comunicación, una tendencia que a pesar de las iniciativas de los últimos años no ha podido ser revertida en su totalidad.

Esta disparidad entre una producción endógena escasa y un consumo de contenido externo elevado, se ha traducido en una baja representación de las culturas nacionales y latinoamericanas en los medios, en contraste con la desproporcionada la proyección de “entretenimiento” e “información” originado en Estados Unidos principalmente. Es así que aun donde se cuenta con mayor producción propia, como en México, Brasil, Argentina y Venezuela, más del 70% del contenido televisivo que se emite (películas, series, documentales...) es importado de Estados Unidos y ocupa más del 50% del *prime time* de las distintas programaciones; dedicándose la producción nacional, sobre todo, a noticiarios, telenovelas y programas de entretenimiento de cuestionable calidad en su mayoría. A los anteriores les siguen países como Colombia, Chile, Perú como incipientemente creadores, seguidos por una gran mayoría de países latinoamericanos netamente importadores de contenido procedentes de Estados Unidos (García, 1999: 25).

A la falta de exposición de los latinoamericanos a sus propias expresiones culturales, la lógica etnocéntrica-mercantilista de los medios de comunicación, ha agudizado la situación con la gran transmisión de contenidos que refuerzan la tradicional orientación cultural hacia Europa y Estados Unidos. En América Latina se ha llegado a conocer más el modo de vida estadounidense que el de los países de la región. La prensa escrita, el cine, la radio y la televisión, nos han vendido por décadas, la imagen cultural del norte (Tinoco, 2012: 21). América Latina ha carecido de una programación televisiva propia, realizada desde Latinoamérica para sí misma, que difunda y promueva valores

regionales comunes y que ayude a apreciar la identidad cultural latinoamericana en sus diversas expresiones.

En consecuencia, nos encontramos en una Latinoamérica donde ha predominado por décadas, la proyección de cultura estadounidense en las pantallas de cine y de televisión, la cual ha influido mediante su iconografía, modelos y valores en la consciencia cultural latinoamericana, tanto en las audiencias masivas como en las de mayor nivel educativo.

El núcleo argumental en la defensa de la producción cultural tanto nacional como regional, es que estos hablan de temas “propios”, cumpliendo un rol de suma importancia ante la necesidad los pueblos de afirmar su identidad. Es evidente que la literatura, la música y las artes plásticas de América Latina han llegado a ocupar un sitio relevante en el mundo contemporáneo (Jaguaribe, 2001), sin embargo a pesar de toda la gama de nuevas tecnologías en materia de comunicación, los latinoamericanos salvo raras excepciones, desconocemos qué producen intelectual y artísticamente nuestros vecinos. La ignorancia de estas expresiones no permitirá una mejor comprensión de las sociedades a las cuales pertenecen (Godoy, 1989), dificultando de esta manera que lleguemos a reconocernos e integrarnos como un todo.

Karl Deutsch planteaba que *“la gente aprende a considerarse miembro de una comunidad como consecuencia de modelos de comunicación humanos”*, y que la construcción de unidades políticas, depende del flujo de comunicaciones entre los miembros de la unidad a integrarse (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 447). Por ello que para formar un “pueblo latinoamericano”, los medios de comunicación resultan imprescindibles para establecer estos lazos de intercambio y mutuo entendimiento tanto entre la población en general, los círculos artístico-intelectuales, como a nivel de las élites político-económicas. Una alta colaboración entre las industrias culturales latinoamericanas en proyectos conjuntos, podría flanquear la inoperancia de los medios y el Estado al respecto, que desbordarse en las pantallas de los latinoamericanos.

Parafraseando a Norbert Wiener, un grupo social debe ser concebido como una organización más que como una aglomeración, donde la comunicación es el cemento que posibilita la unión entre estas “organizaciones”

y que les permite pensar, ver y actuar juntas (Dougherty y Pfaltzgraff Jr, 1990: 447).

3.3.2. Existencia de políticas públicas de difusión de contenidos y valores latinoamericanos

La integración es un proceso cultural y social que vaya más allá del intercambio comercial, se trata de identidad y conocimiento mutuo, ya que no puede haber integración si no se cultiva primero una actitud favorable al proceso en la conciencia colectiva de los pueblos involucrados. Para ello, la educación es una herramienta por excelencia dentro de las políticas públicas a fin de construir una visión común de lo latinoamericano que nos permita comprender, interpretar, reforzar, fomentar y difundir las culturas nacionales y regionales.

Sin embargo, lo anteriormente mencionado describe un escenario ideal, el “debería”, que poco o nada se cumple en la realidad latinoamericana. Si bien existe dentro de los círculos intelectuales especializados, conciencia sobre la importancia de la creación de valores, sistemas de creencias y simbologías comunes para la integración de los pueblos; y consenso dentro de las entidades burocráticas nacionales y regionales acerca de la importancia de la educación en esto, hasta el momento los Estados no han actuado casi en lo absoluto al respecto. Lo que es grave tomando en consideración la imperante necesidad de coordinar el sistema educativo regional a fin que permita incorporar la dimensión “integración” en los contenidos programáticos de las distintas mallas curriculares de los sistemas educativos latinoamericanos, que de forma unificada y coordinada, desde los primeros niveles de enseñanza, generen una masa de hombres y mujeres proclives al proceso integracionista (Morales, Morales y Paz, 2014: 104).

Es opinión consensuada que nuestros sistemas de educación han quedado obsoletos en especial a lo que historia se refiere. Las mallas curriculares y bibliografías de buena parte del espectro educativo siguen respondiendo a la filosofía que acompañó la formación de los Estados nacionales, poniendo énfasis en los conflictos con los países vecinos, y evidenciando una total ajenidad, no sólo a la problemática de la integración, sino a la temática latinoamericana en general. Así, la historiografía que se enseña en nuestros países es sumamente superficial, estrecha, mistificadora

del pasado y de los «héroes» (Gissi, 2002: 33), enfatizando las guerras con los países limítrofes, para así tratar afirmar de un banal sentimiento patriótico (Godoy, 1989), degradando los libros de historia, en esta forma, en simples perpetuadores de prejuicios, desconfianza y desprecio.

Para revertir esta situación, se hace necesario armonizar los sistemas educativos de los países de la región, con especial atención a los contenidos históricos, donde las diferencias y rivalidades del pasado siguen siendo exaltados, pudiéndose citar casos específicos como el de Argentina y Brasil, donde existen tradicionales sentimientos de mutua xenofobia auspiciados por la historia de ambos países. Esta realidad se resume perfectamente en lo dicho en su momento por el Diputado Federal por el Estado de São Paulo del PMDB (Partido de Movimiento Democrático Brasileño), João Hermann Neto, al inicio de la década de los 90: "mi educación escolar, la historia que yo conozco, me hace ser hostil a la Argentina, como la educación de los niños argentinos, la historia que conocen, los hacen hostiles hacia Brasil". Por ello, a pesar que los jóvenes latinoamericanos, escuchen la misma música, vean la misma televisión y vistan de la misma manera, existe un alto grado de desconocimiento mutuo entre ellos, lo que restringe drásticamente nuestras posibilidades de integración y de vislumbrar un futuro común (Morales, Morales y Paz, 2014: 106).

Sin ir tan lejos, aún hoy en el 2015, podemos observar lo rampante de esta problemática, con el anuncio del presidente boliviano Evo Morales, de hacer del reclamo marítimo sobre Chile, de enseñanza obligatoria en el sistema educativo, con el fin "de mantener viva la memoria patriótica" en los ciudadanos bolivianos "sobre el significado de la invasión chilena" (Azcuí, 2015)

Aun así, hay reconocer que se han hecho esfuerzos en el pasado por construir un mapa de cooperación internacional en materia educativa en la región. En América Central por ejemplo, se trató de establecer un ambicioso proyecto a futuro que tendiese hacia la integración educativa centroamericana mediante la construcción de un bachillerato centroamericano, un sistema de pruebas comunes para escuelas, y la creación del Comité Centroamericano de Acreditación de la educación superior pública o privada (Juárez, Comboni y Barroto, 2003: 162). Así mismo han surgido experiencias como el convenio educativo, científico y cultural Andrés Bello suscrito en 1970 en el marco del Tratado de Cartagena; los acuerdos entre los ministros de educación de CAN, para armonizar los sistemas educativos e incluir temáticas relacionadas con la

integración en los programas curriculares como: “educación para una cultura de la integración” o “educación en fronteras”; o el Plan Trienal para el sector educativo del MERCOSUR, elaborado en 1992 que planteaba la creación de programas que generen una conciencia social hacia la integración, a través de la capacitación de los “recursos humanos” y la armonización de los sistemas educativos de sus miembros (Morales, Morales y Paz, 2014: 107). Sin embargo, todas las iniciativas surgidas hasta el momento han tenido un impacto limitado si acaso realmente tomaron lugar, debido a la poca importancia que ha tenido el aspecto educacional dentro de los Estados así como por la falta de facultades de los organismos integracionistas para garantizar su implementación.

La educación y más aun con proyección integracionista, es aún un aspecto totalmente relegado por la mayoría de los gobiernos de la región, dando como resultando avances en extremo lentos y difíciles, y al no ser una política de estado en ningún país de la región, con progresos de una fragilidad endémica, que quedan rápidamente descontinuados a merced de las cambiantes coyunturas políticas y económicas en América Latina.

Para integrar es crucial educar una conciencia latinoamericana favorable al proceso; comunicación y educación deben ser concebidas como factores inseparables que ubiquen nuestra homogeneidad cultural por encima de las naturales diferencias de nuestros pueblos, de manera que estos lleguen a considerar a la integración latinoamericana como parte inevitable de su devenir político, económico y cultural.

Deutsch, dentro de su teoría integracionista, define a los símbolos como instrumentos políticos que ayudan a direccionar el comportamiento de una sociedad; una herramienta con la cual los Estados, de existir una verdadera y coordinada voluntad política regional, podrían ir inculcando símbolos y valores latinoamericano-integracionistas a través del sistema educativo, a fin de moldear las actitudes de los pueblos hacia la integración. Deutsch define dos tipos de símbolos: políticos y reguladores: los símbolos políticos pueden asociarse con patrones nuevos de comportamiento político, mientras que los símbolos reguladores actúan como instrumentos de cambio y control político en una sociedad, funcionando como procesos de aprendizaje social y que pueden ayudar a establecer nuevos límites de lealtades y obediencias dentro de la misma (Omaña, 2007: 2-3). Ejemplo de estos símbolos son la luna creciente

como símbolo islámico, el mapa mundial representado en el símbolo de la ONU, o el círculo de estrellas doradas en la bandera de la Unión Europea.

3.3.3. Nivel de involucramiento de las universidades de América Latina en el proceso integracionista

Dentro de los niveles educativos, la universidad tiene la incidencia más profunda en la concepción y valoración que las sociedades crean respecto a sí mismas, las creaciones intelectuales, filosóficas, políticas, económicas, científicas y artísticas que aquí toman lugar, tienen un impacto continuo y profundo en la conciencia colectiva de las naciones, así, el rol que juega la academia en la integración es primordial al ser un factor de primer orden en los cambios que se genera en las sociedades, como proceso formativo y mecanismo interpretativo de la realidad de una nación (Morales, Morales y Paz, 2014: 104-108). Todo esto nos debe llevar a repensar la educación superior como un engranaje fundamental para optimizar a nuestros países a nivel regional y formar no solo la muy necesaria masa crítica de profesionales de alta idoneidad en materia integracionista que lleven a cabo la clarificación conceptual de las dimensiones y alcances del proyecto, sino en general, de ciudadanos latinoamericanos afines, competentes y con participación en la integración.

El lograr transmitir una visión común de lo que es América Latina es esencial para el proceso, sin embargo las temáticas de estudio universitarias poco o nada abordan al respecto. Cambiar la tradicional lógica de la educación hacia el integracionismo latinoamericano, requerirá una reforma educativa profunda que genere una elevación significativa en calidad y contenido, que transforme los enfoques y programas de todo el sistema de enseñanza, incluido y sobre todo, el nivel universitario que es el que posee un mayor impacto.

No obstante, como hemos experimentado en nuestro país recientemente, el cambio es algo que encuentra mucha oposición en el gremio educativo, donde la mentalidad de irreconciliable oposición entre Estado y mercado que se ha instalado en nuestras idiosincrasias, sumado a la estridente y escandalosa lógica comercial de la mayoría de las universidades e instituciones educativas privadas, ha hecho de un pecado el “atentar contra la independencia” educativa, convirtiéndose este, en un factor que desalienta

muchos de los gobiernos el asumir el coste político de realizar las necesarias reformas esta área.

Coherente con su importancia, las universidades latinoamericanas deberían articular esfuerzos para el logro de los objetivos integracionistas, creando cátedras y seminarios respecto a esta temática, fomentando el debate y análisis, así como ofertar cursos, diplomados y especializaciones conjuntos. Sin embargo, una vez más en esto ha primado la lógica “etno-comercial”, al realizarse éstas con universidades estadounidenses, europeas o asiáticas principalmente, dando como resultado una muy limitada colaboración intra-latinoamericana, y a excepción de unas pocas experiencias exitosas que han logrado salir a flote como la Universidad Andina Simón Bolívar en el marco de la CAN, la FLACSO como iniciativa de las Naciones Unidas, o la recientemente creada Universidad Federal de Integración Latinoamericana en Brasil (establecida en la frontera de este país con Argentina y Paraguay), la constitución de una red coordinada de ministerios de educación, asociaciones de profesores, o de programas especializados, dista igualmente mucho de ser una realidad región.

Así, la capacidad integracionista de la cultura ha sido totalmente desperdiciada a causa de la indiferencia del Estado y las élites respecto a la importancia de este aspecto y de la integración en sí misma. La potencialidad de este factor se ve reflejado en los estudios realizados por Deutsch sobre procesos de integración exitosos en los que reconoce la presencia de símbolos unificadores que posibilitaron su consecución: i) símbolos abstractos: (palabras, ideas, lemas, obras literarias o canciones); ii) símbolos pictóricos (Colores, banderas, estatuas, edificios, reliquias); iii) símbolos personales (héroes, líderes o personajes históricos en común); iv) lugares simbólicos (sitios históricos, centros de peregrinación, tumbas, etc.); v) organizaciones o instituciones simbólicas (congresos. Partidos político) y; vi) símbolos religiosos (Omaña, 2007: 3); de lo que a partir de con un simple análisis se puede corroborar que Latinoamérica y todas sus subregiones, cuenta con una altísima concordancia en todas las categorías antes mencionadas, la cual no obstante, en ningún momento ha sido verdaderamente visibilizada por los medios de comunicación, los Estados o por la Academia.

3.4. Abordaje de las principales iniciativas integracionistas

Con las graves problemáticas en el ámbito cultural que hemos visto alrededor de este capítulo, la responsabilidad de su mitigación y reversión, caería precisamente sobre los organismos integracionistas. No obstante, las entidades tradicionales le han dado poca relevancia al tema, mientras que otras más contemporáneas como el MERCOSUR, cuyas iniciativas serán analizadas al final de este subcapítulo, se dieron cuenta de su importancia muy tarde (ya entrado el siglo XXI), a la vez que la falta de supranacionalidad en su institucionalidad, restringe totalmente las posibilidades de su concreción. Mientras que el ALBA y UNASUR, examinadas en el primer y segundo punto respectivamente, parecen haber aprendido la lección otorgando desde primera instancia una mucho mayor relevancia al aspecto cultural, sus iniciativas son (en comparación con el desafío) limitadas, disgregadas e insuficientes. El que en estos organismos se llegué a la consciencia de lo trascendente del ámbito cultural para el proceso y, por consiguiente, se destinen todos los recursos necesarios a este aspecto, representará la mejor apuesta que puedan hacer en favor de la causa integracionista.

3.4.1. Alianza Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA)

El ALBA desde primera instancia se definió un nuevo esquema de integración que no se sumía irrestrictamente al aspecto comercial. Es así que se ha dado un especial énfasis al aspecto cultural en este organismo, aunque con la desaparición del liderazgo de Hugo Chávez y la desventajosa coyuntura política y económica en Venezuela, las iniciativas culturales dentro del organismo han bajado mucho de perfil en cuanto a su número, intensidad y alcance.

Considerando el ALBA a la identidad cultural como un aspecto fundamental en miras de un sólido piso para la integración y la unión de los pueblos, se han llevado adelante proyectos como el “Fondo Cultural de la ALBA” buscando la producción y distribución conjunta de cine, la coproducción transnacional de espacios de radio y televisión, la edición y distribución latinoamericana de libros y publicaciones, así como la conformación de redes de librerías compartidas (AVN, 2011).

También destaca el proyecto Grannacional Casa del ALBA Cultural, el cual tiene como objetivo el convertirse en centros que promuevan lo mejor de la creación artística e intelectual de los países miembros, el patrimonio socio-cultural y el conocimiento de la historia de los pueblos de América Latina; a la vez que desarrollen una programación dirigida a propiciar un amplio acceso de la población a presentaciones artísticas de la música y las artes escénicas, proyecciones cinematográficas, exposiciones de artes plásticas y artesanías, ejecución de conferencias, cursos y talleres, presentación de libros, entre otras (PORTAL ALBA, 2014)

Fundada en el 2006 a raíz del convenio Cuba-Venezuela, la empresa mixta Fondo Cultural del ALBA ha desarrollado desde entonces una importante labor de promoción y distribución de los bienes y servicios culturales entre los países del bloque y del resto de la región (CORREO DEL ORINOCO, 2012). El Fondo Cultural ha impulsado más de 50 proyectos de cine, música, danza, literatura (incluyendo talleres, cursos y entrenamientos en éstas áreas) y de infraestructura bajo el marco de impulsar la integración regional en el área cultural. Ejemplo de esto ha sido el primer largometraje del Fondo, “*Día de Fiesta*”, en el cual también participó Paraguay, mostrando así la apertura del Fondo a trabajar con otros países latinoamericanos fuera del bloque, existiendo de hecho convenios culturales con Argentina y El Salvador (AVN, 2011). De igual manera, se han emprendido trabajos de construcción de un cine en Dominica y el acondicionamiento de un teatro en el mismo país, además de la ejecución de las obras para establecer la Casa del ALBA Cultural en San Vicente y las Granadinas, que se sumará a las ya existentes en Cuba, Venezuela y la sede en Ecuador (AVN, 2011).

El Fondo ha puesto un especial énfasis en el acercamiento al Caribe, así como en priorizar la realización de transacciones internas con el Sucre (Sistema Unitario de Compensación Regional), las se cuales ya se han puesto en práctica en las operaciones de compra-venta de libros realizadas entre Cuba y Venezuela. Ha habido igualmente avances importantes en la producción de libros y en la creación de incentivos como la entrega de los Premios Alba para reconocer a personalidades y obras de la cultura regional. Adicionalmente cada año el Fondo Cultural del ALBA ha dado su aporte a la fiesta del disco cubano, el Cubadisco, evento internacional que ha contado con

una gran representación de la discografía de países del bloque, en especial Venezuela (AVN, 2011).

En cuanto las líneas de negocios, destaca la creación de la Agencia de Turismo Cultural Paradiso-Venezuela, encargada de promover el turismo de eventos, festivales y reuniones académicas, la cual ha enviado a más de 2 mil venezolanos a Cuba. Por otra parte, también se creó la Agencia Artística Presencia, encargada de las presentaciones tanto de artistas cubanos en Venezuela y viceversa (CORREO DEL ORINOCO, 2012).

En lo educacional se destaca el Plan Grannacional para el desarrollo de la misión de alfabetización en los países miembros de la ALBA y en otros de América Latina y el Caribe, con la integración de las experiencias obtenida en Cuba, Venezuela y Bolivia. Muestra de ello fueron la misiones educativas de Cuba en Venezuela junto a maestros venezolanos, como las misiones Robinson I y II, la Misión Sucre, la Misión Ribas y la Misión Vuelvan Caras que dieron lugar a una revolución educacional en dichos territorios y que posibilitaron en gran medida que Venezuela, Bolivia y Nicaragua, sean hoy en día, territorios libres de analfabetismo (Shaposnik y Pardo, 2013: 52).

3.4.2. Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR)

Respecto al ámbito cultural, la UNASUR cuenta con el Consejo Suramericano de Cultura (CSC) creado en la VI Reunión Ordinaria del Consejo de Jefas y Jefes de Estado y de Gobierno de la UNASUR, el 30 de noviembre de 2012 en Lima, teniendo como objetivo principal el impulsar y fortalecer la cooperación cultural en la región (UNASURSG, 2015).

Como parte del reconocer y promover el valor central de la cultura dentro del proceso de integración, los ejes de acción del organismo han girado en torno a las “industrias culturales y economías creativas”, “interculturalidad”, “defensa y conservación del patrimonio cultural”, “comunicación y cultura” y “artes”. Es así que se han llegado a plasmar importantes iniciativas como el proyecto “Expreso Sur”, una coproducción audiovisual en la que participan Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela y, que a través de la visibilización de festivales y demás actividades culturales representativas, permiten destacar las identidades, tradiciones, costumbres y

patrimonio cultural de los países de la UNASUR (Secretaría Nacional de Cultura del Paraguay, 2014). A través de una compilación de 42 capítulos, repartidos en 6 programas por cada país, se busca de esta forma compartir las diversas tradiciones culturales latinoamericanas de la región como el paseo gaucho argentino, el carnaval de Oruro boliviano, la fiesta junina de Brasil, el torneo internacional del Joropo colombiano, la fiesta de la Chonta ecuatoriana, la fiesta de San Cono uruguayo y los velorios de Cruz de Mayo venezolanos, entre otras muestras del patrimonio cultural presentes en nuestros países (CANCILLERIA COLOMBIA, 2014).

Este proyecto ha representado una experiencia exitosa de colaboración en el ámbito cultural. La serie contó con la importante participación de las televisoras públicas de la región y fue realizada por profesionales de cada uno de los países en base a un manual de estilo unificado, con la intención de darle unidad estética y diversidad de miradas. En cada cobertura, se buscó reflejar el valor patrimonial de cada festividad y lo que sucede en torno a los festejos, trascendiendo la percepción “turística” superficial y adentrándose en las autóctonas, y muchas veces desconocidas tradiciones y costumbres de nuestros pueblos, de manera de ir construyendo una identidad regional, apoyada en una historia compartida y el mutuo respeto que deriva del conocimiento (CANCILLERIA COLOMBIA, 2014).

También se destaca la creación del Mercado de Industrias Culturales del Sur (MICSUR), el cual cuenta con la presencia de creadores, productores, curadores, programadores, gestores, compradores de contenidos y servicios creativos y culturales de la totalidad de países suramericanos, además de una delegación de invitados y compradores internacionales, correspondientes a 6 áreas de las industrias creativas, incluyendo música, audiovisual, libro, artes escénicas, diseño y videojuegos. De esta forma, a través de foros, ruedas de negocio, seminarios y actividades, MICSUR se perfila en un mecanismo que aumente la exportación de calidad y el intercambio de productos y servicios, que desarrolle corredores comerciales y promueva la asociatividad de las Industrias Culturales y Creativas (ICC) (MICSUR, 2014).

En su primera edición, el evento contó con 3000 participantes del sector cultural de 10 países de América del Sur (a excepción de Chile, Guyana, Paraguay, Perú y Surinam que se incorporarán para la bienal del 2016) y

permitió que se realicen 9.700 reuniones de negocios. El evento realizado en 2014 comprendió 4 días de intensas reuniones entre países compradores y oferentes, participación en charlas sobre la realidad del sector cultural en América Latina, realización de rondas de negocios para definir posibles alianzas comerciales con productos culturales y encuentros artísticos para destacar las representaciones artísticas de los países participantes (MICSUR, 2014).

3.4.3. Mercado Común del Sur (MERCOSUR)

El MERCOSUR ha reconocido desde sus inicios la necesidad de incorporar la cultura y la educación a su proceso de integración. Así ya en 1991 los Ministros de Educación de los países miembros del Mercosur firmaron el primer acuerdo del sector educativo, el Protocolo de Intenciones, en el que se priorizaban tres áreas temáticas: i) la formación de la conciencia ciudadana favorable al proceso de integración; ii) la capacitación de los recursos humanos para contribuir al desarrollo; y iii) la armonización de los sistemas educativos. Posteriormente se firmaron acuerdos de carácter más específico en lo que respecta al reconocimiento y revalidación de títulos, certificados y estudios de nivel elemental, medio, técnico/no técnico (1994/1995), integración de estudios de posgrado en las universidades de los países Miembros del MERCOSUR (1996) entre otros (de la Paz y Vorano, 2010: 6).

Por su parte, en el caso de la cultura la incorporación al proceso integrativo fue más tardía. En 1995 se creó la Reunión de Ministros de Cultura, con la finalidad de fomentar la difusión expresiones culturales, y del conocimiento de la historia de la región, el apoyo a la creación artística, los intercambios culturales y la protección del patrimonio cultural de la región. En ese marco se firmaron dos acuerdos relevantes: el “Tratamiento Aduanero para la Circulación en los países de Mercosur de Bienes Culturales Aprobados por los Órganos Competentes” (1996) y el “Protocolo de Integración Cultural del Mercosur” (1996) (Ibáñez y Vorano, 2010: 7).

Sin embargo, pese a la existencia de un sin número de acuerdos tanto en la dimensión educativa como cultural, al carecer la estructura del MERCOSUR del rasgo de supranacionalidad, muchos de ellos no han llegado a ser ratificados por los gobiernos nacionales que forman el bloque, y otros si bien se han ratificado no se han concretado, siendo esa la principal causa por

la que las políticas culturales a nivel regional hayan tenido poco desarrollo en el Mercosur) (de la Paz y Vorano, 2010: 7).

Si bien con los años se han llegado a desplegar algunas iniciativas más concretas, es poco lo que se ha conseguido implementar más allá de la retórica de las declaraciones, convenios y acuerdos. Una de estas excepciones es el caso de “La Reunión Especializada de Autoridades Cinematográficas” (RECAM), un órgano de consulta conformado por las máximas autoridades cinematográficas de los países del Mercosur, creado a fines del año 2003 con el objetivo constituir un espacio para la promoción de la producción y distribución de bienes, servicios y personal en la industria cinematográfica de la región y resolver así la dificultosa circulación de las obras cinematográficas entre los países del bloque. En este marco se firmaron acuerdos como el de la co-distribución de películas entre Argentina y Brasil en 2003, el “Sello Mercosur Cultural” o “Certificado de Obra Cinematográfica del Mercosur”. Sin embargo, aunque los temas más relevantes respecto a la regulación del sector formaron parte de la agenda de discusión y de los programas anuales de trabajo elaborados por el organismo, muchos de ellos no llegaron a plasmarse en proyectos concretos debido a que se toparon con gran oposición entre sectores proteccionistas internos de los respectivos países como en el caso de una más libre circulación de copias en las aduanas o conflictos de intereses respecto a las cuotas de pantalla (Moguillansky, 2010: 206-208)

Así, la integración cultural se ha tropezado con una serie de obstáculos dentro de este organismo, que se pueden resumir en tres grupos. En primer lugar, el propio esquema del Mercosur, sesgado principalmente hacia los fines comerciales y basado en un modelo intergubernamental que no contempla las concesiones necesarias en materia de soberanía. En segundo lugar, la escasa importancia que ha tenido la cultura para los Estados latinoamericanos y la matriz tradicional de sus políticas culturales que hizo que tendieran a centrarse solamente en la gestión de eventos y en una superficial protección del folklore, dejando que grandes grupos económicos se hicieran con el control de los medios de comunicación y producción cultural. En tercer lugar, la existencia de enormes asimetrías entre los países que conforman el Mercosur en cuanto a los tamaños de sus industrias y mercados, así como en cuanto a sus legislaciones, instituciones y políticas públicas dirigidas al área. Todas estas

falencias se pueden extrapolar a casi todos los esquemas de integración de América Latina.

Sin embargo el problema de fondo radica que la integración depende en buena parte, de la capacidad de las respectivas élites de "internalizar" el proceso integrativo y asumir la dirección del mismo a escala nacional. Lo que no obstante, se muestra una vez más como el eslabón débil en el caso latinoamericano ante la falta de compromiso e interés de estos grupos de poder, dueños de los medios de comunicación más relevantes así como de instituciones de educación privadas de mayor influencia, con el ideal integracionista latinoamericano. De esta forma, cae una vez más la posta de la integración (y en el aspecto educativo sobretodo) sobre el Estado, el cual sin embargo, ha abordado este aspecto de manera deficiente si no es totalmente nula en el balance regional.

El neo funcionalismo le otorga una importante relevancia a la actitud positiva que las poblaciones puedan tener respecto a la integración para su éxito, pero asume que estas se dará primeramente a partir de la concepción de intereses y beneficios que las élites puedan percibir en el proceso integracionista, que solo después de su respectiva "politización", es que la población empieza a percibir progresivamente, tanto por beneficios tangibles como a raíz de las diversas iniciativas de promoción política, que la integración es un proyecto positivo que desean apoyar.

Sin embargo, esto es altamente improbable en el caso de América Latina, al poseer ésta, graves asimetrías económicas y marcadas discordancias políticas, que han obstaculizado la integración en todas sus etapas. Así, el crucial factor cultural, que en el caso europeo se mostraba como uno de los principales desafíos a sortear, en el nuestro representa una importante ventaja que, no obstante, ha sido totalmente desperdiciada. Aunque en América Latina, la existencia de características culturales semejantes en cuanto a idioma, religión, tradiciones y etapas históricas, parecería ser obligatoriamente conducente a la integración, el hecho de que sus naciones estén drásticamente orientadas (económica, política y culturalmente) hacia las potencias industrializadas más que hacia ellas mismas, ha significado la base fundamental de la problemática integracionista latinoamericana.

En lo cultural, esto ha llevado a ignorar todo este acervo cultural común como generador de convergencias entre los países y pueblos latinoamericanos, el cual ha quedado además limitado por barreras institucionales en el seno de organismos de integración como el MERCOSUR; estatales, mediante su acción e inacción a nivel social, como en la estrechez de la educación mistificadora de nacionalismos que imparte; así como a causa de unos medios de comunicación, que se han convertido, de hecho, en factores contrarios al proceso al no proyectar la temática integracionista y latinoamericana en general, a la par que sus contenidos refuerzan la orientación cultural hacia occidente y en especial Estados Unidos.

La problemática de la integración tiene su raíz en el aspecto cultural-identitario que como parte de un complejo proceso de transculturización, llega a nuestros días sin terminar. Del superar las tradicionales barreras mentales de subordinación y abrazar (en todas sus expresiones) nuestro ser cultural y étnicamente mestizo, dependerá que lleguemos a formar una identidad real y propia, que nos permitirá ver, a su vez, la potencialidades de un futuro común como latinoamericanos. Pero todos estos obstáculos actuales e históricos, tangibles e intangibles, no van a desaparecer por sí solos, se debe romper el ciclo. Es necesario educar para integrar, por medio del Estado y la academia, pero también a través de los medios de comunicación y expresiones de producción cultural como el cine, música y literatura. Esto nos permitirá reconocernos como un solo pueblo con un devenir común, como aquel nuevo género humano entendido por Bolívar, o esa quinta nueva raza de Vasconcelos, producto y crisol de todas las anteriores: "la raza cósmica".

Lo que los procesos latinoamericanos han fallado en entender, es que la integración es proceso de largo plazo, en donde la consolidación de una identidad cultural común que comparta los mismos símbolos, valores y objetivos, constituye la piedra angular, sobre la cual el resto de etapas político-económicas habrán de posarse progresivamente, ya que como lo afirmara Haas, todo proceso que no esté "reforzado por un compromiso filosófico o ideológico profundo" está condenado a ser débil y efímero. La identidad estimula la integración y la integración estimula la identidad, esto constituye la ecuación básica y universal para cualquier tipo de proceso de esta índole.

VI. ANÁLISIS

El objetivo general de este trabajo ha sido el analizar los obstáculos que enfrenta el proceso integracionista latinoamericano en el marco de las iniciativas surgidas en el periodo 2004-2011, las cuales resumen falencias sistémicas y estructurales (arrastradas por décadas y hasta siglos) que han sido constantes en todas las experiencias integracionistas latinoamericanas.

En cuanto al aspecto económico abordado en el primer capítulo, las asimetrías estructurales se han erigido como una de las principales barreras que imposibilitan la viabilidad del proceso, al provocar una marcada disparidad entre los miembros para beneficiarse de integración comercial y económica. En el caso de procesos con países de ingresos relativamente altos y con estructuras productivas más desarrolladas, la evidencia de lo acontecido en la Unión Europea parece indicar que en estos casos, la unión aduanera promovería una "convergencia" del ingreso per cápita. Por el contrario, en el caso de países de ingresos relativamente bajos, y más aún con marcadas asimetrías estructurales, como el caso latinoamericano, la integración económica podría tener un efecto contrario, las brechas no solo no disminuyen, sino que se profundizan, como lo muestra la experiencia del MERCOSUR, lo que parece corroborar lo postulado por Joseph Nye en cuanto a la mayor importancia que toma el tamaño de las economías en el proceso de integración, cuando los países involucrados detienen un bajo desarrollo relativo. Es decir, en el caso de procesos que involucran países poco desarrollados, por lo menos se necesita (para hacerlo más factible) que el tamaño de sus economías como sus niveles de ingreso sea equivalentes, lo cual dista mucho de ser el caso en América Latina.

Así, en el MERCOSUR se observa que las extremas asimetrías brindan incuestionables ventajas a Brasil y Argentina en cuanto al aprovechamiento de economías de escala y de aglomeración, distorsionando la competencia intra bloque y desalentando el surgimiento o la profundización de cadenas productivas en el resto de miembros. Éstos se convierten igualmente en factores de atracción destacable para la localización de las firmas, profundizando las disparidades entre los países socios tanto a niveles de producción como ingreso per cápita.

Los acuerdos de integración "sur-sur" presentan, de esta forma, más riesgos para los países menos desarrollados, ya que aquellos con una estructura productiva industrial más consolidada, en este caso Brasil y Argentina, están en mayor capacidad de acaparar los beneficios del proceso; mientras que Uruguay y Paraguay se han establecido dentro del bloque como suministradores de materias primas y consumidores de los excedentes de los mercados de los dos miembros más desarrollados, cuyas exportaciones al esquema y a la región, se basan en productos de alta y media tecnología, en especial en lo que respecta a Brasil.

Si las asimetrías persisten o inclusive se amplían en la etapa de una zona de libre comercio o de una unión aduanera, será inviable avanzar hacia los niveles superiores de un mercado común y finalmente de una comunidad económica que produzcan un *spillover* hacia el resto de ámbitos en la relación entre los países, ya que la incapacidad de los socios de obtener ganancias reales, afectará su balance de costo-beneficio de incursionar en esos niveles más profundos de integración, ya que como menciona Ernst Haas, el apoyo o rechazo a la integración está directamente relacionado con las expectativas de ganancia o pérdida que lleguen a tener las élites político-económicas dentro de los países implicados.

Para abordar esta problemática, el trato especial y diferenciado se ha probado como una medida insuficiente para que los países de menor desarrollo relativo obtengan frutos del proceso. La solución de fondo contra las fuerzas de concentración subyace en la reducción al mínimo de las barreras al comercio, y para esto, la inversión en infraestructura y el desarrollo de un marco institucional que garantice su correcta implementación y desarrollo es indispensable.

La deficiente infraestructura latinoamericana ha condicionado históricamente la competitividad comercial y la expansión económica de sus países, al obstaculizar la obtención de los beneficios de las economías de escala, de la especialización y aglomeración, todo lo que ha limitado significativamente comercio intrarregional y los vínculos que esta interdependencia genera. Así, en la CAN, el comercio intra bloque representa el 10% del total, en el MERCOSUR alrededor del 15%, y en la Alianza del

Pacífico apenas un 4%; mientras que en comparación, la cifra en el caso de Comunidad Europea es de 70%.

Hasta el momento, la única instancia que ha abordado directamente la problemática de las asimetrías en América Latina, ha sido el Fondo para la Convergencia Estructural del MERCOSUR (FOCEM), el cual se ha concentrado especialmente en infraestructura física, la misma que absorbió en el período 2008-2011 un 94% de sus fondos. Con un carácter eminentemente redistributivo, la mayor parte de los fondos son aportados por Brasil y Argentina, a la vez que la mayoría de los proyectos se localizan y favorecen a los socios con menor desarrollo relativo: Uruguay y Paraguay. Proyectos que por envergadura y alcance, demanda de un elevado nivel de coordinación, en lo cual la instancia sin duda ha marcado un hito en la región.

Sin embargo, a pesar de esto, los hechos demuestran que los 100 millones de dólares fijos establecidos inicialmente, tienen cada vez menos valor a costos actuales para el tratamiento de las asimetrías, y en la decisión (de Brasil) de no actualizar los aportes del fondo, ha quedado al descubierto el carácter coyuntural de su nacimiento. Una cifra con la que cada vez se puede hacer menos y que ya para la actualidad es irrelevante en los gastos públicos de los dos países miembros a los cuales iba principalmente dirigido.

Para alcanzar a niveles aceptables de infraestructura, se debe subir la inversión a por lo menos el 5% PIB en las próximas décadas, por encima del promedio regional actual del 2.7%. Se debe invertir más pero también se debe invertir mejor. Los marcos legales e institucionales que aseguren la correcta implementación de los proyectos de infraestructura y su eficiente funcionamiento en lo posterior, constituyen elementos tan importantes como la infraestructura física en sí misma. Y es que la falta de coordinación en este aspecto es una falencia relevante a nivel regional y endémica a escala nacional. Al interior de los países latinoamericanos, la infraestructura suele ser tratada en forma disociada e implementada de forma diferenciada por varias instituciones o ministerios. La alta dispersión y multiplicidad de visiones públicas respecto a la infraestructura, y la consecuente falta de integralidad en el abordaje de las políticas en los diferentes procesos, se han traducido a su vez en un obstáculo para la convergencia a nivel regional en este sector y han dejado muy seriamente limitada lo que puedan hacer iniciativas de

coordinación como el IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana). De esta forma, la acción conjunta entre los países de la región respecto a este sector de interés común, encuadra perfectamente en la colaboración técnica para resolver problemas igualmente técnicos a nivel transnacional vislumbrada por Mitrany, que desemboca (trascendiendo las variables políticas) inevitablemente en una mayor coordinación e integración entre los participantes. Un gran proyecto de infraestructura que involucre a varios países latinoamericanos, podría ser así lo que la Comunidad Europea del Carbón y del Acero fue para el caso europeo.

Todas estas las carencias de tipo físico, como regulatorias e institucionales, se traducen en elevados costos logísticos y de transporte que constituyen la principal restricción al desarrollo del comercio mutuo. Dichos costos llegan a alcanzar una gravitación mayor que las tradicionales barreras comerciales, situándose entre el 16% y el 25% del precio final de un producto, lo que merma considerablemente la competitividad del comercio intrarregional.

La Alianza del Pacífico, el más comercialmente orientado de los organismos actuales, está implementando importantes avances hacia una mayor fluidez del comercio intra bloque, así como la armonización de las reglas de origen y la estandarización de los procedimientos aduaneros y reglamentarios entre los que se encuentran los Certificación de Origen Electrónico (COE), las Ventanillas Únicas de Comercio Exterior (VUCE), sin embargo el impacto que estas medidas tengan, estará condicionado por la forma en que se lidie con las barreras físicas de conexión entre los países miembros, de los cuales solo Chile y Perú son realmente contiguos, entre este último y Colombia se interpone Ecuador y la selva amazónica peruana, mientras que entre estos tres y México la únicas vías de comunicación son la marítima y aérea, debido al tapón de Darién en Panamá, medios transporte que a la falta de economías de escala en los mismos y de un sistema multimodal resultan caros y poco competitivos para el comercio regional.

La infraestructura física es el canal por donde fluye el comercio, y si esta se encuentra en mal estado, pasa al contrario, a actuar como una represa de la corriente comercial, ya que no importa cuántos tratados se firmen, cuantas barreras arancelarias se derrumben, o cuanto se mejore la matriz productiva de un país, sin el medio físico para su circulación, todo eso tendrá un impacto muy limitado en los intercambios comerciales latinoamericanos y en

la integración económica en general. Como menciona Deutsch, en la medida que exista interdependencia inmediata de una alta gama de bienes y servicios se puede hablar de la existencia de un país, por lo que si se quiere formar una gran patria a nivel latinoamericano, el desarrollo al máximo del comercio entre los países participantes y de la vías por donde éste fluya será trascendental para el proceso.

La edificación de infraestructura regional, requiere altos niveles de concertación y voluntad política a fin de destinar los recursos necesarios durante el tiempo requerido, usualmente en períodos de mediano y largo plazo. Sin embargo, en Latinoamérica, como se ha visto en el capítulo dos; las discordancias, antagonismo político-ideológicos, y estrechos vínculos con interés estadounidense, han imposibilitado el surgimiento de políticas y principios estables, consensuadas, y que trasciendan las coyunturas políticas. Lo que podríamos llamar políticas de Estado latinoamericanas.

La polarización en la región refleja una realidad preocupante, la de países con democracias poco consolidadas, elevados niveles de corrupción e ineficiencia, una débil institucionalidad y con millones de personas que viven en condiciones de pobreza y miseria, lo que aumenta la presión por resultados inmediatos y representa un elevado costo político para quienes decidan jugarse por los así percibidos “idealismos” integracionistas, un proyecto que se desarrolla durante extensos periodos de tiempo y que requiere no solamente de una voluntad política, sino de ingentes recursos destinados a planes específicos.

Reflejo de este escaso nivel de compromiso por parte de los Estados con los organismos de integración y el proceso en sí mismo, se ha hecho regla la escasa institucionalización en los esquemas regionales que han tomado y toman lugar, sin que estos tengan la capacidad de hacer cumplir los acuerdos pactados. Los organismos regionales están marcados por una falta de procesos decisorios eficientes, usualmente establecidos bajo la regla del consenso, que a nivel de instancias de la envergadura de la UNASUR (12 miembros) y no se diga la CELAC (33 miembros), limita que se concreten proyectos por la falta de supranacionalidad de estos organismos y, en medio de la multiplicidad de posiciones políticas, visiones de inserción internacional e

interés específicos que toman lugar, estos quedan básicamente a la buena disposición que tengan cada uno de los Estados por cumplirlos.

El neo funcionalismo ve en la política, una herramienta indispensable para encarrillar y llevar a buen puerto la colaboración inicialmente dada en campos económico-técnicos de manera que éstos puedan desembocar en un *spillover* hacia otros sectores, lo que conlleva necesariamente, una serie de consensos y compromisos políticos básicos entre los actores involucrados, lo que sin embargo, una vez más, dista mucho de ser el caso de la realidad latinoamericana. La falta de consensos básicos permanentes entre los países respecto a la integración, ha hecho que las iniciativas queden constantemente a merced de discordancias políticas altamente ideologizadas de sus miembros. El mejor ejemplo es lo sucedido en la CAN donde Perú y Colombia, optando por el libre mercado neoliberal, procedieron a firmar tratados de libre comercio con Estados Unidos, lo que provocó la salida del organismo de una Venezuela enmarcada en el llamado Socialismo del siglo XXI, hacia otro esquema donde poseía mayores coincidencias con sus integrantes: el MERCOSUR, evento que ha dejado moribundo al organismo andino. Así se han perfilado bloques o más bien clubes de orientación ideológica como el ALBA y la Alianza del Pacífico, en desmedro de esquemas de mayor envergadura como la UNASUR O LA CELAC, en los que si bien el nivel de concordancias puede facilitar su accionar hasta cierto punto, también los hacen más susceptibles al cambio del péndulo político izquierda-derecha en la región, que conllevan en la realidad latinoamericana nuevos reacomodos dentro de los organismos, afectando su estabilidad, desarrollo y profundización.

A esto, la integración de la región ha quedado a merced de los intereses poco convergentes de los tres países que en la actualidad poseen mayor capacidad de liderazgo: México, Brasil, Venezuela y Argentina, el que se suma a los últimos dos como un factor de equilibrio de fuerzas en Suramérica, alineándose junto a Venezuela para prevenir una hegemonía absoluta brasileña, y junto a Brasilia en cuanto a sus intereses comunes en el MERCOSUR.

Mientras que México aspiró momentáneamente a recuperar su presencia e influencia en la región con el impulso que le imprimió a la creación de la CELAC (sin el cual ésta no hubiera sido posible), sus intereses prioritarios

están subordinados a su vínculo con Washington y los esquemas que ha liderado como el Proyecto Mesoamérica y en los que se ha involucrado más activamente como la Alianza del Pacífico, se articulan bajo los ejes geopolíticos y económicos estadounidenses, siendo su *quasi* liderazgo, subordinado y funcional respecto a la potencia del norte. Por su parte para Brasil, sus objetivos se enmarcan en un ambicioso plan geopolítico a escala internacional, que le hace necesario primero consolidar su papel de líder en América del Sur, a pesar que no se ha mostrado dispuesto hasta el momento, a asumir los costos y responsabilidades inherentes de esa responsabilidad. En el caso de Venezuela, su interés se ha centrado en sumar aliados a su causa revolucionaria y que le sirvan de respaldo en su posición confrontativa respecto a Estados Unidos, promoviendo y liderando de esta forma, su propio esquema de integración: el ALBA, el cual sin embargo, por su claro sesgo ideológico, ha quedado fuertemente limitado y experimentando una considerable ralentización en los últimos años.

De esta forma, los organismos creados en este periodo 2004-2011, han servido principalmente de plataforma para los intereses de sus liderazgos centrales, a la vez que, siguiendo con la tradición latinoamericana, han sido laxos y flexibles en cuanto a su institucionalidad, donde organismos como el MERCOSUR, a pesar de pretender realizar la compleja tarea de forjar mercado común, sus alcances llegan en la medida de las conveniencias de Brasil y en cuanto no comprometan su autonomía decisoria, algo que se refleja igualmente en la UNASUR.

La aceptación del liderazgo de Brasil por los demás países sudamericanos es una cuestión compleja. Existe una gran asimetría económica y política entre Brasilia y los demás países de la región, lo que ha suscitado, en más de una ocasión, desconfianza y aprensiones en cuanto a su liderazgo. Esto ha quedado en evidencia, por ejemplo, en las votaciones en organismos mundiales y regionales como la OMC y el BID, en las cuales el candidato brasileño no ha logrado, ni siquiera, el total apoyo sudamericano, lo que parece ser reflejo de una percepción de como un actor unilateral en organismos y foros multilaterales y que solo regresa a ver a la región cuando le es conveniente a sus intereses.

Uno de estos intereses brasileños, es la estabilidad regional, de forma que se evite lo más posible el intervencionismo directo estadounidense y que su posición de liderazgo no quede comprometida. Y es que Estados Unidos no es un actor pasivo a escala mundial y menos aún en un área que ha considerado tradicionalmente su zona de influencia natural. El imperialismo de las potencias de turno siempre ha sido una variable decisoria en el moldeamiento de lo que hoy es América Latina, en donde la máxima que ha guiado su accionar ha sido el de “dividir para reinar”, azuzando los nacionalismos y lucrando de los conflictos que se desatan como en el caso de la Paraguay y Bolivia en la Guerra del Chaco, donde estaban en juego intereses directos de la petrolera estadounidense *Standard & Oil* y la anglo-holandesa *Shell*, por dar solo un ejemplo.

Una estrecha cooperación latinoamericana, coordina en posiciones comunes respecto a temas medulares de la política y economía mundial representaría, por definición, una alteración en el orden mundial establecido, por lo que es de esperar que desde las élites del país del norte no vea con buenos ojos un proceso de integración latinoamericano que establezca un bloque consolidado e independiente en su “patio trasero”.

En esta América Latina del norte (Centroamérica y el Caribe) y la del sur (Suramérica), será necesario que se consoliden por los menos un liderazgo por cada una de estas regiones, profundamente comprometidos con la causa y en articulación mutua que sirva de puente entre estas dos regiones geopolíticamente separadas.

De la injerencia estadounidense en la región podrían escribirse tomos, en todo caso, se puede resumir que la orientación de Estados Unidos hacia América Latina ha sido siempre imperialista, variando solamente de intensidad dependiendo si el gobierno es demócrata o republicano. Entre el repertorio de instrumentos que han utilizado para sus fines, está la aplicación de la máxima el “dividir para reinar” mediante, por ejemplo, la exacerbación de “nacionalismos” entre los países de la región y el sabotaje a los intentos de integración que han tenido lugar, ya desde el Congreso de Panamá de 1826. El medio que ha posibilitado esto, es la profunda red de alianzas que han tejido con las elites latinoamericanas, forjado importantes vínculos políticos, económicos, culturales e ideológicos, que les han permitido gobernar

indirectamente sobre los destinos de las naciones latinoamericanas, sin la molestia de una invasión y ocupación militar permanente.

A pesar de esto, como lo contempla Haas, en el caso latinoamericano, los EE.UU. se erige indirectamente como un potencial factor de unión entre los países de la región al representar tradicionalmente su poder hegemónico una amenaza para los mismos, algo que puede verse evidenciado en los principios de la Declaración de Caracas de la CELAC (el organismo más reciente de integración política), entre los que se encuentra la solución pacífica de controversias, la prohibición del uso y la amenaza de la fuerza, el respeto a la soberanía y el sentido de soberanía regional frente a actores externos. Y esto es importante ya que cualquier conflicto en América Latina, de la índole que sea, y por pequeño y breve que fuere, dañará la continuidad y la intensidad de la colaboración dentro de los aún frágiles organismos de integración regionales. El mejor ejemplo de esto es la ya mencionada “Guerra del Fútbol” de 1969, un fugaz encuentro bélico de apenas 4 días que postró por décadas el esfuerzo del Mercado Común Centroamericano que se estaba gestando desde 1960 y que no vería su reanudación sino dos décadas después, en 1990.

Las guerras y los nacionalismos han pintado esas líneas imaginarias que han separados a los pueblos latinoamericanos, cegándolos ante la gran cantidad de características que compartimos. La cultura representa el espíritu las naciones y es nuestro caso, el aspecto que ostenta la mayor potencialidad como catalizador del proceso. Sin embargo hasta el momento, a pesar de lo evidente que pueda parecer, no ha existido un consenso de que exista una identidad latinoamericana, la cual si se la entiende un proceso de construcción histórico que descansa sobre las bases de una memoria común con características culturales semejantes como lengua, tradiciones y religión, puede afirmarse que América Latina posee identidad propia “de facto” , la cual no obstante, por su complejidad, llega a nuestros días incompleta y en proceso de formación.

La importancia de consolidar los valores, sistemas de creencias y simbologías comunes que posee Latinoamérica es fundamental para el proceso de integración y cobra mayor importancia considerando los fuertes obstáculos que enfrenta éste en los aspectos políticos y económicos para llevar a cabo un *spillover* exitoso. No obstante, hasta el momento no se han hecho

esfuerzos verdaderos por sacar a la luz esa identidad y cultura latinoamericana en la consciencia colectiva de la población, en lo que tiene mucho que ver la nula participación de los Estados, mediante el sistema de educación principalmente, así como las universidades y medios de comunicación.

En Brasil por ejemplo (el llamado a ser líder del proceso), la prensa y la opinión pública no se enfocan mayormente en América Latina, a no ser por cuestiones puntuales respecto Argentina y, en menor medida, México y Venezuela en los últimos años. Los medios brasileños concentran su información en lo referido a los países industrializados como si fuera ese el medio donde se desenvuelven y al que pertenecen. No parece haber en los medios ni en el público brasileño una adecuada conciencia de la pertenencia del país a la región. El contenido que los medios latinoamericanos transmiten dice mucho igualmente sobre el nivel de orientación cultural imperante hacia Europa y Estados Unidos. Mientras en América Latina se conoce más el modo de vida estadounidense, los latinoamericanos desconocemos qué producen intelectual y artísticamente nuestros vecinos. Tal conciencia sería el punto de partida para un genuino acercamiento entre los países latinoamericanos. Como menciona Deutsch, la construcción de unidades políticas, depende del flujo de comunicaciones entre los miembros de la unidad a integrarse, lo que resulta de suma importancia a nivel poblacional, como en cuanto a la sociabilización entre las élites latinoamericanas, que son quienes impulsarán o no el proceso.

Igualmente la educación ha jugado en contra del proceso. A escala institucional por ejemplo, en las escuelas de filosofía en América Latina no se estudia normalmente filosofía latinoamericana, aunque eso no significa que ésta no exista, si no que no “existe” porque no se la visibilizado. Así mismo las mallas curriculares nos han enseñado mucho más sobre la historia y la cultura “Universal” de Occidente, mientras que cuando abordan la nacional y regional, ésta es estrecha y mistificadora de las guerras del pasado a fin de afirmar un patriotismo acrítico. En el tema lingüístico tampoco se ha impulsado un conocimiento mutuo de los principales idiomas de la región: el español y portugués, como tampoco la lengua de los integrantes caribeños: el francés, holandés e inglés. Un aspecto importante para lograr un entendimiento más directo y profundo entre latinoamericanos.

La educación es tal vez el sector más prioritario a desarrollar como medio de transmisión de valores, y catalizador de la esencia de lo latinoamericano, ya que sólo en la medida que nos sintamos parte de ese todo llamado América Latina y nos miremos a nosotros mismo en vez de al norte, podremos sentar las bases para el desarrollo de la integración en el resto de sus dimensiones políticas y económicas.

En suma, las barreras que hemos estudiado en este trabajo han imposibilitado un nivel de cooperación continuo e intenso, ya sea en el ámbito político, económico o cultural, que ocasione un derrame de sector en sector y que genere un círculo virtuoso que conduzca a la integración. Y es que todo lo expuesto está interconectado y las falencias se refuerzan de manera de manera negativa. Así, para posibilitar una integración económica es necesario reducir las asimetrías estructurales al mínimo posible, para lo cual la inversión en infraestructura es la herramienta más adecuada. Este tipo de proyectos requieren a su vez de una elevada coordinación entre los Estados participantes y que estos posean una institucionalidad estable de modo que un cambio de la coyuntura política en su interior no afecte la continuidad de los mismos, como tampoco de los organismos regionales que los llevan a cabo. Se hace necesario voluntad política para llevar a cabo la implementación de la integración económica, a la vez que se requiere de fuertes lazos comerciales y económicos para que esta interdependencia genere la percepción de conveniencias que haga posible dicha determinación política y, en ambos casos, se necesita poseer una identidad latinoamericana, que nos permita concebir la formación de una Magna Patria como parte ineludible del destino de nuestros pueblos, tanto como sistema de desarrollo como de inserción internacional y que nos dote de la terminación de sortear los obstáculos existentes para alcanzar ese fin.

VII. CONCLUSIONES

La hipótesis que se ha planteado en este trabajo ha sido que después de los proyectos de integración económica y a pesar de la favorable coyuntura política de la década del 2000, el fracaso en unos casos y limitado éxito en otros, que ha representado hasta este momento el proceso integracionista latinoamericano se debería a que no se ha llegado a lograr un *spillover* en un sector específico para que de esta forma su éxito se contagie a otras áreas, lo que junto a la relegación del ámbito de la identidad cultural como instrumento

de cohesión entre las naciones provocaría una falta de profundización en proyectos regionales que den solución a las problemáticas más estratégicas de nuestros pueblos. Así, a partir de la evidencia mostrada a través de la presente disertación se puede afirmar que la hipótesis se ha cumplido a cabalidad en base a las siguientes conclusiones:

- El proceso de integración latinoamericana y los organismos que han nacido de esta poseen la misma debilidad, no ha existido un nivel de compromiso político que trascienda las superficialidades ideológicas y que ataque las graves asimetrías estructurales existentes entre los países miembros de forma que sea viable una integración económica que trascienda las zonas de libre comercio y uniones aduaneras hacia los estadios de un mercado común y una posterior comunidad económica.
- El problema de fondo de la integración puede resumirse en una palabra: coyunturalismo, es decir, la falta de compromiso para forjar políticas de largo plazo y los mecanismos necesarios para hacerlas cumplir. De esta forma, muchas de las iniciativas que emergen no van más allá de los discursos inaugurales del momento, mientras que otras quedan estancadas en un punto muerto después de algunos años.
- Se necesita articulación, constancia e intensidad de acciones para alcanzar un *spillover* en algún sector específico, una convicción integracionista de la cual carecen las elites políticas y económicas latinoamericanas, que a pesar de los potenciales beneficios a obtenerse y de que sus intereses se verían mejor servidos con la integración como asume la teoría neofuncionalista, nunca le han impreso los esfuerzos necesarios para su consecución.
- En el aspecto económico hay que destacar que lo que ha imposibilitado una interacción profunda en este ámbito, es la naturaleza “sur-sur” de la integración latinoamericana, la cual de hecho presenta mayores desafíos que procesos con países más convergentes como en el caso europeo. En nuestro caso, las marcadas asimetrías generan que las economías de aglomeración de los países más desarrollados ejerzan una fuerza de atracción destacable para la inversión así como para la

localización de las firmas y su actividad productiva, lo que no hace otra cosa que profundizar aún más las asimetrías existentes, disminuyendo el nivel de producción e ingreso per cápita de los países menos desarrollados y relegando a estos últimos a la “primarización” de sus exportaciones, mientras que aquellos con una matriz productiva, tecnológica e industrial más avanzada, se especializan a nivel regional en la producción de bienes tecnología media y alta que exportan principalmente al interior de sus respectivos bloques así como al resto de América Latina. Si bien Brasil es el mejor ejemplo de esto último, no hay una tendencia uniforme; Centroamérica, que en general se la podría considerar mucho menos desarrollada respecto al primero, presenta una notable especialización en la producción de bienes químicos y farmacéuticos de alta tecnología, lo que evidencia que cada subregión e inclusive países, presentan especificidades que redundan en el ya complejo mapa de heterogeneidad latinoamericano.

- De lo que ha sido la experiencia del MECOSUR, se puede concluir que las asimetrías estructurales limitan los procesos de integración al producir una dispar capacidad de aprovechamiento de los beneficios potenciales de la liberalización comercial e integración económica, generando un saldo de ganadores y perdedores que condiciona el profundizar en instancias superiores de integración que podrían reportarles pocas o nulas ganancias a varios de los miembros, o incluso perjudicarlos. El proceso pierde entonces sustancia y queda estancado.
- La integración “Sur-Sur” presenta a nivel político otro grave inconveniente, y es que está compuesta por países de bajo desarrollo con graves problemas socioeconómicos: un gran porcentaje de la población bajo la línea de pobreza, insuficiencias de educación, salud, servicios básicos entre muchas otras; lo que no solo generan un clima de inestabilidad a interior de los países y una presión por “resultados inmediatos”, incompatibles con la naturaleza de largo plazo del proceso de integración, sino que imposibilitan que los gobiernos logren destinar los esfuerzos y recursos necesarios a la causa integracionista por encima de los acuciantes problemas que enfrentan al interior de sus naciones. Argentina y Brasil en el caso suramericano, no se presentan como el binomio Francia-Alemania sobre la cual se apuntaló la Unión

Europea, al no poseer, entre otras cosas, los excedentes de recursos materiales de poder que les posibilite asumir un liderazgo con los costos inherentes del mismo.

- Los liderazgos latinoamericanos han limitado, de hecho, la integración latinoamericana en su conjunto así como los esquemas a han pretendido dirigir. El de Brasil ha sido demasiado tibio y flexible, utilizando la UNASUR y el MERCOSUR en la medida que le resulten conveniente para afianzar su imagen de líder regional que le permita una mayor proyección internacional; mientras que Venezuela, si bien ha hecho apuestas más decididas y tomado posiciones más determinadas, el sesgo ideológico con el que ha mezclado su proyecto integracionista terminó polarizando aún más la región, además que la radicalidad del mismo, ahuyentó a muchos gobiernos que no deseaban adherirse en una posición directamente confrontativa con Washington.
- Así, en repuesta al ALBA de los socialistas del siglo XXI, nace el club neoliberal de Alianza del Pacífico, lo que evidencia una vez más, la tradicional oposición izquierda-derecha dentro de los países y a nivel regional, una falta de una institucionalidad consolidada y de políticas de Estado, que deja los procesos a merced del cambio del péndulo político del momento y que ha impedido la toma de consensos básicos y permanentes sobre temas medulares y de interés mutuo como un banco regional que provea financiación conveniente a sus socios o proyectos de infraestructura de beneficio transnacional.
- Sin reducir las severas asimetrías existentes, la integración económica es simplemente inviable y, para este fin, la implementación de una infraestructura regional se erige como una herramienta de primer orden para potenciar el desarrollo y disminuir las disparidades entre los países miembro al debilitar las fuerzas de concentración y conectar físicamente los mercados; permitiendo así la creación y/o reorganización de cadenas productivas, incrementa la competitividad y disminuye los costos logísticos de la distribución, sin mencionar que une y cohesiona socialmente a los pueblos. A su impacto en la consecución efectiva de la integración económica y comercial, influye igualmente en el aspecto político, al dar oportunidad de abordar de manera conjunta la solución

de problemas comunes más allá de las ideologías del momento con la conformación de marcos institucionales de coordinación y acción conjunta a mediano y largo plazo, es decir, se presenta como la cooperación a nivel técnico neo funcionalista que puede “desbordar” en otros sectores y consolidar así, la integración económica y política.

- Para avanzar hacia una verdadera integración de la región, e inclusive para el mismo desarrollo interno de los países, es preciso desarrollar una infraestructura de energía y transporte a estándares internacionales a fin de mejorar los tiempos y la eficiencia, aumentar la competitividad y reducir los costos de las transacciones comerciales entre los países latinoamericanos, dentro de lo que la implementación de un cabotaje común en el transporte marítimo y de un sistema de transporte intermodal (articulación entre diferentes modos de transporte utilizando una única medida de carga), resultan especialmente prioritarios. Todo esto debe ir necesariamente acompañado de la coordinación, homologación y estandarización de procedimientos y normas aduaneras entre los sub bloques de integración, sin lo cual el impacto de la infraestructura queda importantemente disminuido.
- Existen proyectos prioritarios, pragmáticos y necesarios para el desarrollo de nuestros países, que por su envergadura, solo pueden ser llevados a cabo con la colaboración de los mismos. Sin embargo, después de décadas (e inclusive siglos) estos no han tomado lugar al no haber existido la visión ni voluntad política para desarrollarlos, lo que indica que la problemática es aún más compleja, y es que no existe una conciencia real sobre la importancia del proceso integracionista, tanto a nivel de las eurocéntricas élites político-económicas, como tampoco en las occidentalmente culturalizadas poblaciones, lo que imposibilita vernos como semejantes y como parte de un destino común.
- El sector cultural, es el que presenta mayor potencialidad para un desarrollo intenso que permita un *spillover*, sin embargo, el mismo ha sido totalmente relegado a un segundo y tercer plano en los esquemas de integración. El proceso tiene mucho de donde afianzarse en cuanto el aspecto cultural por la multiplicidad de rasgos que compartimos:

orígenes e etapas históricas comunes, semejanzas de lengua, religión, costumbres, el mestizaje étnico y cultural, visiones de la vida similares, propensión al comunitario y solidaridad social, y sobre todo, ser sujetos comunitarios de la opresión, explotación e imperialismo de un orden mundial que nos han postrado en un estado de subdesarrollo y de meros proveedores de materias primas. Todas características compartidas nos brindan un sentir igualmente común a todos los latinoamericanos que nos diferencian del resto del mundo, y que ejercen una fuerza de atracción a través de los tiempos por formar la unificación esa Magna Patria en la unidad geográfica que compartimos, desde el río bravo al cabo de Hornos.

- Sin embargo esta identidad latinoamericana, es compleja y se encuentra aún estado de formación, para lo que sistema educativo y los medios de comunicación resultan indispensables para su consolidación. No obstante, hasta el momento estos han actuado al margen o abiertamente en contra del proceso, habiéndose convertido en un factor desintegrador y principales responsables de la incomunicación y desconocimiento mutuo entre los pueblos latinoamericanos. De esta forma, todo lo que ha sido y forma parte de este proceso, le resulta totalmente ajeno a las colectividades latinoamericanas, muriendo y naciendo iniciativas en medio del desconocimiento de la población de la importancia de este proyecto histórico, el cual no puede seguir quedando encerrado solamente en los círculos intelectuales especializados.
- La educación, como medio de transmisión de valores, es esencial para consolidar la esencia de lo latinoamericano entre nuestros pueblos, la cual debe ser necesariamente asistida por los medios de comunicación masivos y las industrias culturales, que por su naturaleza, están llamados ser los divulgadores de la doctrina, filosofía y concepción integracionista de forma clara y didáctica, así como de un sistema de valores y símbolos comunes latinoamericanos a través de las formas de expresión artísticas e intelectuales de nuestros pueblos. Sólo con la consolidación de un sentido de pertenencia a una identidad latinoamericana, se podrá conformar pueblos afines a la integración por encima de las particularidades culturales existentes, de los nocivos

nacionalismos y de los importantes obstáculos que deben ser sorteados, de forma que nuestros pueblos consideren en la conformación la gran nación latinoamericana una parte ineludible de su destino.

VIII. RECOMENDACIONES

- Se requiere de una cooperación que llegue hasta las instancias más profundas, y que los beneficios y alcances derivados de ésta, animen la colaboración en cada vez más sectores. Para ello hay que buscar las áreas que presenten las mayores potencialidades de éxito e impacto en las colectividades latinoamericanas (proyectos transfronterizos en las áreas energéticas, de comunicación y transporte; el ámbito deportivo (en especial en lo que respecta al fútbol); en lo cultural, la promoción intensiva de cine y música regional), ya que cada fracaso, estancamiento o intrascendencia de los proyectos realizados, solo reafirman la idea de la naturaleza “idealista” e “inviable” de la integración en la consciencia colectiva de la región. Es decir, hay que concentrarse, en primera instancia, en la implementación de iniciativas específicas, factibles y en lo posible que generen resultados en el menor periodo de tiempo, coordinadas y ejecutadas mediante los organismos de integración regionales. Un ejemplo de esto podría ser una colaboración entre las industrias culturales de varios países de la región para la creación conjunta televisiva y/o cinematográfica, usando las instancias ya existentes como el MICSUR en la UNASUR o la RECAM en el MERCOSUR.

La integración ha sido poco asimilada de por parte de los organismos regionales, sin una consideración profunda de las complejas problemáticas inherentes al proceso. La integración se presenta como un proceso de largo plazo que necesita bases sólidas que garantice su continuidad más allá de las coyunturas, para lo que requiere proyectos definidos y estratégicos que la apuntalen a través del tiempo, entre ellos se podría sugerir:

- El desarrollo de infraestructura física regional, la cual al ser el mecanismo de cohesión territorial, social y económica por excelencia, es sinónimo del concepto mismo de integración, al requerir además un alto grado de coordinación política para su planeamiento, ejecución y

administración a escala regional. Dentro de esto, sería útil implementar un Observatorio Regional para la Infraestructura, que sirva articulador en la toma de decisión acerca de qué tipo de proyectos son prioritarios desarrollar y en qué área o región, así como el tipo de participación y financiamiento que se requerían que podría darse bajo la figura de asociaciones público-privadas. En adición, para aprovechar las sinergias, éste observatorio podría trabajar en coordinación con instancias ya establecidas al respecto como el IIRSA en Suramérica.

- Entre los aspectos que se deberían trabajar de manera especial para maximizar el impacto de la infraestructura en la integración regional podemos nombrar: i) integración logística; ii) compatibilización y armonización de regulaciones técnicas y económicas; iii) construcción e integración de políticas comunes sobre infraestructura y transporte; iv) desarrollar una red interconexión eléctrica regional y de telecomunicaciones; v) armonizar los marcos y, con especial relevancia; vi) la promoción de un sistema de transporte multimodal que reduzca los elevados costos logísticos en la región.
- El segundo pilar dentro de esta recomendación, es la construcción de una base social afín al proceso integracionista y poseedora de una firme identidad latinoamericana, mediante la articulación de los sistemas educativos regionales, aspecto que será crucial y constituirá el cimiento y amalgama sobre la cual se irá articulando el resto de aspectos de la integración a futuro.
- La educación tiene un rol fundamental. Es necesario promover en los países de América Latina, una reformulación de los programas de enseñanza de la historia y de los libros de texto correspondientes, en los que se incluya un abordaje crítico de lo que ha sido la Integración latinoamericana en todas sus etapas, los factores y obstáculos que ha enfrentado, los desafíos para su concreción y que transmita las características culturales comunes latinoamericanas de las diversas regiones y países, de manera que la misma se convierta en un vehículo de conocimiento y comprensión entre los pueblos latinoamericanos. Esto requerirá una integración y reestructuración consensuada del área educativa entre los Estados de la región, la cual puede realizarse

mediante la revitalización de algunas valiosas iniciativas precedentes que han tomado lugar, no obstante, sin real impacto o concreción. Por dar un par de ejemplos, encontramos el Convenio Andrés Bello así como los acuerdos entre los Ministerios de Cultura centroamericanos para construir un bachillerato centroamericano, un sistema de pruebas comunes para escuelas y un Comité Centroamericano de Acreditación para la educación superior; en base a los cuales, se puede relanzar actualizadas y repotenciadas iniciativas aprovechando la experiencia de los mismos, pero siempre bajo el paraguas coordinador de los órganos pertinentes dentro de los esquemas de integración regionales.

- La exposición a contenidos integracionistas debe constar en las mallas curriculares en todas las etapas de formación desde la inicial hasta la universidad, y en especial en ésta última por el rol que cumple en la sociedad como la fuente de la producción intelectual. Así como en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, los estudiantes debemos tomar la materia de “Jesucristo” en el transcurso de las nuestras carreras, igualmente a nivel de universidades públicas como privadas, los ministerios de educación deberían disponer que se imparta una materia de “Integración Latinoamericana”, la cual debería ser cursada por lo menos una vez como requisito para la obtención del título, y cuyos contenidos provengan de un trabajo de coordinación conjunto entre los gobiernos de la región a través de los órganos de integración pertinentes.

De esta forma, se obtendrán no solo los tan necesarios profesionales con idoneidad integracionistas en áreas económicas, políticas, culturales, periodísticas; sino también una población, en todos sus estratos socio-económicos, impregnada con una consciencia de la integración e identidad latinoamericana, a lo que si se suman los medios de comunicación e industrias culturales en la visibilización de la producción intelectual, artística, modos de vida y características culturales de América Latina, así como en la consolidación y promoción de valores y símbolos comunes, podemos decir que habremos sentado las bases para el futuro éxito de una unificación, que ha de formar en estas tierras, la nación más grande y gloriosa que el mundo haya visto, como lo ambicionaba Bolívar.

LISTA DE REFERENCIAS

Artículos de Revista recuperados en la Web

- Alcalde, C. (2010). El liderazgo sudamericano de Brasil: los difíciles caminos del consenso y la hegemonía. *Revista Agenda Internacional*, 17(18). Recuperado de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/agendainternacional/article/view/3675/3654>
- Calvo, C. (2009). La "nueva" Izquierda Latinoamericana: características y retos futuros. Red de Revistas de Revistas Científicas de América latina y el Caribe, España y Portugal, 88 (1). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/729/72912559004.pdf>
- Cisneros, I.H. (2001). Intolerancia cultural: racismo, nacionalismo, xenofobia Perfiles Latinoamericanos. *Revista Perfiles Latinoamericanos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales México*, (18). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/115/11501808.pdf>
- Closa, C. (1994 Julio-Septiembre). E pur si muove: Teorías sobre la integración europea. *Revista de Estudios Políticos*, (85). Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2139483.pdf>
- Bacchetta, V. (1984). Geopolítica, conflictos fronterizos y guerras locales en América Latina. *Revista CIDOB d'afers internacionals* (4). Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/revistacidob/article/viewFile/27582/52667>
- Barreto, M. y Alfonso A. (2012 Julio-Diciembre). Argentina Brasil Venezuela: Líderes en la integración latinoamericana y caribeña contemporánea. *Revista Aldea Mundo*, 17 (34). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/543/54335426003.pdf>
- Berrettoni, D. (2013). Las asimetrías estructurales en el MERCOSUR: balance a 20 años de iniciado el proceso de integración. *Revista Relaciones Internacionales*, 22(45). Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2014/14077.pdf>
- Berrettoni, D. y Lucángeli, J. (2012 Enero-Junio). MERCOSUR: Las asimetrías y el Fondo para la Convergencia Estructural del MERCOSUR, FOCEM. *Revista Integración y Comercio*, 16 (34). Recuperado de http://www.efsur.org/sites/default/files/files/MERCOSUR-_las_asimetr%C3%ADas_y_el_Fondo_para_la_Convergencia_Estr_1.pdf
- Borón, A. y Vlahusic, A. (2009). La administración Obama y el "gobierno permanente" de Estados Unidos. *Revista Periferias*, (18). Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Periferias18>
- Busso, H.A. (2014). El eurocentrismo como obstáculo epistemológico en las ciencias sociales. Posibilidades y desafíos actuales de la filosofía latinoamericana. *Revista Saskab* (7). Recuperado de <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/solar/05/solar-005-04.pdf>
- García, J. (2005). Conflictos territoriales y luchas fronterizas en América latina durante los siglos XIX y XX. *Revista de Historia de la Universidad de Extremadura*(18). Recuperado de dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2274196.pdf

- Godoy, E. (2011). Asimetrías en América Latina y en los Procesos de Integración: Análisis del Instrumento Propuesto por el MERCOSUR, el FOCEM. *Revista PROLAM/USP*, 10 (19). Recuperado de http://www.usp.br/prolam/downloads/2011_2_godoy_19.pdf
- Godoy, H. (1989 Septiembre-Octubre). Integración cultural de América Latina. *Revista Integración Latinoamericana*. Recuperado de http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/integracion_latinoamericana/documentos/149-150-Estudios_2.pdf
- Hopenhayn, M. (2002). El reto de las identidades y la multiculturalidad. *Revista Pensar Iberoamericano* (0). Recuperado de <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a01.htm>
- Hernández, A. (2006 Diciembre). ¿Una nueva izquierda latinoamericana? Análisis de coyuntura. *Revista La Tendencia* (4). Recuperado de <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/4917/1/RFLACSO-LT04-03-Hernan Mucho más que dos izquierdas>
- INTAL. (2009 Enero). Asimetrías e integración productiva en el MERCOSUR. *Revista de Integración y Comercio INTAL*, (150). Recuperado de <http://idbdocs.iadb.org/wsdocs/getdocument.aspx?docnum=36421421>
- Juárez, J.M., Comboni, S., y Barroto, L. (2003). Educación, desarrollo e integración en América Latina y el Caribe. Recuperado de <http://www.ieei-unesp.com.br/portal/wp-content/uploads/2011/10/Educacion-desarrollo-e-integracion-en-America-Latina-y-el-Caribe-Jose-Nunez-Sonia-Salinas-y-Lino-Lopez1.pdf>
- López, M. (2008 Septiembre-Diciembre). Venezuela: Hugo Chávez y el Bolivarianismo. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 14 (3). Recuperado de <http://www.scielo.org.ve/pdf/rvecs/v14n3/art05.pdf>
- OIL y POWER. (2014). El “fracking” independiza a EEUU del petróleo árabe. *Revista Oil y Power*, (269). Recuperado de <http://hjbecdachferias.com/oilygas/journals/oil-power-journal/77-issu-58>
- Oyarzún, L. (2008). Sobre la naturaleza de la integración regional: teorías y debates. *Revista de Ciencia Política*, 28 (2). Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=s0718-090x2008000200004yscript=sci_arttext
- Morales, L., Morales, J.C, Paz, B.F. (2014 Enero-Junio). El proceso de integración latinoamericana y la educación. *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo* 9(17). Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/39720/1/articulo5.pdf>
- Ramírez, F. (2006 Septiembre-Octubre). Mucho más que dos izquierdas. *Revista Nueva Sociedad*, (205). Recuperado de <http://nuso.org/articulo/mucho-mas-que-dos-izquierdas/?page=5 dez.pdf>
- Rojas, F. (2012 Julio-Agosto). La Celac y la integración latinoamericana y caribeña: Principales clave. *Revista Nueva Sociedad*, (240). Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2012/10420.pdf>
- Ruiz, A. (2014 Julio-Agosto). ¿Podría resistir América Latina un shock negativo en las materias primas? *Revista La Caixa*, (381). Recuperado de

http://www.caixabankresearch.com/documents/10180/470906/IM+381+Jul-Agos+CAST_OK_2v.pdf/6ab8499f-0caa-4362-a8e3-36d5d16f866d

Ruiz-Eldredge, A. (1979 Enero - Febrero). Nacionalismo y conflicto en América Latina: Revista Nueva Sociedad (40). Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/496_1.pdf

Shaposnik, C. y Pardo, E. (2013 Mayo). ALBA TCP y educación: dos aliados estratégicos en la construcción de nuestra América. Revista Densidades (12). Recuperado de http://issuu.com/densidades/docs/densidades_n_12/53

Súdarev, V. (2013). México y América Latina: nueva etapa de relaciones. *Revista Iberoamérica*, (4). Recuperado de http://www.ilaran.ru/pdf/2013/Iberoamerica/lbA_2013_4/Sudarev.pdf

Tinoco, A. (2012 Enero-Junio). La Integración Cultural: una propuesta para América Latina. Revista Nueva Política (1). Recuperado de <http://www.uru.edu/fondoeditorial/revista/pdf/NP/NPn1/NPn1-integracioncultural.pdf>

Torres del Sel, M. (2013). Las políticas regionales de México, Brasil y Venezuela con respecto a la integración de América Latina. *Revista de Investigación Académica*, (30). Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4233848.pdf>

Trejo, R. (2010). Muchos medios en pocas manos: concentración televisiva y democracia en América Latina. *Revista Brasileira de Ciências da Comunicação São Paulo* 33 (1). Recuperado de <https://rtrejo.files.wordpress.com/2011/03/muchos-medios-en-pocas-manos-intercom-vol-33-no-1-2010.pdf>

Vallejo, P. (2010). Revelaciones de Wikileaks: Las embajadas como sistema global de espionaje. *Revista Cronopio*, (16). Recuperado de <http://www.revistacronopio.com/?p=3609>

Informes

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. (2013). PARAGUAY. (Servicio militar, objeción de conciencia y cuestiones relacionadas). Recuperado de www2.ohchr.org/english/bodies/hrc/.../IFOR_Paraguay_HRC107_sp.doc

Banco Interamericano de Desarrollo (BID). (2015). Infraestructura, logística y conectividad: uniendo a las Américas. Recuperado de https://publications.iadb.org/bitstream/handle/11319/7108/Infraestructura_Logistica_y_Conectividad.pdf?sequence=1

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2011). Infraestructura para la integración regional. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/pe/2011/09509.pdf>

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2007). Diagnóstico de las asimetrías en los procesos de integración de América del Sur. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/pe/2011/09509.pdf>

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2014). La Alianza del Pacífico y el MERCOSUR: Hacia la convergencia en la diversidad. Recuperado de http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37304/S1420838_es.pdf
- Organización de los Estados Americanos (OEA). (1995). Informe final del Seminario Interamericano de Infraestructura de Transporte Como Factor de Integración. Recuperado de <https://www.oas.org/dsd/publications/Unit/oea33s/ch15.htm>
- Perrotti, D.E., Sánchez, R.J. (2011) La brecha de infraestructura en América Latina y el Caribe. Recuperado de <http://idbdocs.iadb.org/wsdocs/getdocument.aspx?docnum=37809330>
- Secretaría de Integración Económica Centroamericana (SIECA). (2013). estado de situación de la integración económica centroamericana. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2013/10763.pdf>
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). (2011). Las asimetrías en los procesos de integración de América Latina y el Caribe. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2011/09088.pdf>
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). (2011). Infraestructura Física para la Integración en América Latina y el Caribe. Recuperado de http://www.sela.org/media/265851/t023600004570-0-infraestructura_fisica_para_la_integracion_de_alc.pdf
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). (2015). Informe de evaluación del comercio intrarregional en América Latina y el Caribe 1980-2013. Recuperado de http://www.sela.org/media/268486/informe_evaluacion_comercio_intrarregional_alc_1980-2013_.pdf
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). (2013). América Latina y el Caribe y Estados Unidos: La evolución reciente de las relaciones bilaterales. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2013/13221a04.pdf>

Artículos Web

- Alianza del Pacífico (2015). *¿Qué es la Alianza?* Recuperado de <http://alizanzapacifico.net/que-es-la-alianza/#la-alianza-del-pacifico-y-sus-objetivos>
- AVN, (2011). Fondo Cultural del ALBA ejecuta 50 proyectos de integración. Recuperado de <http://www.avn.info.ve/node/46936>
- Banco Mundial. (2013). Logística y transporte: gran camino por recorrer en Centroamérica. Recuperado de <http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2013/02/07/logistica-transporte-en-centroamerica>
- Borón, A. (2014). *Hay una brutal contraofensiva para normalizar América Latina.* Recuperado de <http://www.resumenlatinoamericano.org/2014/10/30/boron-hay-una-brutal-contraofensiva-para-normalizar-america-latina/>
- Braun, M., y Rovner, H. (2009). Vision Global. Recuperado de <http://uvmsanrafa-visionglobal.blogspot.com/2009/11/xenofobia.html>

- Correo del Orinoco. (2012). Fondo Cultural del ALBA incrementa sus avances en la promoción de bienes y servicios de la cultura. Recuperado de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/comunicacion-cultura/fondo-cultural-alba-incrementa-sus-avances-promocion-bienes-y-servicios-cultura/>
- Cancillería de Colombia (2014). La Cancillería colombiana celebra el lanzamiento de 'Expreso Sur', iniciativa del Gobierno de Colombia en UNASUR. Recuperado de <http://www.cancilleria.gov.co/newsroom/news/la-cancilleria-colombiana-celebra-lanzamiento-expreso-sur-iniciativa-del-gobierno>
- Cancillería de Colombia. (2014). Embajadas compartidas entre Chile, Colombia, México y Perú, uno de los logros de la Alianza del Pacífico. Recuperado de <http://www.cancilleria.gov.co/newsroom/news/embajadas-compartidas-entre-chile-colombia-mexico-y-peru-uno-los-logros-la-alianza-del>
- Colussi, M. (2006). Claves para la integración latinoamericana. Recuperado de <http://www.aporrea.org/ideologia/a21732.html>
- MICSUR. (2014). MICSUR es una fiesta. Recuperado de <http://micsur.org/portugues-micsur-es-una-fiesta/>
- MILA (Mercado Integrado Latinoamericano). (2015). ¿Quiénes Somos? Recuperado de <http://www.mercadomila.com/>
- Ministerio del Poder Popular de Planificación. (2001). Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2001-2007. Recuperado de <http://www.mppp.gob.ve/wp-content/uploads/2013/09/Plan-de-la-Naci%C3%B3n-2001-2007.pdf>
- Polo Democrático Alternativo. (2015). El cerco del Comando Sur: datos sobre las bases militares estadounidenses en América Latina. Recuperado de <http://www.polodemocratico.net/noticias/internacional/8590-el-cerco-del-comando-sur-datos-sobre-las-bases-militares-estadounidenses-en-america-latina>
- Portal Alba. (2014). ALBA Cultural abrirá sede en Ecuador. Recuperado de <http://www.portalalba.org/index.php/2014-03-27-16-48-36/2014-03-29-21-36-13/alba/2250-alba-cultural-abrira-sede-en-ecuador>
- Sader, E. (2014). *¿Restauración conservadora en América Latina?* Recuperado de <http://www.alainet.org/es/active/76861>
- Salas, V. (1810). El Himno de la República Bolivariana de Venezuela «Gloria al Bravo Pueblo». Recuperado de <http://www.vtv.gob.ve/articulos/2013/05/25/gloria-al-bravo-pueblo-canto-de-honor-de-la-patria-de-bolivar-9063.html>
- Secretaría Nacional de Cultura del Paraguay (2014). UNASUR CULTURAL: desafiantes decisiones. Recuperado de <http://www.cultura.gov.py/lang/es-es/2014/06/unasur-cultural-desafiantes-decisiones/>
- Tagarelli, D. (2009). *La contrarrevolución conservadora en América Latina*. Recuperado de <http://rcci.net/globalizacion/2009/fg918.htm>
- UNASUR (2015). Consejo Suramericano de Cultura de UNASUR (CSC). Recuperado de <https://www.unasursg.org/es/node/27>

Vega, R. (2013). Colombia en la geopolítica imperialista. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/154028008/Colombia-en-la-geopolitica-imperialista-Renan-Vega-Cantor-pdf#scribd>

VISAS COLOMBIA. (2013). Visas Alianza del Pacífico. Recuperado de <http://www.visas-colombia.com/index.php/informacion-de-interes/136-visa-alianza-del-pacifico>

Wong, S. (2014). Ecuador sube al puesto 71 en Informe de Competitividad Global. Recuperado de http://www.espae.espol.edu.ec/icg2013_2014

World Economic Forum (WER). (2015). Competitiveness Rankings. Recuperado de <http://reports.weforum.org/global-competitiveness-report-2015-2016/competitiveness-rankings/>

Prensa Digital

Arias, F. (2013). Balance de la Alianza del Pacífico. Recuperado de http://www.elcolombiano.com/balance_de_la_alianza_del_pacifico-JBEC_243569

Azcui, Mabel. (2015). El reclamo marítimo a Chile será enseñanza obligatoria en Bolivia. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/03/24/actualidad/1427158007_687105.html

BBC. (2013). Argentinos mataré, bolivianos fusilaré, peruanos degollaré. Recuperado http://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/02/130206_chile_escandalo_video_x-enofobo_vh

CNN México. (2014). La Alianza del Pacífico busca nuevas vías de cooperación. Recuperado de <http://mexico.cnn.com/mundo/2014/02/10/la-alianza-del-pacifico-busca-nuevas-vias-de-cooperacion-economica>

DINERO. (2013). Encantos y desencantos de la Alianza del Pacífico. Recuperado de <http://www.dinero.com/economia/articulo/encantos-desencantos-alianza-del-pacifico/176099>

El Mundo. (2015). Paraguay investiga un presunto sobrecoste del 50 % en la construcción de una línea eléctrica. Recuperado de <http://www.elmundo.es/internacional/2015/10/29/56315742268e3e8d628b4633.html>

El Nuevo Diario. (2008). América Latina: El nacionalismo oligárquico. Recuperado de <http://www.elnuevodiario.com.ni/opinion/8820-america-latina-nacionalismo-oligarquico/>

El País Colombia. (2015). Aumenta turismo entre países de la Alianza del Pacífico. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/elpais/economia/noticias/aumenta-turismo-entre-paises-alianza-pacifico>

El País Colombia. (2012). En América Latina persisten viejos litigios territoriales y marítimos. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/elpais/internacional/noticias/america-latina-persisten-viejos-litigios-territoriales-y-maritimos>

- Ibáñez, F. (2012). Conflictos limítrofes latentes en América Latina. Recuperado de <http://www.infobae.com/2012/07/01/1052820-conflictos-limitrofes-latentes-america-latina>
- Pardo, D. (2015). Por qué Venezuela reclama dos tercios del territorio de Guyana. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/07/150720_venezuela_guyana_claves_diferendo_dp
- Pereira, L. (2015). La Ruta de la Seda en América Latina. Recuperado de <http://www.lamarea.com/2015/06/05/la-ruta-de-la-seda-en-america-latina/>
- Perú.com. (2014). Guerra del Pacífico: Así fue la ocupación de Lima por las tropas de Chile. Recuperado de <http://peru.com/actualidad/sabias-que/guerra-pacifico-asi-fue-ocupacion-lima-tropas-chilenas-fotos-noticia-231214>
- Prange, A., Papaleo, C. (2013). Nuevo auge de América Latina por materias primas, Recuperado de <http://www.dw.com/es/nuevo-auge-de-am%C3%A9rica-latina-por-materias-primas/a-16744927>
- Romero-Castillo, E. (2014). Alianza del Pacífico debe tener un perfil propio. Recuperado de <http://www.dw.com/es/alianza-del-pac%C3%ADfico-debe-tener-un-perfil-propio/a-17710748>
- Russia Today. (2013). Minuto a minuto: El periplo de Evo Morales tras la 'encerrona aérea' de Europa. Recuperado de <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/99044-aterizaje-emergencia-avion-evo-morales>
- Saiz, E. (2013). América Latina, el nuevo campo de batalla económico entre China y EE.UU. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2013/03/30/actualidad/1364601531_428554.html
- Serrano, A. (2014). Los límites de la Alianza del Pacífico. Recuperado de [www.telesurtv.net http://www.telesurtv.net/opinion/Los-limites-de-la-Alianza-del-Pacifico-20140212-0036.html](http://www.telesurtv.net/telesurtv.net/opinion/Los-limites-de-la-Alianza-del-Pacifico-20140212-0036.html)
- Telesur. (2014). EE.UU. reconoce participación en golpe de Honduras. Recuperado de <http://www.telesurtv.net/news/EE.UU.-reconoce-participacion-en-golpe-de-Honduras-20141112-0075.html>
- Televisa. (2015). Alianza del Pacífico avanza en infraestructura, materia financiera y fiscal. Recuperado de <http://noticieros.televisa.com/mexico/1506/alianza-pacifico-avanza-infraestructura-materia-financiera-fisc/>
- Usi, Eva. (2014). Alianza del Pacífico, modelo pionero, según estudio. Recuperado de <http://www.dw.com/es/alianza-del-pac%C3%ADfico-modelo-pionero-seg%C3%BAn-estudio/a-17682967>

Documentos recuperados de la Web

- Altmann, J. (2015). Modelos de desarrollo, alianzas políticas e integración latinoamericana. Recuperado de <https://openaccess.leidenuniv.nl/bitstream/handle/1887/32789/03.pdf?sequence=9>

- Canovas, P. (2002). Planteamientos de la integración. Evolución de la integración en Latinoamérica. Recuperado de <http://pendientedemigracion.ucm.es/BUCM/cee/cjm/0201/0203.pdf>
- Castro, N. (2010). *¿Quién es y qué pretende la “nueva derecha?”* Recuperado de <http://www.alainet.org/es/active/37358>
- García, N. (2000). Industrias Culturales y Globalización: Procesos de Desarrollo e Integración en América Latina. Recuperado de http://www.unesco.lacult.org/docc/CyD_1.pdf
- Giménez, G. (2003). La cultura como identidad y la identidad como cultura. Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>
- Hopenhayn, M.y Bello, A. (2001) Discriminación étnico-racial y xenofobia en América Latina. Recuperado de http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5987/S01050412_es.pdf?sequence
- Jaguaribe, H. (2001). América Latina y los procesos de integración. Recuperado de: <http://www.amersur.org.ar/Integ/Jaguaribe.htm>
- Martínez-Andrade, L. (2008). La reconfiguración de la colonialidad del poder y la construcción del Estado-nación en América Latina. Recuperado de <http://alhim.revues.org/2878>
- Mella, V. (2014). Conflictos limítrofes ponen trabas a la integración latinoamericana. Recuperado de <http://eltiempo.com.ve/mundo/conflicto/conflictos-limitrofes-ponen-trabas-a-la-integracion-latinoamericana/135084>
- Moguillansky, M. (2009). Los límites de la imaginación política, El cine y el MERCOSUR. Recuperado de http://issuu.com/janinalejo/docs/actas_asaeca_2009_cuaderno1/206
- Taguaruco, J. (2014). La Gran Colombia y el Congreso de Panamá como antecedentes históricos de los procesos de integración latinoamericana del siglo xxi. Recuperado de <http://www.eumed.net/rev/cccss/29/integracion-latinoamericana.html>
- Vergara, E. (2006). Los conflictos en Latinoamérica. Recuperado de <http://www.ieeba.com.ar/docu/Los%20conflictos%20en%20Latinoamerica.pdf>

Libros

Consultados en forma física

- Altmann Borbón, J., Beirute, T., Briceño J., Jácome, F., Jaramillo, G., Rojas, F., et al. (2012). *América Latina : caminos de la integración regional*. Costa Rica, San José: FLACSO
- Altmann, J., Briseño, J., Romero, A., Pérez, J.A. y Espinosa E. (2011). *América Latina y el Caribe: ALBA: ¿Una nueva forma de Integración Regional?* Argentina: Buenos Aires: TESEO
- Chávez, D. y Rodríguez, C. (2008). *La nueva izquierda en América Latina*. Madrid, España: CATARATA

- Gissi, J. (2002). *Psicología e identidad latinoamericana: sociopsicoanálisis de cinco premios nobel de literatura*. Santiago, Chile: Universidad Católica de Chile
- López, A. y León A. (1998). *Comunicación tendiente a consolidar el proceso de integración de MERCOSUR*. Quito. Ecuador: CIESPAL
- Nef, J. y Nuñez, X. (1994). *Las relaciones interamericanas frente al siglo XXI*. Ecuador, Quito: FLACSO
- Rojas, F., Cardona, D., Serra, N., Conde, R., Bonilla, A., Mladinic, C. Esteves., et al. (2012) Cardona, D. *América Latina y el Caribe: Vínculos Globales en un Contexto Multilateral*. Argentina: Buenos Aires: TESEO
- Roncagliolo, R. (2003). *Problemas de la Integración Cultural: América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Norma.
- Stabb, M. (1969). *América Latina en busca de una identidad Modelos del Ensayo Ideológico Hispanoamericano, 1890-1960*. Caracas, Venezuela: PRISMA

Recuperados en la Web

- Anna Ayuso, Jordi Bacaria Colom, Klaus Bodemer, Lourdes Castro García, Cienfuegos, M., Sanahuja, J.A, Nerys, W., Gratius, Simonit, S., N., Peña, F., et al. (2010). *UNA REGIÓN EN CONSTRUCCIÓN: UNASUR y la integración en América del Sur*. Recuperado de http://www.cidob.org/content/download/57545/1485734/version/2/file/28_Interrogar_UNAREGIONENCONSTRUCCION.pdf
- Asamblea Constituyente del Ecuador. (2008). *Constitución de la República del Ecuador*. Recuperado de http://www.asambleanacional.gov.ec/documentos/constitucion_de_bolsillo.pdf
- Asamblea Constituyente de Venezuela. (1999). *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. Recuperado de http://www.mppp.gob.ve/wp-content/uploads/2014/01/LeyesOrganicas/GO-36860_constitucion.pdf
- Dougherty, J. E. y Pfaltzgraff, R.L. (1990). *Teorías en pugna en las Relaciones Internacionales*. Recuperado de <http://biblio3.url.edu.gt/Publi/Libros/2013/TeoriaPugna-RelacionesI/07.pdf>
- Gayá, R. y Michalczewsky, K. (2014). *El comercio intrarregional sudamericano: patrón exportador y flujos intraindustriales*. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2014/14343.pdf>
- Quijano, A. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>
- Romero, A., Sanahuja, J., Alda., S, Cajina. R., Cepik, M., Ramírez, S., et al. (2014). *Desafíos estratégicos del regionalismo contemporáneo: CELAC e Iberoamérica*. Recuperado de <http://www10.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2014/13548.pdf>
- TAIFA, (2013). *Reflexionando sobre las alternativas*. Recuperado de <http://informes.seminaritaifa.org/informe-09/>

Entrevistas

Martínez, W. (2013). Borón, A. Politólogo. Decadencia del imperialismo estadounidense; el mundo multipolar; el rol de China, Rusia, CELAC; la cuarta flota y bases estadounidenses en América Latina. Recuperado de <https://vimeo.com/33757557>

Ponencias:

Chaves, C. (2008, Octubre). América Latina y la nueva izquierda en el poder: estudio comparativo de los cambios en política exterior adelantados por los actuales gobiernos de Brasil y Venezuela. Ponencia presentada en el I Congreso Nacional de Ciencia Política, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

Paz, de la, M., y Vorano, V. (2010 Octubre) La integración, Mercosur y Unasur vistos desde el bien común. Ponencia presentada en la Sección de Derecho de la Integración sobre XXII CONGRESO ARGENTINO DE DERECHO INTERNACIONAL "Argentina y su proyección latinoamericana en el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo",

Tesis

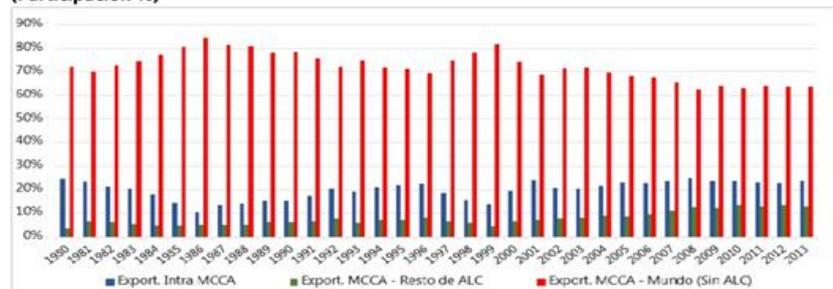
Omaña, J-R. (2007). El impacto del fútbol en la integración Latinoamericana (Pregrado Universidad de las Américas, Puebla, México). Recuperado de http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/lri/omana_a_jr/capitulo_1.html

Valle Márquez, del, J.,(2013). Perspectivas de la alianza del pacífico para la generación de encadenamientos productivos regionales (Masterado Universidad de Chile, Santiago, Chile). Recuperado de <http://www.iei.uchile.cl/postgrado/magister-en-estrategia-internacional-y-politica-comercial/estudios-de-casos/95587/alianza-del-pacifico-y-generacion-de-encadenamientos-productivos>

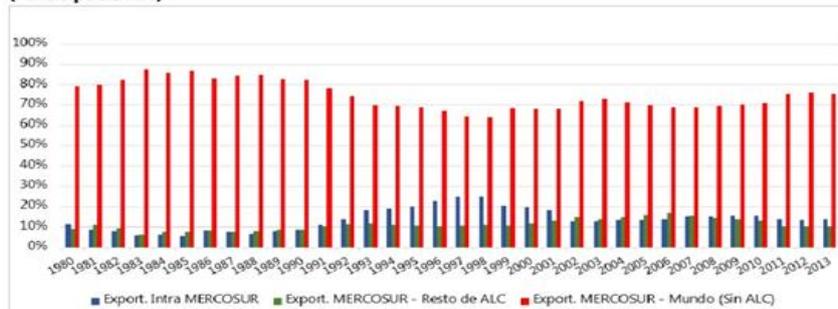
ANEXO 1

EVOLUCIÓN EXPORTACIONES DEL MMCA, MERCOSUR, CAN Y CARICOM, INTRA BLOQUE, A AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE Y AL RESTO DEL MUNDO: 1980-2013

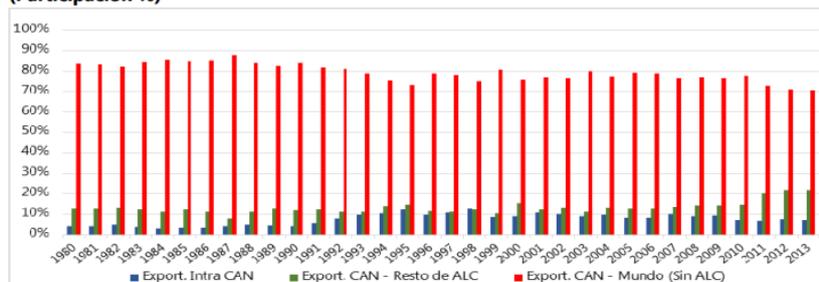
MCCA: Exportaciones Intrabloque, al resto de ALC y al Resto del Mundo (Participación %)



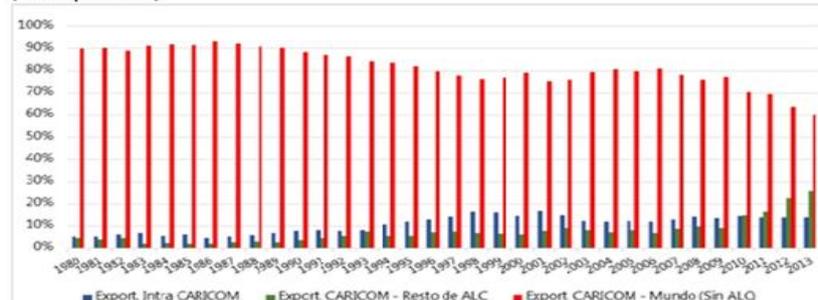
MERCOSUR: Exportaciones Intrabloque, al resto de ALC y al Resto del Mundo (Participación %)



CAN: Exportaciones Intrabloque, al resto de ALC y al Resto del Mundo (Participación %)



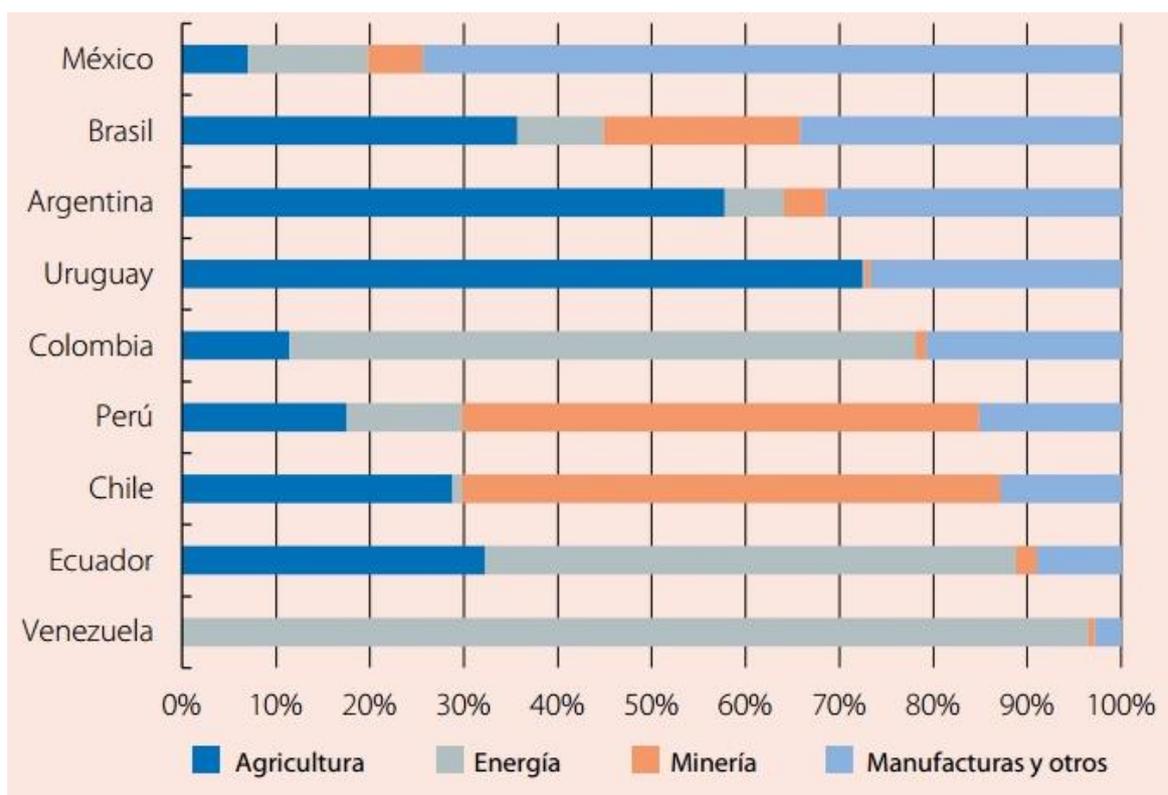
CARICOM: Exportaciones Intrabloque al resto de ALC y al Resto del Mundo (Participación %)



Fuente: SELA con datos de la Dirección de Estadísticas Comerciales (DOTS) del FMI.
Elaborado por: SELA

ANEXO 2

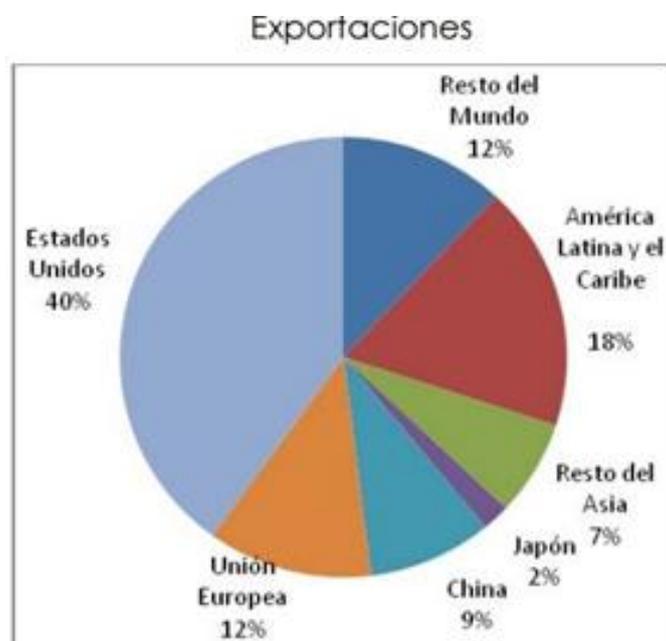
EXPORTACIONES POR TIPO DE PRODUCTO DE PAISES LATINOAMERICANOS SELECCIONADOS



* Porcentaje sobre total de exportaciones
Fuente: "Caixa Research"
Elaborado por: "Caixa Research"

ANEXO 3

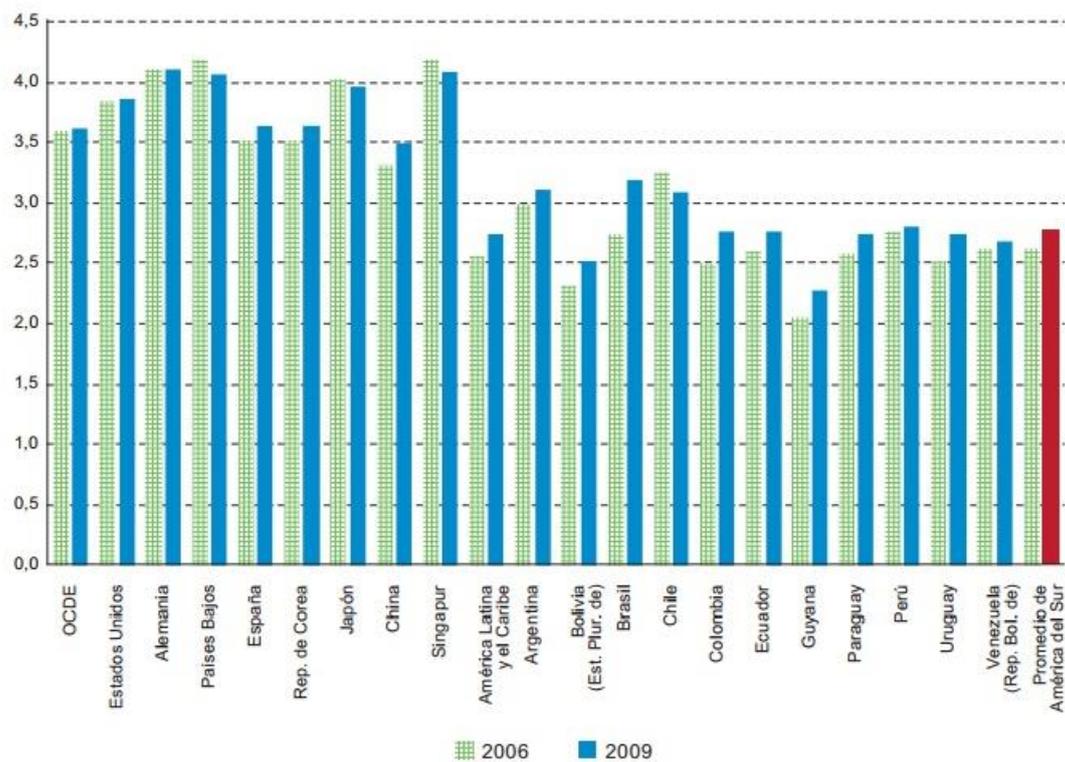
DISTRIBUCIÓN DEL COMERCIO DE BIENES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE CON PRINCIPALES SOCIOS-2012



Fuente: ALADI-CAF-CEPAL: OBSERVATORIO AMÉRICA LATINA –ASIA PACÍFICO
Elaborado por: CEPAL

ANEXO 4

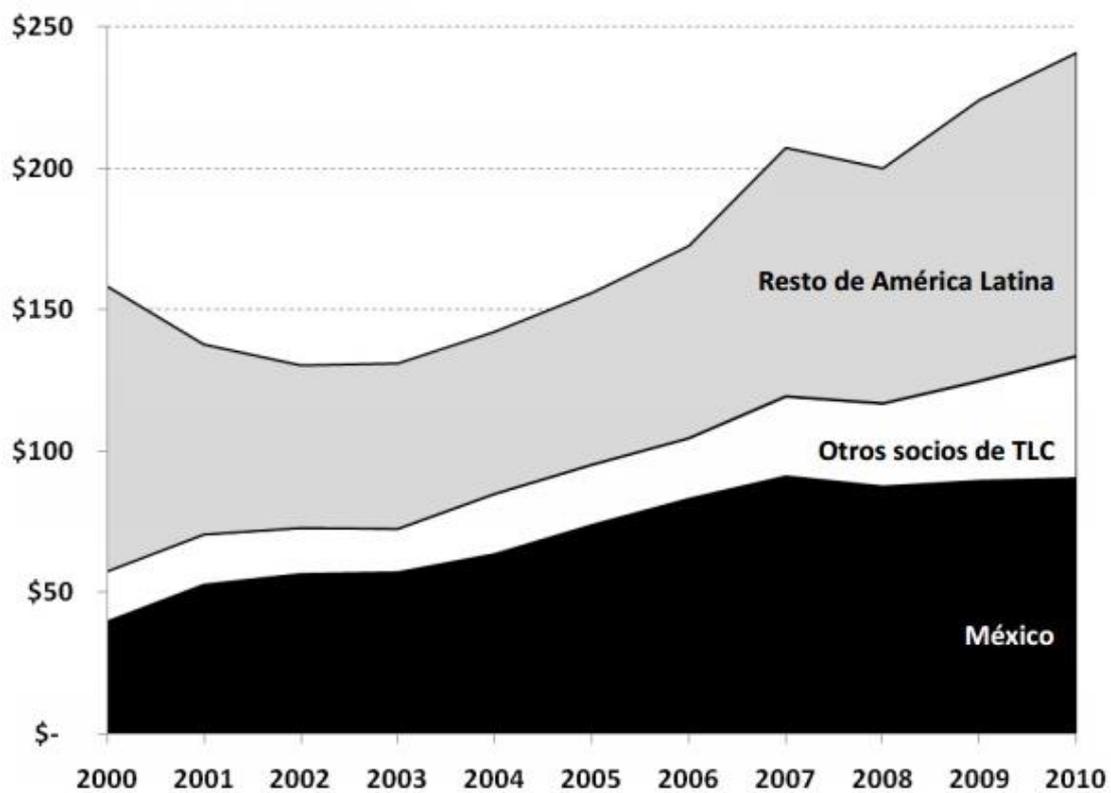
INDICE DESEMPEÑO LOGÍSTICO DE PAISES SELECCIONADOS DE LATINOAMÉRICA Y EL RESTO DEL MUNDO



Fuente: CEPAL con datos del Banco Mundial
Elaborado por: CEPAL

ANEXO 5

INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA DE ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA LATINA PERIO 2000-2010



*en miles de millones

Fuente: SELA con datos de la Oficina de Análisis Económico

Elaborado por: SELA

ANEXO 6

EVOLUCIÓN COMERCIO EEUU-ALC PERIODO 2000-2012

Comercio entre Estados Unidos y América Latina, 2000-2012

Miles de millones de dólares y participación porcentual en comercio total de EE.UU.

Grupo de países	2000	2004	2008	2009	2010	2011	2012
Comercio bilateral total	380	427	665	524	663	802	849
Importaciones de EE.UU. desde ALC	209	255	376	285	361	436	449
México	136	156	216	177	230	263	278
Países Andinos	30	40	80	49	62	83	81
Mercosur	17	26	37	24	28	36	37
CAFTA y Rep. Dom.	16	18	19	19	24	28	31
Comunidad del Caribe	4	8	11	8	9	11	11
Exportaciones de EE.UU. hacia ALC	171	172	289	239	302	366	400
México	112	111	152	129	163	198	216
Mercosur	21	18	43	34	46	56	57
CAFTA y Rep. Dom.	14	16	25	20	24	30	30
Países Andinos	12	13	34	28	35	42	51
Comunidad del Caribe	5	6	11	9	10	11	12
Memorándum							
Exportaciones totales de EE.UU.	780	817	1300	1057	1278	1481	1546
Participación de ALC en exportaciones de EE.UU.	21,92%	21,05%	22,23%	22,61%	23,63%	24,71%	25,87%
Importaciones totales de EE.UU.	1217	1470	2100	1558	1912	2207	2275
Participación de ALC en importaciones de EE.UU.	17,17%	17,35%	17,90%	18,29%	18,88%	19,76%	19,74%
Participación de ALC en comercio bilateral total de EE.UU.	19,03%	18,67%	19,56%	20,04%	20,78%	21,75%	22,22%

Fuente: SELA con base a datos de la Comisión de Comercio Internacional de Estados Unidos
Elaborado por: SELA

ANEXO7

IMPACTO DE PROYECTOS DEL FOCEM



IMPACTO DE LOS PROYECTOS DE INFRAESTRUCTURA DEL FOCEM

	Paraguay		Uruguay		Argentina
	Concepción-Puerto Vallemi	Itaipú Binacional	Interconexión eléctrica	Línea férrea Rivera-Tramo Pintado	Interconexión Iberá-Paso de los Libres
Tipo de proyecto (Componente del Programa I)	Construcción, modernización y recuperación de vías de transportes modal y multimodal	Generación, transporte y distribución de energía eléctrica	Generación, transporte y distribución de energía eléctrica	Construcción, modernización y recuperación de vías de transportes modal y multimodal	Generación, transporte y distribución de energía eléctrica
Objetivo del proyecto	Disminución del costo de transporte en un tramo de 170 km de ruta entre ambas localidades	Aumento de la disponibilidad de energía eléctrica en Paraguay	Diversificar las fuentes de abastecimiento de energía eléctrica para disminuir la vulnerabilidad del sistema eléctrico	Rehabilitar 422 km. de vías férreas para mejorar el flujo de producción y el intercambio entre Uruguay y Brasil	Mejorar la oferta y la calidad del servicio de energía
Monto total/monto FOCEM (en millones de U\$S)	99,8/75,3	555/400	106,7/83,1	74,8/50,1	19,1/13,1
Región	Depto. de Concepción	Deptos. de Caaguazú, Alto Paraná, Cordillera y Pte. Hayes y Asunción	Deptos. de Maldonado, Lavalleja, Treinta y Tres y Cerro Largo	Departamentos de Tacuarembó, Rivera y Durazno	Provincia de Corrientes
Área de influencia Índice de desarrollo humano (IDH)	Uno de los más bajos del país	Pte. Hayes por debajo, Asunción por arriba y el resto apenas por debajo del promedio del país	Treinta y Tres y Cerro Largo entre los departamentos con peor IDH	Por debajo del promedio país en los dos primeros casos y similar en el caso de Durazno	Ocupa uno de los últimos lugares en el ranking provincial del IDH
Sectores económicos beneficiados	Agrícola, básicamente ganadero	Hogares, comercio e industria	Mercado eléctrico mayorista	Cereales y la industria de paneles de madera y enchapados, ambos sectores exportadores	Industria de la madera y arroz

Fuente: Elaboración propia en base a información sobre los proyectos, sitios PNUD de Argentina, Paraguay y Uruguay, y sitio web del FOCEM.

Fuente: BID/INTAL
Elaborado por: Daniel Berrettoni y Jorge Lucángeli.

ANEXO 8

MAPA POLÍTICO SURAMERICANO DE PAISES QUE EN ALGUN MOMENTO EN LA DÉCADA 2000-2010, TUVIERON UN GOBIERNO ALINEADO DENTRO DE LA “NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA”



Elaborado por: Rodrigo Sánchez Vences

ANEXO 9

DISPUTAS LIMITROFES AUN VIGENTES EN AMÉRICA LATINA



1  **GUATEMALA-BELICE:** Los guatemaltecos reclaman más de 12.000 kilómetros de territorio a los beliceños, que ejercen la soberanía en el área, según tratados firmados. Guatemala desconoce un acuerdo suscrito en Londres.

2  **NICARAGUA-COSTA RICA:** este conflicto inició en el 2010 cuando Nicaragua desplazó personal y tropas a una zona en el río San Juan (isla Portillos), limítrofe entre los dos países, lo que fue denunciado ante la Corte de La Haya por los costarricenses. El Gobierno de Daniel Ortega sostiene que la isla está en su territorio.

3  **HONDURAS-EL SALVADOR Y NICARAGUA:** la disputa es por límites en el Golfo de Fonseca. La CIJ recomendó la búsqueda de una solución entre los tres países.

4  **VENEZUELA-GUYANA:** La disputa es por 160.000 kilómetros de la región de Esequibo, que está bajo la soberanía del primer país y que reclaman los venezolanos.

5  **HONDURAS-CUBA:** tienen un litigio por delimitación marítima.

6  **GUYANA-SURINAM:** la disputa es por un área comprendida entre los ríos Boven y el Koetari. En Guyana a la zona se le llama New River Triangle -Triángulo del río Nuevo- y Surinam, Tigri. La soberanía de la región la ejerce Guyana, pero la reclama el país vecino.

7  **CHILE-BOLIVIA:** el segundo país reclama una salida al mar, luego de que la perdiera en la llamada Guerra del Pacífico hace más de dos siglos. Los bolivianos entregaron su costa -400 kms-, que forman lo que es hoy la zona chilena de Antofagasta.

8  **CHILE-PERÚ:** la disputa es por mar territorial. Hace cuatro años El gobierno peruano demandó en La Haya a los chilenos para reclamar más de 35.000 kilómetros cuadrados de mar, que es rica en bancos de pesca. En el país inca el área se conoce como Triángulo Exterior.

9  **LAS MALVINAS:** estas islas situadas en el Atlántico Sur y donde Inglaterra ejerce soberanía, son reclamadas por Argentina.

10  **NICARAGUA-COLOMBIA:** Comenzó hace once años cuando el primer país demandó ante la Corte de La Haya para reclamar la soberanía en todo el Archipiélago de San Andrés, lo que se le negó en 2007. La delimitación marítima se falló esta semana por la Corte, pero Colombia no quedó conforme, ya que, aunque se le reconoció la soberanía en 7 cayos, se le quitó mar para entregárselo al vecino país.

11  **COLOMBIA-VENEZUELA:** El diferendo es por las aguas del Golfo de Maracaibo o Coquivacoa, donde los colombianos reclaman la delimitación.

*Disputa Perú -Chile y Colombia Nicaragua ya resueltas por el Tribunal de la Haya,
Fuente: El País Colombia
Elaborado por: El País Colombia

ANEXO 10

BASES MILITARES DE EE.UU Y LA OTAN EN AMÉRICA LATINA



Fuente: Polo Democrático
Elaborado por: Polo Democrático

ANEXO 11

HISTORIAL DE CONFLICTOS LIMITROFES EN AMÉRICA LATINA

<i>Países litigantes</i>	<i>Territorio en disputa</i>	<i>Años</i>	<i>Resultados</i>
Argentina – Brasil	Banda Oriental	1825-1827	Independencia de Uruguay
Colombia – Perú	Tierras de frontera	1828-1829	
Perú – Bolivia	Tierras de frontera	1831	
Argentina – Inglaterra	Islas Malvinas	1833	Ocupación británica
Argentina – Uruguay	Tierras de frontera	1833	
México – Estados Unidos	Territorio de Texas	1836	Autonomía temporal de Texas
México – Estados Unidos	Península del Yucatán	1839	Cesión temporal a Estados Unidos
Chile – Bolivia	Tierras de frontera	1839	Disolución de la Confederación Peruano-Boliviana
Argentina – Inglaterra	Islas Malvinas	1841	Continuidad ocupación británica
México – Estados Unidos	Península del Yucatán	1843	Nueva incorporación a México
Nicaragua – Inglaterra	Región de la Mosquitía	1843	Paso a protectorado inglés
Rep. Dominicana – Haití	Territorio dominicano	1844	Independencia Dominicana
México – Estados Unidos	Territorio de Texas y otros	1845-1848	Incorporación a Estados Unidos
México – Estados Unidos	Territorio de La Mesilla	1850	Venta a Estados Unidos
Uruguay – Brasil	Tierras de frontera	1851	Avance de los límites de Brasil y ocupación de la laguna Merim
Paraguay – Argentina	Territorio paraguayo	1852	Cesión a Argentina del territorio de Misiones.
Nicaragua – Costa Rica	Frontera del río San Juan	1858	Soberanía compartida
Paraguay – Argentina/Brasil/Uruguay	Dominio sobre los ríos Paraná y Paraguay	1858	Acuerdo sobre extraterritorialidad de los ríos objeto del litigio
Colombia – Brasil	Tierras de la Amazonía	1859	Cesión a Brasil
Ecuador – Perú	Tierras de frontera	1859	Paso a soberanía de Perú
Venezuela – Brasil	Tierras de frontera	1859	Fijación de límites
Bolivia – Chile	Región costera de Mejillones	1860-1864	
Paraguay – Argentina/Brasil/Uruguay	Territorio del Paraguay	1865-1870	Avance de fronteras de Brasil (región de Santa Catarina). Territorio de Misiones y parte del Chaco a Argentina

<i>Países litigantes</i>	<i>Territorio en disputa</i>	<i>Años</i>	<i>Resultados</i>
Bolivia – Chile	Tierras costeras del Pacífico entre los paralelos 23 y 25	1866	Condominio al sur de Punta Agamos y Mejillones
Bolivia – Brasil	Tierras de la Amazonía (Acre)	1867	Cesión a Brasil
Colombia – Brasil	Tierras de la Amazonía	1867	Ampliación territorio de Brasil
Argentina – Chile	Tierras y pasos marítimos	Sesenta	Reparto de Tierra del Fuego
Honduras – Inglaterra	Islas de Bahía (protectorado)	Sesenta	Traspaso a soberanía de Honduras
Nicaragua – Inglaterra	Región de la Mosquitía	Sesenta	Paso a soberanía de Nicaragua
México – Guatemala	Región de Chiapas	Setenta	Paso temporal a Guatemala
Bolivia – Chile	Tierras costeras del Pacífico	1874	Fijación frontera en paralelo 24
Paraguay – Argentina	Tierras de frontera	1876	Anexión por Argentina
Paraguay – Argentina/Brasil	Territorio del Paraguay	1876	Ratificación acuerdos tomados al fin de la Guerra de la Triple Alianza
Argentina – Chile	Tierras de la Patagonia	1879-1881	Patagonia para Argentina y Tierra del Fuego para Chile
Bolivia – Chile	Tierras costeras del Pacífico	1879-1883	Paso a Chile de espacios litigados
Bolivia – Paraguay	Tierras en el Chaco Boreal	1879-1884	
Bolivia – Argentina/Chile	Región de la Puna de Sama	1881	
Bolivia – Argentina	Región de la Puna de Sama	1889	Anexión a Argentina
Brasil – Colombia	Tierras de la Amazonía	1892	Anexión a Colombia
Venezuela – Colombia	Tierras de frontera	1892	Cesión a Colombia
Argentina – Chile	Tierras y pasos marítimos	1895	
Venezuela – Inglaterra	Tierras de la Guayana	1897	Paso a Inglaterra
Argentina – Brasil	Tierras anexionadas de Paraguay	1898	Cesión a Brasil
Bolivia – Argentina	Región de la Puna de Sama	1899	Ratificación traspaso a Argentina
Brasil – Inglaterra	Tierras de la Guayana	1900	Fijación de límites
Brasil – Holanda	Tierras de la Guayana	1900	Fijación de límites
Argentina – Chile	Límites en la cordillera andina	1902	Resolución al arbitraje inglés
Bolivia – Brasil	Tierras de la Amazonía (región de Acre)	1903	Indemnización económica por cesión del territorio de Acre

<i>Países litigantes</i>	<i>Territorio en disputa</i>	<i>Años</i>	<i>Resultados</i>
Colombia – Estados Unidos	Franja del Canal de Panamá	1903	Cesión a Estados Unidos
Panamá – Costa Rica	Tierras de frontera	1903	
Perú – Bolivia	Tierras de frontera	1903	Cesión a Bolivia
Nicaragua – Honduras	Tierras de frontera	1903-1907	
Argentina – Chile	Tierras del sur (Patagonia)	1904	Delimitación y reparto
Bolivia – Chile	Tierras costeras del Pacífico	1904	Indemnización económica y concesión del ferrocarril a Bolivia
Ecuador – Brasil	Tierras de la Amazonía	1904	Cesión a Brasil
Venezuela – Brasil	Tierras de frontera	1905	Ratificación del acuerdo de 1859
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1906	Cesión parcial a Honduras
Colombia – Brasil	Tierras de la Amazonía	1907	Ampliación territorio de Brasil
Perú – Brasil	Tierras de frontera	1909	Reconocimiento de cesiones hechas por Bolivia a Brasil en 1867 y 1907. Fijación de límites
Uruguay – Brasil	Tierras de frontera	1909	Condominio sobre la laguna Merim
Panamá – Costa Rica	Tierras de frontera	1910	Cesión a Costa Rica de las tierras litigadas
Bolivia – Perú	Tierras en Puerto Maldonado	1913	Reconocimiento de cesión a Perú
Ecuador – Colombia	Tierras de la Amazonía (Oro)	1916	Cesión a Colombia de las tierras litigadas
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía (Oro)	1916	
Nicaragua – Costa Rica	Frontera del río San Juan	1916	Soberanía compartida
Panamá – Costa Rica	Tierras en la costa del Pacífico	1921	Paso a Costa Rica de las tierras en litigio
Argentina – Bolivia	Núcleo fronterizo de Yacuiba	1925	Cesión a Bolivia
Argentina – Brasil	Antiguas tierras del Paraguay	1927	Paso a Brasil de la región de Santa Catarina
Colombia – Perú	Tierras de la Amazonía (Oro)	1927	Cesión a Perú
Bolivia – Brasil	Tierras de la región del Mato Grosso	1928	Cesión a Brasil
Bolivia – Chile	Tierras costeras del Pacífico	1929	Ratificación del acuerdo de 1883
Venezuela – Brasil	Tierras de frontera	1929	Ratifican acuerdos de 1859 y 1905

<i>Países litigantes</i>	<i>Territorio en disputa</i>	<i>Años</i>	<i>Resultados</i>
Bolivia – Argentina	Tierras en el Chaco Central	Veinte	Paso a soberanía de Argentina
Perú – Colombia	Tierras del “Trapecio de Leticia”	1933-1935	Cesión a Colombia
Bolivia – Paraguay	Tierras en el Chaco Boreal	1932-1938	Paso a Paraguay del Chaco Boreal
Ecuador – Colombia	Tierras de frontera	1934	
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1935	Mantenimiento por Honduras
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1937	
Bolivia – Paraguay	Tierras de frontera	1938	Fijación de límites con Bolivia
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía (Oro)	1941	Paso a soberanía de Perú
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía (Oro)	1942	Ratificación de la soberanía peruana
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1957	Anexión por Honduras
Argentina – Chile	Tierras y pasos del Canal de Beagle	1958-1960	
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía (Oro)	1960	
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1960	Concesión por tribunal a Honduras
Nicaragua – Honduras	Territorio de Segovia	1961	La OEA fija el territorio limítrofe
Bolivia – Chile	Extensión del corredor de Arica	1962	
Bolivia – Chile	Extensión del corredor de Arica	1964	
Paraguay – Argentina	Derechos sobre el <i>bassin</i> del Plata	1969	
Argentina – Uruguay	Derechos de navegación en el estuario del Río de la Plata	1973	Acuerdo de explotación compartida
Chile – Perú	Extensión del corredor de Arica	1974	
Argentina – Chile	Tierras y pasos del Canal de Beagle	1977	Mediación internacional. Reparto
Argentina – Chile	Tierras y pasos del Canal de Beagle	1978	Mediación del Vaticano. Uso común
Bolivia – Chile	Extensión del corredor de Arica	1978	
Paraguay – Argentina	Derechos sobre el <i>bassin</i> del Plata	1979	Acuerdo de explotación compartida

<i>Países litigantes</i>	<i>Territorio en disputa</i>	<i>Años</i>	<i>Resultados</i>
Argentina – Chile	Tierras y pasos del Canal de Beagle	1980	Mediación de Juan Pablo II. Uso común
Bolivia – Chile	Extensión del corredor de Arica	1980	
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía	1981	
Argentina – Inglaterra	Islas Malvinas	1982	Mantenimiento por Inglaterra
Argentina – Chile	Tierras y pasos del Canal de Beagle	1984	Resolución del litigio. Uso común
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía	1996-1997	
Ecuador – Perú	Tierras de la Amazonía	1999	Acuerdo. Fijación de límites

Fuente: Revista de Historia de la Universidad de Extremadura
 Elaborado por: Revista de Historia de la Universidad de Extremadura